

LA UNIVERSIDAD

ÓRGANO DEL INSTITUTO DEL MISMO NOMBRE

Director: **Dr. Reyes Arrieta Rossi**
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

— SAN SALVADOR, 1935 —

— N.º 2 —

SUMARIO

- I — Sobre el Síndrome Epiléptico y su Tratamiento por Sales Shüller.
Efectos de Algunos Tratamientos sobre el Síndrome Epiléptico por
Sales de Shüller Por el Dr. GUILLERMO TRIQUEROS
- II — Práctica de la Reforma Universitaria Por el Dr. CARLOS FEDERICO MORA,
- III — Ideas Generales de Pedagogía Centroamericana con Motivo de la
Reforma Universitaria. Por SOFONIAS SALVATIERRA.
- IV — La Universidad que Debemos Construir
Por el Dr. MOISÉS CASTRO Y MORALES.
- V — Hacia una Democracia Socialista Por NAPOLEÓN VIERA ALTAMIRANO
- VI — La Universidad Salvadoreña del Porvenir. Por el Dr. RAUL ANDINO
- VII — La Democratización de la Cultura por Medio de Nuestra Universidad
Nacional. Por CARLOS BUSTAMANTE
- VIII — La Reforma Universitaria Por MANUEL BARBA SALINAS
- IX — Sobre Reforma Universitaria. Por MIGUEL ANGEL ESPINO.
- X — La Reforma Universitaria Por FRANCISCO LUARCA

TALLERES GRAFICOS CISNEROS - SAN SALVADOR



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

Personal Directivo de la Universidad de El Salvador

RECTOR PROPIETARIO	DR. HÉCTOR DAVID CASTRO (Con licencia)
RECTOR SUPLENTE	DR. REYES ARRIETA ROSSI (En funciones)
SECRETARIO GENERAL	DR. JOSE LLERENA
TESORERO ESPECÍFICO	DR. CARLOS MUÑOZ BARILLAS
FISCAL	DR. JUAN BENJAMIN ESCOBAR

FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES

DECANO	DR. REYES ARRIETA ROSSI
SECRETARIO	DR. JOSE MANUEL MATA

Catedráticos de:

Estadística	Dr. Pedro S. Fonseca
Derecho Romano (1ª parte)	Dr. Reyes Arrieta Rossi
Sociología	Dr. Jose Manuel Mata
Prolegómenos del Derecho	Dr. Carlos Alberto Santos
Lógica Judicial e Historia de las Instituciones Jurídicas Salvadoreñas	Dr. Luis Rivas Palacios
Código Civil (Libro I)	Dr. Juan Benjamín Escobar
Derecho Romano (2ª parte)	Dr. Reyes Arrieta Rossi
Derecho Político Constitución, y Leyes Constitutivas	Dr. Julio Eduardo Jimenez
Derecho Internacional Público (1ª parte)	Dr. Miguel Rafael Urquía
Código Civil (Libro II)	Dr. Miguel Rafael Urquía
Derecho Internacional Público (2ª parte)	Dr. Lisandro Villalobos
Código Penal	Dr. Juan Benjamín Escobar
Código de Instrucción Criminal	Dr. Juan Benjamín Escobar
Código Civil (Libro III)	Dr. Leonilo Montalvo
Medicina Legal y Nociones de Psiquiatría y Antropología Criminal	Dr. Alberto Rivas Bonilla
Código de Procedimientos Civiles (1er año)	Dr. Manuel Vicente Mendoza
Derecho Administrativo (1ª parte)	Dr. Jose Manuel Mata
Código Civil (Libro IV)	Dr. Manuel Vicente Mendoza
Código de Procedimientos Civiles (2º año)	Dr. Manuel Vicente Mendoza
Derecho Penal	Dr. Sarbelio Navarrete
Derecho Administrativo (2ª parte)	Dr. Jose Manuel Mata
Legislación Militar	Dr. Carlos Alberto Santos
Código de Comercio (1er año)	Dr. Ramon Góchez Castro
Economía Política y Nociones de Economía Social	Dr. Juan Ernesto Vasquez
Código de Procedimientos Civiles (3er año)	Dr. Reyes Arrieta Rossi
Derecho Internacional Privado (1er año)	Dr. Lisandro Villalobos
Filosofía del Derecho	Dr. Miguel Rafael Urquía
Ciencia de Hacienda y Leyes de Hacienda	Dr. Juan Ernesto Vasquez
Leyes Administrativas	Dr. Manuel Alferez
Derecho Internacional Privado (2º año)	Dr. Lisandro Villalobos
Derecho Diplomático, Tratados y Convenciones Centroamericanas	Dr. Lisandro Villalobos
Código de Comercio (2º año)	Dr. Juan Ernesto Vasquez

LA UNIVERSIDAD

ÓRGANO DEL INSTITUTO DEL MISMO NOMBRE

Director: **Dr. Reyes Arrieta Rossi**
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

SAN SALVADOR 1935

Nº 2

I

SOBRE EL SÍNDROME EPILÉPTICO Y SU TRATAMIENTO POR SALES DE SHULLER

Por el Dr. GUILLERMO TRIGUEROS

Ante el enfermo que tenemos presente el Br Rubio Escalante ha planteado el diagnóstico de epilepsia jacksoniana con relativa facilidad. El diagnóstico de epilepsia parece bastante fácil cuando no se toman en cuenta los pequeños males epilépticos y los estados latentes.

Al decir el Br Rubio Escalante, epilepsia jacksoniana, da a entender que admite formas sintomáticas diferentes etiológicamente de las formas idiopáticas.

La idea actual es que no deba existir una diferencia esencial de todas esas formas sintomáticas que constituyen el síndrome epiléptico.

El ponente opina que se trata de una forma jacksoniana porque ha descubierto una lesión craneana y supone una cicatriz nerviosa que desempeña el papel de espina irritante. Esta es suposición mía, él no lo ha dicho. Indudablemente le ha llamado la atención el hecho de que el acceso, que se desarrolla últimamente en el enfermo, comienza con una forma unilateral para generalizarse después, y de allí su diagnóstico de la forma. Realmente ese carácter de la variedad sin-

tomática no es suficiente para diferenciarla de la idiopática porque en esta última se presenta también a veces el acceso con un principio unilateral

La unificación de la forma jacksoniana y de la forma idiopática ya la preveía el doctor Souques cuando rindió su célebre informe al Congreso de Medicina de París en el que decía esto: «Por una singular reforma de las cosas, la epilepsia jacksoniana, separada de la epilepsia idiopática por Bivais y H Jackson, se confunde de nuevo con ésta, o más bien la epilepsia esencial entra en el cuadro de la epilepsia sintomática»

En nuestro enfermo se descubre a la simple vista un aspecto de hombre intempestivo. la mirada no es la mirada vulgar del campesino, a pesar de que se encuentra cohibido con nuestra presencia, demuestra que tiene un pasado que no es el de un simple, sus cicatrices indican que ha sido, o es un belicoso, o un impulsivo. Ustedes creen que tiene un substratum psíquico común, sin embargo es un reservado, un hombre que desconfía de nosotros, porque le ocasionamos en su yo interior una sensación no agradable, tenemos que ser muy prudentes para no provocar una fuga en la que tal vez está pensando, no quiero decir que sea un criminal, pero es indudable que sus impulsos pueden hacerlo en cualquier momento. No se ha encontrado nada en sus antecedentes de familia, pero nos habla de hijos muertos del mal de los siete días o de alferecía

Esta alferecía, o mal de los siete días, que a cada momento lo encontramos en referencias populares, presenta, entre otras cosas, convulsiones, y es indudable que está constituido por una eclamsia infantil

Las convulsiones infantiles han llamado la atención desde la antigüedad a los médicos alienistas, especialistas, y presentan cuadros de pronóstico variable

Ahora bien esas convulsiones infantiles que tan comunes parecen, han sido catalogadas por neurólogos contemporáneos como de naturaleza epiléptica, pero ya autores de nombre habían establecido esa relación en tiempos anteriores, efectivamente las convulsiones de la infancia habían sido declaradas

como idénticas a la epilepsia por J. Franck, Hasse, Bounex y últimamente por Enoch y Ferré

Este último ha sostenido su identidad con la epilepsia con el razonamiento siguiente «La identidad de las dos afecciones está sobradamente probada, no solamente por la analogía del cuadro sintomático, sino también por la influencia hereditaria y por la frecuencia de las convulsiones infantiles en los antecedentes de los epilépticos (confirmados)»

En el caso presente hay dos hechos que pueden ser tomados como originales del síndrome: la lesión craneana y la infección luética confesada y comprobada por la cicatriz. Pero la historia de la enfermedad hace aparecer los primeros ataques posteriores al traumatismo, y anteriores a la infección luética, de manera que parece que tienen más relación con el traumatismo craneano.

Pero hay que advertir, que este enfermo tuvo su primer ataque, y después de varios años se presentaron otros, siempre a largos intervalos, y no es sino últimamente que han aparecido con mayor frecuencia. Hay dos fases en la historia patológica, a que podemos atribuir esa precipitación mórbida última.

¿Será que su infección postiera se ha agregado a su estado patológico primitivo y ha causado una entidad mixta, es decir una forma jacksoniana y una forma infecciosa, y que ese conjunto de causas ha ocasionado el síndrome actual?, o ¿se puede admitir dos formas mórbidas obrando separadamente? Como sabemos, las formas idiopáticas han cedido poco a poco el puesto a las formas sintomáticas. La causa íntima puede ser desconocida, pero podemos sospecharla.

Por analogía, llegaríamos a un punto digno de tomarse como causa en muchos casos, teniendo presente lo que nos dice el médico de Montpellier, doctor Luis Rimbaud «Toda epilepsia tiene una causa y toda epilepsia es sintomática»

A veces no encontramos la causa, pero sí recordamos que hay glándulas cuyo defecto fisiológico es un factor determinante en un síndrome, podemos deducir y acercarnos a la solución clínica. En la uremia hay una forma convulsiva, y Castaigne no cree que deba separarse ésta de la epilepsia y

piensa que ella tiene relaciones íntimas con alteraciones materiales y funcionales de algunas glándulas, por lo menos con las renales. Sergent en su importantísimo estudio titulado «Estudios Clínicos Sobre la Insuficiencia Suprarrenal», nos presenta casos de encefalopatías convulsivas que tienen apariencias epilépticas más o menos diferenciadas.

Existen en este enfermo dos causas, la primera no hay duda de que es la responsable del apareamiento de las primeras manifestaciones, pero la segunda, aunque pudiera por sí sola ser la responsable, es muy probable que no tenga más influencia que como excitadora de su centro patológico preexistente. En nuestro caso tiene aplicación la ley de Patología General, que está constituida en los términos siguientes: «Cuando existe una lesión silenciosa de las zonas-motrices del cerebro, toda intoxicación general del organismo es susceptible de despertar la lesión, o por lo menos, hacerla clínicamente apreciable».

La infección ha obrado aquí despertando o excitando el centro cerebral irritado que permanecía adormecido, pero esto será tal vez un factor únicamente, no sabemos si las suprarrenales, las tiroideas, las glándulas genitales, la hipófisis presentan lesiones o distrofias endocrinianas. Claud y Schmirgeld han llegado a esas conclusiones después de estudios anatómopatológicos de epilepsias.

Hay clínicos que admiten un estado epiléptico sobre el cual vendrían a obrar causas secundarias o determinantes de las crisis. En este enfermo el Br Rubio Escalante ha creído encontrar una amnesia pura de las crisis, que tal vez no exista porque la amnesia del epiléptico es, como lo dice Grasset, total y paroxística. Una amnesia permanente no es perteneciente a la epilepsia sino a parálisis general. A las preguntas que se le hacen a este enfermo, contesta despacio porque es capcioso y desconfiado, como ya lo he dicho.

Hay una diferencia pupilar a la luz: la pupila derecha se contrae más lentamente que la izquierda, pero este signo más bien guarda relación con la infección luética del paciente.

Presenta este enfermo un principio de ataque que describe perfectamente bien, con detalles, esto parece en contra-

dicción con el concepto clínico de la epilepsia pues en este síndrome se encuentra pérdida del conocimiento y amnesia, siendo esta la consecuencia de la pérdida del conocimiento. Matieux Pierre Weil nos dice que el aura puede ser consciente hasta tal punto que los enfermos tienen tiempo de prever su caída y que vueltos en sí han conservado el recuerdo preciso de esta fase.

Nosotros debemos de tomar ese principio también descrito por el enfermo por una aura motriz.

El ponente no ha querido tomar en cuenta la lesión craneana como espina irritadora porque las manifestaciones iniciales son unilaterales y del mismo lado de la lesión craneana. Tal criterio no debemos apreciarlo porque el aura epiléptica en general puede ser unilateral o bilateral, simétrica o simultánea y esas manifestaciones motrices del enfermo constituyen un aura, ésta como sabemos, no tiene forzosamente una relación con la fisiología de un determinado punto y hasta el ataque posterior se generaliza y no queda localizado guardando relación con el punto irritado que pudiéramos sospechar.

El ponente diagnostica epilepsia jacksoniana. Bueno es fijar la idea de este síndrome. La idea de parcialidad en los síntomas ha ido siempre acompañada al concepto de la forma o del tipo. Bravais Jackson quiere decir parcialidad cortical así es como a ese síndrome se le llama epilepsia cortical o jacksoniana.

El sustentante tiene el criterio de que se trata del síndrome jacksoniano porque juzga que la causa es la sífilis. Hay que hacer algunas consideraciones a ese respecto. La sífilis cuando produce un tumor cerebral, una meningitis, o una neoformación ósea que comprima sobre una zona cortical dará lugar al síndrome Bravais Jackson, esa enfermedad obrando como infección general de todo el organismo produce estados patológicos cerebro-espinales que se pueden manifestar clínicamente por un síndrome epiléptico común, pero no jacksoniano. Ciertamente, en la actualidad hay tendencia a admitir la epilepsia esencial como de naturaleza sifilítica, por

más que en muchos casos no se haya podido descubrir la existencia de la infección original

Sin duda Strümpell tenía presente estos casos cuando escribió la frase siguiente «la sífilis no tiene relación directa con la epilepsia franca» «Cuando en el curso de la evolución de la sífilis se ven aparecer convulsiones epileptiformes, éstas no son más, como nosotros lo hemos visto, que síntomas relacionados a una lesión anatómica del cerebro dependiente de la verola» Sin embargo el doctor Luis Rimbaud habla de la importancia de la sífilis como factor de la comicialidad

La diferencia de opiniones tiene su origen en el criterio clásico de que hay epilepsia esencial y epilepsia sintomática. Nosotros sabemos que a ese criterio tiende a sustituir otro más amplio y más sencillo, el de que la epilepsia es única, siendo que las causas pueden ser diferentes. que es muy posible que exista un estado nervioso que constituya una predisposición innata. Los trabajos de Patología Experimental de Wespahl Brow Sequaid han dado alguna luz sobre los casos cuyo origen parece aún más obscuro. Strümpell al referirse a esos trabajos, y a otras investigaciones, se expresa así «A este respecto no nos queda más que admitir, por el momento, que una predisposición congénita anormal, aún completamente desconocida, del cerebro y en particular de los centros motores corticales»

Este concepto del sabio médico alemán ha sido también propuesto por autores más modernos

Esta predisposición podemos nosotros traducirla por la particularidad de ciertos terrenos del neuro eje de fijar toxinas o venenos en sus células. Los trabajos de Guillaum y de Laroche han lanzado mucha luz sobre esta cuestión tan escabrosa como interesante

La fijación de venenos y de toxinas se haría en virtud de lesiones o de malformaciones, que estarían en los puntos esenciales. Después de esta fijación se seguiría un proceso fisiopatológico muy complejo, de transformaciones o mejor dicho elaboraciones de nuevas substancias

Esta teoría tiene su apoyo fundamental en las experien-

cias llevadas a cabo por Tripiet primero, y después secundadas por Rossolino

Chairin llegó a demostrar experimentalmente la influencia de las toxinas microbianas en el origen de las convulsiones

Esos resultados de Medicina Experimental tienen su confirmación en la clínica, ya Gosset demostró el poder epileptógeno del virus de la escarlatina, Dide, el del virus del sarampión, el de la viruela y la fiebre tifoidea, Lepine, el de la grippe, Voyosset, el de la fiebre puerperal y la erisipela Fournier y Charcot, entre otros varios, sostienen ese poder en el virus sífilítico

El doctor Gelma de Nancy hace mención especial del paludismo, afección que parece haber llamado especialmente su atención

A este criterio, forzoso es agregar el de las insuficiencias endocrinianas

Esas insuficiencias denuncian estados distróficos que son muy significativos

Además de las glándulas citadas anteriormente hay que recordar la pituitaria

Mariet y Boses han llegado a demostrar que algunos extractos de pituitaria tienen una acción epileptizante

La influencia de las glándulas ováicas no es nada desconocida, sobre esta influencia Bianchini ha escrito, describiendo como epiléptico, el acceso de una mujer de un sargento furriel sorprendida en flagrante delito de adulterio, que tuvo por la emoción, el primer ataque epiléptico, que se presentó cada mes en vez de las reglas suprimidas. Casos semejantes son bien conocidos por todos

El ponente Br Rubio Escalante ha descrito un cuadro sintomático cuyo diagnóstico se imponía pero hay casos, y muchos, en los que el diagnóstico es difícil por estar oscuros

Los autores norteamericanos han recurrido en ellos a la prueba de la hipernea, ésta con el fin de poner en evidencia diversos síndromes neurológicos latentes o mal caracterizados, y deducir entonces el valor clínico de ellos formulando desde luego un diagnóstico con fundamento científico

Este signo aparece en el individuo normal cuando se ejecutan amplias respiraciones, las que deben ser profundas. Él consiste en el apareamiento, al cabo de algunos minutos, de un enfriamiento y adormecimiento de extremidades con pequeñas contracciones fibrilares de los músculos y una exageración de la contractibilidad idio-muscular, prolongando la prueba se ve aparecer en un tiempo variable un estado tetánico principalmente en las extremidades.

Todo queda reducido a eso en los sujetos normales.

En los epilépticos se ve además aparecer una crisis verdaderamente característica. Claude, Cadet, Cenat y Montessut, se han valido de esa prueba para descubrir la naturaleza epiléptica de ciertos trastornos mentales.

Por esto tengo a bien declarar que juzgo que la lesión craneana juega en este caso el papel de espina irritante del centro distribuidor de convulsiones. Según mi criterio, pues, hay que obrar sobre ese punto.

Hago caso omiso de los bromurados, clorales que solo tienen un efecto calmante.

Yo recomendaría aquí el tratamiento de Bourguignon que ha dado a este autor, resultados notables y halagadores.

Este tratamiento consiste en la ionización yodurada o cálcica. Cuando se hace la trepanación, se utiliza el orificio de ella como vía de penetración, o bien se emplea la vía ocular. La técnica es sencilla. El electrodo positivo embebido de solución de cloruro de calcio al uno por ciento, se aplica sobre el orificio de trepanación o sobre los dos ojos. El electrodo negativo se aplica al otro lado del cráneo. Se hace pasar una corriente de cuatro a cinco mil amperios durante la aplicación de 20 minutos, siendo al principio diaria durante unos quince días, después con mayor intervalo, teniendo períodos de reposo de dos a tres semanas entre los períodos de tratamiento.

El autor lo ha aplicado no solamente a la variedad jacksoniana, sino en los casos idiopáticos o esenciales. El doctor J. Tinel dice que es un método absolutamente inofensivo que parece llamado a un gran porvenir.

Pero es mala costumbre en Medicina ser siempre opti-

mista y suponiéndonos pesimistas, pensemos en un fracaso y entonces tenemos forzosamente que buscar otra orientación

Marcel Pinard, Lerede Page y el mismo Tinel, han presentado numerosos casos en los cuales el tratamiento arsenical ha dado resultados favorables en epilepsia, no sólo esencial sino también Bravais jacksoniana. Es natural pensar que en esos casos se trataba de causas sifilíticas, pero al lado de ellos, donde la infección específica estaba bien probada, hasta por las reacciones humorales, había otros en los que nada absolutamente daba lugar a sospecha y sin embargo, el tratamiento era eficaz. Y hay que advertir que estos últimos son muchos, por lo tanto cabe eliminar la suposición del especificismo. Hay otros hechos de clínica terapéutica.

En casos sospechosos se han empleado mercurio, yodo y bismuto con fracaso franco, y el tratamiento arsenical sí ha sido eficaz. Se impone por lo tanto otro criterio. Se ha recomendado un tratamiento enérgico y prolongado usando hectina y 914 a dosis rápidamente progresivas.

Hace poco tiempo he conocido los trabajos de los sabios Cozary y Barby sobre sífilis nerviosa, este importante documento clínico terapéutico tiene datos que no dudo que puedan servir de mucho en el tratamiento de la epilepsia tanto esencial como de origen luético. El cuerpo usado ha sido un arsenical pentavalente el estovalsol. Me parece un excelente medicamento.

II

EFFECTOS DE ALGUNOS TRATAMIENTOS SOBRE EL SÍNDROME EPILÉPTICO POR SALES DE SHÜLLER

Voy a escribir algunas líneas más sobre epilepsia, no para vertir nuevos conocimientos, ni para entrar en discusiones sobre si la epilepsia es una enfermedad alguna vez, o si

siempre debe de considerársele como un síndrome. No pueden por otra parte pasarse desapercibidos los trabajos modernos de los neurólogos, que llaman la atención por los importantes datos que nos suministran, lo que nos hace vislumbrar un porvenir tal vez no muy lejano en que puedan obtenerse orientaciones que den fundamento a procedimientos terapéuticos con nuevas bases racionales. Yo solo deseo referirme a algunos resultados que he podido conocer en mi práctica personal con ciertos medicamentos. Pero antes debo recordar que para el que conozca la patogenia del mal comicial no será extraño que un medio terapéutico que imprima influencia favorable en un caso no podrá imprimirla en otro del mismo mal.

Paso a hacer relación de unos de los casos que más han llamado mi atención.

En el Manicomio Central estaba asilada Felipa García desde el día 10 de octubre de 1932 con accesos de delirio maniáticos de origen epiléptico, teniendo ataques frecuentes de día y de noche.

Esta mujer ha estado anteriormente en el mismo establecimiento asilada por el mismo motivo, es decir, por sus accesos de manía aguda con caracteres furiosos, que suceden a los ictus convulsivos.

Como antecedentes se pueden citar accesos de epilepsia francos.

En el Servicio se observan ataques frecuentes seguidos de delirio furioso en el que ataca a las enfermeras y a las demás asiladas, motivo por el cual se le ha mantenido constantemente en una celda de donde se le sacaba siempre tomando las mayores precauciones para evitar los atentados violentos contra toda persona que quedara al alcance de ella.

Los medicamentos sedantes poco o nada lograban sino dormirla algunas veces para al despertar continuar en su delirio de furia.

Los intervalos de los accesos epilépticos eran de corto tiempo.

Estando en uno de esos accesos casi en estado de mal y en vista de la ninguna ventaja de los tratamientos usuales empleados, resolví ensayar las sales de Shüller que mi amigo

el General Martínez me había enviado. Como ninguna obra sería en qué poder estudiar tenía a mi disposición hube de permanecer vacilante hasta conseguir unas instrucciones que me proporcionó el distinguido colega doctor Nazario Soriano.

Se comenzó el tratamiento proporcionando alternativamente una cucharada de la solución de Kalium Mur y de Ferium Phosph cada hora.

Los primeros efectos apreciables fueron los de una intoxicación con fenómenos gastro-intestinales, fenómenos que se presentaron con caracteres agudos y hasta alarmantes pues nos obligó a suspender la administración repetidas veces.

Como obra orientadora citaré la observación en aquello que pueda apreciarse como de algún valor.

El primer día de tratamiento no hubo nada que notar sino la continuación del mismo estado anterior.

El segundo día nada que notar de valor. Lo mismo pasa el tercer y cuarto día.

El quinto día pasa bien por la mañana, sin ningún ataque, por la tarde se presentan fenómenos de intolerancia gástrica con vómitos frecuentes acompañados de diarrea, con cólicos y depresión de fuerzas, y un malestar general que la obligan a guardar cama, a pesar de que anteriormente la agitación la mantenía de pie en continua actividad agresiva. Pasa la noche con vómitos incoercibles y diarrea.

El día 18 de septiembre de 1933, sexto día de tratamiento, se encuentra con un profundo malestar en todo el cuerpo, postrada en cama, sin aceptar ningún alimento. Se nota que el delirio ha desaparecido y que los ataques epilépticos, que eran varios por día, no se han presentado sino de una manera ligera y en número muy reducido, en vez de cuatro o cinco diarios como se presentaban anteriormente.

Habiéndose observado un síncope se suspendió el tratamiento este día para continuarlo el día siguiente dando menos cucharadas, administrando sólo una cucharada cada tres horas.

Así continuó el tratamiento presentándose siempre los signos de intolerancia gástrica, aunque menos marcada que al principio.

Los ataques epilépticos han desaparecido y el delirio no se presenta. La enferma está extenuada con gran enflaquecimiento. Sus facciones han cambiado completamente ha desaparecido el aspecto de demencia y de imbecilidad que tenía, sobre todo después de los ataques. El tratamiento se suspende siempre que la diarrea y el vómito lo imponen.

Lo que más llamó la atención fué que el estado demencial y delirante iban desapareciendo de manera continua a grado que a fines de septiembre no presentaba ni ataques epilépticos, ni delirio como anteriormente. La paciente se ha convertido en una mujer servicial.

Se continúa el tratamiento teniendo siempre a la enferma sometida a la más rigurosa observación que ha sido posible.

Durante todos los meses de octubre, noviembre y parte de diciembre la enferma permanece completamente bien, sin tratamiento ninguno, simplemente en observación. Se le firma el alta el catorce de diciembre de 1933 precisamente después de tres meses de no tener la menor manifestación de ataques ni de delirio.

Debe hacerse notar que esta enferma presentaba, como ya se dijo, ataques casi continuos, seguidos de un estado demencial continuo, sin tregua ninguna, siendo el delirio furioso. Los accesos se presentaban teniendo sólo pocos días de intervalo, cuando más seis o siete, en los cuales la enferma estaba sumida en su delirio furioso y en un estado demencial franco.

Después del tratamiento ha pasado tres meses sin ningún ataque y con estado mental perfecto. Esto he creído que significa mucho en este caso, sobre todo porque las facultades mentales se encontraban en la mayor perfección posible.

* * *

Voy a referirme a otro caso del mismo Manicomio Central. Se trata del enfermo Francisco Tovar, quien está asilado por epilepsia seguida de accesos de delirio furiosos.

Este enfermo presenta sus ataques diarios seguidos de delirio, el número de ataques es variable y sus manifestaciones mentales continuas no teniendo sino calmas pasajeras que guardan relación con los ataques en número e intensidad.

Se le comenzaron a aplicar las sales de Shuller el día 14 de Septiembre de 1933. Se usa también combinadas las soluciones de Kalium Mur y de Magnesium Phosf a la misma proporción de una cucharada cada hora alternativamente.

Este primer día de tratamiento sólo se presenta un ataque epiléptico seguido de un delirio muy calmado de palabras. Esto pudo ser una casualidad, pero hay que anotarlo desde luego que los ataques eran anteriormente varios en el día, y que el delirio era seguro e intenso de palabras y acompañado de agitación maniática.

Hay un cambio, pues, en el ataque que fué ligero y en el delirio que sólo consistió en hablar algunas palabras, sin agitación ninguna de actos.

El día 15 de septiembre fué el segundo de tratamiento, en éste sólo se presenta otro ataque epiléptico, que no fué seguido de ningún delirio, como los anteriores.

En este segundo día de tratamiento ya se presentan signos de intolerancia gástrica muy marcados, como vómitos incoercibles, dolores y diarrea profusa, lo que hace espaciar las dosis.

A pesar del espaciamiento de las dosis la intolerancia persiste, habiendo vómitos frecuentes, diarrea, y un malestar profundo.

El día 16 de septiembre, tercero de tratamiento, los trastornos gastro-intestinales persisten, por cuyo motivo hubo que disminuir las dosis de soluciones dando una cucharada cada dos horas, siempre alternativamente. A pesar de esto el malestar se acentuó a grado que el enfermo llegó a creer que se le había intoxicado intencionalmente y entró en un período de agitación muy marcado, lo que obligó a los enfermeros a colocarlo en una celda. Los síntomas que predominaban eran los vómitos acompañados de diarrea y dolores intestinales fuertes, todo esto fué seguido de postración y de debilidad del pulso. Los ataques epilépticos no se le presentan.

El día 17, cuarto de tratamiento, el estado general ha mejorado mucho y los síntomas gastro-intestinales van mejorando. El malestar desaparece y el enfermo comienza a convencerse que la medicina le produce provecho, por lo cual ya

no pone ninguna dificultad en tomarla. Este día permanece sin ataque y sin delirio, es decir, el período post-ataques no es seguido de ninguna manifestación demencial ni de delirio de ninguna forma, como lo eran los ataques anteriores al tratamiento. Entra el enfermo en un período de mejoría muy marcado. Habiendo repetido las dosis de sales los fenómenos de intolerancia se vuelven a presentar, motivo por el cual le fué suspendido el tratamiento, contra lo ordenado por la Dirección.

En el tiempo posterior a esta época de tratamiento por las sales de Shüller, este enfermo se ha encontrado muy mejorado, sin delirio y ataque ninguno, lo que no sucedía anteriormente al tratamiento por las sales.

* * *

En el individuo Andrés Rodríguez, asilado también del Manicomio Central por padecer de enajenación mental de origen epiléptico, se pusieron en práctica las soluciones de las mismas sales de Shüller, usando aquí la combinación Natrium-Sulph y Magnesium Phosf. En este caso se conoció una disminución de los ataques que no tiene ningún valor, pero sí hay fenómenos gastro-intestinales de consideración, lo que hace suspender el tratamiento que no volvió a ponerse en práctica. Sin embargo se puede apreciar una mejoría marcada del estado mental post-convulsivo, y una disminución del número de ataques.

* * *

Debo referirme a otras observaciones que, aunque incompletas, pueden por lo menos dar algunas ideas orientadoras en este problema que, como todos los problemas médicos, lleva fácilmente a los apasionamientos, ya sea en favor o en contra, olvidando que a la verdad solamente se podrá llegar con la observación y el estudio detenido de los hechos que real y positivamente se presentan en el campo clínico, o en el campo de observación científica.

Catalina Turcios es una mujer que llegó al Manicomio Central padeciendo de demencia epiléptica. Su ingreso lo hizo

el día 17 de abril de 1934 en pésimas condiciones personales, a este estado la han llevado los ataques frecuentes y el delirio post-convulsivo en que quedaba sumida, delirio furioso que era sustituido por un estado shisofrénico característico en estas enfermas. Los ataques son muchos en el día y en la noche, y los períodos de calma son caracterizados por el estado mental ya referido. Fué tratada desde su ingreso con bromurados y con luminal, con resultados puramente calmantes, pero con calma pasajera. Tomando en consideración el estado general tan comprometido, el 25 de julio del mismo año se comenzó a proporcionarle las sales de Shüller usando las fórmulas de las soluciones de Ferrum Phosf y Kalium Phosf alternativamente cada hora. La observación atenta de este caso tratado así nos hace conocer una mejoría pronta del estado general y del estado mental de la asilada, habiéndose comprobado también una verdadera disminución de los ataques epileptiformes, a grado que la misma enferma nota su gran mejoría. Los períodos intermediarios entre los ataques los pasa la enferma sin ningún delirio y el estado demencial ha desaparecido por completo. En este estado se suspendió el tratamiento. Nadie puede negar en este caso una influencia favorable sobre una enferma que estaba en un estado desesperado. Esos son los hechos que se presentaron, el criterio que sobre ellos se forme el que los conozca puede variar sin que ello afecte a la doctrina científica en lo mínimo.

* * *

Debo de referirme ahora a otra observación, a la que yo le he dado alguna importancia, y que por lo menos llama la atención del profesional que se dedica al estudio.

Se trata de María Fuentes, quien ingresó al Manicomio Central el día 7 de abril de 1933.

Ella informa que desde la edad de 16 años padece de ataques epilépticos que le comenzaron según cree a causa de una caída de un árbol. Entre sus antecedentes se encuentra un parto normal y dos abortos. La reacción de Hetch fué negativa.

Los ataques que se observaron desde su entrada fueron muy frecuentes, sobre todo el día de sus menstruaciones, que son regulares. Esos ataques, que han sido intensos, son seguidos de cefaleas y agitación violenta, con delirio maniático.

Es tratada al principio con bromurados y con luminal con resultados poco favorables.

El día 25 de julio de 1934 se comenzaron a usar las sales de Shüller administrando alternativamente Ferrum Phosph y Kalium Phosph.

Se notó en esta enferma, como consecuencia de tales administraciones salinas, trastornos gastro-intestinales intensos, que produjeron postración y debilitamiento de gran intensidad. Pero después de pocos días de tratamiento hubo cambio notable pues los accesos convulsivos han disminuido en número e intensidad, y las cefalalgias desaparecen, el delirio cambia completamente pues queda reducido a delirio calmado de palabras, presentando el cuadro de un delirio lúcido, o de locura razonante.

Desde el mes de agosto del mismo año, es decir un mes después del comienzo de la administración de las sales de Shüller, la mejoría se sostiene con ausencia completa de ataques, desaparición de cefalalgias, y estado mental casi normal. La enferma se ha convertido en una persona servicial, que puede desempeñar cualquier oficio, sin ninguna tendencia a la fuga, la que tuvo anteriormente muy marcada. Ha tenido seis meses de observación estricta y la mejoría se sostiene. Únicamente se nota en ella una afectuosidad y humildad que contrasta con la agitación anterior, en la que era impulsiva y violenta.

Durante este tiempo de seis meses se ha estado sosteniendo el tratamiento de las sales de Shüller de una manera lo más regular que ha sido posible y el estado de la enferma se ha sostenido muy bueno, habiendo mejorado también el estado general, pues se encuentra muy repuesta sin delirio ni ataque ninguno hasta la fecha.

Comparando el estado anterior de este caso con el estado presente se puede considerar si ha habido o no influencia del uso de las sales de Shüller.

No se puede pasar desapercibido tampoco que en este

caso de resultados favorables hubo trastornos gastro-intestinales intensos hasta el grado de asemejarse a una intoxicación aguda.

Y es de notar que en los casos en que hay acción favorable con el uso de las sales de Shüller, ésta va precedida de trastornos gastro-intestinales de alguna consideración, hay pues una relación indudable entre el efecto tóxico y el efecto terapéutico.

* * *

Natural parece preguntarse, ¿qué son las sales de Shüller?

Estas sales son simplemente preparados salinos especiales que se usan en Medicina Homeopática y que han sido recomendadas para muchas enfermedades. Se usan a dosis homeopáticas en solución muy diluida. Las usadas en los casos que he referido se han preparado haciendo una solución madre de 1 por 20 de agua destilada, de la cual se ponían diez o veinte gotas en una botella de agua para tomar una cucharada cada hora. Como lo he informado, se usaban dos soluciones administradas alternativamente cada una, a dosis de una cucharada, cada hora.

Lo que desde luego llama la atención es que siendo una solución tan débil produzca trastornos intestinales y gástricos tan intensos.

El efecto terapéutico no puede desconocerse, pero debe sobre todo establecerse el mecanismo por el cual obra el preparado sobre el sistema nervioso dando por resultado la mejoría tan franca que se nota en los casos de epilepsia tratados por tales soluciones.

Esos hechos que yo he observado pueden explicarse de diversas maneras, y hasta negarse, pero yo no pretendo que se declaren ciertos, me basta decir lo que sobre ellos creo, cualquiera que sea la opinión que otros se formen. No trato de hacer propaganda ni de defender intereses especiales de ningún científico ni de ningún fabricante. Pero estoy, o me considero capaz, de explicarme el motivo o causa de los fenómenos que se observan, cuando se quiere, con el uso de tales soluciones en el síndrome epiléptico.

Sé muy bien que se me puede hacer esta pregunta ¿se

ha tratado de epilepsia esencial o de epilepsia sintomática en los casos observados? Esto constituiría una dificultad para dar una explicación de la acción de las soluciones salinas administradas a dosis homeopáticas. Pero ante tal dificultad yo contestaría con la opinión del célebre neurólogo de la Escuela de Montpellier, Dr. Luis Rimbaud. Recordémoslo una vez más: «Toda epilepsia es sintomática».

De manera que las soluciones salinas de Shüller, a dosis homeopáticas, pueden obrar, o no, según sea la causa que ha provocado el síndrome.

Cierto es que esta causa no siempre es encontrada fácilmente y que su interpretación da lugar a discusiones cuya resolución no es fácil, pero cierto es también que si investigamos por el lado del funcionamiento defectuoso de algunas glándulas encontraremos mucho que nos pueda dar luces.

No debemos de olvidar que la uremia puede ser latente, y constituir una especie de estado urémico latente, tendríamos que volver a recordar la opinión del Profesor Castaigne, la que establece que no debe de separarse la epilepsia de esa uremia convulsivante, y que debe de reconocerse la relación íntima que existe con las alteraciones materiales y funcionales de ciertas glándulas.

Imposible parece, por otra parte, olvidar la influencia que sobre el brote del síndrome epiléptico tienen las infecciones generales y las intoxicaciones de diversas clases.

Internándonos en los trabajos de Guillaín y de Laroche y en las reflexiones médicas que tales trabajos importantísimos producen, podemos llegar a poseer un criterio que nos oriente de mejor manera en esta intrincada cuestión médica, y no sólo médica sino también psiquiátrica y médico-legal.

Efectivamente, al llegar al estudio de la epilepsia tenemos la impresión de que estamos frente a un caos, pero en la actualidad podemos ya encontrar algunas luces que nos alumbren en este caos y llegar, en parte siquiera, a obtener un criterio que nos satisfaga.

En este camino podemos nosotros llegar a admitir muy legítimamente la existencia de venenos diversos que seían fijados, unos de preferencia a otros, por las células nerviosas.



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento, sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador.

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

del neuro-eje, células que estaban más o menos lesionadas de antemano

En este orden de cosas nosotros podemos referirnos a ciertos venenos químicos que producen verdaderas crisis epileptiformes en los individuos más o menos predispuestos, o en los sanos anteriormente

Con Euziere tenemos que invocar las predisposiciones individuales para explicarnos algunas crisis epileptiformes causadas por tóxicos o sustancias provocadoras de crisis. Al lado de las sustancias tóxicas tenemos que considerar las causas infecciosas, a las cuales Pierre Marie ha concedido una influencia innegable como provocadoras de crisis epileptiformes. En estos casos también debe de tomarse en consideración la predisposición individual.

Para Laignel—Lavastine y Víctor Ballet entre la infección y la epilepsia existe algunas veces como lazo de unión, la inflamación de las meninges. Lo curioso en esto es que la misma causa que provoca la epilepsia, es decir la infección, puede causar la frenación de los accesos, así se explica la influencia frenatriz de algunas infecciones como la gupal sobre los accesos epilépticos.

El mismo papel de productor de crisis epileptiformes se le reconoce a las sustancias venenosas endógenas y a la cabeza de ellas aparecen las intoxicaciones gastro-intestinales. M. de Fleury ha insistido mucho sobre el poder epileptógeno de los venenos intestinales.

Es un hecho ya comprobado por las Ciencias Médicas que las bilis de personas enfermas tienen influencia manifiesta sobre estados o trastornos nerviosos determinados y variados, tales como estados catatónicos, estados somnolientos y esteletosos, estados hiperkinésicos y estados catalépticos. A esos resultados han llegado los trabajos de Henri Baruk y Luis Camus. De todo ello se deduce que la bilis de hombre enfermo de reumatismo crónico o de colitis y de colicistitis produce, inyectada en el ratón, un estado de hiperkinesis violento quedando el animal en agitación fuerte.

Los autores citados dan a esto una importancia bastante

grande aunque no crean que eso constituya una verdadera epilepsia

Se ha atribuido a los ácidos biliares el efecto hiperkinésico, pero es sin duda la bilis toda la que obra en tal sentido

Los estados urémicos de que ya he hablado en este trabajo tienen directa relación con alteraciones hepáticas que dan lugar a trastornos biliares de importancia en los casos considerados

Si recordamos los efectos de las soluciones salinas de Shüller administradas a dosis homeopáticas podemos compararlos a descargas biliosas provocadas por esas sales. Esos vómitos y esas diarreas tan marcadas no son más que causadas por la expulsión de bilis alteradas retenidas que producían el envenenamiento lento que daba lugar a los accesos epilépticos en los predispuestos, es decir a la expulsión de un veneno endógeno que sostenía una especie de uremia convulsivante al obrar sobre las células nerviosas, dando al mismo tiempo lugar a estados mentales de manías con agitación y demencias

Esa es para mí la influencia de las sales de Shüller sobre todo por su presencia en el duodeno como derivadoras de bilis

Bien conocidas son ya las influencias de otras soluciones como las de cloruro de magnesio sobre el duodeno a donde se ha llevado por sonda de que se vale la Medicina Alopatía. Más trabajos se imponen en este camino

Además del tratamiento con soluciones salinas hice investigaciones con otros medicamentos como inyecciones de maceraciones de cerebro de animales debidamente preparadas, y los resultados fueron muy satisfactorios en varios casos, pero de ellos aún no debo decir nada desde luego que mi cesación como Director del Manicomio Central no me permitió seguir en esos trabajos tan importantes e indispensables en estas labores científicas

San Salvador, Marzo 8 de 1935

G. Triqueros

PRACTICA DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

CONFERENCIA LEIDA EN EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD
DE EL SALVADOR EL 15 DE MAYO DE 1935

Por el Dr. CARLOS FEDERICO MORA

Fraternal en sus afectos, cordial en el expresarlos, amplia en sus miras que se extienden hasta la lejanía en busca del buen derrotero, la Universidad Nacional de El Salvador ha querido recordar que sus luchas y sus aspiraciones son las mismas que estriemecen a todas las universidades del Istmo y ha pensado, con acierto, que a cada uno de los que estamos vinculados con ellas nos interesan por igual y por igual nos preocupa que se prosigan y se realicen, por ser común el camino que seguimos, en marcha hacia el porvenir, hostigados por ansias, inquietudes y necesidades idénticas. Al reconocimiento de esta verdad y al noble deseo de hacerla efectiva debo agradecer la satisfacción muy honda de encontrarme entre vosotros, no a mi mérito personal, pues no lo tengo, ni con mucho, a la altura del papel que vuestra cortesía y vuestra generosidad dispusieron asignarme. Muy penetrado de ello, cuando recibí la invitación que se me hacía para venir a decirnos cómo siento el afán renovador que aquí se está agitando, la reflexión me aconsejó que no aceptara, señalándome la desproporción evidente entre mis propias fuerzas y la magnitud de la tarea que se me encomendaba, pero el sentimiento, más poderoso que la reflexión, más convincente y persuasivo para quien se sabía distinguido por un gesto hermanable y por la realidad de sus aptitudes, me indujo a lanzarme en la aventura y aquí estoy, en esta tribuna que ha honrado muchas veces la presencia de destacados intelectuales salvadore-

ños, siendo yo ahora el que recibe el honor, con la más grata emoción de su vida. No me siento extraño, mucho menos intruso en estos dominios de la cultura salvadoreña, soy centro-americano y, como tal, nunca pueden serme ajenos cualquier movimiento anímico, cualquier destello de la mente, cualquier vibración volitiva que crucen por el ámbito de la América Central. Sólo me siento estorbado y cohibido en mi ardiente voluntad de colaborar en vuestros esfuerzos, por la imposibilidad de responder como quisiera a vuestra expectación, pero si para empeñarnos fuéramos siempre a calcular el alcance y la virtud de nuestras facultades ¿para cuándo nos quedaría la feliz oportunidad de acudir al llamado amistoso que, al invitarnos, tampoco atiende a lo que podemos sino nada más a lo que significamos como hijos de una misma Patria y productos de una misma civilización? Os ruego, pues, que me escuchéis no como a quien trae abundante caudal de ideas y novedades, sino como a quien lo trae de cariñosos propósitos, y no penséis que vengo como huésped sabio y solemne, retórico y pedante, sino como uno de la casa, ingenuo y atento únicamente a ser útil y sincero.

Se me marcó como tema para el trabajo que había de aportaros un estudio sobre la Reforma Universitaria. Es éste, al parecer, de entre los problemas no vulgares, uno de los que más ocupados tienen, en el anhelo de su resolución, a los dirigentes del pensamiento salvadoreño, como que ya se ha dicho en no distantes ocasiones y en este mismo lugar, mucho y muy bueno acerca de semejante cuestión. Comprenden y sienten todos aquellos que son capaces de seguir con ojos avisados y alma abierta a la esperanza el desarrollo de la acción universitaria de este País, que es preciso desviarla hacia otro rumbo, más promisor que el actual cuyos límites, de sobra restringidos, no llenan ni satisfacen a quienes quisieran verlos dilatarse hasta los círculos más externos y penumbrosos del conglomerado humano que se congrega en torno de la Universidad. Quieren renovación de ideales y sueñan con que la sombra benéfica del Alma Mater se proyecte sobre un territorio mucho más vasto. Piden que la Casa del Saber crezca y se supere a sí misma para el mayor provecho de la

comunidad y, movidos por un ansia redentora, han venido perfeccionando la ideología que debe servir de sustentáculo a sus realizaciones concretas, inspirándose para ello, tanto en las corrientes de opinión que se han producido y que avanzan en países de idiosincrasia similar a la nuestra, como en su conocimiento inmediato del medio social, de sus dificultades y de sus demandas. Así, con lo que ya se ha expuesto y debatido, creo que está en vías de crearse un concepto, si no unívoco e indiscutible, por lo menos bastante claro, sobre el sentido general de la reforma que se persigue y se tiene ahora una visión más próxima, mejor realizada, de la Universidad futura, de sus caracteres fundamentales y de sus tendencias directrices. Tal es, en todo caso, la impresión que despierta la lectura de lo que aquí ha estado predicándose y la auscultación del eco que a la prédica responde.

Abierto como está el surco y echadas las semillas, fuera empresa de estéril redundancia la mía de repasar por donde ya está labrado, con la reja de mis razonamientos que en nada difieren, si no es en la calidad. Reconózcome de acuerdo con todos esos puntos principales y máximos de la ideología reformadora que, a través de la América Latina han dado pábulo a las controversias, a los choques entre el quietismo y la agitación, a las más comprensivas y a las más apasionadas exégesis, a temerosos ensayos y a bruscos cambios de frente, a excesos y reacciones, tímideces y desbordes, a todo ese batallar desatentado—como el de los humanos en pos de la Felicidad—que sacude a la Inteligencia en el Continente entero y va dejando, como saldo favorable, una noción cada vez más elevada de lo que debe significar la Universidad en el avance evolutivo de nuestras nacionalidades y un progreso cada vez más sensible hacia la consumación de la reforma. Me rindo plenamente a la buena razón que ilumina a las conciencias en marcha y me incorporo a ellas admitiendo, como de seguro lo admitís la mayor parte de vosotros, que nuestras universidades ya no deben dedicarse, en exclusivo, a la manufactura y expendio de doctores, ya no deben permitir que las absorba, de modo tan absoluto, el cuidado de la enseñanza técnica, ya no deben ser el patrimonio, ridículamente estrecho, de una

pseudo-aristocracia mejor instruida, sino que deben transformarse en un núcleo, mucho más potente, de difusión cultural, en un agente democratizador por excelencia, en una institución polifacética que, dentro de la multiplicidad de sus detalles, tienda y se encamine sin desmayos hacia la universalidad. Ante la verdad soberana y la virtud catequizante de tan grandiosos postulados me inclino convencido, ganado y pidiendo tolerancia para mirarlos como dogmas, siquiera sea por el temor de que sin la obstinación que engendra una creencia fanática, no se tenga la fuerza necesaria para hacerlos llegar hasta donde prometen.

Pero no me propongo ceñirme en esta conferencia sobre las cimas de la ideología y, sacrificando el placer y la importancia que puede darme el cabalgar por las nubes en la muy honrosa compañía de todos los pensadores que por allí se han ido, prefiero quedarme aquí abajo y exponer, desde una posición mucho más modesta y por ende más asequible, algo que no sea sublime, pero sí provechoso, que no embelese, pero sí enseñe, que no le hable a la comprensión filosófica sino a la buena voluntad de hacer. He creído que para responder con lealtad a vuestro llamamiento, en vez de entregarme a consideraciones teóricas o doctrinarias, parafraseando lo que otros muchos han escrito con más autoridad y enjundia haría mejor en cortarles las alas a mi imaginación y amordazar el lirusmo, para ofrecerles una contribución más práctica y mejor adaptada a vuestro deseo de hacer algo efectivo. Ojalá no me equivoque, pero yo me figuro que el momento es oportuno para presentaros un plan de acción, concreto, puntualizado, en el que las generalidades abstractas sobre las cuales ya hemos convenido en estar de acuerdo tomen forma de realidad e impulso creador, en el que lo estático fundamental dé nacimiento a lo dinámico y en el que se organice la ejecución de lo imaginado por los idealistas. Dijo Nietzsche que "los ideales son excrecencias del espíritu" tal vez por el intento de forjar algo vivo con las aspiraciones platónicas que se han elucubrado a expensas del problema universitario podamos, en el caso presente, dar el falso a la cínica frase

Así como está predestinada al fracaso o la parálisis toda

labor universitaria que no se deslice por un cauce trazado de antemano y no transcurra por él buscando su finalidad preconcebida, así también ¿para qué sirve el concepto formal, receptáculo de la acción concreta, si permanece vacío porque no se prepara, a conciencia y con método, el contenido que en él debe caber? Fuerza es que se le elabore. No conduce a nada el trazar en el aire los planes de la Nueva Universidad hay que ponerlos sobre el terreno y edificar según ellos. En esa tarea constructiva quiero cooperar, con lo poco que tengo, y, queriéndolo, opté por emprender en esta vez una revisión de mejoras y de innovaciones que, a mi modo de pensar, son factibles y conducirían de fijo a que el ideal universitario pudiera, como quien dice, encarnarse, materializarse, volverse realidad concreta y fecunda, dejando de ser entretenimiento de soñadores para convertirse en beneficio de necesitados, puesto que tales reformas objetivas tendrían ya de por sí un resultado inmediato y tangible, sin que por eso dejaran de revelar la aspiración suprema que anima a la reforma ideal, sino más bien cumpliéndola.

Dicho esto a guisa de exordio y de excusa, al mismo tiempo, por la posible trivialidad de mi trabajo, permitidme que enumere, para entrar en materia, las consabidas orientaciones en que las actividades de toda Universidad completa y digna de su nombre se despliegan, persiguiendo el logro de su común finalidad que es la promoción de la cultura. Por una parte, la Universidad se consagra a formar profesionales, impartiendoles la enseñanza técnica que su preparación requiere y habilitándolos, científica y legalmente, para el ejercicio de una carrera. Ésta, que no es ni remotamente la función principal de la Universidad, es, sin embargo, la única que desempeñan las universidades nuestras, dejando, si acaso, para la letra muerta de sus estatutos y reglamentos el ocuparse de las otras cuya grandeza y trascendencia no alcanzaron a comprender los directores pasados de nuestros centros académicos. Esas otras son la *investigación científica*, prohijada, organizada, sistematizada, por la Universidad, la *conservación científica* o sea la custodia, salvaguardia y atesoramiento de cuanto produce el pensar nacional la *divulgación científica* o

extensión universitaria que hace llegar a todas las capas sociales los beneficios del saber, los conocimientos útiles, las ideas generales accesibles a la mayoría, las palpitaciones del corazón universitario

Por lo que respecta a la enseñanza de las carreras facultativas pienso que la estructura actual de la Universidad tiene que sufrir modificaciones sustanciales en lo relativo al *modus operandi*. Bien está que el programa de estudios para las carreras clásicas continúe en vigencia, con alguno que otro cambio que, si ha de perfeccionarlo o de remozarlo, no alterará sus tendencias directoras, porque ellas, calcadas en la experiencia de muchos países son aceptables en su conjunto, aunque no respondan todavía a ciertas concepciones pedagógicas que en ultramar están abriéndose paso. Pero creo que es necesarísimo—por mucho que cueste—hacer una revolución formal en la manera cómo esos programas se aplican y desarrollan. Porque el sistema seguido hasta hoy ya es difunto y debe ser sepultado. Es el sistema que erige en preocupación omnipresente y orientadora de toda el esfuerzo, tanto estudiantil como magistral, la preocupación de los exámenes. Es el sistema de la cátedra servida por un solo hombre, a base de lecciones orales y de ruminación libresco, en monólogo que los alumnos escuchan inmóviles, paralizados todos los resortes de su inquietud investigadora, adormecida por la comodidad de la postura el ansia de *hacer*, de buscar, de encontrar por sí mismos. Es el sistema que transforma al grupo de estudiantes en grupo de oyentes o de copistas, provistos nada más que de una función receptiva, privados de toda dinámica. Es algo imposible y bueno únicamente para la formación de autómatas. En su lugar debe crearse la cátedra viviente y multánime, es decir, la que congrega en torno a los problemas de la clase al profesor, sus asistentes y sus alumnos, para que entre todos los resuelvan y el estudiante se habitúe a forjar con sus solas fuerzas, aunque bajo la guía y dirección del catedrático, el arsenal de conocimientos que más tarde le servirán para la lucha y para que pongan en marcha todo su mecanismo mental y no sólo sus centros auditivos. La Nación, después de todo, lo que necesita es de

hombres enseñados a escarbar con sus propias manos en la entraña del conocimiento y no a recibir como pordioseros lo que otros quieran darles

Por muy difícil y dispendioso que parezca el reorganizar las cátedras en el sentido que insinúo, considero que es indispensable hacerlo. Los catedráticos encargados de presidirlas se irán formando en la práctica misma y, bajo su sombra madurarán los asistentes o agregados que vendrán a sustituirlos en su debido tiempo y que, mientras llegan, tendrán a su cuidado partes tan esenciales de la enseñanza como son las repeticiones, los trabajos prácticos, la instrucción de grupos reducidos, el contacto inmediato y asiduo con un corto número de alumnos. No es cuestión de improvisar es cuestión de trazar un nuevo surco y dirigir por él a los actuales miembros del personal docente, admitiendo también en la docencia a los recién egresados para que se ejerciten en ella y se asimilen sus nuevas orientaciones. Con sólo que haya quienes se sientan insatisfechos o avergonzados de seguir siendo monoliguistas se tendrá andada una buena parte del camino, porque lo esencial en la transformación consumada de los métodos pedagógicos es la comprensión y la buena voluntad de los llamados a efectuarla. Que la Universidad, por su lado, y los catedráticos, por el suyo, sientan como una íntima necesidad la de convertir los cursos orales y unipersonales que actualmente se dictan, en una función docente mucho más activa, en cuanto a la participación de los que aprenden y más distribuida, por lo que hace al profesorado, que se dé a la cátedra mayor amplitud, en todos conceptos y entonces la preparación de los nuevos profesionales habrá hecho un avance inapreciable. Y no tengamos como válida, en contra de esa reforma metodológica, la objeción de que el número de estudiantes que frecuentan muchas de las cátedras es muy pequeño, si se le compara con el de los que asisten a las grandes universidades, en donde la misma plétoya de cursantes obliga a multiplicar los profesores agregados y a ramificar las clases, justamente lo limitado de la cantidad debe estimularnos a mejorar la calidad y tiene que facilitárnoslo. Pero la calidad no se mejora si no es mejorando

los sistemas de enseñanza, amplificando las cátedras, haciendo que el estudiante sea parte activa y que el conjunto estudiantil viva de veras el aprendizaje

Es preciso, por otra parte, que se abra nuevos horizontes para los que se disponen a seguir una carrera, a fin de que no se vean acorralados, como ahora acontece, en el círculo demasiado restringido de las que ponemos a su alcance, como otros tantos caminos abiertos hacia el porvenir. Esos caminos deben ser ampliados y multiplicados, en interés de los individuos y en interés de la comunidad que, mientras soporta el peso, cada vez más gravoso, de un crecido número de profesionales de la misma especie, carece, en cambio, de un solo hombre de ciencia consagrado a alguna de esas ocupaciones que importan mucho al progreso y mejoramiento del conjunto, pero que la Universidad no tiene inscritas en sus planes de estudio. Haya más oportunidades para los que deseen dedicarse al cultivo de otras disciplinas científicas y no se ponga al bachiller en el apuro de decidirse fatalmente por alguna de las pocas profesiones que actualmente se le ofrecen, sin tener vocación para ninguna de ellas y tal vez sacrificando las excelentes disposiciones que posee para aquellas otras que por el momento le están vedadas. Puede verse mejor cómo es de apremiante la instalación de nuevas escuelas facultativas con sólo pensar en que en estos países ístmicos de índole esencialmente agrícola no existe, que yo sepa, en ninguno de ellos, la Facultad de Agronomía. Es decir que la más generalizada, más útil y más importante de las actividades sociales se deja abandonada al empirismo o a la mediocre preparación, al mismo tiempo que se hace caer a los jóvenes que, con buenas cualidades vocacionales, pudieran entregarse a ellas debidamente preparados, en la tentación de aplicar sus talentos a profesiones mucho más explotadas y que no tienen nunca para la Patria la significación que alcanza una Facultad como la que he mencionado. Semejante estado de cosas es ya insostenible la Universidad, sin negar su importancia a la Medicina, el Derecho, la Ingeniería y la Farmacia, tiene que abrir nuevas escuelas profesionales y, para torcer la corriente que en virtud de la inercia y la rutina se dirige incesante-

mente hacia las viejas escuelas, tiene que poner obstáculos en la entrada de ellas, facilitando, por el contrario, el acceso a las de reciente creación

También es cosa que no admite aplazamiento la fundación de nuevas cátedras de aquellas que no llevan como necesario remate el pergamino universitario, pero que se destinan a enseñar determinadas ramas del saber humano que excitan curiosidades o intereses y responden a necesidades o conveniencias en muchas gentes que, sin embargo, no tienen la menor intención de revestirse con una toga doctoral. Cuántas vocaciones no se ven defraudadas, cuántos ocios no encuentran labor útil a qué aplicarse, cuántos anhelos de aprender no se quedan insatisfechos, porque la Universidad no se cuida de ellos, porque no cumple, en lo que les concierne, con su misión que es la de enseñar y enseñar siempre, con miras a la preparación profesional o con el mero objeto de acudir con sus luces a todo aquel que quiera instruirse. Admitir en el recinto universitario únicamente a los estudiantes de carrera es absurdo: ¿cómo puede formarse la cultura ambiente, y generalizarse, si no se deja cultivar su espíritu a los que sin ser aspirantes a profesionales sienten la necesidad de ese cultivo y tratan de apagar su sed en las fuentes universitarias? Que no se les eche en olvido, que también para ellos provea la Universidad y entonces la ilustración general del medio se elevará con la del mayor número posible de sus componentes.

Las ramas de la Ciencia que por su importancia y extensión así lo reclaman, deben contar con un Instituto en el que se las cultive intensamente y de manera exclusiva. El Instituto es la magnificación de la cátedra, siendo al mismo tiempo la organización del trabajo investigador en un sistema de esfuerzo plural, de suma de esfuerzos. El que haya visto en universidades de tradición gloriosa la modestia con que se instalan y presentan algunos de sus institutos y los fecundos resultados que irradian de aquella modestia comprenderá que no es el lujo del continente—cuyo alto costo siempre nos sale al paso como una dificultad aplastadora cuando hablamos de posibles instalaciones—sino la excelencia del contenido lo que avallora esos centros de trabajo y ya no dudará de que, con una visión

justa de nuestras necesidades, está a nuestro alcance el darles vida, para que pueda hacerse en la Universidad una verdadera especialización de sus labores. Es ahí, a esos focos de ciencia, a donde son atraídos los que nacieron para la vocación que ellos fomentan y ahí es también en donde se inician las pesquisas, se acumulan las observaciones, se aclaran los problemas y se forma, en fin, el depósito de ideas particulares a distribuir entre quienes lo hayan menester de entre el conglomerado social. No nos detenga el temor de no contar con recursos pecuniarios suficientes para dotar al instituto con un edificio propio y muy soberbio, con carísimas instalaciones, con numeroso personal, no nos venza el puuto vanidoso de querer hacerlo todo muy grande por la fachada, no aplacemos para un término en el que todas las facilidades se nos brinden por sí mismas, la creación de lo que hace falta, porque ese término nosotros debemos conquistarlo, marchando hacia él y no esperándolo en la inercia, agobiados por el pesimismo de un complejo de inferioridad demasiado grave para ser normal. Todo lo que se requiere para dar vida y mantener en ella a un propósito definido es acción por la acción el humilde departamento de investigaciones científicas al que bautizaremos con el pomposo nombre de "Instituto"—como el padre que sueña con glorias para su hijo lo bautiza con el nombre de héroe predilecto—se convertirá, andando el tiempo, en un verdadero Instituto en el que las esperanzas que le hayamos depositado al ponerlo en el mundo se volverán realidades y granará la cosecha. Esa cosecha no la recogeríamos nunca de persistir en la pretensión insensata que quiere ver el crecimiento de las cosas operarse antes de su nacimiento, sin advertir que, para alcanzar la plenitud, deben pasar ineludiblemente por un período embrionario, por una infancia llena de tropiezos y debilidades, por una fase inicial en la que los éxitos del futuro apenas apuntan como avatares irreconoscibles. Nuestra impotencia económica nos impide en el presente que establezcamos instituciones dotadas, desde un principio, con la abundancia, la largueza y el lujo que pueden enorgullecer al maravilloso instituto de una Universidad millonaria, en país de prosperidad y de recursos, pero no es eso lo que debe

preocuparnos sino la misión que cualquier centro especializado tiene que cumplir en el medio en que surge, misión que, aún siendo pequeña y quizás deficiente, siempre será, como dicen los anglo—sajones, “mejor que nada”

El Instituto, tal como se le concibe corrientemente, es puesto al servicio de las disciplinas científicas que necesitan trabajos prácticos, experimentación, instrumental, laboratorios. Su equivalente en el dominio de las disciplinas principalmente dialécticas es el “Seminario” o centro de actividad intelectual en el que el profesor y los alumnos, de consuno, se dedican al estudio de determinados problemas, preparan monografías, aportan al grupo de investigadores que forma la clase el fruto de sus personales desvelos y aprenden a elaborar por sí mismos los distintos temas que el desarrollo del curso académico somete a su indagación y a su espíritu crítico. En los seminarios, como en los institutos, se satisface el desiderátum de que hablaba a propósito de las cátedras: obligar a los estudiantes a que verifiquen ellos solos el descubrimiento o la comprobación de las verdades científicas que sus libros de texto dan por sentadas, pero que, para lograr un aprendizaje vivo, consubstancial con el alumno, deben ser sujetas a su propio criterio, dándole tanta libertad como facilidades para que trate el asunto propuesto a su intelección del modo que mejor le parezca, sobre la base de los elementos de juicio que le suministren las obras de consulta, las opiniones del maestro, el corolario de las discusiones surgidas al someter un trabajo a la crítica de los compañeros. Esta clase de labor universitaria que no necesita de instalaciones especiales está, por la misma razón, más a la altura de nuestras posibilidades y tengo la convicción de que ya ha llegado el momento de ensayarla. Pero, por supuesto, no puede dar resultados de legítimo aprovechamiento si no es dirigido por catedráticos que comprendan lo que están haciendo y dominen su materia. La creencia de ellos podría ser cortapisa en estas universidades que echan de menos la tradición y el personal idóneo para empresas semejantes y en los comienzos habría que descontar, seguramente, el cuasi—fracaso de los primeros ensayos. Sin embargo, no había que desanimarse sino perseverar, pensau-

do en que los maestros de otras partes son la resultante de haberse mantenido por buen número de años en una senda que necesariamente conduce a su formación. Mantengámonos, pues, en ella, nosotros también y no dudemos de que el fracaso del instante irá subsanándose con los años y llegará a ser el triunfo de los que perseveren. Y, desde luego, de los que hayan tenido el acierto de comenzar.

Para estimular el entusiasmo o echar, por lo menos, semillas en la subconsciencia en donde se elaboran las decisiones, quisiera hacer desfilar ante vuestros ojos la serie, bien nutrida, de las ciencias que se pueden profesar en seminarios e institutos, así como en cualquier cátedra especializada, pero, por no incurrir en demasiada prolijidad, me contentaré con mencionar apenas unas cuantas de las más destacadas o de las que, a mi juicio, más necesitan de que se les instale en dependencias especiales del conjunto universitario, por ser de aquellas que constituyen, o pueden prestarse para constituir, la cultura vernácula. Quiero decir que la investigación científica puede particularizarse en especiales núcleos de labor, con referencia a determinados conocimientos de interés universal y de índole propicia a la especialización, y puede hacerlo también con atingencia a otros conocimientos que radican, por decirlo así, en el País, porque versan sobre hechos y fenómenos que solamente se producen o se han producido en el ambiente patrio. Entre las que pertenecen al primer grupo hay algunas que por su grandísima importancia, su extensión, su multiplicidad y su carácter profesional pueden ser reconcentradas en escuelas facultativas, más bien que en institutos o secciones especiales se cuentan entre ellas las ciencias pedagógicas, las comerciales, las llamadas "Humanidades", las Bellas Artes, que no son ciencias pero que encajan perfectamente dentro del *curriculum* universitario, la Veterinaria, la Agronomía, etc. Hay otras que pueden ser impartidas en institutos o en cátedras sueltas, como la Biología, la Antropología, la Lingüística y las lenguas vivas, las lenguas muertas, la Gramática, la Historia, la Geografía, la Etnología, la Astronomía, la Geología y tantas otras que no preparan para ganarse el sustento ni para salir de la Universidad con

un título lleno de rúbricas, pero que, siendo parte integrante del saber humano, pueden y deben instalarse, sin esperar a que haya quien quiera aprenderlas sino invitando a los estudiosos a que busquen en ellas el solaz del espíritu, la ilustración, el perfeccionamiento, el aprovechamiento de una tendencia vocacional que, bien dirigida, puede conducir a la formación de un hombre de ciencia descollante, representativa de la cultura que en su País se forja. En el grupo de las ciencias de carácter nacional tienen cabida la Historia patria, la Arqueología, el estudio de las lenguas aborígenes, el del folklore nativo, el de la superficie terrestre y del subsuelo, el de las condiciones sociológicas y muchos otros que la Universidad no puede echar en olvido sin dejar de ser "Nacional" como la adjetivamos.

Los altos estudios pedagógicos que se siguen en la Escuela Normal Superior, el Instituto Pedagógico, la Facultad de Educación o como quiera llamarsele, son incumbencia legítima, y muy legítima, de la Universidad. Para que los maestros sean capaces de infundir en la masa del pueblo, por medio de la instrucción primaria y secundaria, la preparación que la hace permeable a la influencia educadora de la Universidad, es indispensable que hayan vivido en su recinto, dándose cuenta de lo que ahí se está operando y haciéndose soldados de la cruzada cultural emprendida por el Alma Mater. Además, la circunstancia de haber pertenecido al más alto entre los centros de enseñanza, da a la carrera de maestro un merecido realce y aunque no acrezca su valor intrínseco, que de por sí es muy grande, lo reviste ante los ojos del público, de una categoría especial que nunca está de más. Y, en fin, desde un punto de vista práctico, la complicada dotación de elementos de estudio que existe en la Universidad es la única que puede proporcionar a los maestros el material necesario para su buena preparación, sobre todo porque ésta se apoya, en gran parte, sobre conocimientos que le son comunes con otras ciencias o profesiones y la manera más expedita y natural de que los obtengan es colocando a los futuros maestros especializados en el seno mismo de la Universidad. Ya he hablado de las diversas cátedras, seminarios,

institutos, etc que no pueden menos de figurar en la arquitectura universitaria hay en ellos un manantial de enseñanzas muy suficientes para los maestros que están llevando su carrera a un grado más alto de perfección, porque ahí se emprende el estudio superior de la Psicología, la Biología, la Antropología y otras tantas ciencias que el maestro debe poseer como una noción amplia, universal, trascendente a todo y no como el caudal tan restricto y exclusivo que a las escuelas normales se le suministra. Cualquier científico que no se forme con vastas miras hacia lo general y enteramente humano es un científico deformado y, por lo mismo, indeseable los jóvenes maestros deben saber que hay entre las actividades del pensamiento una trabazón tan estrecha que no se la puede romper so pena del más sonado fracaso y deben adquirir, en consecuencia, una cultura general, extensa, universitaria del todo, ya que sin ella el formador de cerebros no estará capacitado para el desempeño de su alta misión.

El conocimiento de las Humanidades es parte principal, indispensable, ineludible, de la cultura. Debe llegar a todos lo mismo a los que van a ejercer las profesiones liberales que a los apartados de ese ejercicio, pero no de la ilustración que ennoblece a quien la tiene. Es ésta una verdad universalmente reconocida en nuestros tiempos y puede afirmarse que después de la catástrofe de los valores morales representada por la Gran Guerra carecen ya de sentido las antiguas disquisiciones sobre la preponderancia técnica o humanista que convenía dar a la educación universitaria. Hoy día —y tal vez con más razón en los pueblos de América que en los del Viejo Continente, por ser aquéllos como más jóvenes más evolucionistas— puede decirse que el problema está resuelto en el sentido de que el “saber” o preparación técnica, debe ser indefectiblemente completado, sublimizado, redimido de sus culpas materialistas, por la “sabiduría” o preparación filosófica, hasta el extremo de proponerse ya, en el Congreso Universitario anual de la República Argentina que “la Universidad no expida diploma profesional o doctoral sin previa comprobación de que el alumno haya cursado dos enseñanzas de las correspondientes al plan de estudios de la Facultad de Huma-

nidades y Ciencias de la Educación”, y de que el Decano de la Universidad del Plata, Doctor Enrique Mouché, dijera, por su parte, en una colación de grados, lo siguiente “Mucha gloria es para nuestra Universidad la orientación experimental de sus estudios. Pero lo es más aún la nueva superestructura humanista que empieza a formarse por sobre las universidades técnicas, dando carácter realmente universitario a su ambiente. La civilización requiere la técnica de ahí que sea necesaria la enseñanza de las Bellas Artes, la Historia, las lenguas muertas, como medio de elevar al hombre de la técnica a la cultura superior. De ahí que la Universidad, si sólo se preocupa de la enseñanza técnica, sólo llena uno de sus propósitos: la preparación para las carreras liberales. Pero con ello no llena su más alta y noble finalidad: la Cultura. El ideal es que todos los alumnos de nuestra Universidad pasen por la Facultad de Humanidades”. Lo transcrito demuestra cuánto terreno han perdido después de la guerra los objetivos prácticos de la educación pública y cómo se siente ahora que el progreso material, los adelantos industriales, la vida económica, no son una finalidad sino un medio, porque los resultados últimos de la Cultura, los que realmente merecen perdurar, son los que se obtienen en un ambiente nacional propicio a los intereses idealistas.

Ese es el ambiente que, por desgracia, no existe en estas tierras del Trópico. El criterio utilitarista, de lo más estrecho y miope, que priva en ellas se asombrará naturalmente—tomándola como exageración de ideólogos divorciados de la realidad—ante la ocurrencia de que se exija, a quienes van a ejercer el oficio de médico o abogado, el estudio de la Filosofía, la Moral, la Estética y otras cosas muy abstrusas que no les servirán de nada—según ellos—en el diario y mecánico cumplimiento de sus obligaciones. Pero aquel que, lejos de vivir con las narices pegadas al suelo, se dé cuenta de cómo la educación integral contribuye a mejorar la calidad del hombre y cómo la calidad del hombre influye sobre su capacidad para cumplir con los fines humanos, sobre su aptitud profesional, sobre su éxito en la vida, el que reflexione en que los universitarios son por la fuerza de las cosas, vivos ejemplos.

conductores, inspiradores, ejes casi, en nuestros medios sociales, convendrá en que la adquisición de los conocimientos y de la elevación moral que se consignan con el estudio de las Humanidades es una necesidad ingente que todos deben desear ver satisfecha cuanto antes, con sinceridad de convencidos. Más aún el joven que levantando su alma por encima de los mezquinos apetitos de lucro y de figuración social que conduce a muchos hacia la Universidad, comprenda que él no será nunca más que un torpe artesano de lo que aprenda en técnica mientras le falte el sostén de los conocimientos filosóficos, no pondrá obstáculos a la intención de enseñarle lo que en la vida le es más necesario para ser bueno, para ser justo, para acercarse a la perfección. Y, en fin, los que dirigen la marcha de la Universidad cuando adviertan, a su vez, cómo es de parcial y buida la preparación que no atiende a las ideas generales sino recae solamente sobre un fragmento del saber total, no vacilarán en obligar a los futuros profesionales a que adquieran todos aquellos principios que, aún siendo menores en cantidad, serán los que verdaderamente hagan de sus alumnos, hombres de conciencia y de nobleza espiritual, en lugar de simples ganadores de dinero. Aquí se trata de algo básico, de algo primordial, y estoy profundamente convencido de que debe adoptarse sin aplazamiento, si se tiene la firme voluntad de reformar a fondo estamos corroidos de materialismo y debemos procurar que las nuevas generaciones se libren de él y regeneren su educación científica con la ayuda de una educación filosófica que les permita ver más allá del estrecho horizonte en que las preocupaciones materiales encierran su concepción del mundo y levantarse por encima de la flautina de vulgaridad en la que no se hace más que ramonear el pasto, en la que se pasa una existencia inhumana, en fuerza de ser vegetativa.

Salgamos de estas tristes consideraciones y pasemos al capítulo, mucho más liviano, de las Bellas Artes. Toda Universidad que comprenda y se posea del sentido universal de la cultura tiene que prestar atención a las manifestaciones artísticas en sus varias modalidades y debe mirar como la más amable de sus atribuciones la de consagrarse seria-

mente a su cultivo, a su fomento, a su divulgación. Tanto para los profesionales como para el gran público es ocupación que enaltece y salva de la vulgaridad la del que se dedica a las Bellas Artes y si ellas no han logrado cobrar en nuestros países la extensión que deben tener, si no se difunden en todos los gustos con facilidad, con intención, con método que enseñe a comprenderlas, es, en parte, porque la Universidad defrauda en ésto, como en otras muchas cosas, el primero de sus deberes que es el de establecer contacto, absoluto y completo, con el alma popular. Una cultura en que no vibra la nota de belleza puesta por el Arte es cultura sin alas que la eleven por encima de lo terrenal, es cultura a medias y en la que lo prosaico roba sitio a lo ideal, privando a los hombres del estímulo que conmueve el sentimiento, como si no estuvieran dotados más que del intelecto. Es cultura para anormales o para desalmados. Pero ¿cómo podrían notar la fealdad de un defecto tan grande los que han vivido obsesionados con la creencia de que la Universidad no es otra cosa que un centro de instrucción técnica?

Por otra incomprensible aberración, los estudios de Biología no suelen figurar en nuestros programas universitarios con la preminencia que les corresponde en derecho, ya que la Biología o Historia de la vida y de las vicisitudes porque han atravesado los seres vivientes para llegar a ser lo que hoy son, debe estar colocada en un escalón más alto que la Historia humana, la cual no es más que un caso particular de aquella. Es imposible que la juventud tienda hacia el pasado la mirada retrospectiva que es indispensable para que el hombre se ponga en el propio lugar que le corresponde en la Naturaleza, si se prescinde de estudiar la Biología y es también imposible, con esta prescindencia, que se sienta identificada con el mundo ambiente, con todo lo que existe, con todo lo que forma el Universo y que, consciente de esa identificación, comprenda cuál es su verdadero papel en la vida.

También, por supuesto, la Historia del hombre, en lo que podríamos llamar un curso superior, que amplía los conocimientos adquiridos en la secundaria debe enseñarse y debe elaborarse bajo un plan sistemático y no tolerar, como ahora

nos pasa, que sean los simples aficionados quienes se entregan a las investigaciones históricas, desligados de toda colaboración universitaria. A esos aficionados habrá que atraerlos para que profesen en la cátedra de la Universidad, de modo que ningún esfuerzo se pierda y que, con su auxilio, con el ardor de su dedicación tal vez exclusiva, se explore a fondo en el pasado, sobre todo en el pasado nacional, se copie material informativo, se depuren los juicios y opiniones y se efectúe, en fin, toda aquella labor de paciencia y de análisis con que se levanta el edificio histórico. Por lo demás, es harto sabido que el intercambio de ideas y de datos es manifestación muy frecuente de la actividad académica y que hay en el mundo, a buen seguro, muchas universidades que tienen positivo interés por las indagaciones históricas que la Universidad nuestra puede emprender en su territorio circunvecino. ¿cómo responder a su demanda de intercambio o a sus consultas no existiendo una sección de Historia que esté en aptitud de hacerlo? No quedaría más recurso o, mejor dicho, "no queda" porque el caso puede muy bien presentarse en nuestra actualidad desprevénida, que alistar provisionalmente los servicios de un historiador extraño a la Universidad para que nos saque del paso, pero ese recurso es realmente indigno de una Universidad que se respeta y que debería tener, preparados de antemano, su propio personal y su propia labor.

La enseñanza especializada tiene en el estudio de las lenguas otro campo de aplicación vastísimo. Enseñanza del castellano, en primer lugar, de sus orígenes, de su estructuración, de su Literatura y hasta de sus degeneraciones, si se quiere. Y luego, enseñanza de las lenguas extranjeras, pero no de aquella que por ser tan mal dada es inutilizable en la práctica, sino de la que permite a un individuo profundizar en el conocimiento del idioma que tiene sus preferencias, apreciándolo en todos sus aspectos. ¿Por qué no habría de existir en nuestras pequeñas universidades esa clase de enseñanza si hay muchas personas en nuestros países que se interesan por su estudio y si, en otro sentido, es trunca una cultura que desconoce el medio de comunicación de los seres humanos y que carece de lingüistas y de filólogos, porque no los estimula ni

les ofrece facilidades para formarse, como si esos entes no tuvieran, al igual que cualquier científico un alto papel social que desempeñar el de recoger en el ambiente cultural de la Patria una clase especial de vibración del pensamiento que no es de las de segundo orden, ni de las superfluas, ni de las reservadas a culturas milenarias, aún cuando no sea de las que más beneficios puedan rendir al que las recoja para diseminarlas?

Pero sería lamentablemente incompleto el estudio de las lenguas si sólo se concretara al de las que actualmente se hablan, dejando en el olvido el de las lenguas muertas (como se les llama, con injusticia, porque muy vivos y sensibles son los trasuntos de ellas que percibimos en nuestra propia habla y porque son inmortales las producciones literarias que de ellas heredamos) El conocimiento de estas lenguas, aparte del placer que proporciona, nos sirve para conocer mejor el idioma que hablamos, para sentir su grandeza, para iniciarnos en la genealogía de las palabras y, de consiguiente, en la genealogía de las ideas, de modo que, poseyéndola, la sintamos mejor En nuestro caso particular, el estudio de las lenguas indígenas —muertas, vivas y agonizantes— debe ocupar el primer puesto y ser un estudio completo en el que se involucre el conocimiento del léxico con el de la Gramática y el de la literatura ¿No es una vergüenza que sean los extranjeros quienes mejor conocen esas lenguas y más las cultivan, porque la indolencia, la incomprensión, la exclusividad de nuestros centros del saber no permite a los aficionados nacionales que se inicien en ellas ni da un paso para colocarlas, como es racional y lógico, en la categoría de los estudios universitarios?

Al par que las lenguas aborígenes debe estudiarse, pero bien estudiada, la Arqueología del país Ese estudio es uno de los que más fácil y directamente puede darnos el aporte original que llevaremos al acervo de la cultura universal, porque sus materiales están al alcance de nuestra mano, incitándonos para que los trabajemos con el incentivo de lo próximo y particularmente nuestro Sin embargo, ha pasado en esta cuestión lo mismo que en el estudio y cultivo de las lenguas

vernáculos son los investigadores de fuera los que vienen a decirnos en dónde están nuestros tesoros arqueológicos y cuánto valen, porque las universidades, muy creídas de que esas menudencias no les tocaban, se han dedicado a importar ideas exóticas, a importar libros, a importar modas científicoliterarias, a importar lo que no nos hace falta alguna y no han tenido —embargadas por el afán de importación— el elemental acierto de crear la sección de Arqueología y ponerla a que funcione. Ahora bien, los extranjeros que nos llegan con el objeto de estudiar la Historia enterrada en nuestro suelo ¿de dónde proceden casi todos ellos? De otras universidades o de instituciones que tienen una índole muy semejante a la suya. Y es que allá han sentido la necesidad de agregar al programa universitario lo que aquí abandonamos, como si no fuera nuestro patrimonio, nuestro orgullo, nuestro propio bien, como si no tuviéramos nuestros propios arqueólogos —autodidactas— a quienes en vez de dejar entregados a su propia suerte, debería adoptar la Universidad y darles los subsidios que necesitan para efectuar, por cuenta propia, lo que otros vienen a hacer por cuenta ajena. No es raro que los más preciados productos de nuestra civilización precolombina se encuentren en museos extranjeros si la Universidad, que es la madre de todo lo cultural, hubiera tenido y sostenido a sus arqueólogos nativos, habría contado también en ellos con los más denodados y más conscientes defensores de lo que nos pertenece y nunca debió dejarnos. Es tiempo todavía de que se salve mucho de lo que aún queda por descubrir, ¿qué mejor guardián puede darse al tesoro en perspectiva que un grupo de convencidos, con buena preparación, capaces de poner en su lugar al extranjero, invitándolo a que venga con sus recursos, con su devoción por lo nuestro, con su experiencia y con su amistad, pero impidiéndole que nos despoje y disponiéndonos a no quedar tan rezagados en la tarea de exploración?

Pasando, de golpe, a otra clase de asuntos, quiero recordar que hay uno tan importante y esencial para la buena preparación del porvenir, como es el cultivo racional y científico de los niños, que puede muy bien constituir en nuestras universidades, como ya constituye en muchas de Norte-América,

materia de estudios para un instituto o cátedra que se consagren a transmitir a todos los conocimientos básicos indispensables para que el oficio de padre se ejerza debidamente y no con el radical empirismo con que hoy por hoy se está ejerciendo. Comprensión de lo que es el niño y de cómo se verifica su desarrollo, aprendizaje de los medios que nos permiten mejorar ese desarrollo ontogenético e intervenir en él de una manera consciente, activa y bien orientada, investigación de las condiciones sociológicas y del ambiente físico en que crecen los hombres del mañana, resolución de las graves dificultades que en la época actual tuercen y obstaculizan el crecimiento normal, propaganda incansable a favor de una educación bien inspirada y otros muchos problemas que se enseñan en las clínicas del "Bienestar Infantil" (Child Welfare) o instituciones similares, darían a un sector de la Universidad ocupación intensa y de mucho más resonancia sobre el futuro que la de formar diplomados, ciegos, la mayor parte de las veces para este linaje de preocupaciones.

Podría seguir enumerando estudios y probando, con sólo ponerlos a la vista, que todos son perfectamente admisibles en el programa de la Universidad y deben ser admitidos para que la enseñanza superior colme sus enormes lagunas. Pero no quiero excederme el objeto que me proponía no era otro que el de presentar ejemplos y demostrar, por medio de ellos, cuánto se puede innovar y cómo puede enriquecerse la labor docente de la Universidad nada más que con traspasar la Gran Muralla en que la tradición medioeval tiene encerrados todos los brotes del pensamiento científico nacidos en nuestra minúscula parcela. Lejos de mi ánimo la pretensión de que se adopte al pie de la letra todo el conjunto de enseñanzas que he revisado rápida y someramente y más lejos todavía la de que en mi reseña no falten muchas ciencias que podrían ser escogidas para la acción universitaria con más eficacia y más justificada necesidad que las invocadas por mí: el capital propósito que me sostiene, mi verdadera pretensión, ha sido el "hacer pensar", porque eso es lo primero que nuestra salvación requiere (y conste que al hablar en plural, hablo como centro-americano)

Buena parte de las cátedras o cursos enunciados deberán agruparse, siendo ramas de un tronco común en una "Facultad de Filosofía" —o de "Filosofía y Letras" si así prefieren denominarla— que es, en cualquier Universidad bien organizada, la de más vuelo y la de más trascendente significación "El señor que no comprende" —como le llamó un ironista— se imagina que en una Facultad de Filosofía se fabrican filósofos, como en la de Medicina se hacen médicos y predice que los egresados de esa Facultad van directamente a morirse de hambre, porque de la Filosofía no se vive, pero cualquiera que entienda un poco en achaques de organización universitaria sabe que el objeto de esa Facultad es, en el terreno ideal, proveer con normas superiores y espirituales de conducta social e individual a los que por su dedicación exclusiva al estudio de una profesión corren el riesgo de convertirse en seres demasiado materialistas y, en el terreno práctico, centralizar las enseñanzas comunes a varias escuelas profesionales, dándoles un carácter más amplio, reunir en un solo núcleo las disciplinas dispersas, parciales que, de no ser agrupadas bajo la dirección de la Facultad vendrían a complicar en demasía la organización de las clases, encauzar la enseñanza de las Humanidades y otras ciencias afines que entran en el dominio de la Filosofía, sin dejar de ser un conjunto de conocimientos y de ideales que puede sobreponerse, con provecho y ventaja a los puramente técnicos, absolver, en una palabra, el oficio de esa Facultad de Cultura que algunos reclaman, comprendiendo que al aplicarse la inteligencia en especulaciones superiores al aprendizaje técnico, se redime al aprendiz de su mediocridad y se le completa

Por de contado, algunas de las mencionadas enseñanzas que pertenecen en un todo a las escuelas profesionales, no tendrán que incorporarse a la Facultad de Filosofía, sino constituirán institutos especiales o secciones aparte que, junto con las integrantes de la Facultad de Filosofía, concurrirán al fin supremo de ampliar y perfeccionar en la Universidad dos de sus aspectos normativos la enseñanza de las profesiones y la investigación científica

¿Se habría consumado con esto, en forma práctica y

actuante, la Reforma Universitaria? Ni con mucho. Amén de la ampliación de la docencia y el estímulo para la investigación incumbe a la Universidad otro papel que no es de menor importancia el de conservar las producciones del pensamiento nacional y, en cierto modo, también las del pensamiento extranjero. Para llenar tal fin tiene que extenderse más allá de las aulas, más allá de los cursos, hacia las bibliotecas y los museos. Universidad que no cuenta con su propia biblioteca, tan rica y bien dotada como lo permitan las circunstancias, no es Universidad más que a medias. Esa biblioteca, sin perjuicio de contener cuantos libros puedan coleccionarse, debe tener preferencia por lo propio, por lo autóctono. Puede estar formada por diversas secciones, correspondientes a cada uno de los diferentes ramos del saber que la Universidad patrocina, o ser una biblioteca central, matriz, y estar completada en cada una de las Facultades por las bibliotecas especiales. Por lo que hace a los museos, es indispensable que la Universidad tenga tantos como pueda, porque es inconcebible que haya buena instrucción y buena elaboración de la cultura, si no hay museos y colecciones y porque el acúmulo sistematizado de lo que nos legaron las generaciones pasadas, de lo que el propio medio nos ofrece, es una enseñanza objetiva, fácil, que entra por los ojos sin esfuerzo y que puede repetirse cuantas veces lo desee el que aprende. Huelga decir que, para cumplir a conciencia con su misión educativa, las bibliotecas y los museos no deben permanecer inertes sino deben erigirse en algo viviente, dinámico, que busque al interesado y lo persiga, obligándole a aprovechar lo que la Universidad ha atesorado para su beneficio. La *persecución* se lleva a cabo por medio de cursos, exhibiciones, demostraciones, repartos, viajes de propaganda, ciclos de conferencias, etc. Y, además, atrayendo al interesado de tal manera que pueda aproximarse a las dependencias de la Universidad sin tropiezos ni dificultades.

Otro modo de la conservación científica que la Universidad no puede desatender sin incurrir en los pecados gemelos de ingratitud y de olvido, es el de mantener en las manos de todos lo pensado y escrito en el País, tanto en los tiempos

pretéritos como en los presentes. Las ediciones y reediciones, baratas o de lujo, profusas o reducidas, según el carácter de la obra que se edite, contribuyen poderosamente a que se conserve intacto el tesoro cultural de un pueblo ahí donde se habla a cada paso de obras agotadas o de imposible hallazgo y se responde al que pregunta por la labor de autores nacionales con la pobre excusa de que va no se encuentran sus testimonios por ninguna parte, la Universidad no está cumpliendo con una de sus capitales funciones, pues está dejando que se pierda la cosecha de los estudiosos, el chispazo de su inteligencia, el fruto de sus esfuerzos y desvelos, lo que constituye la tradición científica y literaria, lo que acredita la real existencia de seres pensantes en el territorio servido por la Universidad. Ella es también la que debe velar porque no se pierdan ni deterioren los documentos de importancia y porque se conozcan, no sólo en su presentación sino también en su significado, en su valor y en su historia. Es indudable que estas tareas no pertenecen exclusivamente a la Universidad ya que existen en el Estado otros varios organismos que tienen también la obligación de conservar e interés en hacerlo, pero a ella también le corresponden y en estos países en los que se da poca consideración a las cuestiones del espíritu, es necesario que la Universidad, como responsable de su mantenimiento y supervivencia, se entregue con amor y empeño al cumplimiento de su misión en tal sentido y no descargue sobre los particulares o sobre instituciones menos calificadas para el objeto una preocupación tan importante y trascendental.

La incorporación a la Universidad de los museos y otros institutos análogos ha de tener una doble repercusión favorable para la Universidad porque le permite aprovechar para los fines de la enseñanza y de la divulgación cultural el enorme material didáctico que encierran los museos, saliéndose así del recinto universitario que nunca debe tener valladares, es decir que no debe ser recinto sino un campo ilimitado en el que se pueda encontrar todo lo relativo a la cultura, para el museo, porque al ser incorporado recibe un nuevo impulso científico en su organización y mantenimiento y, sobre todo,

porque se le dan más oportunidades para saciar su anhelo que es el de transfundirse en la vida colectiva y, de tal modo, vivir. Los mantenedores del museo, no estando obligados a enseñar, tienen que preocuparse, necesariamente, mucho más de la formación del mismo que del establecimiento de nexos espirituales con el medio social pero la Universidad que no tiene más fin que el de enseñar a todos y enseñarlo todo, sabrá sacar partido de lo acumulado por los formadores del museo y llenará su fin transmutando lo estático en dinámico, convirtiendo en ilustración y recreo del conglomerado lo que, por su influencia, no pasaría de ser acopio, y poniendo a disposición de los estudiantes las enseñanzas complementarias, como ejemplos, las demostraciones objetivas que el material guardado en el museo puede suministrar, sin que para allegarse al tesoro se esté a la merced de la buena o mala voluntad que desplieguen los guardadores ni a la desucomprensión de lo que el museo representa para la sociedad.

Se dirá que, de seguirse el programa insinuado en estas líneas, la Universidad iría absorbiendo, prácticamente, casi todas las manifestaciones de la vida civilizada que estamos acostumbrados a depositar en organismos no universitarios, y se dirá con sobra de razón. Pero es que la Universidad, comprometida de que su papel en el cultivo y reparto de la cultura es inmenso, debe proponerse llevar a cabo esa absorción. Es ella, de entre todas las instituciones estatales, la más llamada, la más indicada, la más capacitada para el caso. Ella que, sobrepasando su restringida misión de crear profesionales por docenas está destinada a ser el agente supremo de la cultura o, mejor dicho, de la culturización, tiene el deber y el derecho de apoderarse de cuanto pueda serle útil, de cuanto le sea necesario, para llevar adelante sus aspiraciones, tomando su bien donde lo encuentre. Sus altas miras, que son las de universalizar la cultura, las de introducirla y hasta imponerla en todas las clases sociales, en todos los órdenes de la vida, tienen una significación tan grandiosa para el progreso de la comunidad que nadie le regateará, al comprenderlo, ese deber y ese derecho, su preparación especial para sacar de las cosas que ocupa el máximun de ventajas, —preparación que sirve

para dar y recibir, para recibir y reflejar, para tomar y repartir— no puede ser igualada por la de ningún otro sector colectivo u organismo del Estado que tenga, él también, fines culturales, pues de haber otro organismo que iguales fines tuviera, sería otra Universidad ¿qué otra cosa podría ser el que se dedicara a la enseñanza, a la investigación, a la conservación y a la vulgarización de la Ciencia? Dedúcese de todo lo expuesto que aún cuando se tenga razón para observar que la Universidad soñada iría extendiéndose en exceso, no se tiene motivo para alarmarse por ello

Quedan mencionados tres de los objetivos esenciales de la Universidad, en su realización práctica la enseñanza profesional, la investigación científica, cobijada principalmente en la Facultad de Filosofía y en los varios institutos y centros de labor universitaria, la conservación científica de que acabo de hablar Debo ocuparme ahora de la más importante y extensa de las ramas filiales en que se produce el Alma Máter la divulgación científica o "Extensión Universitaria", (para poner más significado en su nombre y poner más el acento en su carácter amplificativo) Gracias a la extensión universitaria la Universidad se pone en contacto con la gran masa y va hacia ella, con las manos repletas de dádivas, para hacerla partícipe del haber cultural, gracias también a ella la Universidad constituye un factor esencialísimo de democratización, por su tendencia a elevar el valor cultural de los desheredados Sin la extensión universitaria la Universidad es un organismo exclusivo, pobre en alcances, dedicado a una minoría afortunada, responsable de que se establezca una diferencia repugnante entre pudientes y no pudientes, entre los que tienen el privilegio de instruirse y los que están condenados a vivir en la ignorancia o la autodidáctica Sobre todo en países en los que el analfabetismo se mantiene en cifras desconsoladoras, la Universidad es un lujo incomprensible, es una invención absurda, es un monopolio odioso, si no coloca como el primero de sus deberes el de impartir a todos el pan de la Ciencia, ayudando a cuantos lo necesiten a resolver sus problemas, a conocer lo que les interesa, a perfeccionar sus habilidades, a enriquecer sus conocimientos y a encontrar la

manera de que éstos le sean más eficaces y productivos en la lucha por el sustento y en la conquista de la Felicidad. Claro está que las universidades no pueden proponerse el convertir en letrados y doctores a todos los habitantes de un País a lo que aspiran es a sembrar nociones en el mayor número posible de espíritus la "noción inquietante", ese atisbo del saber que despierta la curiosidad y provoca la sed de aprender más, la "noción provechosa", proporcionada a los trabajadores de toda especie para hacer más fructífero y fácil su trabajo, la "noción redentora" que ofrece, por medio de la enseñanza, los principios dignificantes del alma humana, la "noción consoladora" que quita gotas de amargura al diario batallar, abriendo nuevos horizontes, hablando de mejores esperanzas, amplificando el mundo de las ilusiones, limpiando las mentes de prejuicios y de supersticiosos temores.

La extensión universitaria si opera por medio de una infinidad de recursos ya bien conocidos. Entre ellos las publicaciones al alcance de todos, por su precio y por su claridad, por su utilidad y por su sencillez, publicaciones que se hacen en volantes, folletos y libros de toda especie. Las conferencias, disertaciones, pláticas, transmisiones radiofónicas, etc. en las que la palabra hablada es el vehículo de la enseñanza. Los cursos libres, cursos de aplicación, cursos de vacaciones, cursos populares o cursillos y tantas otras maneras de la enseñanza organizada, sujeta a programas, completada en un ciclo de trabajo. Las escuelas para artesanos en las que se les transmiten las bases teóricas que tiene todo oficio bien ejercido, se les aconsejan los mejores métodos para el trabajo, se les torna de empíricos en trabajadores científicos, se acrecen sus nociones generales —afines o extrañas a la profesión— y se les hace, en suma, más cultos y más capaces. Los cursos por correspondencia que resuelven el problema económico a los que no están en posibilidad de instalarse en la sede de la Universidad para inscribirse en un curso oral. Las cátedras ambulantes que, en mi concepto, deben ser servidas en una forma que explicaré enseguida. El estudio y resolución de los problemas propuestos al criterio de la Universidad por particulares o gremios interesados en ellos, re-

solución que debe publicarse para que no aproveche solamente al que consulta sino a todos los que estén en su misma duda. Las relaciones asíduas con sociedades, corporaciones, escuelas, etc y que deben consistir en el suministro de conferenciantes y de investigadores ofrecido a quienes lo soliciten y aún a los que no lo soliciten. La constante publicidad de los descubrimientos, progresos, conquistas, mejoras en el terreno de las ideas, que la Universidad lleve a cabo o que estén realizando otros centros de cultura, de tal modo que el adelanto de las ciencias llegue a noticia de todos, en forma comprensible y compendiada.

En nuestros países la dispersión de la cultura es demasiado lenta y dificultosa, hasta el punto de poder afirmarse que no existe lo que otros llaman la "cultura ambiente" o, si un poco existe, está reconcentrado en las capitales y poblaciones de más importancia. Para tratar de levantar en ellos el nivel medio de la cultura que está tan bajo, propongo que la Universidad organice con toda energía y con toda eficiencia un servicio de lo que llamaré "misioneros de la cultura", prestado por miembros del personal docente, del cuerpo estudiantil o de la intelectualidad en general y que irían de pueblo en pueblo, repartiendo las bendiciones del saber por medio de pláticas, de conferencias ilustradas con proyecciones cinematográficas o placas fijas, de demostraciones prácticas, de discusiones a palenque abierto, de entrevistas casi individuales y de cualquier otro modo que sea eficaz para enseñar a los que apenas tienen principios o no los tienen del todo. Me parece que estas misiones, bien entendidas, alcanzarían mejor éxito que las otras maneras de divulgación, como las radiodifusiones, los impresos, las circulares, porque se tendría la acción de presencia que siempre es refuerzo de lo que se trasmite. Un discurso directamente oído no se puede desconectar como se interrumpe una radio-audición cuando ya no se tiene gana de escucharla, ni se le puede trocar, cambiando de estación, por trozos de música populachera. Además, al estar presente el conferencista se tiene tiempo y oportunidad para resolver dudas y responder a objeciones surgidas durante el curso de la disertación, se puede hacer demostraciones prácticas o proyec-

ciones ilustrativas, hay contacto inmediato entre los asistentes y posibilidad para que se contagien mutuamente el interés o el placer despertados por lo que se está oyendo y en fin se adquiere el hábito de acudir a determinado centro de instrucción —la escuela pública, principalmente— naciendo así la necesidad de buscar siempre en el mismo sitio, distracción y provecho para el espíritu, comunión de ideas con los convecinos que van a ese lugar en busca de igual esparcimiento y conocimiento de los trabajadores intelectuales que se esfuerzan por llevar hasta el pueblo algo de lo que saben

He dicho que entre los misioneros de la cultura debería designarse a los estudiantes y voy a fundamentar mi propuesta. En primer lugar, es muy conveniente despertar en el joven letrado el sentimiento de los deberes que tiene para con la comunidad y, sobre todo, para con la mayoría desafortunada que no puede recibir los beneficios de la instrucción superior. En segundo lugar, con esta designación se permite a los jóvenes que retribuyan noblemente algo de lo que el Estado está haciendo por ellos. Y, en tercer lugar, se les da oportunidad para que se ejerciten en el difícil arte de enseñar, y de enseñar en estilo tan diáfano que puedan sus ideas ser captadas sin dificultad por el imprevisto y, al mismo tiempo, se les pone en el camino de rematar su propio aprendizaje, porque la mejor manera de aprender es enseñando. Yo espero que si algún día se pusiera en obra mi iniciativa no escasearían en El Salvador los estudiantes que voluntariamente se ofrecieran a servir de misioneros, movidos por un mero impulso de fraternidad y un deseo de adelanto colectivo, pero también quiero recordar que a los remisos puede aplicárseles, por vía de necesaria coerción, algún artículo parecido al número 4 del Capítulo XIII del "Proyecto de Estatuto para la Universidad de Buenos Aires", redactado por el Dr. Cossio, que dice nada menos que esto: "No se otorga ningún diploma a los estudiantes que no hayan hecho extensión universitaria"

Atendiendo a que la misión viajera tiene, por su misma condición de ser ambulatoria el defecto de la no permanencia, yo propondría, además, que en las poblaciones de alguna importancia se estableciera una sucursal, o "Delegación Per-

manente" de la Universidad que estaría encargada de realizar la divulgación y dar la enseñanza común que la Central le asignara manteniéndose en constante comunicación con ella, inspirándose en sus ideales y tendencias, recibiendo sus instrucciones y su material lectivo y sirviendo, en una palabra, de agente propulsor para que la vida espiritual de la provincia no se estanque, como desgraciadamente tiene tendencia a hacerlo, en estos países en donde todo se centraliza. Las faenas didácticas de la Delegación estarían encomendadas, en primer término, a los ex-alumnos de la Universidad que residieran en el lugar, tanto porque éstos son, por regla general, los mejor preparados para el efecto, como porque está generalmente admitido que los egresados deben seguir sirviendo a la Universidad, pues tienen para con ella un deber de hijos agradecidos el de pertenecer por siempre a la obra cultural que el Alma Máter se propone impulsar. Por otra parte, los profesionales tienen asimismo el deber de retornar a la colectividad, que en cierto modo contribuyó a su preparación, algo del beneficio recibido y, por último, en países de semi-cultura y escasos medios de difusión, les atañe el gran deber de preocuparse porque ésta se verifique. Tomando en cuenta que los profesionales son generalmente muy pocos en los centros pequeños y que no todos son capaces de comprender y de interesarse por la misión que se les encomendaría, también se puede echar mano de los intelectuales, pertenecientes a la "no-vulgaridad", o de los vecinos medianamente instruidos, para que presten a sus coterráneos, menos esclarecidos que ellos, el gran servicio de enseñarles un poco. Y luego, se puede poner a guisa de mantenedores a las personas pudientes en lo económico, pero no en lo científico, para que realicen una labor de administración, de vigilancia, de apoyo moral y pecuniario. No puedo creer que el trabajo de estas delegaciones fuera muy difícil o imposible, porque no pienso que se impartan en ellas cursos complicados ni que se ocupen de una docencia que está reservada a los profesores especialistas su objeto, a mi entender, es el de organizar pláticas periódicas sobre Higiene, Medicina corriente, Mecánica, Agricultura, Instrucción Cívica, Arte y, en fin, todas aquellas cosas que

puedan servir para ir difundiendo entre los habitantes ideas necesarias y para combatir la ignorancia de los analfabetos y de los semi-analfabetos que, con saber leer, escribir y contar, no saben nada de lo que les interesa. Esta sería una labor igual a la de los misioneros, en cuanto a su contenido, pero mucho más constante que la de aquellas aves de paso. Los misioneros, por su lado, tendrían como una de sus atribuciones la de mantener el contacto entre la Universidad y sus sucursales, instruyendo especialmente a los miembros de éstas, aportándoles material e ideas, indicándoles cuál es la labor que la Central está efectuando, informando a ésta sobre lo que pasa en las delegaciones y ejecutando en los campos y aldeas el programa que la sucursal desarrolla en los centros principales.

Otro medio muy adecuado para practicar la extensión universitaria es la publicación de un «Boletín», escrito y pensado para todos, y en el que puede hacerse buena parte de la divulgación científica. No se trata aquí de la Revista en que la Universidad publica, para estudiantes y profesionales, temas de difícil comprensión y en que da cuenta de sus tareas al personal universitario, no se trata de una publicación erudita que busca los trabajos originales o reproduce los de interés científico encontrados en otros impresos: se trata sí de un periódico sencillo, cuajado de enseñanzas útiles expuestas en lenguaje llano, periódico para los ignorantes no para los doctos, destinado a la repartición gratuita o muy barata, revelador de nociones elementales, instigador de curiosidades. En él se invitará a todos los que tengan dudas o deseos de instruirse en cuestiones especiales a que lo expongan y, si por la índole discreta y aprovechable de su consulta, merecen ser atendidos, se les dará respuesta en una sección especial del periódico, entablándose de esta manera una correspondencia de prácticas finalidades entre la Universidad y su pueblo, entre el foco luminoso y los que buscan la luz. No se imaginan los que nunca han intervenido en empresas de vulgarización, el bien que hace una enseñanza oportuna y bien presentada, el afán con que se le busca, el gusto con que se le recibe y el cariño con que se la guarda: de esto sólo saben aquellos que ha-

biendo publicado alguna vez datos útiles, suelen encontrarse con personas humildes, amigos ignorados, que conservan, en la memoria y en la gaveta, un artículo nuestro que les pareció interesante, que los indujo a pensar, que los sacó de un error o los libertó de un prejuicio, que les proporcionó el medio para adelantar en su trabajo, los entretuvo o los conmovió. Piénsese, por lo demás, en que hay muchos seres incultos, semi-analfabetos que van olvidando las letras porque no leen, careciendo de algo bueno que leer, que desearían, tal vez, instruirse, pero no encuentran el modo de hacerlo, pues los libros son para ellos demasiado caros, demasiado lejanos, demasiado incógnitos o demasiado profundos y no los entienden es a ellos a quienes una hoja de divulgación cultural haría un beneficio inmenso sin cansarlos, sin aburrirlos, sin someterlos a una prueba de concentración y descifrado que está por encima de sus facultades y de sus hábitos mentales. La misión docente que tendría tal hoja serviría de complemento a la de los misioneros y sucursales, al dar al público a que meditará, leyendo despacio y a sus anchas, lo que en el correr de un discurso pudo parecerles obscuro, lo que pudieron olvidar o no percibir en un instante de distracción. Yo llamaría a esta hoja, sentimentalmente, la "Revista de los Humildes" y le daría, hasta en el formato, un aspecto acorde con su denominación y sus fines, la llenaría de ideas, pero también de emociones, no les escatimaría la colaboración literaria y artística, para contribuir de modo práctico a la formación del buen gusto, y le proporcionaría un material gráfico bien hecho, bien escogido, para reforzar lo expuesto y facilitar su comprensión.

He llegado al cabo de esta exposición en la que he ido presentando, como quien muestra, entusiasta, los tesoros de que dispone y que él cree legítimos, una serie de proyectos, una colección de iniciativas, un panorama de trabajo realizable. No se me oculta que, aunque no he propuesto nada que esté más allá de los recursos, humanos y materiales, de una Universidad modesta, no será posible que todo se ponga en práctica, ni siquiera que todo sea adoptado, aún más, estoy seguro de que se me habrán pasado por alto muchas ideas semejantes a las que desarrollara, pero abrigo la certidumbre de que no

escaparán a la clarividencia y buen sentido de los que se dediquen a la tarea de universalizar la Universidad, para que responda algún día a su nombre y a sus fines. A pesar de esas restricciones, mantengo la esperanza de haber incitado alguna inquietud, despertado algún interés, provocado algún deseo de comenzar, con la simple enumeración, mala y atropelladamente hecha, de las múltiples actividades en que puede explayarse la acción universitaria y estoy lleno de fé, no tanto en vuestra capacidad receptiva que, en esta ocasión, no tendría por qué ponerse en juego, como en la firmeza de vuestros propósitos y en vuestra cabal noción del patriotismo.

Preveo las objeciones: la Universidad es demasiado pobre para emprender todas esas cosas, carecemos de individuos capaces de dar algunas de las enseñanzas que se proponen, tememos que el medio no responda al esfuerzo que se intente, vamos a ponernos en el ridículo de considerar un plan demasiado vasto, pero irrealizable y, por lo mismo, condenado a morir en el papel. Hablando de pobreza, permitidme afirmar que, aún aceptándola como una fatalidad irremediable — que no lo es, porque los fondos acuden siempre cuando hay comprensión de las necesidades — muchos de los proyectos que aquí insinúo pueden convertirse en realidades sin gran dispendio y, a veces, hasta con ganancia inmediata, como en el caso de los pequeños cursos de extensión universitaria y en el de las cátedras sueltas. No se requieren instalaciones costosas ni arreglos muy complicados, sino un gasto que poco significa en relación con su rendimiento, aunque éste sea de aquel que no ven los miopes. En lo que toca a la falta de personal idóneo, no hay que lamentarse de ella con los brazos en alto y el desconsuelo en el corazón: hay que formarlos. El individuo a quien se le confía una enseñanza o se le asigna un tema, si es estimulado como conviene, acaba por dominarlo en el grado suficiente para poder llamarse maestro. Hay, además, el recurso de traer profesores de fuera que jamás son caros si importan útiles enseñanzas y cuya presencia, que es la de científicos habituados a la vida del pensamiento en mejores medios, tiene siempre un efecto general, benéfico, ejemplar. O se puede mandar al exterior a los jóvenes que mues-

tren vocación y capacidad. No digamos que el pueblo no responde a lo que se haga por él, sin antes haberlo puesto a prueba en vez de ser pesimistas *a priori* tengamos la certeza de que todo hombre a quien se ofrece la instrucción en forma que apele a su curiosidad, a su interés, a su conveniencia, a algo que lo disponga a oír, estará dispuesto a dejarse enseñar. No ambicionemos, tampoco, conmovemos y conquistar a la población en masa, sino conformémonos con que haya un número de personas, grande o chico, que saque provecho de la actuación universitaria ese número es ya un progreso, una ganancia, una justificación del empeño tomado y puede servir de núcleo, de centro de atracción y de ejemplo a otros números que vendrán después. El deseo de aprender es contagioso cuando es vehemente tratemos de hacerlo así con nuestra labor preparatoria y ya veremos cómo responde el pueblo. Tratemos también, para que haya convicción y entusiasmo, fervor y abnegación, en los encargados de la obra divulgadora, inspirales también a ellos el amor por su ministerio, la comprensión de sus fines, el sentido de su necesidad. El buen éxito en esta materia depende de la vibración preliminar que se consiga y esto no es más que asunto de una ardorosa propaganda, como la que desarrollan los convencidos. No se me ataje, por fin, con la razón escéptica de que, siendo demasiado amplio el plan y conteniendo puntos de no fácil vencimiento, se quedaría escrito, como tantas otras buenas intenciones que en el mundo han fracasado, porque no estoy dispuesto a dejarme vencer por tan falaz objeción. Mi mente no es la de aconsejar que todo se lleve a la práctica con un solo empuje, de un simple salto en el que la maravilla emerja de la sombra, hecha y derecha. Lo que me he propuesto es presentar el plano al que debería ceñirse, detalle por detalle, paso por paso, la obra constructiva. El que se carezca de medios suficientes para realizar, por ejemplo, un plano arquitectónico, no implica que se le abandone, si parece bueno, necesario y practicable a largo plazo lo que conviene hacer es desarrollarlo a medida que los recursos afluyen e ir construyendo, paulatinamente, pero sin desviarse de la idea original, sin improvisaciones ni remiendos que la

desvirtúen, sin desorden en la edificación, sin caos. Que eso es a lo que a los centroamericanos nos hace falta no me lo negaréis. Tenemos el vicio de ponernos a construir sin plan y sin saber a dónde llegaremos ni cómo y de ahí que nuestras obras, tanto en lo material como en lo inmaterial, resulten heterogéneas y llenas de incongruencias o no lleguen a una terminación satisfactoria. Cuando las comenzamos no sabemos cuál va a ser su remate y cuando las concluimos no sabemos por qué salieron como salieron. Ahora, si en el caso de la Reforma Universitaria se procede con lógica —y todo invita a pensar que es así como quiere procederse— se debe empezar por concebir idealmente el carácter tendencioso que se va a imprimir a la nueva Universidad, luego hay que diseñar un plan de ejecución que prácticamente corresponda a aquel concepto y, por último, hay que dar vida al plan, construyendo sobre él con toda la parsimonia que las circunstancias imponen, pero sin desvíos, a no ser los que conduzcan a una positiva mejora.

Tal es, de lo muy mío, entresacado de mis propias vivencias, la admonición amistosa que, por todo traer, os traigo. Sé cómo somos y soy sincero por eso la ofrezco. En ella os excito a tener la cordura de comenzar por el principio y de acuerdo con los medios disponibles. No os importe la desproporción entre el nombre y la cosa ni os avergüence la pequeñez del primer paso que siempre es el más grande cuando se tiene la voluntad de proseguir. Iniciad. Iniciad siempre, poniendo la responsabilidad del éxito en manos capaces, seguros de que éstas serán las que con la ayuda del tiempo, de la constancia, del entusiasmo y del impulso que cobra lo que está en marcha empujarán la obra hacia adelante y no dejarán que se extinga el soplo creador. No hagáis tímidos ensayos, porque lo tímido está expuesto a perecer; haced pequeños ensayos con grandes ambiciones y dejad correr el tiempo, que nunca corre lo mismo sobre lo ya existente en la realidad que sobre lo indeciso y perdido en los planos astrales del proyecto. Y, por lo último, tened la visión de la solidaridad centro-americana en el porvenir de vuestra cultura: el parentesco que enlaza a nuestros pueblos es demasiado íntimo para que puedan estar dislocadas sus aspiraciones hacia lo alto y,

en el común remanso de su existir, cualquier manifestación de vida ondea en círculos hasta sus límites extremos. Por esos debemos ser únicos, como esta noche, en el ideal y en el sentimiento y trabajar por el futuro en una acción común, juntos, muy juntos, como los árboles del bosque que elevan todos sus copas al cielo en una misma ansia suprema de luz

F MORA

IDEAS GENERALES DE PEDAGOGIA CENTROAMERICANA CON MOTIVO DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

Por Dn SOFONÍAS SALVATIERRA

SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

SEÑORES UNIVERSITARIOS,

SEÑORES

La Comisión del Consejo Superior Directivo de la Universidad de El Salvador me ha invitado a ocupar esta tribuna. He aceptado con gusto y agradecimiento el gusto de hacer lo que uno puede en bien de su país, y el agradecimiento a la oportunidad que se ofrece para cumplir con aquel deber.

Os inquieta un problema nacional, porque es de cultura vuestra honda preocupación, ya que cada día más, como sol deslumbrador que se acercara a la conciencia humana, el hombre está teniendo la completa claridad de que los problemas de los países son simples cuestiones de cultura.

Vuestra idea es feliz y es trascendental. Le habéis dado el nombre de Reforma Universitaria, con lo cual reveláis dignamente vuestras grandes y necesarias responsabilidades para con la nación de que todos somos hijos y que, en la medida de vuestros afanes adquisitivos, os ha dado las luces que ha podido reunir en vuestro instituto. El escritor Salvador Cañas, yéndose a lo hondo de vuestro pensamiento, le ha llamado reforma educacional, y ha formulado esta proposición que ha herido en lo vivo mi propio pensamiento: «Esta reforma educacional, ha dicho, implica la reforma del país». Perfecta-

mente, en este momento de nuestra cultura y de los adelantos del mundo, la reforma universitaria debe implicar la reforma integral de todo nuestro plan de enseñanza, para obtener un coeficiente de progreso nacional

La Universidad, considerada como el cerebro de la nación, es el organismo en que ella aprende a generalizar, más allá de los conocimientos rudimentarios, por el dominio de las leyes superiores de la ciencia, y de tal manera es ésto, que la universidad, como flor de evolución, es ya la generadora de todo el movimiento cultural y de la total dirección de los pueblos de vanguardia. La universidad no es hoy, después que el mundo se democratizó, centro de privilegiados para dirigir y tutelar por derecho propio a la gran masa analfabeta, es, según la idea madre del siglo diecinueve, la nación misma que va de abajo a arriba en ansias de dominar lo positivo y también lo metafísico, para ser de verdad el cuerpo social armónico que la democracia ha postulado

En la concepción de los pasados siglos, en el medioevo, la Universidad no era otra cosa que un fanal encendido en la media noche de la ignorancia popular, y sus disciplinas, demasiado unilaterales, no le permitían la contemplación del panorama total y por consiguiente le impedían el progreso, porque no recibía la savia renovadora que emerge del espíritu humano en el íntegro agitar evolutivo de las generaciones. Sus sistemas de investigación eran los de la filosofía escolástica, con un punto de referencia exclusivamente deísta, en el cual el hombre no comparecía como entidad activa y todo se dejaba a la voluntad de Dios. Pero apareció el experimentalismo baconiano, y el hombre se incorporó para integrar el triángulo sublime de las actividades cósmicas. Dios, la Naturaleza y el Hombre, esto es, la Providencia, las fuerzas ciegas del universo y la voluntad humana. Con estos instrumentos mentales y con los horizontes infinitos que el descubrimiento de América abrió al mundo, surgió la ciencia humana, que se ha venido a llamar positiva, frente a la exclusiva ciencia divina de la teología medieval, cuya única clave de verdades era la revelación. El hombre se dijo yo también pienso y puedo conquistar verdades de otro orden que me son prima-

rias para mi desarrollo, mediante experiencias que yo puedo realizar por mí mismo, y se ha ido al dominio del espacio y a la conquista de las fuerzas ciegas de la naturaleza, presa del fenomenismo materialista, aunque olvidándose de la Providencia por una transitoria fatalidad, de donde ha de volver para transfigurarse en la contemplación de la Causa Primera y para espiritualizar el mundo. Desciende antes a los dominios de la materia, como Cristo, dice la revelación, bajó primero a los infiernos y después subió a los cielos. Vemos ahora con toda evidencia, que el cumplimiento de aquella necesidad debía colocar a las grandes masas humanas en el alto plano de las actividades sociales y producir por lógica consecuencia la democracia. La misma doctrina cristiana es levadura excelsa del espíritu moderno. Cuando Cristo dijo *En este Monte y en aquel Templo, en todas partes adoraréis al Padre en espíritu y en verdad*, estaba derribando todas las murallas que el egoísmo ha levantado para que la luz, iluminando a todos, se hiciera fraternidad, y cuando dijo, dirigiéndose al ignaro pescador del lago Tiberiades como al erudito doctor del Sinedrio, *sed perfectos como vuestro padre celestial que está en los cielos*, convocaba a la especie humana a formar un magnífico haz de anhelos por la regeneración y la verdad.

Peio aun más atrás, en los siglos precristianos, podemos recoger otra prueba de que las grandes culturas parten de abajo a arriba, como toda construcción positiva. La experiencia antigua del mundo griego nos muestra que la Academia es un producto sintético del gimnasio, y que el realismo peripatético no nació antes de las grandes manifestaciones populares. La democracia del Agora se había establecido dos siglos antes, y es después que los nombres de Las Termópilas y de Salamina fueron escritos por el pueblo griego como gesto de la masa, con caracteres de epopeya inmortal, que aparecieron en el llamado Siglo de Pericles, siglo popular, los grandes historiadores como Herodoto y Jenofonte y se produjeron las tres grandes entidades de la mente humana. Sócrates que lo entendía todo, Platón que veía las ideas, y Aristóteles que contemplaba las cosas. Cuando Herodoto se presentó en el estadio de Olimpia, después de escritas sus inmortales histo-

rias, el pueblo en masa allí congregado se puso de pie ante el hombre que le revelaba en la Historia sus propios hechos gloriosos. Bien puede decirse entonces, que la cultura griega es la cultura perfectamente emanada del pueblo griego, y que apareció a la vida de la Historia como brote de las agitaciones de aquel maravilloso pueblo. A tal grado llegó de popular la elevación cultural de los helenos, que las capacidades individuales numerosas se hicieron colectivas.

Al fundarse nuestras universidades coloniales, se siguió el mismo plan de las medievales de la Península, con la parsimonia que se seguía en el régimen administrativo establecido, y sin la previa organización de la enseñanza elemental. Las grandes masas de nuestra América mestiza no conocieron por lo general otro maestro que el sacristán, ni otra enseñanza que el repaso de memoria de un catecismo pobre de ideas. En materia religiosa pensaba el cura por nosotros, en materia política, con las cédulas reales bastaba. El pensar libre era ya herejía, porque nos conducía al error y por consiguiente al pecado, agravándose el mal prohibitivo respecto de la mujer. Así nos sorprendió la independencia, y no es sino hasta muy entrado el período republicano, cuando nuestra anarquía interminable nos dió tiempo, que empezamos a organizar la enseñanza elemental y la intermediaria, obedeciendo al sistema malhadado de copiar los métodos ya muy adelantados de Europa. En Nicaragua, por ejemplo, hasta principios de este siglo no pasamos de los tres antiguos grados memoristas, limitados y superficiales, a los seis en que actualmente se divide la enseñanza primaria que muy renuenteemente hicimos obligatoria, es en 1904 que el Ministro de Instrucción Pública, doctor Adolfo Altamirano, formuló los nuevos y modernos programas, adoptando el método activo para sustituir el pasivo y libresco de antaño. Tales programas, si bien están impulsados por su alto propósito de avance, cayeron en el extremo opuesto del enciclopedismo y de la extensión de materias, sin que la nación tuviera todavía para tan fuerte tarea pedagógica la atmósfera mental necesaria, faltos de un campo inmediato para las utilidades económicas en la vida, circunstancia sin la cual esos programas beneficiarían a un muy pequeño por-

centaje, y, lo más grave, carentes de un magisterio bien preparado y bien remunerado que hiciera militante el pensamiento superior del estadista. Por abarcar mucho apretamos poco, como lo dice el sabio refrán, y llegamos a hablar de todo y a no entender bien nada. La nueva generación se muestra mejor informada que técnica y más erudita que entendida. Sin embargo, hay un aspecto de la labor de aquel Ministro, que dió buenos frutos y ha hecho imperecedero su recuerdo sus esfuerzos persistentes por desanalfabetizar al pueblo.

Ayer no más se dijo por uno de los ilustrados iniciadores de este movimiento reformista en su revista «Reforma Social», el doctor Adolfo Pérez Menéndez, que «no hay ningún derecho a mantener una Universidad costeada por el Estado en tanto que no difunda la enseñanza primaria hasta en los últimos confines de la república». Estos conceptos de rigurosísima aplicación democrática, sugieren la proposición técnica definitiva de que no se puede organizar eficazmente la Universidad, si no es sobre la base de una eficaz organización de la escuela primaria y de su consecuente la enseñanza intermedia. La Universidad recibe al estudiante en el estado en que se lo envían la escuela y el instituto, y esparce en él los gérmenes mayores de la ciencia sin preparar ni examinar por sí misma el terreno en que los siembra.

Pero la reforma no consistiría solamente en conseguir, que los jóvenes obtuvieran un título o certificado sincero de un dominio apreciable de las materias que exige el actual plan de estudios, sino en la reforma de ese mismo plan, adaptándolo a las posibilidades del país, a los reclamos necesarios del pueblo y a las trascendencias de la nacionalidad en vista de las graves transformaciones universales. Tres cuestiones de esencia es preciso que sean, me parece, el centro de gravedad de nuestra educación docente y en general de toda nuestra educación social. Si nosotros somos anárquicos y desordenados y es naturalmente verdadero que nada puede existir sobre la tierra con vida y movimiento si no constituye un organismo, es forzoso que infundamos en nuestro pueblo el espíritu de orden, la tendencia organicista de todas sus actividades intelectuales, morales, económicas o simplemente sociales, para que

surja la cooperación y triunfe la democracia, si somos un país rico y a la vez un pueblo pobre, necesitamos fomentar el hábito del ahorro, y ponerle dique con el mismo hábito a la dilapidación, si somos un pueblo inteligente y comprensivo, que anhela ponderarse en la cultura de América y quiere regir por sí mismo sus propios destinos, pero que a la vez es ignorante, nos es indispensable hacer viva y fuerte la tendencia al estudio constante y eterno, para poder conocer y pensar bien sobre las cosas, sobre los hechos, sobre los hombres. Esos tres aspectos, que coexisten como los tres lados del triángulo equilátero, recibirán su punto de apoyo generalizador en otras siete cuestiones que deben ser eje en la formación y desarrollo de nuestros programas: el medio físico y geográfico, la raza, la tradición, en economía la noción agrícola, en moral el principio cristiano, las instituciones políticas, es decir, la democracia, y la higiene pública y privada.

Es indispensable que el niño salvadoreño sepa que las naciones se desenvuelven según los elementos físicos que les brinda la naturaleza, y que el medio físico y geográfico es el modelo en que se forma todo pueblo, no sólo como agregado humano, sino también como actividad espiritual y de cultura, debe conocer su propia raza, los componentes étnicos que la constituyen y la tradición que le ha formado su psicología y sus potencias morales, es indispensable que estudie las fuentes de su economía, que en nuestro país no son otras que la agricultura, y que le es urgente sacarla de la rutina y del empirismo por la noción técnica, convencido de que el conocimiento agrícola es para nosotros tan fundamental como el idioma, debe tener completa conciencia de que la admirable moral cristiana descansa sobre la base sustancial y cósmica del amor los unos a los otros, no sólo en la forma dogmática de las abstracciones místicas, poco inteligibles, sino en la realización primordial de la fraternidad sin distinción ninguna, es indispensable que el niño salvadoreño salga de la escuela apto para ser un buen ciudadano, o lo que es lo mismo, un buen accionista de la magna cooperativa republicana, perfectamente consciente de la solidaridad, no relativa, sino absoluta, que implica el principio democrático, que es el gobierno de todos, o sea el gobierno del

pueblo, por el pueblo y para el pueblo, como lo definió Lincoln, y que la democracia es la forma política que reúne a todos por la fuerza sustancial y cósmica de la cooperación social, y debe saber también el noble niño salvadoreño que en nada podrá ser eficaz en la vida si no hace realidad en sí mismo el apotegma latino, inmutable y perpetuo, dicho por boca de Juvenal, de la *mens sana in corpore sano*, porque los cuerpos enfermos le ponen pantalla al foco espiritual, y porque los parásitos microbianos que nos tienen sitiados y nos penetran, debilitan la sangre, enferman el sistema nervioso y desequilibran la función regular del organismo, volviéndonos tristes y apocados y degenerando nuestra potencia creadora

El método pedagógico que se adopte será otra cuestión esencial que ha de afectar a la reforma universitaria. Hasta hoy, a la verdad, no podemos decir que hemos tenido un método dado en nuestra escuela, hemos salido del paso con un poco de copia de algunos de los sistemas de países extraños y diferentes del nuestro, y lo más con la rutina vernácula, en que la memoria como acto reflejo se llena de palabras, que luego desaparecen dejando vacía a la razón. De ahí que nosotros no comparezcamos aún como pueblo enterado de las cosas, sino que, en la necesidad de decir, las suponemos o las repetimos por informaciones ajenas. Esto de la pedagogía es cosa de suma gravedad. Los métodos de enseñanza en las escuelas son como los sistemas de cultivo en la agricultura. Un sistema para cada zona geográfica, otro diferente para cada planta según la calidad del fruto que se desea obtener, según las exigencias del mercado y según las miras del agricultor. Así, a nosotros nos es indispensable un método propio de educación, peculiar a nuestra naturaleza, y si queremos trasplantar algo que nos pueda ser útil, no será sino aclimatando como hace el agricultor, que es lo mismo que adaptar como aconseja el sociólogo.

Estudiar pedagogía extranjera y aplicarla directamente a nuestros medios escolares, es a no dudarlo un doloroso error científico. Porque el filósofo o el pedagogo exótico pensaron en función de su medio social, para aplicarlo a sus propias generaciones. Por eso, no obstante la relativa unidad de cultura

que resume a los pueblos de Europa, hijos raciales del mismo tronco ario, pero diferenciados por regiones físicas y determinaciones históricas que les han a su vez diferenciado la psicología y la mentalidad, bien sabemos que allá hay Pedagogía alemana, inglesa, francesa e italiana, con los matices varios del teutón que vino a ser alemán puro en la Austracia y que se convirtió en francés en la Neustria por la influencia romana, y del bretón que ha pasado a ser inglés por la influencia anglosajona y la dirección normanda, y del italiano, con carácter propio, pero después de haber sufrido las influencias seculares de casi todas las familias raciales arrio-europeas. Y de Suiza no digamos, cuyo medio geográfico singular ha producido la singularidad de ese pueblo modelo. El mismo norteamericano, porción de Europa trasplantada a nuestro Continente, tampoco podía ofrecernos sus métodos pedagógicos, aunque sí nos son perfectamente aplicables muchos de sus hábitos excelentes, tan eminentemente humanos.

Intentaré decir aquí en una expresión de síntesis, el fin ideológico de la pedagogía de aquellos países. La Pedagogía inglesa se ha dirigido siempre a la formación del carácter, la de nosotros al desarrollo de la memoria, como para hacernos buenos recitadores, de acuerdo con nuestros gustos domésticos y sociales. Cuando viene un niño a nuestras manos pedagógicas, nuestro afán es llenar aquella alma que suponemos vacía, esto es, enseñarle, o lo que es lo mismo darle el ideal del inglés es prestarle ayuda, el inglés entiende que la labor educativa es un proceso de autodeterminación, nosotros desconocemos ésto, inclinados como somos por tradición y tal vez por propensiones étnicas a mandar a los demás, y porque éstos no se moverían si no se les mandara, o se moverían mal o peor. El alemán ha creado su escuela del trabajo, en la que ha desterrado el conocimiento a medias y el enciclopedismo, y ha fomentado el individualismo, refundiéndolo en la colectividad, con lo cual ha moldeado un orden social peculiarmente germano. En la escuela alemana se enseña que el gobierno propio es anterior al gobierno de los demás. En Francia se ha creado la escuela del trabajo libre y la educación individual y colectiva conjuntas. En Bélgica, Ovidio Decroly

establece la escuela como centro de interés, de enseñanza global, de ideas asociadas, y modifica el antiguo sistema de programas

Ahora cabe preguntar, ¿podemos entender nosotros el pensamiento central de estos métodos a la luz de nuestro propio medio? ¿Nuestro desenvolvimiento social permite su aplicación en nuestro país? Allí no más en los Estados Unidos se nos ofrece el *método de proyectos* del pedagogo de Chicago John Dewey, calcado en la filosofía pragmática, la de los hechos activos y de lo que es útil en ellos, es decir, una pedagogía que busca en la acción lo que tiene de útil, o que la reconoce buena por la utilidad que ofrece. Este método, surgido de la mentalidad norteamericana como una expresión histórica de su agregado, no lo entendemos nosotros, individualistas en quienes el espíritu de comunidad apenas si enciende sus luces a través de tareas no eliminadas. Tampoco lo entendemos, porque a pesar de ese individualismo, nos domina un modo sentimental que nos lleva a la generosidad y al altruismo, sin más utilidad que el placer íntimo de haber sido útil a otro o de haber servido a una idea que creemos o que sentimos buena.

Desde todos los puntos de vista que examinemos una pedagogía extranjera aplicada a nuestro pueblo, nos resultará negativa a nuestro empeño de adelanto por razones naturales que no podemos remover, pero sí, con las luces que son comunes a toda la especie, podemos muy bien formular la nuestra propia, la que le venga bien a nuestro ego en desarrollo. La experiencia de nuestros mejores maestros y las observaciones acumuladas de nuestros estudiosos fijarán las normas y los lineamientos necesarios dentro de los cuales se deba impartir nuestra cultura. No debemos olvidar que el conocimiento de una ciencia, he dicho en otra ocasión, está condicionado con el desarrollo mental y las necesidades inmediatas del pueblo que la estudia, y la pedagogía es una ciencia particular muy concreta, por eso, país que no tiene pedagogía propia, no se está desarrollando, y maestro que no puede exhibir un enunciado siquiera de los mil que sugiere el vasto campo de la enseñanza pública, está más bien esterilizando la cátedra fecunda del magisterio. Severa es la exigencia, pero indispensable

Si enfocamos algunos de nuestros aspectos psicológicos y morales y de nuestros hábitos ingénitos por herencia o por tradición, o simplemente adquiridos, haremos evidente que los tratados extraños de pedagogía nos producen un efecto meramente intelectual de erudición, sin afectar la propia raíz del sujeto que queremos educar. Con la venia de vuestro ilustrado juicio, voy a verificar una revista de nuestras más salientes modalidades psicológicas, que son como breque de emergencia las unas, y que pueden ser motor de avance las otras. El *egoísmo* y su hija legítima la *envidia*, tara moral, más indígena que peninsular, desarrollan en nuestro ánimo una fuerza de negación y de estorbo, como si fueran grillos que impiden la marcha ascendente de la nacionalidad. El *individualismo*, no el filosófico tan necesario a la ponderación de las colectividades, sino el personalista, que es corolario de los anteriores vicios, ése nos conduce en la visión de la vida social a la simplicidad de nuestro propio yo, no obstante profesar la democracia y el cristianismo, y como consecuencia de lo anterior, la debilidad moral nuestra para la asociación cooperativa y corporativa que tan imprescindibles son en la formación de un regular estado social y para la lucha por la vida en un mundo que se complica cada día más. La llamada *pereza enrolla*, o más propiamente dicho, la *abulia* que enerva las energías, la cual es hija unas veces y madre otras del *pesimismo* que nos cierra todas las puertas, como si debiéramos perder toda esperanza, nosotros que estamos en la portada de un infinito y glorioso porvenir. La *mentira* persistente, vicio que cometemos por el hábito de afirmar lo que sabemos mal o que no sabemos del todo, o por "viveza", sin reflexionar muchas veces que la mentira destruye la propia personalidad, que es la que garantiza las exteriorizaciones verdaderas de la conciencia y las sinceridades del verbo. El *aspirantismo* que nos conduce al *codeo*, como le llamamos nosotros, o a la "improvisación agresiva" de que nos habla don Francisco García Calderón, y por consiguiente a la simulación de los valores. Esto último no deja nacer en nosotros la necesaria disciplina del valor jerárquico, que tanto se cultiva en las escuelas de Europa, principalmente en Alemania, y sin la cual los méritos auténticos no pueden ser la levadura ni

el timón de las naciones en marcha. La *intolerancia* que niega la conciliación con cuya virtud cada uno da al acervo común lo bueno que tiene y sin cuya concurrencia la obra social no es completa. La *exageración* que deforma la realidad y desconcierta el juicio que da los elementos de las verdades públicas. La *fachenda* o fachentería, según nuestro decir, muy parecida a la arrogancia española, que nos conduce al narcisismo, el cual en este caso no es optimismo o visión de virtudes florecientes. La persistencia de hábitos y costumbres, que si no se cambian, aunque nos leyéramos toda una biblioteca poco lo aprovecharíamos, ya que es bien sabido cómo son de determinantes los hábitos, y éstos no se reforman si no es sustituyéndolos con otros mejores, pues como dice Ingenieros, la verdadera constitución de un pueblo son sus hábitos o costumbres. Nuestra poca propensión a salir del *empirismo* y la *rutina*, pero éste, más que vicio intrínseco es consecuencia del analfabetismo. Frente a estos aspectos negativos, comparecen otros positivos en que se fundan nuestras claras esperanzas. Nuestro pueblo es comprensivo lo que ve hacer hace con aptitud espontánea. Si le damos la noción científica, inventa. Es capaz para resistir las mayores faenas, en el dolor es resignado, en la humillación rebelde, aunque muchas veces el pretexto de la rebeldía lo ha llevado a la turbulencia, lo cual nos ha traído descrédito. El concepto de la independencia y de la autonomía se le ha metido tan hondo y de tan lejos le viene por tradición vernácula, que ni siquiera concibe que las puede perder nunca, como no sea para acrecentarlas y consolidarlas, y solo en este caso, fundiéndose en el todo nacional centroamericano. Es imaginativo y su capacidad de crear es evidente. Le anima un espíritu fraternal, es humano y compasivo, y fácilmente se le hace comprender el todo universal y sentirse ciudadano del mundo. Lleva con claridad ingénita las ansias de la civilización, como si desde el fondo de su alma oyera la voz del futuro que le invita a escalar la cima inmarcesible. Aparentemente es rígido, pero si descendemos al detalle le hallaremos flexible para adaptarse a las nuevas situaciones que lo ennoblecen y lo elevan. Sometido a un proceso educativo, una década bastaría para notar con sorpresa sus cambios sustanciales.

Para completar mis ideas respecto a la reforma pedagógica que ha planteado en este momento el patriotismo salvadoreño, quiero esbozar en líneas generales algunas proyecciones que a mi juicio deben seguirse para que nuestras escuelas ofrezcan al Instituto y a la Universidad elementos sensibilizados y ágiles, aptos para recibir las altas generalizaciones que lo han de transformar en el técnico ejecutor o director de las grandes obras de la nacionalidad. El sistema llamado activo, ése en que el educando actúa como sujeto central del aula, con la espontánea expresión de sus inclinaciones potentes, y en que el educador comparece como un conductor aparentemente guiado por su mismo discípulo, con el objeto de observarlo mejor y conocer las proyecciones de su mente y las modalidades de su psiquis y poder ayudarlo con más eficacia a nacer, digamos a salir de la cáscara en que se contienen sus gérmenes espirituales, a la vez que el niño capta la noción científica y despierta sus emociones morales, desandando el camino de sus propias herencias viciosas y formándose los nuevos hábitos y pereñbando las concepciones que le son necesarias para sus futuras actividades de hombre y de pueblo, ese sistema, sin complicarlo mucho y sin darle otro nombre que el de *activo* simplemente, es el indicado, por lo pronto, a mi juicio, para iniciar el nuevo avance que se desea. En este sistema es forzoso abolir las actitudes pasivas del educando, esas actitudes en que el educador se nos presenta como un operador mecánico que empaca mercancías, y sustituirlas por los ejercicios activos de quienes desarrollan facultades para crear y para dominar la naturaleza y las mismas potencias humanas. Observa John Dewey, cuya Pedagogía es toda un filosofía, que lo intelectual no es lo dominante en el hombre, sino lo dinámico y emocional, las excepciones de este concepto las dan las mentalidades superiores, que son raras. Y nosotros, desconociendo ese orden de las actividades naturales, evidentemente lógico, espoleamos las facultades intelectuales, hasta fatigarlas, particularmente las potencias de la memoria, cuya función no es entender y mucho menos producir, sino almacenar la materia prima, la cual no se convierte en elemento activo hasta que la razón, por los canales de la experiencia, no la incorpora como cono-

cimiento en la conciencia. Por errores tradicionales pedagógicos, o por pereza de poner en movimiento nuestro cerebro interior, utilizamos lo que se nos ofrece fácil: la vivacidad natural y refleja que nos dan la raza y el clima. Por las claridades que nos vienen de los adentros del alma adivinamos ese algo mejor que no hemos podido hacer brotar de nuestra mente inquieta, pero nuestra actitud intelectual en el deseo de una cultura mejor, permanece análoga a la de nuestros abuelos aborígenes cuando las carabelas admirables mostraron las blancas velas en las costas americanas. Ningún pueblo quizá como nosotros necesita tanto de *aprender haciendo* para eliminar nuestro intelectualismo verbal, acostumbrados como estamos a pensar en abstracto o a reflejar lecturas, y no a forjar nuestros poderes mentales en el gran laboratorio de la realidad. Entonces, nuestra educación debe ser impartida o formada en contacto con la naturaleza, a la luz de nuestra Sociología, y debe considerarse como un proceso ascensional, como desarrollo que no termina y que se dilata en las vidas y en las generaciones. Tal un viajero recorriendo un camino hacia el infinito, y que enlaza o combina las experiencias del viaje, para las nuevas y diferentes formas que impone la ruta, dentro del eterno postulado de renovarse o morir.

Otra de las condiciones para que la Universidad cumpla con sus altas funciones, es que se le entreguen unidades seleccionadas, las naturalmente capaces para desenvolver el pensamiento científico. La formación de profesionales a medias, con aptitudes medianas para las disciplinas universitarias, y tal vez con otras más lúcidas para muchas otras actividades también importantes, como el comercio, la agricultura, la industria o las artes mecánicas, desvían la misión y el destino de la universidad y mediocrizan las ponderaciones de un pueblo que no recibe en su marcha la luz indispensable de que carecen en la precisa intensidad sus elementos directores. Este mismo aspecto lo considera con oportunidad previsor y técnica el Dr. Adolfo Pérez Menéndez en su notable conferencia sobre "La Misión Orientadora de la Universidad en la Vida Pública".

Conveniente sería también, si fuera posible, aumentar o servir eficazmente las otras carreras profesionales más allá

del Derecho y de la Medicina, formando ingenieros que nos construyan nuestros caminos, nos levanten nuestros edificios, nos tiendan nuestros puentes y nuestros rieles, nos canalicen nuestros ríos encauzándolos sobre los predios sedientos, para el cultivo intensivo de las parcelas agrícolas, aparentemente estériles, pero en verdad ricas de materias fertilizantes, que nos conviertan nuestras caídas de agua en energía eléctrica, y que con el ojo técnico puedan descubrir nuevas fuentes de riqueza, que latentes están en nuestro medio físico. Formando también al farmacéutico industrial, no al farmacéutico vendedor de drogas extrañas, que nunca pasa de simple comerciante, pero sí al que extraiga de nuestra rica flora medicinal las sustancias que están en nuestros bosques, curativas de las enfermedades que en nuestro ambiente se producen.

Por otra parte, es la hora de darle a la Universidad una función mayor que la que ha tenido por rutina, de refugio en la lucha por la vida, sin que la nación como masa reciba de aquel foco de sabiduría la influencia bienhechora que puede y está destinado a dar. Por el Derecho Constitucional conoce cuál es la técnica de la organización política de la república, por la Sociología sabe el fenómeno maravilloso y complicado de las sociedades humanas, por la Economía Política domina las leyes que rigen la balanza siempre oscilante de la oferta y la demanda, de la producción y el consumo, del crédito y la parálisis del medio circulante de cambio, por la Higiene sabe cómo se preserva la salud y se previene contra las enfermedades, por la Geografía conoce cuál es el molde geográfico que nos determina como pueblo en nosotros mismos y en relación con el universo. También es necesario que se palpe que ésto y todo lo demás lo ha adquirido la Universidad como centro distribuidor, y que no lo tiene en depósito como hasta hoy ha parecido, sino que su función es la de centro que genera y foco que irradia, de modo que la masa social camine bien y se mejore sin cesar, para que pueda cumplir sus altos destinos.

Y una de las maneras con que la Universidad ha de conectar sus corrientes propulsoras con la nación, es descendiendo con sus antorchas a todas las capas del alma

popular, para elevar la conciencia de los ciudadanos hasta convertirla en flor de cultura, como el sol que esperece sus rayos hasta el centro de la tierra y calienta el germen que oculta la semilla y hace que el árbol latente se convierta en tallo y ofiezca la riqueza de sus frutos. No he de negar, antes bien he de afirmar lo trascendental inefable, pero es lo cierto que la verdad no puede abrir sus ojos en los dominios del hombre, sino a través de lo experimental y como conquista de las propias experiencias humanas. El Derecho Constitucional y la Sociología, por ejemplo, que no son abstracciones sino ciencias eminentemente reales y precisas que se desenvuelven en la actividad militante de las naciones, es indispensable que surjan del medio social en que se estudian, como no se puede estudiar la filosofía de los cuerpos y su constitución en otro lugar que en el campo experimental de los mismos cuerpos, por manera, que así como el químico va al laboratorio a observar la descomposición y recomposición de la materia, y el médico al anfiteatro a practicar la disección anatómica de los organismos vivientes, por analogía tenemos que admitir la necesidad en que se está al estudiar aquellas materias del Derecho, de ir al campo mismo en que se manifiestan los fenómenos sociales, a estudiar en la realidad el cuerpo vasto y complejo que queremos constituir y mejorar. Hasta de la Poesía ha dicho Menéndez y Pelayo, con ser tan subjetiva como es y tan libre, que es poesía decapitada la que no refleja en sus estrofas la naturaleza física y social del país en que se escribe. Del Derecho Constitucional y más exactamente de la Sociología se puede decir lo mismo que de la Pedagogía, que si son estudios verificados en extraño escenario, le darán al estudiante nuestro sólo materias de erudición para engañarse a sí mismo y deslumbrar al lector desprevenido, pero no lo harán portador de la verdad propia que sus connacionales esperan ansiosos. Y este ejercicio experimental nos traería otro bien no menos ingente, y es el de comunicar a los individuos y a las colectividades por medio de la conferencia que enseña y que investiga a la vez, las luces acopiadas por la Universidad, contribuyendo así a que ésta alcance la categoría de foco en la dirección de los pueblos, y las obser-

vaciones que se acumulen con este motivo serán datos que se sumen y que vendrán a resolverse en la sensatez o el buen sentido de pueblos que se conocen a sí mismos y saben lo que quieren. De esta manera aprendemos enseñando y enseñamos aprendiendo, que son los caminos seguros de enseñar bien y de aprender mejor. Kant trazó en el aula frente a sus discípulos sus grandes postulados filosóficos, y el monismo de Hæckel no es otra cosa que el resultado de sus lecciones en la cátedra universitaria. Jesús mismo, el maestro por antonomasia, el sublime maestro, dijo su buena nueva discurrendo con sus discípulos y predicando a las gentes, entre quienes hallaba el motivo para sus reflexiones divinas. Si prosiguiéramos con la mente fija en el libro y no sobre la realidad también, haríamos eterno en nuestra cultura el verbalismo libresco, renunciaríamos al ideal de formar una cultura propia y hablaríamos por siempre frente a un pueblo sin oídos mentales y por lo mismo sin interés por oír, como nos dice Nietzsche que le ocurrió a su Zaratustra.

Hay un aspecto de trascendencia que no podía olvidarse al reorganizarse la enseñanza salvadoreña, es el de la cultura rural. El Salvador, como los demás Estados de Centroamérica, unos más otros menos, tiene una población campesina casi de las dos terceras partes de sus habitantes totales, y ese porcentaje crecido de analfabetos forma una densa sombra que nubla los resplandores de la cultura nacional. Es urgente, pues, organizar la escuela rural, y paralelo a esto, sistematizar la difusión de las luces humanas en el campo por medio de conferencias metódicas y publicaciones de lectura seleccionada y constructiva del tipo social salvadoreño que la reforma universitaria anhela para El Salvador, y en general para Centroamérica.

Así planeada, integral y popular la difusión de la enseñanza, pondríamos a nuestro pueblo en potencia de entender y de encaminarse con paso firme hacia su gran desiderátum histórico, desiderátum que está irrevocablemente determinado por la Geografía. Voy a detenerme un momento ante este tópico. Bien sabéis vosotros que el medio geográfico es como un molde en que se forjan los destinos de todo pueblo. Per-

mitidme que sintetice ahora, nuevamente, las observaciones que nos han dejado algunos de los pueblos que son a manera de jalones en la historia del mundo Fenicia, pueblo nómada y mediterráneo, fue arrojado al mar por la Geografía, según la feliz expresión de Michelet, y en el mar desempeñó su papel de navegante y mercader, y llevó y trajo los productos de casi todas las naciones antiguas, y los judíos, en circunstancias análogas a los fenicios, aprendieron de éstos el arte de comerciar y no han dejado de ser comerciantes, así de hondo se les metió esta actividad hasta hacerse en ellos peculiar. Los griegos, con altas propensiones espirituales y colocados en el camino real del mundo antiguo y en comunicación con todos los pueblos, observaron y aprendieron, reuniendo en el foco helénico todas las culturas de su tiempo, que luego las devolvieron a las nuevas humanidades de los siglos que van pasando. Los romanos se distinguen por sus legiones victoriosas y por su Derecho victorioso también, como tenían que defenderse formaron un ejército, y para hacerlo invencible le dieron una fuerza moral todopoderosa, la disciplina así conquistaron el mundo, y para gobernarlo pensaron el Derecho, ciencia romana que sigue gobernando el mundo. Inglaterra, aunque sajona tiene una fisonomía y un matiz psicológico diferentes muy ingleses, que sin duda se los da la isla, y la Geografía insular los hizo marinos y en el mar invencibles. La infantería inglesa fué débil en el Continente, en cambio los tercios españoles fueron invencibles en los campos de Europa, pero la *invencible armada* fue vencida para siempre por los barcos ligeros del marino inglés. Le decía yo hace poco a un catedrático norteamericano «¿A qué se debe ésta portentosa concentración de hombres y de negocios que se llama Nueva York?» «A la bahía», me contestó sin vacilar. Siempre la Geografía determinando las obras de los hombres. Estas observaciones pudieran adolecer de la falta de autoridad de quien os dirige la palabra, pero oíd lo que dicen algunos líderes consagrados del pensamiento humano. «Vano empeño sería el de pretender escribir la Historia, dice Lenglet de Fresnoy, sin el exacto conocimiento de la Geografía.» Y Letellier concluye «Es que la Geografía no sirve científicamente

para nada, si no sirve para explicar la Historia» Y Herbert Spencer afirma que «las ciencias no pueden avanzar más que a condición de estar unidas y combinadas», a lo que agrega Pane «pero esta condición en general es de avance, tratándose de la Historia y la Geografía es de existencia» Ihering, en su obra titulada *Prehistoria de los Indoeuropeos* sostiene categóricamente «El lugar que un determinado pueblo ocupa en la superficie terrestre define fatalmente su suerte feliz o desgraciada, porque *la Geografía puede considerarse como la Historia trazada de antemano, y la Historia la Geografía en acción*» Ratzel dice «¿Cómo, en efecto, poner en duda el valor de la Geografía para explicar la vida social y los movimientos humanos colectivos? El Hombre es un pedazo de la tierra» Y don Adolfo Posada sentencia que «la humanidad es un detalle geográfico» Sería interminable la cita, señores universitarios de El Salvador, por eso dice Pane, como si ya se hubiera llegado al dominio de una verdad axiomática «Estas son verdades vulgarizadas lo suficiente para evitarnos el trabajo de insistir sobre ellas»

Así el istmo centroamericano, insisto en repetir, está regido por una determinación geográfica, de un valor imposible de calcular, porque es universal. Mira igualmente al Norte como al Sur de América, figurando como un enlace de manos de las dos vastas porciones de nuestro hemisferio, bañado por los dos grandes mares, le traen, el del Este el oxígeno espiritual de la cultura europea, y el del Oeste los rumores de la vieja Asia, legendaria y extraña. Es un puente y a la vez puede ser un acueducto que lleve de un mar a otro el destino de los hombres y la civilización del mundo. Somos el centro de las miradas de todo el universo, y el interés de esta mirada está en el istmo. Desde hace más de trescientos años somos el objetivo de los grandes poderes internacionales, y por este objetivo han derramado nuestra sangre y nos han hecho verter lágrimas tan amargas como los mares que nos rodean. Nuestro medio geográfico nos ha planteado un dilema cuyos extremos son definitivos o somos dueños del istmo y nos lanzamos por consecuencia a tomar nuestro puesto honroso en las ponderaciones espirituales del Continente americano, o dejamos

de ser sus poseedores, y vamos también por consecuencia a la servidumbre, a la vida raquítica, al anonimismo, a la muerte civil. Y para triunfar por el primer extremo tenemos los elementos físicos y morales indispensables, sólo nos es preciso, y no es poco, universalizar en nosotros mismos la suprema razón de nuestro destino, y llevar por todos nuestros confines la evidencia de nuestro problema histórico-geográfico, es decir, nuestra verdad trascendente, pero no para el conocimiento de las individualidades solas, más o menos enteradas, sino también para las colectividades totales, de manera que estén perfectamente conscientes del gran desiderátum nacional. Para mí, lo digo con toda solemnidad, el problema de Centroamérica está planteado por la Geografía y por la Historia, y es a los centroamericanos, como sujetos activos en este ambiente regenerador de la cultura cristiana, a quienes nos corresponde resolverlo.

Y si es histórico-geográfico el problema que tenemos que resolver, en esta labor es la enseñanza de estas materias la que asume una de las más graves responsabilidades. La Historia nuestra, como la general de América y la universal de todos los tiempos, debemos llevarla a la cátedra de la escuela, no como la lucha vulgar de odios y ambiciones localistas, partidaristas o personalistas, sino como un fenómeno social de la nación en marcha, y hasta los errores o los aciertos de los personajes actuantes deben ser expuestos como actividades del agregado, el cual acciona y reacciona dentro de sus propios componentes que se hacen unidad en la Historia. Arte unas veces y Ciencia otras, esta disciplina debe enseñarse en el actual estado de nuestra cultura, explicándola y aplicándola a la educación cívica de los ciudadanos, no como una novela pintoresca y atrayente, más aún como un drama de la humanidad, en que nosotros no debemos comparecer como espectadores sino como sujetos activos de su argumento. Y la Geografía es preciso que deje de ser la nomenclatura de ríos y montañas, de lagos y volcanes vistos como expresiones de la fisonomía terrestre, sino que en ellos debemos ver la representación natural de nuestra personalidad como pueblo, como las plantas, raquíticas o vigorosas, coexisten con la tierra y

el meteoro en que han nacido. Si los hechos de los individuos tienen valor social en la Historia, los detalles de la Geografía: ríos, lagos, estrechos, istmos, montes, suelo, subsuelo tienen un valor humano, muy humano, y como tal valor deben ser estudiados, comprendidos y conservados, como moldes de vida, como claves de existencia, como pedestales propios en que se alce hasta los cielos la espiritualidad de un pueblo. El hombre vive de pan y experiencia, y es en la Geografía y en la Historia donde los ha de encontrar.

Más todavía. Nosotros tenemos una misión que cumplir en la cultura propia, que ya alborea, de la América Española. Nuestra misma Geografía lo está indicando y las raíces del viejo tronco tolteca, la rama civilizadora de la raza roja, de que somos biote, renovado por el caudal que nos ha caído de la raza blanca, cuyas proyecciones intelectuales nos están iluminando. El coeficiente psicológico racial nuestro es de base indígena, pero generación tras generación se está consumando el reactivo del mestizaje en nuestras venas, y poco a poco viene surgiendo en nosotros el nuevo tipo autóctono, que ha de singularizarse en un mañana no muy lejano con caracteres morales y mentales netamente centroamericanos, aunque integrando irremisiblemente a la gran familia indoespañola de que formamos parte. Si somos el centro del universo por la Geografía, si las miradas del mundo se polarizan en nosotros, porque somos un istmo intercontinental, por esta propia razón tenemos que ser algo así como una lente que recoja las irradiaciones del espíritu humano. Desde luego estamos destinados a desenvolver una síntesis de cultura, por lo mismo que somos una síntesis geográfica, y daremos nuestro aporte inconfundible a la civilización, que expresándose en castellano, ha de billar mañana en la cumbre de los Andes, los cuales en este caso serán como los Himalayas de América.

Es muy remoto esperar un aceleramiento de nuestra evolución por el torrente sanguíneo que nos dieran inmigrantes familias europeas. No podemos repetir lo que Alberdi dijo de la República Argentina: *gobernar es poblar*, nuestro postulado es *gobernar es educar*. Estamos en plena Zona Tórrida, y la raza blanca es raza de frío y de nieve, su semilla espiritual germina

en los cielos grises en donde el sol no alumbra, no en estos horizontes claros en donde el padre de la naturaleza arde de vida y esplendor. Es más que probable, que el deseo de venir de algunas familias de allá a incorporárenos, se esté tornando en vacilación, mientras no se haga regular el orden en nuestros pueblos. Pero debemos estar ciertos de que vivimos en una época en que los hombres marchan con inusitada rapidez hacia la solidaridad de la especie en sus agregados sociales, sobre la base necesaria del gobierno autónomo. Nuestros tiempos son de transición, tal vez por esto se nota en los ámbitos del mundo una inquietud pavorosa, como si presintiera una catástrofe. No se puede decir si lo que se columbra es el simple acomodo de los pueblos de la tierra en una vida estable, cooperativa y conviviente, o el cambio a una nueva edad más espiritual y más humana. Estamos en la época de la máquina febril que lo multiplica todo, y que así como el esclavo trabajaba ayer para que el filósofo pensara y nos diera el legado de su tesoro mental, la máquina hoy es forzoso que lo haga todo, para que la humanidad total concentrándose en sí misma multiplique sus poderes inmanentes y el hombre sea lo que tiene que ser, el rey del universo. En el maquinismo portentoso de hoy se distingue la maravilla de tres aparatos extraordinarios: el telégrafo inalámbrico, el cinematógrafo y el avión. Los aparatos de la velocidad, del intercambio rápido, de la convivencia universal, que por lo instantáneos realizan el milagro de la unidad del mundo. Pero el hombre de hoy, el hombre europeo, se muestra inconforme, coloso encadenado a su tragedia secular, o a la desesperación del que presiente la edad crítica. Ya Spengler, el filósofo alemán, ha hecho volar por todas partes en páginas terribles sus intuiciones sobre la decadencia de Occidente. Y ante estas voces que nos vienen del otro lado del Atlántico, un grupo de jóvenes salvadoreños entonan el *sursum corda* del optimismo y la esperanza, con grandes alientos de vitalidad, con claridad consciente de los deberes precisos que los tiempos imponen a la presente generación. «Ya no podemos vivir aislados», me decía hace poco el distinguido pedagogo Francisco Morán, resumiendo en esa frase perfecta el carácter de univarsalidad en que el mundo está entrando.

Y la idea original de reforma universitaria, agrandándose por la propaganda y el discurso, ha adquirido ya el prestigio de ser acogida por la Universidad misma, y de aquí saltará a la nación que la ha de apoyar con beneplácito, y al Gobierno, como representante supremo, que la ha de convertir en hecho positivo. Y ha de propagarse también por toda la América Central, porque lo verdadero para El Salvador es verdadero para los cinco hermanos que salieron uno del régimen colonial y uno entraron en la vida libre de América por el oriente histórico del 15 de septiembre de 1821.

28 de febrero de 1935

LA UNIVERSIDAD QUE DEBEMOS CONSTRUIR

SEÑORES

La Comisión encargada de organizar el ciclo de conferencias sobre Reforma Universitaria—Comisión creada por el Honorable Consejo Superior Directivo de la Universidad de El Salvador—ha dispuesto ilustrar lo más que se pueda, el problema de la Reforma Universitaria en todos sus diversos aspectos y ha organizado este ciclo de conferencias, en las cuales las distintas cuestiones relativas a la enseñanza superior en nuestro país, sean estudiadas sucesivamente por diferentes académicos y hombres de pensamiento. Me ha cabido el alto honor de ser invitado, para intervenir en el debate, por el que ahora se congregan los más claros y nobles espíritus de la intelectualidad del país. Y espero que acojáis, con severa crítica, el pequeño aporte que traigo en esta conferencia, que título «La Universidad que Debemos Construir».

No es la primera vez que me he ocupado de la Reforma Universitaria. Es un problema, que desde que era estudiante, en la Universidad Nacional de Guatemala, ha interesado fuertemente mi espíritu. Y, a raíz del Decreto de 28 de abril de 1924, que suprimió por aquel entonces la Universidad Nacional de aquel bello país, publiqué en la Revista «Studium» de los estudiantes universitarios de Guatemala de diciembre de 1924, y enero y febrero de 1925 el trabajo intitulado «Hacia la Construcción de la Universidad Nacional». En aquel trabajo decía, que debíamos entender por Universidad Nacional, la Institución Docente Superior, encargada de hacer progresar la ciencia en general, en bien de la humanidad y de hacer progresar el estudio particular de las disciplinas científicas, que tengan relación inmediata con la indiosincrasia del país.

donde la Universidad exista, para bien de la Nación. Institución Docente Superior que trate de preparar hombres de ciencia, investigadores que encaren los problemas científicos desde un punto de vista personal. Decía el Profesor Coulter, de Chicago «que la investigación es el sistema nervioso de la Universidad, que consagrarse no tanto a adquirir la ciencia sino hacerla progresar es el carácter propio de la Universidad». De tal manera, pues, que Universidad que no investiga, no es Universidad.

Hay tres tipos de Universidad: la Escolástica, la Napoleónica y la Moderna, llamada corrientemente Alemana, por ser en Alemania donde tuvo su origen.

La Universidad de tipo Escolástico—como muy bien la define el ilustre profesor argentino, Ernesto Quesada—es aquella, que imparte la enseñanza, de acuerdo con la influencia docente de la Compañía de Jesús, desde el siglo XVI, es decir, donde la promoción de un año al siguiente se verifica sólo por la aprobación de un conjunto de exámenes. Esta influencia, ha contaminado el criterio pedagógico de todas las esferas escolares: la elemental, secundaria y profesional. Criterio que aún conservan las universidades de tipo Napoleónico, y el cual se manifiesta, en un plan de estudios determinado, en programas detallados, en asistencia obligatoria a clases y exámenes parciales y generales a fin de año. Pero la tendencia final de la Universidad de tipo Escolástico, es la de formar hombres con cultura general, con determinada orientación clásica. A formar lo que los sajones y anglosajones llaman el perfecto «gentleman».

La Universidad de tipo Napoleónico, que surgió con la reforma napoleónica de la instrucción pública en Francia, sigue el mismo criterio pedagógico de la Escolástica, sólo con la única diferencia, de que en esta Universidad, la tendencia final, propia de su organización, es la de sacar diplomas profesionales. Bajo la denominación genérica de UNIVERSIDAD DE FRANCIA se abarca a todos los órdenes de instrucción, desde la elemental hasta la superior, pero en todos ellos se sigue el mismísimo régimen pedagógico: la enseñanza según programas detallados, dentro de un plan de estudios fijo, con la

asistencia obligatoria a clases, y con la comprobación de exámenes parciales y generales sucesivos, para demostrar que el estudiante ha satisfecho a todas las exigencias de todos los programas, aprobados para el país entero por el ministro, con un criterio unitario y centralista riguroso, de modo que la juventud toda en todos los ámbitos del territorio nacional, debe aprender las mismas cosas, en los mismos años y a las mismas horas. Ese concepto cesarista de la enseñanza, constituye así un lecho de Procusto para la mentalidad de la nación entera.

Es ese el criterio pedagógico que nuestros normalistas y nuestros políticos han bebido en los libros franceses, por lo general su fuente predilecta de información es con ese concepto que se ha organizado la instrucción pública en nuestro país, en todos sus grados, salvo pocas excepciones, las cuales no sirven sino para confirmar la regla. Es esa, igualmente, la orientación de la organización de nuestros estudios superiores.

Sin duda este molde napoleónico modificó el clásico de las universidades escolásticas, corporaciones de escolares y docentes en las cuales la enseñanza era tutorial y se daba en grupos de colegios cerrados. Sólo Inglaterra y Norte América han mantenido ese tipo tradicional, adaptándolo a las necesidades modernas, y quien conozca las dos universidades netamente inglesas de Oxford y Cambridge, o las análogas de Estados Unidos, sabe que la vida académica radica allí en los *colleges* y en la enseñanza tutorial y directa del maestro, mientras que las cátedras de carácter universitario son simplemente supletorias. En el ideal napoleónico, la Universidad es un instituto profesional que prepara para carrera determinada, en el modelo sajón, trata de formar una cultura general con definida orientación clásica.

La Universidad de tipo Moderno o Alemán—como dice el doctor Quesada en su folleto titulado «Ideal Universitario», publicado en 1918—, es una institución que tiende al estudio de la ciencia pura y al desarrollo de la investigación científica. Por eso, en tal caso, desaparece todo rastro de organización escolar y de obligación de especie alguna: la libertad de enseñar, por parte de los profesores, y la de aprender, por

la de los estudiantes, constituye la esencia misma de la vida universitaria. De ahí que no haya programas detallados, ni planes de estudio obligatorios, ni asistencia forzosa a clase, ni exámenes parciales y anuales, ni preocupación profesional alguna. Son instituciones oficiales, con bienes propios y con subvenciones del presupuesto pero con autonomía docente y con un ideal claro: el de ser laboratorios de investigación científica e impartir la enseñanza de las diversas asignaturas con absoluta libertad, llamando a la cátedra a los hombres de ideas más diversas, con tal que descuelen en sus disciplinas, de modo que la misma materia pueda ser expuesta a la vez por personas que la encaren de varios puntos de vista, sin sujeción a programas analíticos ni a planes rigurosos de estudios, por manera que los estudiantes libremente eligen entre varias clases sobre una misma materia la que mejor les place, sin reato alguno, y les es lícito asistir a la misma mientras la enseñanza del profesor los retiene, no llevándoles nadie cuenta de si realmente concurren o nó, pues se les considera como a hombres grandes y conscientes, y no como a chiquillos que debe vigilarse con monitores y bedeles. Lo que caracteriza a tales universidades es ser el asiento de la investigación científica, y por eso cada profesor se esfuerza allí por mostrar a los estudiantes que quieren seguirlo cómo se investiga, con qué método y con qué criterio. De ahí que todo profesor sea a la vez un investigador científico, y es esa amalgama de la investigación y la enseñanza lo que caracteriza la vida académica. Esto trae como consecuencia que en tales países la ciencia es universitaria y casi no hay sabio o investigador que no pertenezca al cuerpo docente superior, mientras que en los sajones la regla general es que el sabio o investigador es ajeno a la Universidad y a la vez, ni ha pasado siquiera por sus aulas, como en Francia—a causa del sedimento de tipo Napoleónico—los sabios o investigadores tampoco están propiamente en la vida docente universitaria sino en la del instituto, siendo de observar que la Sorbona o el «Collège de France» tiene un ambiente distinto del de la juventud académica.

En realidad, señores, consultando los tres tipos de Universidad, que se acaba de esbozar someramente, nuestra Uni-

versidad corresponde a las de tipo Napoleónico. Nuestra más alta institución de enseñanza superior, la cúspide de la pirámide tradicional de la enseñanza — como dice Quesada — cuya amplia base está en la educación primaria, enangostándose con las escuelas secundarias y especiales, no es más que un instituto profesional que prepara para carrera determinada, es en una palabra — aunque nos parezca dura e inverteiente — una fábrica de profesionales. Y, no se crea que sólo nuestra Universidad tiene esta organización visible, casi todas las universidades de la América Latina tienen esta organización de instituto profesional. Mis lecturas y mi observación personal a través de las instituciones similares de Guatemala, Costa Rica, Panamá, Perú, Chile y la Argentina, me han llevado a la conclusión, que la mayoría de institutos superiores de enseñanza en la América, están calcados en el molde Napoleónico y que sólo la Universidad de La Plata, fundada el 15 de agosto de 1905, por el sabio Ministro argentino don Joaquín V. González, se orienta visiblemente hacia la Universidad de tipo moderno.

Estado Actual de la Enseñanza Superior

Todos los hombres sensatos están de acuerdo conmigo, en el descenso y decadencia manifiesta que sufre la enseñanza superior en nuestro país. Este descenso y esta decadencia es extensiva a la enseñanza primaria y secundaria. En esta conferencia no me referiré a esos dos aspectos de la enseñanza, aún cuando opino que la grandeza y solidez de la enseñanza superior descansa en una fecunda enseñanza primaria y secundaria. No hemos de perder la esperanza de que en un futuro más o menos próximo, todo el país, desde los organismos directivos hasta el último ciudadano consciente, ha de iniciar la ofensiva contra el actual método de la enseñanza, que es, rutinario, libresco y exegético, y lo más grave aún, falto de contenido espiritual, que trate de perfilar nuestra personalidad a través de la Historia. Quizá podríamos decir, sin exageración, — con un educador argentino — que de tal modo resulta falseado el concepto de los valores personales en la escuela pri-

maria (luego ocurre lo mismo en el colegio y la Universidad) que lo que llamamos instrucción y educación debería llamarse con más exactitud, el arte de hacer de niños inteligentes hombres imbéciles

Me referiré a la enseñanza superior en la Escuela de Jurisprudencia y Ciencias Políticas Sociales de nuestra Universidad, por ser en parte mi especialidad

Aunque yo no he estudiado en esta Facultad, sin embargo, desde que regresé a mi país, he tratado de conocer el estado actual de su enseñanza y por los informes que he obtenido de alumnos y profesionales, he deducido que en nada se diferencia a las otras facultades de tipo Napoleónico que conozco, tanto en su organización docente como en el método seguido en la enseñanza de las distintas materias que constituyen el programa de estudios, para optar el título de Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Políticas y Sociales. No entraré en detalles, porque no es mi objeto hacer la crítica minuciosa del estado actual de la enseñanza de la Jurisprudencia y de las Ciencias Políticas y Sociales en mi país, sino hacer resaltar los defectos generales de organización y de método en la enseñanza superior, en una de las facultades de la Universidad de El Salvador, que quizá, sin temor de equivocarse pudiera aplicar a las otras facultades que la integran. En efecto, una Junta Directiva integrada por el Decano y los Profesores titulares constituyen el Gobierno de la Facultad. En ella sólo existen profesores titulares, no hay profesores adjuntos ni agregados. Sólo existe un profesor para cada asignatura, y entre nosotros existe la enormidad, de un mismo profesor para varias cátedras, en distintas materias. Así, por ejemplo, un mismo profesor sirve las cátedras, de Lógica Judicial e Historia de las Instituciones Jurídicas Salvadoreñas, la de Derecho Administrativo y la de Sociología. Ahora pregunto ¿podrá un profesor, por eminente que sea, convertir cualquiera de estas cátedras en cátedras de investigación y de estudio? Es absolutamente imposible, ni aún dedicando todo el tiempo al profesorado se podría, y, ya sabemos que entre nosotros, el profesor es casi siempre un empleado público o un profesional, que roba a su empleo o a su profesión, unas horas para ir a dictar su cáte-

dra Ya estudiaremos las razones económicas y de organización, que han determinado esta situación tan lesiva a los altos intereses de la cultura superior. Tal profesor convierte sus cátedras en rutinas, librescas y exegéticas, no habría en él ninguna curiosidad por conocer el estado de la ciencia que enseña, en los otros países, no tendría tiempo para conocer la inmensa bibliografía que la informa, y su único trabajo, sería leer con sus alumnos la lección del día. De ahí pues, que el estudiante no tenga interés en asistir a clases, y si asiste es a regañadientes, porque «le ponen falla». Si toda la finalidad de la enseñanza en estos institutos es prepararse para el examen, contestando como papagayo, a las diferentes cuestiones del riguroso programa, la lectura de su texto a solas en su cuarto, realiza eficientemente esa finalidad. Es tan nociva la organización y el método que siguen estas universidades de molde Napoleónico, que la enseñanza de los eminentes profesores que por ellas han pasado—hay que reconocerlo con justeza—no ha dado todo el fruto que hubo de desearse. Recuerdo a mi profesor de Derecho Internacional Público y Privado, en la Facultad de Derecho de Guatemala, el doctor don José Matos, jurista de nota, autor de un tratado excelente de Derecho Internacional Privado, que habéis de seguro conocer, publicado en 1922. Pues bien, sus eruditas y brillantes exposiciones, eran objetadas por los estudiantes codigueros, (que no tenían más preocupación que sacar el título de abogado para litigar), de exposiciones que no seguían al pie de la letra los puntos del programa. El programa, señores, es la camisola de fuerza del profesor de verdad, y el pase franco del profesor mediocre. Aquí mismo, hemos de recordar, con justicia, a nuestro ilustre internacionalista, el doctor don Salvador Rodríguez González, que no sistematizó sus profundas ideas en ningún tratado que yo sepa, pero que conocemos sus luminosas concepciones, a través de los distintos documentos en su larga actuación pública. Pues bien, no conozco los discípulos que sigan sus huellas. El verdadero profesor, más que atiborar de conocimientos el cerebro de sus alumnos, les inspira el halo de su ciencia, les sugiere la línea directriz, cómo se investiga, con qué método y con qué criterio. De allí los

discípulos que siguen las huellas del maestro y que después le superan

El eminente profesor argentino, Ernesto Quesada, —que habié de citar quizá muchas veces, porque es, a mi juicio, el que mejor ha encarado el problema de la Reforma Universitaria— en su libro «La Facultad de Derecho de París (Estado Actual de su Enseñanza, 1906)», relata estas escenas de las aulas de la Facultad de París, que reflejan los defectos de la enseñanza superior de aquel tiempo, en aquella Facultad, y que son los mismos que nosotros hasta ahora, tratamos de corregir «Tengo—dice—aún muy presente una mañana—la de lunes 11 de diciembre—en que me encontraba sentado en uno de los bancos del anfiteatro (uno de los «venerables», pues ya me había sentado allí hace un cuarto de siglo), donde no existen mesas para tomar apuntes siquiera, habían unos 400 estudiantes, porque era curso de primer año—el de Derecho Civil, dictado por Planiol—y entre ellos se veían unas diez a quince señoritas, la atmósfera era de barullo resuelto la clase anterior—de Derecho Romano, dada por Cuq—había sido ya suspendida a causa de los gritos, zapateos, y *chahut* general de todos, so pretexto de que no oían bien la palabra del profesor Planiol no había entrado aún, y se cantaban a voz en cuello canciones coreadas, se tiraban bolas de papel, se organizaban procesiones—monomes—que subían y bajaban zigzagando por las gradas, entre los aplausos, zapateos y aullidos de los demás, así que llegaba una señorita, era saludada con aplausos irónicos y gritaría general uno de los estudiantes subió a la cátedra y se sentó en el sillón del profesor, poniéndose a imitarlo (con bastante gracejo, a fé), en medio de un desorden considerable, y en presencia de dos o tres ordenanzas, de uniforme, los cuales sonreían paternalmente y se contentaban con mirar, se habría dicho, pues, que no era posible dictar clase alguna con auditorio semejante, porque los más tranquilos nada decían y los indiferentes se veían arrastrados por el barullo de la mayoría, pero, recordando que, en mi época de estudiante, más de una vez había presenciado análogo espectáculo, en ese y otros anfiteatros, esperé con paciencia. Y tuve razón entra Planiol, impasible, con su barba

gris, su lente y su calvicie, lo precede el ujier, también impasible como la cadena que lleva al pecho, se desencadena entonces una gritería infernal, con aplausos y pataleos, de modo que el ruido era ensordecedor. Planiol, acostumbrado a ello, se saca tranquilamente el birete, se sienta y espera que el ruido cese para comenzar su exposición, girando tanto la vista sobre los bancos llenos del semicírculo, y dando a su mirada una impresión deliciosa de suprema indiferencia, por fin, restablecido casi el silencio, comienza a hablar, pero en el acto su voz se pierde ahogada por una nueva y súbita gritería, si bien ya de diversos lados que querían oír comenzaron a gritar *assez, assez*, dando principio a explicar la lección y sin aludir para nada el barullo. Pues bien Planiol —en la ocasión recordada—desenvolvió brillantemente la teoría de los actos jurídicos, de las convenciones, del consentimiento, etc. si bien tenía el Código Civil por delante y su copioso cuaderno de apuntes, no se atuvo ni al orden ni al texto del Código, sino que encaró la materia desde un punto de vista doctrinario general, tratando de aducir ejemplos sacados de la vida diaria y de la historia, demostrando palpablemente, así, cómo puede enseñarse el Derecho Civil sin atenerse a la exégesis tiránica, a ésta sólo recurrió al analizar las restricciones del artículo 6° sobre las limitaciones a las convenciones, pero, con motivo de aludir incidentemente a las buenas costumbres y a la moral, se produce repentinamente un nuevo barullo monstruo, con gritos de *trés bien, très bien*, de un lado, mientras que del otro se oía *assez, assez*. Planiol continuó imperturbable, como si nada pasara, por más que el barullo durara algunos minutos, en medio de la tolerancia singular del profesor, quien sigue hablando, aún cuando no se le pueda oír.

«Hay cursos —sigue diciendo el profesor— a los cuales es un encanto asistir. Así, en el anfiteatro N° 3 he oído a Thaller explicar la Legislación Comercial, comparada la sala, siempre llena, con sus múltiples filas de bancos inclinados, las perchas ocultas bajo sobretodos y sombreros, conversando los estudiantes ruidosamente, y, como el profesor se hubiera retardado unos minutos, lo saludaron con benévolo ¡oh! ¡oh!

—Entra aquél sonriente, saca su birrete, se sienta—y el sempiterno ujer más atrás— y el profesor, cuya afabilidad subraya los años que principian a encanecerlo, comienza su clase, sin apuntes ni cuadernos, con los Códigos y colecciones de Leyes por delante. Trata de la propiedad industrial, de las patentes de invención y de su deslinde con los modelos de fábrica. emplea una argumentación de carácter práctico, buscando hacer comprender la aplicación de la Ley en la vida económica diaria, hasta el punto de que, refiriéndose a la reproducción cerámica, en objetos de uso común, de un cuadro famoso coetáneo, —representando la primavera dos jóvenes hamacándose amorosamente y circundados con el lema dantesco *Primavera, gioventù dell'anno, gioventù, primavera della vita*—, provocó involuntariamente con ella cierta discreta hilaridad de los oyentes, quienes reían y apoyaban la reminiscencia, sonriéndose el profesor ante ese interés despertado en el ánimo de aquéllos de modo, pues, que es visible su deseo de sacar a la enseñanza de la aridez del texto y de la pedantería de la interpretación exegética y solemne, consiste ese método, entonces, en aducir argumentos humanos y vivientes, sacados de la existencia económica diaria y que se encuentran al alcance de todos, para demostrar la esencia o los vacíos de la Ley, de modo que los estudiantes escapen a la sequedad del pedantismo de la vieja hermenéutica y no sientan fatiga por la materia sino, por el contrario, interés palpitante. Se ocupó—con una brevedad, para mí (encantado con su exposición de lamentar)—del resto de las cuestiones suscitadas por la propiedad industrial y, reconociendo la importancia de la materia, dijo a los estudiantes que, siendo su curso de carácter obligatorio y sometido a la prueba de un programa ministerial, no puede detenerse como deseara en aquellas cuestiones, por más importantes que sean, porque salen del programa que se ve obligado a seguir. Esto demuestra una vez más, el gravísimo defecto de la ingerencia ministerial, unitaria y minuciosa, en la enseñanza superior, sometiendo a profesores y estudiantes a moldes que resultan estrechos y coartan la libertad de enseñar, por parte del profesor, y la de aprender por parte de los estudiantes quizá es eso uno de los más graves defectos del régimen universitario francés y

que más a grito herido clama por su radical reforma. Cito estos ejemplos, para probar cómo se pierde la enseñanza de los mejores profesores en las facultades que limitan la ciencia a los programas»

Pues bien, señores, qué enseñanza superior, profunda y sólida puede darse en nuestra Universidad, si no se puede llamar a los mejores profesores del país o traerlos del extranjero cuando no los tenga, si no cuenta con un presupuesto amplio que le permita llenar esas exigencias, si no puede exigir que el profesor dedique el mayor tiempo a su cátedra, porque no puede vivir honestamente con el sueldo miserable con que se remunera su labor, si no puede aperar sus aulas de museos, bibliotecas, seminarios, gabinetes y laboratorios, porque vive de un presupuesto miserable, fijado por el Gobierno, que muchas veces no toma en cuenta la alta finalidad de la cultura, si no cambia radicalmente su finalidad de instituto meramente profesional y su método rutinario y exegético, donde profesores y estudiantes sólo se preparan para el examen de materias, con programas detallados y limitados, como si la ciencia fuera algo definido y concluso. Y aún cuando esta Universidad diese profesionales competentes e ilustrados, con una sólida cultura general, aún cuando diera verdaderas filigranas profesionales, no llenaría su misión, puesto que, como dijimos al principio de esta Conferencia, la misión de la Universidad, es hacer progresar la ciencia desinteresada, que los institutos especiales, técnicos y politécnicos, se encargarán de aplicar, a las distintas necesidades de la vida diaria de la Nación.

Universidad Moderna

Estimo, pues, que la reforma fundamental que debe introducirse en la Universidad nuestra, es quitarle radicalmente el carácter de instituto profesional que ahora tiene, siguiendo la orientación que ha dado al problema el profesor argentino Ernesto Quesada, en su folleto «Ideal Universitario». Quesada, autor de libros y folletos sobre la materia, por ejemplo «La Enseñanza de la Historia en las Universidades Alemanas»,

«La Abogacía en la República», «La Crisis Universitaria», «Los Sistemas de Promoción en la Universidad de Londres», «La Formación del Profesorado Secundario», «El Exito en la Vida», profesor que conoce personalmente la organización y estado de la enseñanza superior en muchas universidades de Europa y América, profesor de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, profesor titular de Historia y Economía Latinoamericana en las universidades de Harvard (E U) y Berlín (Alemania) es el que mejor—a mi juicio—nos ha dado luces sobre el problema de la Reforma Universitaria. Porque lo que enseña Ernesto Nelson, educacionista argentino de nota indiscutible, se refiere más a la extensión universitaria que a la esencia misma de la enseñanza superior en las universidades, así como lo que aspira, José Ingenieros, otro potente cerebro argentino, en su «Universidad del Porvenir», surgirá de la verdadera vida universitaria moderna. Su país, que ha dado la Universidad de La Plata, indiscutiblemente un centro de enseñanza superior, que tiende a emanciparse de los viejos métodos, aún subsiste con su carácter de instituto profesional.

De tal manera, pues, que siguiendo esa orientación, debemos conquistar para la Universidad la más absoluta autonomía, tanto en el manejo de los fondos y bienes que adquiera como en la organización y funcionamiento. La tendencia debe ser a tener en su cuerpo docente a los hombres que, más se distinguen por sus trabajos en cada materia, estableciendo los profesores titulares ordinarios y extraordinarios, y los profesores libres. Cada profesor, sea ordinario, extraordinario o libre, tiene libertad absoluta para dar sus cursos con la amplitud y en la forma que mejor lo entienda y el *index lectiorum* muestra una proliferación saludable de clase en cada disciplina, de manera que el estudioso pueda elegir lo que mejor le convenga. No se concibe al profesor adocenado con tal sistema, pues quien no investiga o no produce cae en el descrédito y su cátedra se ve desierta. La docencia libre, llamando a los hombres de ideas más diversas, con tal que descuellan en sus disciplinas, es la comprobación más eficiente, pues quien la desempeña, trata de rivalizar con los profesores

titulares, ordinarios y extraordinarios, investiga mejor, enseña más proficuamente y busca atraerse a la masa estudiantil, la cual debe compensar su esfuerzo con el honorario que abone por asistir a sus cursos. La vida docente entonces se convierte en una lucha constante se llega a ella por la notoriedad de los trabajos del nombrado, principalmente como investigador, pero el ejercicio de la cátedra exige un esfuerzo continuado y cada vez más intenso, pues otros candidatos se esmeran a su vez y esa rivalidad espolea la actividad de cada uno. Los estudiantes son los que se aprovechan de tal estado de cosas, pues sólo los enseñantes más competentes se imponen los inferiores pierden su reputación y se ven privados de los emolumentos que les representan los honorarios de incipción de cada curso. Los profesores titulares tanto ordinarios como extraordinarios, tienen doble sueldo, uno fijo, dentro de ciertos extremos, y otro movable, dependiente del mayor o menor número de asistentes a su aula, de modo que quien no logra atraer a los estudiantes se ve reducido a la escueta compensación fija. Estas universidades, además tienen un número variable de profesores extraordinarios con menos sueldo son o permanentes, cuando la cátedra que se les confiere tiene tal carácter, o personales, cuando se trata de una transitoria, por último se otorga la *venia legendi* a los que se habilitan como docentes libres, quienes son los aspirantes a ser profesores—pues la docencia libre es el almacigo del profesorado—y aquéllos, en el desempeño de la cátedra que sin sueldo fijo ocupan, dependen en absoluto del honorario estudiantil, de modo que extremen su esfuerzo por sobresalir. Para conceder la *venia legendi* a un docente libre deberá acreditarse como investigador con un trabajo que lo demuestre y someterse a un *colloquium* de comprobación. Porque sería un error imperdonable que cualquier diplomado universitario nacional o extranjero pueda ocupar una cátedra solo con recabar previa autorización de la Facultad respectiva tal cosa se comprende para un conferenciante ocasional, pero eso nada tiene que ver con la institución de «docente libre», la cual confiere un *status* permanente.

La Universidad debe organizar en todas las asignaturas

de sus facultades, seminarios, y laboratorios con los elementos necesarios de trabajo y consulta, y hacer que los profesores y estudiantes se acostumbren a que sea allí donde se imparta la verdadera enseñanza, donde se investigue, donde se haga ciencia, dejando las conferencias públicas para exposiciones de conjunto, abiertas a todos los curiosos. El sistema de seminario es realmente lo que caracteriza la moderna orientación universitaria en las facultades de ciencias morales, históricas y filosóficas, los elementos de trabajo son los libros que cada seminario debe tener reunidos para que los estudiantes encuentren a su alcance lo que necesitan y puedan así trabajar con mayor provecho, en las facultades de ciencias exactas, naturales etc, son los museos, institutos, clínicas, gabinetes, laboratorios etc. Es ese tipo de enseñanza lo que caracteriza a las universidades modernas y lo que ha contribuido allí donde existen tan poderosamente a formar un ambiente científico nacional que nadie discute. Sin duda se necesitan entre nosotros recursos para ello, pero si el presupuesto general no lo pudiere dar, la munificencia privada ciertamente supliría, siempre que supiera que tales instituciones tenga asegurada una existencia autónoma y permanente, al abrigo de cualquier avance ministerial. Solo así podría apelarse a los particulares y pedirles que cooperen a una obra semejante de cultura nacional.

Todo esto no podría prosperar, sin embargo, sino cuando la libertad de enseñar, por parte de los profesores, esté contrabalanceada con la libertad de aprender, por parte de los estudiantes. Sólo quien libremente aprende aprovecha de la enseñanza quien lo hace sólo por presentarse a examen jamás saca beneficio serio, pues su esfuerzo memorista no deja rastro permanente. La libertad de pensar, de investigar, de enseñar y aprender, es la joya universitaria más preciada sólo en esa práctica de la libertad se aceran los caracteres y se forjan las personalidades. La ciencia está en perpetuo *in fieri* y no hay de ella contenido absoluto, ni nada *ne varietur* todo evoluciona, y la libertad de enseñar habilita a un profesor para comunicar a sus oyentes el resultado de sus investigaciones y su concepto de la disciplina respectiva no teniendo más

barrera que su propio criterio de la verdad, la libertad de aprender permite a un estudiante participar espontáneamente de esas investigaciones, apreciar ese concepto, juzgar por sí mismo de tal criterio y formar en definitiva opinión propia y fundada, con absoluta prescindencia de prejuicios de todo orden, de preconceptos políticos, religiosos, etc., en un ambiente de libertad plena universitaria. Precisamente para eso se necesita que cada disciplina pueda y deba estar representada por más de un profesor, a fin de poder apreciar todos los aspectos de cada cuestión. Ni el estado, ni la religión ni doctrina alguna pueden—o deben—establecer barrera de ningún género a la enseñanza universitaria, que sólo cabe ser tal siendo libérrima. Si un profesor en el concepto de un estudiante se equivoca, ya que es humano el errar, no será fácil que varios profesores de la misma asignatura se equivoquen de igual modo, por manera que del choque de opiniones podrá aquél deducir la propia, sin más reato que el libre examen. Descalificar a un profesor como hombre de ciencia porque tenga tales o cuales convicciones, es hacer obra de intolerancia imperdonable. Cabe que el estudiante asienta o disienta de las opiniones de tal o cual profesor, pero si con él disiente no tiene el derecho de protestar siquiera, sino tan sólo el de no asistir a su curso y preferir el de otro que tenga diversa orientación, pues la libertad debe ser igual para todos. Lo único que puede disculpar la remoción de un docente es su notoria mala conducta y su notoria incapacidad para investigar.

Organizada, pues, la docencia libre como debe serlo, todos los que ocuparen cátedras quedarían autorizados a dar los cursos que estimaren convenientes. Los titulares ordinarios, obligatoriamente uno de dos horas semanales gratuito y abierto a todo concurrente, los extraordinarios, sólo una hora semanal en las mismas condiciones, fuera de ahí cada uno podría organizar cursos especiales, sea de conferencias o seminario, en el local universitario o en su casa, para lo cual se abonaría la inscripción en la Secretaría de cada Facultad y le correspondería íntegramente el monto de lo recaudado con ese fin. En cuanto a los conferenciantes casuales que ocuparen transitoriamente la tribuna, o a los huéspedes

que a ello fueren invitados, no forman parte del personal docente regular y desempeñan obra de simple extensión universitaria y no de enseñanza propiamente dicha el hecho de facilitarles un anfiteatro para que desde su tribuna hablen al público congregado universitario o nó, no los convierte en miembros de la Universidad en forma alguna, y usan el local de una aula como podrían hacerlo con el de una sociedad particular o un teatro público

La Universidad, entonces, con sus cursos públicos gratuitos y accesibles a cualquier oyente, vendría a desempeñar una función social importante, permitiendo a todo el que quiera informarse de tal o cual disciplina, en sus lineamientos generales, concurrir a las clases respectivas, y con los cursos privados renumerados, abiertos a estudiantes matriculados y a los oyentes que pagaren igual derecho de inscripción, ofrecería una enseñanza intensa de carácter estrictamente científico. El sistema del desdoblamiento de la remuneración—en sueldo fijo y retribución movible—es el único que permite resolver el problema de la libre docencia, abriendo amplia puerta para que todo aspirante, calificado y resuelto a triunfar por el máximo esfuerzo, se presente a rivalizar con los demás es esta competencia, precisamente, la que permitiría a los estudiantes elegir entre varias enseñanzas, y aprovechar de la mejor enseñanza. Por lo demás, debería introducirse la costumbre de las universidades más adelantadas respecto del límite de edad en el profesorado los que llegan al que se fije—los 65 años, término medio—no se jubilarían sino que continuarían percibiendo su sueldo pero sin obligación de dictar sus cursos, de modo que aquellos que se sientan con fuerzas seguirían sus clases y los otros las suspenderían, ganando con ello los estudiantes.

La libertad de aprender, que es la esencia de la vida estudiantil en las universidades de tipo moderno, está íntimamente ligado con ese desdoblamiento de matrícula es decir, con un cambio en el arancel universitario. Sin tal reforma, no cabe aquella libertad, pues la abolición de la asistencia obligatoria a clases nada significa si no se puede escoger lo que más agrade entre varias análogas. En cuanto a la en-

señanza puramente académica no debe haber diferencia de sexo como calificación estudiantil. Las aulas deben estar abiertas para ambos sexos. Si entre nosotros existe todavía limitación para el ejercicio de las profesiones liberales por parte de la mujer, sobre todo la de abogado y notario, esa limitación debe desaparecer, pues no hay razón fundada para ello, dándole la plenitud de los derechos políticos, y derogando de plano los artículos de los códigos y leyes vigentes, que aún conservan esa limitación, pues entiendo, que no vamos a cometer el ridículo de discutir si tiene o nó capacidad la mujer, como el Concilio de Macon, en el siglo VI, discutió si la mujer tenía o nó alma. Si hasta ahora—como dijo Bebel—lo que generalmente se ha desarrollado en la mujer, es lo se llama la vida del corazón y del alma, no debemos descuidar y omitir el desarrollo de su razón. El libre acceso a los cursos públicos permitirá a la Universidad satisfacer una necesidad social facilitando a más de uno, que no haya seguido o no siga una carrera regular el orientarse en tales o cuales disciplinas, esa es una verdadera función de extensión universitaria, que cada Facultad podría ir paulatinamente perfeccionando con la organización de cursos de carácter popular, para los que no tengan preparación marcadamente técnica, y dejar los de investigación para los propiamente universitarios, como cursos privados remunerados. Así todas las capas sociales tendrían directa o indirectamente acceso libre a las aulas y la Universidad se acercaría al público sin mayor esfuerzo, perdiendo su actual carácter exclusivista de ser un instituto para gente adinerada. En realidad, la Universidad, como la más alta institución de cultura nacional, debe estar atenta, como una antena, al palpitar de la nación y dar su palabra documentada y sabia sobre todos los problemas que se agitan dentro de ella.

En los países donde la Universidad no realiza esta función, porque sufie el mismo anquilosamiento que la nuestra, otros institutos la realizan. Así en Francia, nos refiere Quesada, en su libro «La Facultad de Derecho de París», en aquel tiempo, la escuela de Altos Estudios Sociales, dirigida por Croiset, Decano de la Facultad de Letras, como Presidente, por Feure y Gide de la Facultad de Derecho, dictaba un curso

de conjunto interesante sobre los problemas morales de la época, dirigido por Darlu éste explica La Conciencia Individual y la Ley, Belot, El Principio de Intervención del Legislador, Béranger, el Régimen Penitenciario, y Charrin, Fournière, Gide y Levy, dan otras series de conferencias, también, bajo la presidencia de Reinach, se da una serie de clases, constitutivas de un curso de conjunto, sobre La Religión en sus Relaciones con la Sociedad (conferenciantes abate Houtin, Babut, Pfister, Poupardin, Alphandéry, Dutailles, Hauser, Cans, Bourgeois, Mathiez, Driault, Weill, Dreyfus, Guyot, Ballin, Allier, Maksould), igualmente, otros cursos sobre El Individualismo Anarquista, por Basch, sin mencionar las series de cursos de índole pedagógica, además, Bureau explica El Método y Observación Monográfica Social, Mater, El Socialismo Municipal, Levasseur, La Historia del Trabajo en Francia, See, La Corporación de Oficios, Renard, Los Conflictos del Capital y del Trabajo, Calmettes, La Técnica Industrial, Hauser, Las Diversas Formas de Organización del Trabajo, Boissonnade, Los Poderes Públicos y la Industria Weulersee, La Evolución del Régimen Corporativo del Siglo XVI al XVIII, Bloch, El Compañonaje y las Huelgas, La Revolución y los Obreros, Baudin, La Actividad Industrial del Estado, Sayous, El Régimen Bursátil por último, hay en el instituto series de cursos de artes plásticas, música, literatura, teatro, periodismo, historia, entre éstos, Bergougnan dicta uno sobre Legislación de la Prensa. En Buenos Aires, también, con el mismo objeto de llenar ese vacío que dejan las universidades, se ha fundado el Colegio Libre de Estudios Superiores, con gran éxito, organizado por los sabios profesores Carlos Ibarguren, Alejandro Korn, Narciso C Laclau, Roberto F Giusti, Aníbal Ponce, Luis Reissig, cuyos cursos se inauguraron el 4 de mayo de 1930, con el siguiente programa Alejandro Korn Teorías Metafísicas, Angel Guido Arqueología y Estética de la Arquitectura Criolla, Numa Tapia La Evolución de las Estrellas, Cosme Lazzaro Matemática Aplicada a las Ciencias Biológicas, Enrique Gaviola: Fotoquímica, E. Loedel Palumbo Estructura del Atomo, Pedro Henríquez Ureña Clásicos de América, Juan Montavini, Introducción Filosófica en los Problemas Pedagógicos, Jorge Federico Nicolai La In-

fluencia de las Condiciones Geográficas en el Desarrollo del Mundo y de Sud América en Especial, Federico Pinedo Nuestro Problema Monetario, Nicolás Repetto Cooperación Libre En esa época me encontraba en Buenos Aires, y tuve la inmensa dicha de asistir al curso de Nicolai, sociólogo y fisiólogo ilustre, autor de ese libro tan tremendo que se titula «La Biología de la Guerra» Por dos pesos nacionales de aquel país, que valía la inscripción a cada curso, podía recibir cualquier persona, los conocimientos de los profesores de conciencia más libre de la Argentina

Otra reforma fundamental en la Universidad de tipo moderno, es la supresión de los programas detallados y analíticos de estudio y los exámenes parciales de fin de año Cada profesor con absoluta libertad distribuirá los puntos del curso que deba dictar y los estudiantes libremente también elaborarán su propio plan de estudios

La Universidad en cierto modo es, un templo para los estudiantes penetran a su recinto para iniciarse en el culto de la ciencia y consideran involuntariamente a los profesores como sacerdotes de dicho culto En ese recinto la vida es libre y no le coarta preocupación alguna los años dedicados al estudio no deben tener otra preocupación, pues antes y después las exigencias de la vida impone mil restricciones y obligaciones mientras se estudia, sólo debe tenerse la sola y exclusiva preocupación de estudiar y dedicar a ello absolutamente todo su tiempo Esa misma libertad impone una responsabilidad mayor a la juventud estudiosa la de aprovechar sus años académicos, pero ésto debe hacerlo por reflexión propia y adquirir experiencia a sus solas expensas Precisamente porque los planes de estudio, que no dejan libertad para seleccionar materias y que imponen un orden riguroso al estudiante, coartan esa preciosa libertad de aprender, es que debe dejarse librado a cada uno el organizar su vida universitaria, si bien cabe indicar una pauta como simple consejo esto mismo acontece hoy en ciertas universidades, en las cuales se reparten folletos con dicho fin Tal, por ejemplo, pasa en las de tipo moderno, pero siempre cada estudiante es libre de organizar su propio plan de estudios, desde que su propósito

es aprender ciencia, el Estado, en las exigencias para otorgar diplomas profesionales fija un cierto orden de materias, pero deja que éstas se estudien cómo y cuándo cada cual lo juzgue mejor y sólo exige la constancia de que el candidato se ha inscrito en las asignaturas respectivas fuera de ahí quien aspire más adelante a un diploma profesional no tiene obligación alguna

En cuanto a los exámenes parciales deben suprimirse, hay que abandonar el método de la sempiterna inspección y comprobación la Pedagogía de la Compañía de Jesús exigía exámenes a cada paso, semanales, mensuales, semestrales, anuales, las universidades que han conservado ese criterio pedagógico, los reducen a pruebas anuales en cada asignatura, pero esto mismo es excesivo. No conozco nada más inútil —dice Quesada— que el examen así concebido, perjudica a la enseñanza, obligando a concretarse a dar la respuesta a las preguntas de cada programa, limita el estudio, forzando al estudiante tan sólo a aprender esas contestaciones, generalmente al pie de la letra, como si eso fuera ciencia impone la tarea del repaso anterior al acto, que es un ejercicio memorista inocuo y pasajero, por manera que oral o escrito, el examen siempre es una fragilísima piedra de toque, aleatoria, y depende del memorismo del examinado, a quien se convierte así en una especie de papagayo más o menos bien entrenado. Tan inútil es el examen, que Julio R. Barcos, educador argentino, en su artículo «Cómo falsea la escuela el concepto de los valores personales», refiere, que a Ramón I. Cajal, el primer cerebro de España que acaba de morir, lo reprobó en la escuela, que a Zola, al gran literato Emilio Zola, lo aplazaron en Literatura, que al egregio Anatole France, lo declaró nulo una mesa examinadora, y al doctor Pirovano, de fama universal, príncipe de la cirugía argentina, lo reprobó en Anatomía, los profesores de la Facultad de Medicina de Buenos Aires

Lo que la Universidad debe enseñar es la ciencia misma como tal y no como asignatura de examen, a investigar científicamente y formar una cultura sólida. Lo profesional no es universitario: es asunto del Estado, que da el diploma, acordando licencia para ser abogado, médico, ingeniero, etc. El

Estado para otorgar ese título, tiene que recurrir forzosamente al examen como único medio de saber si el candidato tiene o nó las condiciones de idoneidad requeridas para practicar tal o cual profesión por eso ahí está justificado tal procedimiento como comprobación burocrática pero no universitaria, y para lo cual el Gobierno fija la pauta que entiende más apropiada, determina las materias sobre las cuales será interrogado el aspirante y la forma en que se tomará dicha prueba, sea en uno o varios actos, seguidos o en época diversa. Tales exámenes son tomados por comisiones que designa el Gobierno por el Ministerio respectivo, y para los cuales utiliza o nó profesores universitarios, incluyendo o nó técnicos, prácticos o profesionales, etc. El candidato se prepara para dicha prueba fuera de los cursos universitarios si ha seguido éstos con fruto, sólo tendrán que ordenar sus conocimientos para llenar las exigencias del programa y le será menester tan sólo una tarea de repetición o repaso. Pero todo esto es independiente de la vida académica y ajena a la misma tales exámenes de Estado son absolutamente *extra vitan universitatis*.

La Universidad, en sí misma, sólo recurre al procedimiento examinador una sola y única vez al conceder el grado académico de doctor. Para ello exige que el candidato —previa justificación de haber sido inscrito en los cursos correspondientes— presente una tesis que represente un trabajo de investigación personal, y lo somete a prueba oral sobre dicha tesis y un cierto número de materias, de antemano escogidas, pero más bien como simple *colloquium* que como rígida prueba inquisitorial, pues esa promoción no tiene por objeto obligar a un despliegue memorista de detalles sino a mostrar el criterio científico del candidato. Esa es la única comprobación que practican hoy las universidades más adelantadas. De esa manera quedan deslindadas las dos esferas de influencia la universitaria es exclusivamente científica, lo gubernamental es estrictamente de comprobación profesional.

Otro aspecto de la reforma universitaria es el que se refiere a la duración excesiva de los estudios: entre nosotros llega hasta requerir 7 años, porque se ha creído erróneamente que cuantos más años comprende el plan de estudios más pre-

parado sale el universitario. Mientras tanto en las universidades de tipo moderno apenas toma por lo general 3 años, si bien en ciertas carreras, como las de Medicina, se extiende hasta 5 años, de todas maneras, en la práctica los estudiantes alargan el *triennium* académico a un *cuadriennium* definitivo pero es éste el máximo en el término medio. Los que sólo aspiran a ejercer una profesión *pro pane lucrando* se contentan con el *triennium*, los que además estudian por saber e investigar con amor, extienden ese término a veces hasta 12 semestres, según las inclinaciones y posibilidades individuales. Para demostrar que el *triennium* no es escaso para una verdadera labor universitaria, no hay más que reducir los 7 años que ahora tenemos a los años de efectiva labor, que no llegan a 2. En efecto, si de los 365 días que tiene el año quitamos los 3 meses de vacaciones de fin de año, nos quedan 275 días, de éstos quitamos los 36 domingos, restan 239 días, de aquí 24 días por las fiestas de Semana Santa y agosto y demás días festivos en el año, quedan 215 días de éstos hay que restar los días que los profesores y alumnos no concurren a clase por cualquier motivo, que llegan sin exageración a la mitad. En consecuencia, toda la labor efectiva en el año se reduce a unos 107 días o sean 3 meses 17 días los 7 años se reducen, en verdad, a 22 meses 19 días, es decir, ni 2 años justos. De tal manera, que el *triennium*, con profesores que se dediquen a la vida universitaria y estudiantes, que vayan a la Universidad con deseos de aprender, resulta un término justo. El último aspecto de la reforma universitaria, es el que se refiere al gobierno de la Universidad y de las facultades. Las universidades deben organizarse como corporaciones sabias, ambicionando tener vida propia económica, mientras no la tengan, la ley tiene que responder a este propósito. La vida universitaria es la democracia más perfecta así, en las de tipo moderno, el cuerpo docente elige anualmente las autoridades, que no reelige, y cuida de establecer la rotación entre las diversas facultades, de manera que todos los profesores pueden así ser rectores y decanos, con lo que se evita el peligro de oligarquías y camarillas, de anquilosamiento o nepotismo. Los profesores velan por las necesidades

universitarias y no cabe ingerencia de elementos extraños en el gobierno de tales institutos no se concebiría rectores, decanos y consejeros, que no fueran profesores

Señores

Sólo con una Universidad plasmada con las orientaciones de una Universidad moderna, puede el país contar con un elevado centro de cultura nacional, pues ella albergaría a las inteligencias más sabias del país y difundiría sus enseñanzas por toda la nación. No pretendo haber expuesto una serie de ideas originales, yo no creo en la originalidad. La originalidad es un prejuicio. *La ciencia* se va formando por el aporte de muchos *pioneers*, algunos ignorados, a quienes la humanidad no les levanta estatuas, y *la verdad*, después de todo, no es sino la hipótesis que opera mejor. Leucipo y su discípulo Demócrito cinco siglos antes de Jesucristo, introdujeron la concepción del átomo para comprender la constitución del espíritu y de la materia, y durante más de dos mil años los filósofos, en lugar de recurrir a la experiencia para probar la hipótesis atómica, discutieron sobre el átomo *en sí*, sobre el conjunto de la materia, indefinidamente continua, sobre el vacío y lo *discontinuo*, etc., y no es sino hasta el fin del siglo XVIII que Dalton utiliza la concepción de Demócrito para explicar las combinaciones químicas (Lafargue «Le Déterminisme Économique»). De Molière se dice que tomaba sus ideas de todas partes, y de France, como el egregio Shakespeare, se dice que eran unos sabios y elegantes plagiadores. Las ideas centrales aquí expuestas pertenecen a Ernesto Quesada, a quien considero como el que mejor ha planteado y resuelto el problema de la reforma universitaria. Ahora bien, una Universidad tal no puede dar sus frutos sino en un ambiente de libertad, aún cuando ella conduzca a ciertos abusos, pues en verdad, nada de grande y de hermoso se ha dado en el mundo dentro del ambiente de la tiranía y de la opresión. Aún en países que elevaron un culto grandioso a la libertad, hemos visto actos de opresión horrible. Alberto Gerchunoff se dolía de esta situación en estos términos: «¿En qué se diferencia la exclusión del pensador no recluido en el dogma

oficial del Estado, del poeta que no canta el desfile de las tropas de choque, del escritor sin rienda en la Cancillería, de la actividad antialfabética de don Fernando VII? El monarca clausuró los institutos universitarios, en que se refugiaba la riqueza sustancial de España, para abrir escuelas de tauromaquia, y declaró en uno de los preámbulos del memorable decreto «Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir» En muchos países no se clausuran los institutos, se conforman con ceñirlos a una misión fija y abren a su manera las escuelas tauromáquicas al exaltar el atletismo en oposición al ascendiente del trabajo intelectual. Lo que en el primer cuarto del siglo pasado era impresionante retroceso, es en nuestro tiempo un fenómeno más asombroso. Revela que no se estima los datos de la experiencia. Se supone que basta prohibir el afán de pensar para que el individuo no piense. ¿Qué duración tuvieron—continúa Gerchunoff—los reyes y los déspotas que dijeron al espíritu tú eres mi enemigo? Su reinado se recuerda más por su fugacidad que por su daño»

La Universidad, pues, debe dedicarse al estudio de la ciencia pura, al desarrollo de la investigación científica, organizando las facultades de Filosofía y Letras, de Ciencias Físicas y Matemáticas Puras y Aplicadas, de Ciencias Jurídicas y Sociales, de Ciencias de la Educación, de Ciencias Médicas, de Ciencias Naturales y Farmacia, con sus museos, observatorios, bibliotecas, laboratorios y seminarios, sin perjuicio que la enseñanza de las ciencias puramente técnicas se impartan en institutos especiales técnicos y politécnicos como los de Agronomía y Ganadería, de Veterinaria, de Mecánica, de Ingeniería y de Bellas Artes. Mientras la Universidad no tenga fondos propios, el Estado debe satisfacer sus necesidades económicas, con cierta liberalidad, ayudándole a que realice su misión positiva de progreso cultural nacional, asignándole su partida en el presupuesto y creándole subsidios. La Nación entera, al ver que la Universidad llena la función de exponente de la cultura nacional, y que está a salvo de ingerencias ministeriales lesivas, acudirá con donativos y legados que aumentarán su haber y que facilitarán mejor su labor educativa. Así poco a poco la Universidad realizará el

ideal que se propone la reforma. No hay que creer como Platón que sólo cuando los reyes sean filósofos y los filósofos reyes, la humanidad realizará los mejores sueños de sus sabios. Hay que pensar como Anatole France, que «*lentement, mais toujours l'humanité réalise le rêve des sages*»

San Salvador, 8 de marzo de 1935

Moisés Castro y Morales

LA REFORMA UNIVERSITARIA

HACIA UNA DEMOCRACIA SOCIALISTA

Por Napoleón Viera Altamirano

Debemos rendir un tributo de grato reconocimiento a los intelectuales que en un momento mundial en que la barbarie, con el nombre de dictaduras, pretende aniquilar la inteligencia humana en aras o por medio de la violencia, han abierto este hermoso concurso de la reforma universitaria. Es soplo de renovación y esperanza. Es rito de fe. No se podría hablar de reforma universitaria si no estuviere por lo bajo, por detrás, —como respaldo—, o en lo más hondo como calor de una entraña vital, la fe de que, frente a los fracasos de la vida práctica, y que muchas veces implican fracasos de ideas, la inteligencia tiene aún papel en el mundo, y que es deber echar mano de ese divino instrumento para enderezar las cosas mal puestas por la mano de los hombres.

Si la campaña de la reforma universitaria y este concurso que la misma Universidad de El Salvador ha abierto como una mano para recoger la primicia de la intelectualidad salvadoreña, prenden en el alma simple del pueblo, y en la conciencia de las clases que nos dirigen, ya podremos dar por logrado un paso audaz en el camino de nuestra transformación cultural. Las campañas de esta índole, las novedades de la mente, sólo encuentran eco en mayorías con capacidad de reaccionar y moverse en lo mental. Del buen éxito de esta discusión y este entusiasmo se podrá obtener la definición precisa de qué cosa, en lo mental, es el pueblo salvadoreño.

* * *

Estéril habría resultado el concurso, de no haber suscitado problemas, dilemas, dudas y controversias. No hay problema humano, no hay acción humana que pueda realizarse y

resolverse con acierto en lo porvenir, si ese problema, si esa acción, no entra en contacto, y total, con la realidad ambiente. Para marchar rectamente a la victoria, en toda actividad de la vida, hay que tomar antes un baño de realidad profunda, de realización completísima. Hay que tocarlo todo, oírlo todo, verlo todo, pesarlo todo. Y en esa previa purificación de nuestros programas de vida es donde cabe la posibilidad de sorprender líneas de ideologías nuevas, aspectos no sospechados que, muchas veces, nos hacen partir de los móviles primarios, para encauzarnos en otras inquietudes tal vez más constructivas.

Hago esta pequeña digresión porque, desde el primer momento en que se habló entre nosotros de la reforma universitaria, se planteó un dilema, bastante casual —como algo que sucede por sí mismo— y que para mí entiaña una importancia capital si queremos dar a este trabajo de cultura la ponderación, la inspiración y la fuerza a que tiene derecho. Porque desde un comienzo se dijo sentenciosamente que nuestro país “sería lo que fuese nuestra Universidad”, y en esta breve sentencia, que a primera vista parecería no decir mucho, se envuelve una interpretación atrevida de la Historia. Y cuando, por otra parte, se respondió que “nuestra Universidad sería lo que fuese nuestro país”, se expresó también algo de vasta y honda trascendencia.

¿Dónde está la verdad? ¿Es que nuestro pueblo no puede ser sino la realización superior de nuestra Universidad? ¿O es que nuestra Universidad no podrá ir jamás más allá de donde ha ido nuestro pueblo? ¿Quién es, por fin, quien realiza la obra social? ¿El corifeo, el héroe, el apóstol? ¿Es que hay pueblo porque hemos tenido ya al apóstol? ¿Es que hay apóstol porque ya tuvimos pueblo?

El dilema no se ha tenido en su forma germinal. Inmediatamente tuvo sus proyecciones dilatadas. “La reforma universitaria implica la reforma de todo el sistema educacional salvadoreño”. Es decir, para hacer la nueva Universidad hemos de hacer la nueva escuela y empezar por la base. Principiar por el principio. De la escuela primaria se podrá pasar la acción reformadora a los colegios y a los institutos.

superiores, y de allí a la Universidad Pero, agregaba la otra voz para que esa reforma educacional se materialice como la realización de un sistema altamente concebido, es menester que haya una Universidad capacitada, como cerebro del país, para crear ese sistema No van a ser manos ciegas, ojos mutilados, almas enredadas en la sombra lo que ha de efectuar ese trabajo trascendental, supremamente mental, de crear una nueva escuela, y de hacerla vivir y perdurar hasta que dé sus frutos La revolución, como en lo político y en lo económico, debe venir de arriba a abajo

* * *

Yo me he detenido a reflexionar en esa controversia interesantísima Su interés no podrá escapar al más ligero observador, si pensamos que ha llegado el momento de decidir si nos vamos a atender la escuela primaria o si nos ponemos bajo la bandera que va está clavada en nuestra Universidad Y meditando acerca de esto tan esencial, tan de fundamento, tan de principio, he querido, recordando la máxima del filósofo, ponerme en el medio de los extremos Si en el medio está la virtud, no es temoto que vayamos a descubrir que allí está, también, la verdad

Y la verdad es esta no podrá nuestra Universidad ir más allá de donde ha ido el país, ni el país ser cosa más de lo que ha podido ser nuestra Universidad Se trata de acciones complementarias, de funciones mutuas, y toda la aparente confusión que de allí puede emerger, estribará en una apreciación falsa, incompleta o ligera de lo que es positivamente, el fenómeno y el mecanismo social su estática y su dinámica

A responder a ese dilema, y en obsequio de la juventud que está animada con amor en esta campaña va la lectura siguiente

* * *

Molesto para mí resulta el glosarme, por lo menos en un caso y cuando se trata de problemas de carácter, de orden

social Y la glosa la he de tomar de un breve estudio que hice en respuesta de un cuestionario sobre los problemas sociales salvadoreños Decía allí que debemos tener en cuenta, siempre, que el progreso no es una improvisación, sino un crecimiento, que no podemos ir a saltos, y que la gloria del mañana sólo puede alcanzarse con el esfuerzo y la privación del presente

En este caso del progreso social, la sociedad va a pausas Las generaciones se levantan, crecen, luchan y mueren, dejando el mundo más o menos inalterado a su paso Si han sido generaciones animosas, llenas de fe y optimismo, sanas y constructoras, la mirada de la historia descubrirá que dejaron el mundo mejor de como estaba a su llegada, de que aquellas generaciones gastaron un poco menos de cuanto produjeron, de que ellas ahorraron Y es este ahorro, esta privación del hoy, esta hambre de hoy, esta desnudez de hoy, es este sacrificio, mitad abnegación y mitad egoísmo, mitad apego de la bestia y mitad llamamiento celeste del ángel, lo que realiza el progreso social, lo que permite a cada generación siguiente contar con recursos, con experiencias, medios de trabajo y de enaltecimiento un poco mejores que lo que fuera el patrimonio y utilaje de las generación precedente

Este ahorro de las generaciones, este ahorro de los pueblos, es lo que ha permitido el ascenso parsimonioso aunque seguro de la humanidad a lo largo de la Historia Ha sido este el crecimiento, a veces simplemente aritmético, a veces logarítmico, del patrimonio humano Y, como en el seno simple de la familia, el hijo viene a *poder* más que el padre y, en la correlación de los hechos sociológicos, a poder, a saber, a pensar y a querer más que su padre (cuando no media una regresión o un estancamiento eventual), así las generaciones humanas se suceden, unas en pos de otras, y hay casi siempre un saldo atractivo que permite cada vez conquististas mayores en el sentido del progreso.

Y por biología, por economía de la vida colectiva, de igual modo que el ayer nos da un presente mejor, en la dimensión del tiempo, dentro del fenómeno complejo del presente, todo él altamente dinámico, nos encontramos con que el todo puede pro-

ducir unidades que le son superiores. Y en realidad este es el hecho diario, el hecho que causa el desajuste constante en la vida: ciertas frentes que se elevan sobre las otras, ciertas miradas que van más allá de la medida normal, ciertas manos que nos empujan, que nos apartan, casi atropellando, para abrirse el camino, quizá para tomarlo todo para sí y dejar el pasado atrás, como algo que cumplió su misión pero que ya no tiene una nueva.

Y es así como venimos a confirmar y a rectificar en parte las dos posiciones en el problema de la reforma universitaria. *Es verdad que la Universidad no podrá ser más que la Nación que la ha producido. Pero en el sentido concreto, práctico, vivo, de la cuestión sí debemos admitir que, de tiempo en tiempo, fuerzas jóvenes, ideas nuevas, vigores intactos, emergen de la totalidad social y, al identificarse con los medios de dirección colectiva, en el gobierno, en la prensa, en la tribuna, en el aula, esos nuevos elementos pueden efectuar cambios imprevistos y producir, entre mil cosas mejores, una Universidad nueva capaz de volverse enseguida hacia el país para imprimirle un movimiento de excelsa liberación.

Este hecho es profundamente biológico en su esencia, y si tuviéramos tiempo para mostrarlo, precisamente en el vasto panorama de la naturaleza, llegaríamos a encontrarlo como el motivo secreto de la misma evolución, como la fuerza milagrosa que a lo largo de las edades geológicas vino puliendo la vida, hasta hacer de lo que fue todo viento algo que llegará a ser todo espíritu.

Se trata de las fuerzas sociales que gestan en el presente, o que gestaron en el ayer, y que, por un proceso de integración, de crecimiento o agrupación, van precisándose con mayor significado, hasta entrar en la historia como determinantes de una nueva vida.

Por otra parte, cabe advertir otro aspecto de la realidad social. El medio colectivo, como todo lo que vive, complejo en sus funciones, es un estado de equilibrio inestable. Hay momentos en que el hecho, el estado social, dura más, otros en que dura menos. Las generaciones que vienen entran en

conflicto con las generaciones que están por irse. De un modo gradual, vidas nuevas van reemplazando y tomando la posición de las que ya se extinguieron. Las costumbres de los viejos sufren la acometida de las costumbres de la juventud —si se podría pensar que la juventud tiene costumbres en el sentido permanente del concepto— Todo va modificándose, alterándose, moviéndose, y precisando en el orden general de la vida, una nueva dirección.

De este modo, el equilibrio social es algo que está viéndose. Los momentos de equilibrio absoluto han de ser muy breves. Un estado se sustituye con otros estados, y mientras la fuerza, la energía de los factores opuestos no tienen un crecimiento proporcional y armónico.

Pero la vida tiene sorpresas. Y en la edad presente, los factores sociales se intervienen, se interfieren y hay verdaderas revoluciones y cataclismos concretos. La corriente de las ideas pasa encima de las fronteras como un signo, tal vez, del cosmopolitismo, del internacionalismo de la inteligencia. No sólo es la mercancía, el instrumento de trabajo, la costumbre y el detalle vital extranjero, lo que se echa encima de nosotros y de nuestro medio, sino, más importante, es el alma extranjera expresada en una ideología cualquiera, lo que viene a actuar en nuestra vida, a sumarse al conjunto de las fuerzas sociales nuestras y a alterar nuestro equilibrio como un cuerpo extraño arrojado en el tranquilo estanque de nuestra existencia rutinaria.

Téngase presente este hecho trascendental para explicarse ciertas revoluciones, ciertos cambios que parecen como venidos del cielo o del infierno. Aquí está, tal vez, el significado secreto de aquella como queja de Cristo, cuando decía que «nadie era profeta en su tierra». Porque el profeta tiene que ser el que viene de fuera, el extranjero que no conocemos y que no nos conoce, el nuevo en nuestro medio, el revolucionario en su paz, porque viene a alterar, a influir, a perturbar, a interferir en nuestra vida y si viene de un medio igual o superior, esa intervención, esa influencia adquiere la dignidad de la profecía.

Esta influencia extranjera, especialmente la influencia

cultural europea y norteamericana, en forma de libro, de folleto, de periódico, y últimamente en la onda invisible aunque real del radio, esta acción a distancia, que se burla de la rutina, del nacionalismo y de los patriotismos feroces capaces de consagrar la totalidad de la energía humana a levantar murallas en cada parcela del mundo, este gran factor de liberación espiritual, que está realizando la unificación efectiva de los hombres es, en el caso de nuestros equilibrios sociales, lo que más provoca el cambio incesante, el incesante reajuste, y lo que constituye la contribución más alta a nuestro crecimiento cultural. A tal grado que podemos decir que nuestra Universidad será, no lo que sea nuestro pueblo, sino lo que de fuera le llegue a nuestro pueblo.

Hay, pues, crecimiento, y en el crecimiento un reordenar constante entre las fuerzas del pasado y las fuerzas del porvenir. Y no bastando esto, igual que en el mundo material, más de una vez el crecimiento simultáneo de los factores no guarda armonía entre sí, una fuerza va creciendo más que la otra, y al romperse el equilibrio la rotura es tan completa, el desmoronamiento tan total, que se produce un cataclismo. Nuevos horizontes se advierten. Nuevos factores entran a trabajar. Especies mentales nuevas, si se me permite la expresión, vienen a arrebatarse el predominio de la vida y a dirigirla a su manera.

La efectividad de esta clase de evoluciones es lo que el espíritu conservador se empeña en desconocer, cuando pretende que el progreso social no puede ir muy de prisa, y que la sociedad de hoy no puede distinguirse, en la brevedad de la experiencia histórica, de la sociedad de ayer, como la campaña de hoy tal vez no se distinga de la que prestara su aroma al verso de Virgilio. Esta pretendida permanencia del carácter humano habría sido posible cuando los grupos raciales, o simplemente políticos, podían enfrascarse dentro de fronteras naturales, en zonas menudas de acción, modelando rasgos propios en el idioma, en las costumbres, en el trabajo, y en la ideología. Era la edad del hombre a pie, casi la edad de la piedra. El caballo no empujó las fronteras de esas patrias

más allá de donde pudo llegar la energía adquirida con el pienso de un día

Mas hoy el mundo vive más Cuando no se mueven los hombres, se mueven las ideas Las ondas del éter no se quedan tranquilas un instante sin el sacudimiento de más de un mensaje Las naciones forman ya, aunque con sus naturales querellas, una gran familia, propicia a un gran intercambio, y aunque parece que ciertos valores del ayer se han fundamentado con la firmeza del acero, la realidad es que el pasado está diluyéndose como las arquitecturas nevadas de una edad glacial que retrocede suavemente al empuje del tiempo

Debemos, pues, admitir, que en esta vasta unidad de la vida, todas las funciones vienen a ser funciones recíprocas, que el equilibrio social es un proceso de desajuste y reajuste constante, y que el cataclismo, la revolución, es tan natural, tan dentro del orden cronométrico de cualquier finalismo teológico, como la marcha de un astro; y que, si el estado actual de nuestro pueblo debe tomarse en cuenta para determinar las posibilidades de nuestra redención cultural, la capacidad de las minorías intelectuales juega un papel valioso, y posiblemente el más decisivo

Aplicando estas meditaciones al caso concreto de El Salvador, debemos admitir que nuestro pueblo, aunque parezca a veces degradado, inepto, indiferente, posee virtudes bastantes y ánimos suficiente, y voluntad de trabajo y sacrificio para entrar en una nueva era, debemos admitir que de las entrañas de ese mismo pueblo han nacido ya los hombres jóvenes que realizarán su liberación, debemos admitir que estamos a las puertas de una vida nueva y que, aunque las reformas que se ansían parezcan a los hombres del pasado como atentados casi a la seguridad social, hay detrás de estas tendencias suficiente reserva vital para justificarlas

Por otra parte, lo que de reforma se aspira viene a ser algo tan sencillo, tan necesario, tan evidente casi, que no se haría honor ni a la misma Universidad, ni al Gobierno ni a las clases dirigentes, el insistir mucho con argumentos y razones Se trata de algo que ya está más que legitimado, de algo que no debe detenerse

Es menester dotar a la Universidad, primeró de medios de vida amplísimos Mas, para que esto se realice es imperativo que llegue al ánimo de los hombres del Gobierno una convicción profunda la convicción de que la Universidad, como Instituto del Espíritu, como Alma Mater de la Nación, es la entidad primera en la vida salvadoreña y que de la excelencia de la alteza del trabajo que allí se realice, depende el porvenir de la República Es menester que la función de la Universidad se comprenda, aprecie, mida y avalúe con justicia, que la Universidad merezca de los salvadoreños amor y respecto

Porque la edad que viene, la edad que ha de venir emergiendo del presente con la certeza física con que el trueno emerge de la descarga eléctrica, será, ante todo, la edad de la inteligencia, la edad de la cultura Todo el estado mundial de hoy, con sus violencias, con su egoísmo, con su brutalidad, cederá su puesto a un nuevo orden social en que la criatura humana será atendida con eficacia y cariño, en que los hombres no estarán a merced de la Naturaleza, sino la Naturaleza a merced de los hombres, en que los problemas sociales se encomendarán, para su solución, no a las figuras ruidosas de la política, sino a los caracteres silenciosos de los hombres de estudio, en que los intereses de los pueblos no podrán ser manejados por minorías honorables cuya vocación secreta es llenar el vientro y dejar con hambre al espíritu, en que la soberanía popular no ceda su puesto a los caprichos del despotismo ni a las rudezas de la tiranía, y donde una previsión social planeada a la luz de la ciencia y la conciencia, haga innecesaria la dictadura Y para que esa edad venga cuanto antes, ansiada como el reino de Dios, es menester que las cosas del espíritu exalten la inteligencia y los júbilos de las multitudes, que las necesidades del espíritu sean servidas con regia largueza, que las causas de la cultura sean el imán dominante sobre las masas Es menester que la sociedad viva como el filósofo dando de comer aceitunas al cuerpo, mas dando al espíritu el manjar de los dioses

¿Y qué debe hacer nuestra Universidad, la nueva Universidad?

A mi juicio debe dar solución a esas dos opuestas tendencias de la moderna pedagogía la de dejar a cada nueva vida la libertad de desenvolverse conforme el plan divino de su naturaleza misma, y la de preparar al hombre para poder vivir en un medio ya organizado, con sus exigencias, con sus leyes, con sus limitaciones y sus apremios. La solución de esta cosa tan difícil debe culminar en la Universidad, la que debe responder, dentro de una sistematización racional y altamente concebida, al doble deber de respetar la libertad y el carácter humano e iluminarle, a la vez el camino y entrenarle la mente y la voluntad para convivir.

La Universidad, fuera de su papel de colaboradora superior del Poder Público, (al regir con el freno de la razón científica, los desmanes de la tontería política) debe ser el manantial perpetuo, inagotable, la fuente desbordante y generosa de la cultura. Todo lo mejor de la Nación debe estar concentrado allí para una actuación excelsa. Nuestra Universidad debe ser seminario, laboratorio, antorcha, catedral y ciudadela —A la Universidad debe llegar la juventud a recibir las supremas inspiraciones, dejando allí el tributo de renuncia de la ignorancia y la ferocidad, y llevándose en cambio, como el creyente del templo de verdad se lleva un baño de luz que se traduzca en el plano de la vida como mejores maneras, como mayor bondad y más amplio sentido filosófico y estético. Y a la vez tiene la Universidad el papel de investigar la verdad científica y el procedimiento técnico y preparar a los trabajadores sociales, a la clase profesional. En esta preparación la Universidad debe agotar los rigores del trabajo ordenado debe apretar las disciplinas y cincelar el carácter. Porque la sociedad, si en verdad necesita del profesional la dádiva de la cultura y la bondad, también exige, y tal vez en grado primario, la de la eficacia en su función.

Esta observación es traída a cuentas porque a la sombra de una bandera de libertad—por otra parte santa y legítima—(y separo los conceptos porque muchas cosas santas no son legítimas), la juventud ha querido sustraerse a todas las dis-

ciplinas, y entre esas muchas disciplinas a la disciplina del trabajo

Contra esa rebelión, explicable y natural, debe actuar el espíritu de la nueva Universidad, de esta Universidad que, si en verdad debe procurar encauzar las mentes en el sentido de la libertad, de la investigación y la bondad, al mismo tiempo no debe perder de vista que el trabajo es el evangelio imperecedero, inmarcesible, universal, en el mundo, que sólo en el trabajo halla la inteligencia el proceso propicio y fértil para su renovación y liberación, que es el trabajo el supremo domeñador del instinto, y que si, con el filósofo, debemos distinguir al hombre de la bestia, por su capacidad creadora, actuadora, instrumental, colocando el concepto del *homo fabers* sobre el de *homo sapiens*, la Universidad debe lograr que el alumno, igual al catedrático, trabaje que actúe, que resuelvan, que investiguen, que realicen, que comprueben, que difieran, que pesen. En una palabra que todo el mundo universitario se bañe en la realidad divina de la acción

Y es natural que si nosotros vemos a una Universidad como un taller supremo, debemos admitir que, como todo trabajo, ese trabajo demanda disciplinas, jerarquías, abnegación, sumisión, dolor, sacrificio y pena. Es signo de decadencia aquel que pretenda levantar las generaciones nuevas sin hacerlas pasar por el sacrificio del trabajo duro. Es signo de vejez precoz, de debilitamiento casi sexual, admitir que una juventud que sólo ha vivido del capricho, con la sonrisa en los labios, en el ejercicio fácil, puede conectarse después con la realidad acerada de un mundo donde no puede vivirse sin entrar en consorcio con nuestros semejantes, un mundo en que todo es cooperación, asociación, comunidad e interdependencia y donde, por lo mismo, se exige de cada uno de nosotros un tributo diario de tolerancia, desprendimiento y de serenidad

Tenemos perfecta noción de que la juventud verá con sorpresa esta palabra disciplina. Así como la libertad se ha querido confundir con el libertinaje, de igual modo la disciplina se ha querido servir en platos de esclavitud. Mas, al no decir lo que pensamos, al no decir lo que para nosotros es

tangible y áspera realidad y verdad, estaríamos entrando de lleno en la vileza. La mentira es vil.

Este sentido de disciplina, para nosotros, está en todo y deberá estar en todo. Igual que la disciplina requerida para desarrollar una ecuación, para construir un gráfico, para investigar un microorganismo, o localizar los antecedentes históricos de una disposición legal, igual que a la voluntad y sumisión de ponernos al trabajo a una misma hora y de terminar lo que una vez empezamos así caiga fuego de los cielos, todo el conjunto, toda la fenomenalidad de la vida exige de nosotros un tributo constante. Y si las nuevas generaciones logian pasar sobre esa angostura, la República no andará erizada al esperar de ellas un hermoso servicio. Porque la disciplina que nos ayuda al trabajo, la disciplina que nos sostiene en la investigación y a cuyo lado nosotros aumentamos cada día nuestro poder, nuestro poder intelectual, es una disciplina que nos hará airosamente libres, mil veces más libres que aquellos que, en el capricho, en el desorden, en el vivir sin lágrimas, no tuvieron la oportunidad de forjar sus propias vidas.

El trabajo social que en nuestro pueblo está por hacerse, es trabajo que exigirá grandes dotes. Se va a construir un nuevo mundo. Va a levantarse nueva arquitectura. Los agros empobrecidos por la rutina van a sufrir desgarramientos dolorosos para dar una otra vida. Todo está por talar y demoler, y es muy probable que no tengamos tiempo de enterrar a nuestros muertos. Y para esa era del porvenir, necesitamos preparación completa. Sólo sabrán mandar los que han sabido obedecer, sólo podrán crear los que se adiestraron en la acción penosa.

Es por esto que, en cuanto a preparación técnica, en cuanto a actividad profesional, en cuanto a realización y preparación de trabajadores sociales, la Universidad debe empararse en un espíritu austero de trabajo, y como el trabajo es orden, y el orden es disciplina, las generaciones universitarias deben ser generaciones disciplinadas.

* * *

Toca ahora preguntar ¿quiénes son los llamados a realizar esta reforma? Y de pronto nos vemos en el apuro trágico de buscar un hombre, al capitán de esta aventura. Y digo apuro porque muchos deben ser sus méritos. Debe llevar adentro un corazón de niño, algo loco y absolutamente puro. Es el requisito aquel del héroe que debéis reconocer si conocéis a Parcival. Este capitán debe ser valeroso, y su tez estará curtida por los soles, por los vientos, por el frío y las noches de muchas navegaciones. Debe haber vivido, este capitán debe ser uno que haya admitido la muerte antes que el deshonor, y a cuyo nombre, a cuyo ejemplo, la juventud se sienta animada de cariño, de simpatía y de respeto.

Y si nuestra desventura ha de ser tanta que no encontremos mañana este mentor, esta forma iluminada capaz de irradiar sabiduría y cordura, patriotismo y optimismo desde esta Universidad, no nos quedará otro papel que juntar las energías de las gentes buenas hoy dispersas, sumar virtudes, esfuerzos, devociones y sueños, y animados por el espíritu de una fraternidad mental libre de envidias y resquemores, preparar la casa magna, aderezar de méritos esta vieja Universidad, que no estará lejano el día en que descubramos al mentor desconocido, al capitán que hemos soñado.

Es este, en verdad, el problema de los problemas. ¿Quién ha de dirigir? Aquí mismo vemos que el grupo que auspicia la reforma universitaria es en sí mismo heterogéneo y nos aventuramos a decir que carece de cohesión. Hay aquí, en ese grupo, tendencias distintas, modalidades diversas, dispares aspiraciones de mejora. Y si pasamos a analizar la fuerza multitudinaria que está respaldando este movimiento de liberación mental, tropezamos con el hecho inerte de que no hay tendencias determinadas y que el toque de acción ha sido solamente la palabra reforma.

Sin embargo, es este detalle uno que no debe desanimar. Todos los movimientos sociales empiezan así, nacen así. Se trata de vagos pensamientos, de necesidades mal definidas, de esperanzas mal proyectadas en la penumbra. Pero

allí está la levadura, y cuando hay sinceridad, las fuerzas empiezan a diferenciarse y a integrarse y, al correr de los días, ya el grupo orientador tiene el timón en las manos, y la marcha ha empezado

Estamos aquí en un momento que es de resoluciones. Vamos a levantar otra Universidad, una Universidad mejor. Pero, para determinar el tipo de Universidad que vamos a construir es menester, antes, saber el papel que esa Universidad realizará dentro de la Nación. Es menester, en pocas palabras, saber a dónde vamos.

Y para saber a dónde vamos no es menester ser profeta, ni augur. Basta echar la mirada hacia atrás y confirmaremos que, a medida de la intensificación de las relaciones humanas al través de las fronteras, y a medida que el libro ha volado de un lado al otro del planeta y que la radiotelegrafía ha inaugurado la edad feérica del mundo, a compás con el intercambio de mercancías avivado con la nave de vapor y últimamente con la moto-nave y el avión, pegado éste de los nuevos semidioses no igualado ya por ninguna ave de la creación, al correr de los tiempos y en armonía con el progreso humano, nos encontramos con que nosotros, y con nosotros la universalidad de los pueblos hispanoamericanos, la universalidad de las naciones del mundo, vamos en conjunto que vamos con el mundo y que el mundo va con nosotros, que la energía moral de nuestra personalidad política tiene que admitir la influencia del consorcio mundial. Vamos advirtiendo esta gran solidaridad que no nos dejará estancarnos, aunque hagamos promesa de fe en no movernos, que nos llevará adelante, hacia el progreso, en tono con el progreso de los otros pueblos, porque la obra de la ciencia, la obra de la conciencia humana, al expresarse en las maravillas de la técnica, está realizando la unificación de los hombres y acelerando de modo desconcertante la rapidez del progreso universal.

Vamos, pues, a donde va el mundo.

Y ¿a dónde va el mundo?

Tal vez a este respecto la bondadosa audiencia a quien me dirijo no esté de acuerdo conmigo. Si es así, me dolería que mi palabra no haya acabado de traerla hasta mí a este

plano en que vivo, en el que quiero vivir y que es como el reino de Dios en la tierra reino del optimismo, de la fe, de la alegría interior, de la serenidad de la mente, plano este que es como una especial altura, atalaya del júbilo y del ensueño porque desde aquí todo se ve lleno de luz, óptimo y prometedor, porque aunque la pobre alma esté muchas veces llena de pena, golpeada por el dolor, su mirada es siempre limpia y advierte el regocijo universal y oye el himno de la vida

Vamos con el mundo, y el mundo va a una vida maravillosa, en la paz, en la justicia, en la fraternidad El mundo va a vivir lleno de aquella alegría que es para mí la mejor de las alegrías entre el tropel de alegrías del Pájaro Azul la alegría del trabajo cumplido Porque esta alegría es la alegría de la cárcel rota, la de la niñez que juega al sol, la de la senectud que tiene por novia la vida, la de la escuela vibrante, la de la ciudad feliz, la del hogar caliente, la del libro que es casi como un panal o como una antorcha en la noche Esta alegría-del-trabajo-cumplido acabará con la guerra que nos enseñó a pelear la barbarie y nos traerá la guerra del porvenir los duelos de la inteligencia y la misericordia Y el mundo va hacia allá Y hacia allá iremos nosotros aunque el ruido de dentaduras en los pesebres se empeñe en apartar nuestros ojos de las estrellas

El mundo va a una nueva era era de realizaciones humanas, era de luz, aunque la visión doliente de Berdiaeff haya sugerido otra cosa El mundo va a la libertad, a la libertad de acción, de la inteligencia, de la emoción, del arte y de la ciencia El mundo va hacia la democracia socialista No a la dictadura socialista, ni a la tiranía socialista Va hacia allá como al seno fértil de la libertad y la fraternidad

Mas no va a la democracia socialista como una piara de ganado a una pradera succulenta No se va allá sólo por comer y para comer Si tal fuera la fuerza en marcha del mundo, habría sido en vano este largo calvario, al través de millares de siglos, por las angosturas del dolor y de la muerte La batalla de la vida no la está ganando el hombre a favor de la deglución sino a favor de la razón El pan ha de

sobrar mañana, y sobraría pero ante la dimensión nueva de las aspiraciones humanas, el pan se nos dará por añadidura

La democracia socialista vendrá como la organización necesaria para que las colectividades humanas realicen su alto destino. La democracia socialista traerá la paz para esta guerra baja la guerra del apetito, la guerra que nos enseñó a pelear la barbarie. Hay que convenir en esta dualidad del hombre, este consorcio divino de Ariel y Calibán del hombre que quiere comer y el hombre que quiere pensar. Mas si una observación ligera nos ha hecho pensar mal del hombre material, debemos reconocer la mansedumbre de su naturaleza, la sumisión, la humildad y la dulzura de su ser cuando se le ha dado de comer. Entonces ya no pide más. Se dice que la hiena, el león, el tigre, el marrano, tienen momentos de expansión, de suavidad orgánica, después de un banquete. Y este Calibán nuestro—y lo demuestra la historia—es tan bueno que, cuando come, deja el paso al genio del aire, a Ariel, que es a su vez dócil, a Próspero, al ideal de más arriba. Y así vemos, cómo a medida que el hombre se intelectualiza, el apremio de las cosas materiales es cada vez más suave, más manso. Las horas de descontento por falta de satisfacciones materiales son pocas, a la par de las horas de descontento por falta de satisfacciones espirituales. Lo material en el hombre, va cediendo el paso a lo divino. Y entonces vemos cómo esta naturaleza primaria del cuerpo, ha servido para preparar su trono al espíritu.

La democracia socialista del porvenir organizará, regulará, armonizará la producción de riqueza. La riqueza se producirá en cantidades de exceso, al grado de hacer ricos a todos los hombres. A todos. No a unos con lo que tienen otros. Eso sería fácil obtener una montaña de piedras en manos de una multitud enloquecida lo lograría. No. Se lograría lo más difícil hacer a todos los hombres felices en el confort, pero gracias a la solución de problemas técnicos y científicos que exijan trabajo a la mente, por medio de la inteligencia. No se tratará de repartir un botín, sino de distribuir, graciosamente, una cosecha.

La democracia socialista traerá la economía dirigida y trazada para beneficio de las naciones. Esta economía diri-

gida regulará la producción agrícola e industrial, acomodándola a las necesidades reales de los pueblos y ajustándola a las razones de una eficacia perfecta, que elimine el desgaste de las reservas económicas de cada grupo. La economía dirigida ordenará la explotación de todos los servicios públicos, como ferrocarriles, telégrafos, teléfonos, radio, sistemas eléctricos transporte marítimo y aéreo, banca y seguros. La economía dirigida nos dará también la moneda dirigida para mantenerla en la pureza funcional de un simple medio de cambio de riqueza. Esa regulación armónica prestará suavidad a las oscilaciones económicas y acabará con el absurdo, ya señalado por todos, de un hacinamiento de riqueza casi fantástico con la coexistencia de una pobreza extrema, de hambre, desnudez y desempleo. La economía dirigida acabará con la teoría de las reservas metálicas, abandonando la superstición del patrón oro o de cualquier patrón o base metálica, quedando la moneda representativa como la expresión simple de la riqueza nacional en función con el intercambio internacional, y por último, esta economía dirigida, arrancando de cuajo las causas de los colapsos monetarios, de las grandes crisis económicas, dará firmeza a las instituciones de crédito y se evitará el escándalo de las fortunas perdidas en una hora, de los ahorros de los pueblos destruidos por la imprevisión social.

Esta organización, esta regulación, será obra de los hombres de la Universidad futura. El problema del pan no es un problema político, en el sentido banderista, sino un problema técnico. No pide actitudes dramáticas, trágicas, ni quiere aparatos. Quiere simplemente muchas cifras, muchas ecuaciones y mucha medida.

Se ha de construir la ciudad perfecta, la ciudad del hombre, la ciudad diferenciada en sus funciones. Será una la ciudad del trabajo, la ciudad de la producción, y otra la ciudad de la vida, la ciudad de los hogares. No crecerán los niños a la sombra de las fábricas y bajo las ruedas de los automóviles, sino a la sombra de los jardines y entre las alas de los pájaros. Deberá lograrse una penetración del campo a la ciudad, y de la ciudad al campo, hasta restablecer la armonía rota por la civilización y devolver a los hombres lo que ha sido primordial en ellos.

la amistad de un árbol, el trozo de tierra dónde plantar, el horizonte, el aroma, el canto y la luz

Ciudad nueva queirá decir ciudad sana, y el mundo tendrá que escoger entre dos caminos o que realizar doble tarea. Escoger entre dos caminos de demoler las ciudades viejas y construir otras nuevas, o de sanear y embellecer las que ya están construidas. La ciudad nueva será ciudad de salud y de paz y de belleza. Ahora pensad en la cantidad de trabajo material y de labor técnica necesarias para alojar los millones de habitantes del planeta en ciudades perfectas, bien diferenciadas en sus funciones, sanas y placenteras.

Y si nosotros admitimos la posibilidad y la conveniencia de este ideal, debemos admitir ya como cosa de hoy la conveniencia de que el problema del alojamiento humano merece cuidados. Y para que esos cuidados puedan nacer, para que esa vigilancia se vea brotar y vivir, es de necesidad que la Universidad, en su función cultural, empiece por sacudir las opiniones, por revelar las nuevas posibilidades. Porque hemos estado viviendo, casi, como el hambriento que sólo procura comer. En el sentido correcto, alto, puede decirse que la ciudad de hoy es la ciudad del pasado, la ciudad para alojarse de paso, al margen, mientras se podía comer. El mundo ha vivido de la mano a la boca y no ha podido dedicar celo mayor al hogar y a la ciudad. La ciudad moderna está por nacer, o está naciendo ya, y hay que llenar el mundo, todos los continentes, de ciudades modernas, de millares de ciudades llenas de luz, de aroma, de belleza, como en mi recuerdo vive una ciudad extranjera a donde llegué en una noche de primavera, y donde yo no sabía, entre sus apretadas avenidas, si estaba llegando a un bosque encantado, poblado de naranjos en flor, si aquello era el sueño de una víspera nupcial, y si yo era el prometido.

Y como todo concurre, como todo se relaciona, debemos admitir que para materializar esta ciudad del porvenir, o mientras se materializa, habrá que espiritualizar también a los hombres. Y esto quiere decir que el mundo va hacia un reino de loca, de desmedida, de fastuosa munificencia en la labor de la cultura humana, edad en que las masas de trabajadores dedicarían esfuerzos y sudores para la construcción de escuelas, de museos,

de bibliotecas, de conservatorios, edad en que el mundo, intelectualizado, o intelectualizándose, realizará para la mayoría esa devoción ingenua y pura, resplandeciente como la aureola del santo, que sabe vivir el hombre de espíritu la devoción del estudio constante, de la educación sin tregua, el amor a la sabiduría

Mas no quiero abusar de la bondad de quienes me escuchan, manteniéndoles más del tiempo necesario en un plano de abstracciones, aunque yo creo que no hay vencedor de verdad en la vida que no haya avanzado el camino de la lucha con una generosa abstracción en la mente y un amor puramente platónico en el corazón Pero podríamos concretar en pocas palabras el destino y el porqué de la Universidad futura, la Universidad futura debe prepararse para una obra suprema, para una edad de maravillas

* * *

Ahora, en casa, digamos, nuestra Universidad tiene una labor de urgencia la de realizar los estudios, concretar los planes, señalar los medios, para la reforma de la escuela primaria salvadoreña La Universidad tendrá que educar y caldear la opinión a favor de esta obra y deberá llenarse del prestigio necesario para tener voto en la organización del personal que ha de llevarla a la vida

Deben traerse a la Universidad, a inspirarse en las aulas de la nueva Facultad de Pedagogía, a los directores de la escuela primaria salvadoreña La escuela debe acercarse a la Universidad, la Universidad debe también ir hacia la escuela Ambas instituciones son una sola sus labores son complementarias e interdependientes La escuela debe prepararse para la Universidad, y la Universidad debe bajar a la escuela, a darle las iluminaciones superiores

La escuela salvadoreña debe renovarse en conceptos Debe ser civilizadora, en el sentido de civilidad y ciudadanía, y apartarse de la idea que hasta ahora ha predominado en su seno que tiene por misión enseñar a leer y escribir y a preparar gérmenes de gente letrada, es decir, que se ha creído

que la civilización radica esencialmente y primariamente en el libro

Sin que yo me adhiera a ese grupo que mantiene constante asalto contra la escuela importada de ayer pero que hasta hoy, no ha precisado nada definitivo para hacer una escuela nueva, estoy, con todo, a favor de una escuela que venga a conformarse a nuestras realidades nacionales, a servir las y a remediarlas. Esa realidad nacional es múltiple

Si entendemos que su misión es de civilizadora, la escuela nueva se esforzará por inspirar, inculcar, sugerir y arraigar —todo en la medida del tiempo y los recursos— nuevas costumbres y maneras de vivir al pueblo salvadoreño, y nuevas tendencias y prácticas en la forma de trabajo del pueblo salvadoreño. Es decir, vamos a lograr que una proporción mayor del trabajo del maestro vaya a cosas concretas, útiles, fundamentales y dignas para las nuevas generaciones

Como ilustración a ese criterio—y entro en este detalle porque aspiro a dar utilidad mayor a esta conferencia,— conviene hacer resaltar este hecho interpretativo un niño podrá salir de la escuela sabiendo leer y escribir y con nociones científicas más o menos generales, mas si ese niño continúa viviendo sucio, comiendo con los dedos, sin inclinación precisa a la limpieza, si ese niño no ha recibido un impulso suficiente para continuar en la brecha de la propia cultura, prosiguiendo sus lecturas si ese niño carece del sentido de la sociabilidad y desconoce, en cuanto se relaciona a sus futuros medios de vida, lo mucho que de nuevo y más eficiente puede incorporar a su arte u oficio, ese niño será siempre un positivo analfabeta, e inferior a aquel que no sabe leer ni escribir, mas cuya concurrencia y convivencia con gentes mejores le ha permitido adquirir más nobles costumbres, superior modo de comer, beber y dormir, más capacidad social y mayor espíritu de investigación y discernimiento. He visto en Estados Unidos inmigrantes portugueses y españoles, italianos y eslavos, que no sabían leer ni escribir, pero que en sus costumbres domésticas, en su expresión, en su sociabilidad y su religiosidad, venían a ser más civilizados que millares de gentes hispanoamericanas

que, aun sabiendo leer y escribir, son perfectos salvajes en sus maneras, en su carácter y en sus inclinaciones

Tropieza este plan renovador con una realidad dolorosa en nuestro medio el medio familiar de la población escolar es, en su grande y mayor proporción, pobre y desprovisto. Contra esa desventaja debe ponerse una nueva escuela con medios y orientaciones suficientes para que los niños vivan, aunque a ratos, en ella. Esto de vivir no querrá solamente decir sentarse a leer y escribir y hablar y oír de nuestros próceres. Querrá decir que el niño tendrá allí el modelo del hogar civilizado, con útiles, muebles, baño, cocina y jardín, que ese niño usará esos modelos hasta inspirarse. Querrá decir que el niño aprenderá a distinguir una fruta podrida, un alimento impropio, un agua sucia, que deben repelerse. Querrá decir que el niño logrará adquirir la noción de vivir civilizado, hasta capacitarse a distinguir entre el tipo ideal de vida y el tipo de vida que se vive en su hogar.

La escuela nueva salvadoreña, por lo menos durante veinticinco años, deberá suplir zapatos y calcetines al niño salvadoreño pobre, y deberá efectuarse allí, superándose cien veces, la labor civilizadora que en materia de costumbres, civismo y salud, se efectúa en nuestros cuarteles. La escuela debe ser el hogar de todos, y el hogar superior, tan lleno de luz y de vida, de atracción y bondad, que el niño sueñe en ir allí, y no en huir de allí.

Y cuando la escuela esté en el campo, cuando la escuela sea propiamente la escuela rural, esa acción civilizadora que nosotros le señalamos se verá ampliada en su radio de acción. Porque la escuela tendrá que ver por la salud de los niños y la salud en las casas y en los ranchos propios de los niños. El maestro será, como lo quieren ya muchos, el nuevo cura párroco, el centro de la vida en la comunidad, el mentor de todos, el amigo de todos. El Padre.

Esta nueva escuela necesitará del nuevo maestro.

* * *

Debemos modelar, pues, nuestra Universidad (que debiera ser, propiamente, un adelanto hacia la Universidad de Centro

América) conforme las corrientes ideológicas del mundo civilizado, en armonía con las aspiraciones positivas de mejora que sacuden la estructura mental de todos los pueblos de la tierra. En materia de necesidades nacionales, sólo hemos menester de observar atentamente la vida ambiente, bajar a las capas más pobres y oscuras de nuestro pueblo y tomar el pulso de su fiebre de miseria, ignorancia y opresión.

Para toda esta cruzada de renovación que se impone como una exigencia vitalísima para nuestro país, la Universidad deberá suplir los técnicos, los trabajadores sociales, los espíritus enardecidos por el ansia de progreso, los cinceladores afortunados de la palabra. Mas esta acción creadora que implica el remodelamiento de nuestro vivir, esta gran jornada de saneamiento y salubridad que reclama el momento, puesto que un pueblo palúdico, alcoholizado, mal comido, sin deportes ni recreaciones apropiadas, no podrá recorrer con bríos el camino de su liberación, toda esta enorme tarea de construir viviendas, de limpiar ciudades, de distribuir latifundios, de crear industrias, de humanizar nuestros centros penales, de civilizar, en fin, a El Salvador y Centro América, requiere mucho dinero y mucha devoción.

¿Se podrá dar fin a esta creación? Nosotros creemos que sí se puede.

Mas para ello es menester que los problemas económicos del país, aquellos cuya solución podría darnos los medios materiales para esta obra, sean planteados, caldeados, discutidos, vividos y resueltos en la Universidad. Son problemas escabrosos y dignos que no pueden confiarse ni al corrillo callejero, ni a la plática a puertas cerradas de cuatro consejeros improvisados, ni al chascarrillo del reportero, ni a las pasiones de la política, ni a las acometidas de aquellos que están contra el Gobierno por no ser de los del Gobierno. El gran problema social hoy día es el problema económico. La cuestión de actualidad es cuestión económica. El mundo está que rabia de hambre. El mundo está desintegrándose, intranquilizándose, perviniéndose, por el hambre. Toda esa literatura de barbarie que riega al mundo ahora pidiendo destrucción de la democracia y la institución de la tiranía, todo ese conjunto de desasosiegos internacionales

que mantienen en pie la amenaza de la guerra, toda esa ola de nacionalismos cavernarios y simplistas que está convirtiendo al hombre extranjero en una bestia feroz y la mercancía extranjera en un ser demoníaco, todo esto que quita la serenidad a los estadistas, que enciende pasiones y que pervierte tendencias, no es otra cosa que *hambre*

Y esto que pasa en el mundo está pasando entre nosotros. Todos los males sociales y políticos del momento, tienen su causa primordial en el hambre ambiente. Mas no logiaremos jamás dar solución a esos problemas mientras se tenga la idea inexacta, inapropiada y fuera de tiempo, de que la solución de las cuestiones económicas corresponde a las figuras de la política y a la esfera de la vida política. Y si nuestro optimismo no llegaría a pedir que el Gobierno renuncie una función constitucional, sí podemos esperar que la Universidad tenga una voz consultiva, y que esa voz, purificada y dignificada, sea la voz de la ciencia y no la de los intereses creados.

La labor de la reforma universitaria es muy vasta. Exige mucho dinero, muchos hombres, mucha técnica. Mas nosotros opinamos que cabe dentro de nuestras posibilidades, opinamos porque *sí se puede*.

Y creemos que, condición inenunciable para esa construcción, debe ser el aporte de la juventud, la colaboración de la juventud. Ella tiene el sentido divino de si con lo que está en marcha, un sentido certero, tan exacto y preciso como aquel que Schopenhauer llamara el sentido de la especie. Por ley fundamental de ontogenia, el alma joven es alma libre y receptiva. Ella está libre de los temores, de las dudas, de las manchas y de los pecados del alma de los viejos. Oigamos, pues, en este concurso, la voz de la juventud. Ella abrirá entre las tinieblas un paréntesis por donde ver el porvenir. Rota la muralla, por la brecha abierta veremos la cara a Dios.

LA UNIVERSIDAD SALVADOREÑA DEL PORVENIR

Por el Dr. RAUL ANDINO

SEÑOR RECTOR

SEÑORES

Es para mí un elevado e inmerecido honor ocupar por primera vez en mi vida esta tribuna, honrada antes por tantos y tan ilustres oradores nacionales y extranjeros, para venir, a invitación del Honorable Consejo Superior Directivo de esta Universidad, a decir lo que yo pienso acerca de la reforma universitaria, tan oportuna y acertadamente iniciada por un selecto grupo de profesionales, escritores y maestros jóvenes, inquietos espíritus de vanguardia, inteligencias clarividentes y dinámicas, abiertas a todos los vientos renovadores y saludables de la nueva cultura

Al comenzar el movimiento renovador, hace apenas unos ocho meses, fui de los primeros en alistarme en las filas del grupo que lo inició y desde entonces no he dejado de prestarle mi modesta pero constante colaboración, que no tiene más valor que el de mi entusiasmo sin límites y el de mi optimismo juvenil por toda obra patriótica y desinteresada, que tienda a elevar el nivel moral e intelectual de mi pueblo y a abrir brechas en la conciencia nacional, para que la cultura sea la primera y la suprema preocupación de la colectividad salvadoreña

Universitario por vocación y por convicción, hijo intelectual de esta Universidad, profesional egresado de sus aulas en 1921, pensionado más tarde por este mismo Instituto para hacer

estudios jurídicos y de Ciencias Sociales en la Universidad de París y en la Academia de Derecho Internacional de La Haya, he guardado siempre y guardo por esta casa solameña de la cultura salvadoreña, un sincero y profundo amor, matizado de respeto, de gratitud y de amables añoranzas de la alegre vida estudiantil, que ha arraigado hondamente en mi espíritu junto al amor a mi patria, la que yo sueño grande, próspera y libre, por gracia y virtud de esa misma cultura que Hipólito Taine, uno de los más esclarecidos profesores de idealismo de la Francia finisecular, preconizaba como panacea infalible para todos los males sociales de los pueblos del presente y del porvenir.

Estudiante primero, profesional después, en el país y muy lejos de él por largos años, anhelé siempre y anhele ahora la reforma radical e integral de nuestra Universidad, porque desde que ingresé a su seno como alumno de la Escuela de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, pude comprobar personalmente, palpándolos a diario, los muchos vacíos y fallas de su ya caduca y anacrónica estructura, tanto material como ideológica, la que si tal vez pudo satisfacer antaño, es decir en el siglo diecinueve, muchas de las necesidades intelectuales de las generaciones salvadoreñas de entonces, ya no satisface ahora, sino en mínima parte, las múltiples de la vida actual del país, que está reclamando a voces, insistentemente, una revisión total de todas sus instituciones y de todos sus valores, a fin de ponerse a tono y compás con el ritmo del mundo contemporáneo y para proporcionar a los hombres que lo habitan la cantidad de bienestar, de prosperidad y de ventura a que tienen derecho todos los pueblos libres y civilizados de la tierra.

Esa imperiosa necesidad de la reforma universitaria, la pude palpar más de bulto, de modo objetivo y muy sensible, en mi larga permanencia en Europa y en los Estados Unidos, al establecer comparaciones de las universidades de Francia, Bélgica, Suiza, Holanda y las de la gran democracia norteamericana con nuestra propia Universidad Nacional, fosilizada y momificada, por decirlo así, en los viejos moldes de las universidades de la colonia, reflejos empedregados y copias

mezquinas y serviles de las universidades españolas, que entonces y ahora fueron siempre y siguen yendo a la zaga de las del resto de la Europa civilizada

Trasplantado a nuestro medio, física, social, étnica, moral e intelectualmente distinto, el tipo monástico y medioeval de las universidades peninsulares, era natural, por ley biológica ineludible, que no encuadrara ni floreciera en él sino para dar frutos cuya mezquindad cualitativa y cuantitativa no se oculta a los ojos perspicaces del observador atento, que no se deja sorprender ni deslumbrar por los destellos fugaces de una apariencia de cultura, que por ser sólo fachada y disfraz de tal, no es en realidad de verdad, a poco que se boire el barniz que la cubre, que simple y pura semibarbarie, atenuada apenas parcialmente por atisbos y balbuceos que queriendo ser de auténtica cultura sólo aciertan a ser una aspiración hacia ella, vago e impreciso anhelo de mejoramiento, que no ha arraigado aún en el alma colectiva y que es tan sólo patrimonio de una insignificante minoría selecta, de una «élite» que por su misma exigüidad numérica carece de la suficiente fuerza, de la necesaria vitalidad y de dinamismo propulsor para arrastrar consigo a la masa indiferente hacia la conquista de la verdadera cultura, concebida ésta no como un don de unos cuantos afortunados sino como riqueza común de toda la colectividad, es decir como bien social de uso público y no como tesoro exclusivo de egoístas y de avaros, como moneda reluciente y circulante, que a todos sirve y enriquece, y no como oro opaco e inútil en los talegos de los usuarios de la inteligencia y del espíritu

No podía ser de otra manera, porque las instituciones de un país no pueden trasplantarse a otro sino a condición de que al hacerse la trasplantación se modifiquen las instituciones que se van a trasplantar, de acuerdo con las condiciones climatéricas, geográficas, étnicas y todo orden del nuevo medio o ambiente, distinto siempre del ambiente primitivo. La violación de esa ley biológica y sociológica, al adoptarse sin modificar las instituciones viejas en pueblos nuevos, es lo que ha dado origen al fracaso parcial de nuestra deficiente Universidad y es también la causa determinante del fracaso de

no pocas de nuestras instituciones sociales, políticas, educativas, económicas y de toda índole, que sólo son copias o remedos caricaturescos y bastardos de las instituciones de la Madre Patria. Nuestro pueblo actual, producto del mestizaje de españoles con la raza aborigen, al cual hay que agregar también una no pequeña cantidad de sangre negra y de otras procedencias, no tiene la misma idiosincrasia, la misma mentalidad, la misma psicología ni las mismas costumbres y tendencias del pueblo español, del cual diferimos fundamentalmente en muchos aspectos.

Al hablar del fracaso parcial de nuestra Universidad, lo hago no sin dolor, pero creo necesario y hasta urgente y patriótico decirlo para ser sincero con mi país al cual hay que decirle siempre la verdad, porque, como decía Helvecio, la verdad no puede dañar, la verdad es siempre saludable. Además, al hacer esa afirmación en el aula magna de esta misma Universidad y ante un auditorio de universitarios, quiero y debo ser sincero conmigo mismo y consecuente con mis fervorosos anhelos de reorganización, de mejoramiento y de reforma, que son los mismos de mi generación y los del grupo de intelectuales, de maestros y de escritores que han iniciado y patrocinado este movimiento renovador, cuyos alcances y resultados no podemos precisar aún, porque apenas se ha comenzado la urgente tarea, tratando de que todos los salvadoreños de buena voluntad se interesen por el problema y ayuden a resolverlo. Y cabe aquí, como en un paréntesis, hacer un llamamiento encañonado y patriótico a todos los estudiantes universitarios, a los catedráticos de este Instituto, a los profesionales, a los periodistas, a los maestros y a todos los amigos de la cultura para que se sumen a nosotros en este noble afán renovador de nuestra envejecida y decadente Alma Mater, porque yo considero que el problema universitario es un problema nacional, es decir de la totalidad de los salvadoreños, y no un simple y aislado problema de clase, que nos interesa no sólo a los académicos sino a todos los salvadoreños, ricos y pobres, burgueses y proletarios, cacicuitos y obreros, ya que de la Universidad salvadoreña del porvenir debe irradiar la luz intelectual hacia la nación

entera y que de ella deberán surgir también los conductores de la misma, sus guías mentales y morales, sus hombres de mando, sus maestros del mañana

El complejo problema de la reforma universitaria, digo, es un problema nacional de vastos e incalculables alcances, porque para nosotros, los «Amigos de la Nueva Universidad», reformar nuestro centro universitario equivale en cierto modo a reformar al país entero, revisando e inventariando todos sus valores intelectuales, éticos y educativos, ya que nosotros no concebimos la Universidad futura de El Salvador como lo que ha sido hasta hoy, es decir como un centro docente superior para una casta o clase social privilegiada, sino como un hogar nacional del pensamiento universal, pero un hogar abierto para todas las clases sociales, en el que puedan caber todas las doctrinas y todas las ideas, todas las inquietudes del espíritu y todas las actividades de la inteligencia humana, todos los anhelos generosos y todos los empeños nobles y desinteresados, desde la lucubración del sabio y la investigación del erudito hasta las manifestaciones artísticas del alma salvadoreña, que es destello de la luz divina en la abigarrada paleta del pintor, música inefable en la canción popular y vuelo audaz hacia el infinito en el verso del poeta

Todo debe y puede caber en la Universidad futura, que por serlo de verdad, debe ser real y efectivamente universal, como su propio nombre lo indica, y no casa cerrada, atrincherada y amurallada para uso exclusivo y egoísta de una fermentada aristocracia intelectual o intelectualoide, que quizá pretenda, sin derecho legítimo alguno, a ejercer una hegemonía y un predominio sin límites y sin responsabilidad sobre todas las demás clases sociales, principalmente las proletarias y trabajadoras, a las cuales, por desgracia, no alcanza a llegar la cultura, o lo que aquí se tiene por tal

No concebimos nosotros la Universidad del porvenir como simple agregado o agrupación de cinco o más escuelas profesionales, tal como ahora es, sino como algo más complejo y más amplio, que siendo también centro docente superior para la enseñanza de las profesiones llamadas liberales, sea al mismo tiempo un organismo vivo y dinámico de difusión

cultural y de investigación científica para que cumpla así, integralmente, la triple misión que a todas las universidades modernas les asigna el esclarecido pensador español José Ortega y Gasset, catedrático de Metafísica de la Universidad Central de Madrid

Al circunscribir su actividad a fabricar en serie abogados, médicos, farmacéuticos, dentistas e ingenieros más o menos doctos y capaces, la Universidad Nacional sólo cumple una mínima parte de su verdadera y elevada misión, porque eso no basta para satisfacer las múltiples necesidades espirituales del pueblo salvadoreño, que debe recibir íntegramente todos y cada uno de los beneficios de las diversas actividades que está obligado a desarrollar un centro educativo de la categoría de la Universidad, la cual, colocada en la cumbre de la docencia salvadoreña, debe irradiar su influjo luminoso y bienhechor a todos los sectores sociales salvadoreños, desde los más bajos y oscuros hasta los más altos y sobresalientes

Los universitarios de las nuevas generaciones concebimos la Universidad no como nuestros padres y abuelos la concebieron, llamándola «templo del saber», a donde se debe llegar, de tarde en tarde, a orar con el alma contrita ante los íconos o fetiches que pretenden encarnar la divinidad omnisciente o a adorar a sus sacerdotes, augures y pontífices, sino como «la casa común y pública de la inteligencia y de la sabiduría», como «el hogar del pensamiento y el espíritu nacionales», al cual puedan entrar todos, libre, confiada y tranquilamente, no a elevar paces y quemar incienso ante la imagen de una deidad ignota, sino en busca de luminarias para su cerebro, de direcciones para su conciencia, de normas para su conducta y de doctrinas saludables para su corazón

No basta que la Universidad haga doctores a granel, multiplicando incesantemente, sin control y sin medida, una clase social en cierto modo parasitaria, que está constituyendo ya en el país una especie de proletariado intelectual vergonzante y que sólo puede vivir, con escasas y muy honorables excepciones, del ejercicio inmoral e ilícito de las profesiones o alimentada por lo que el ilustre pensador argentino Agustín

Alvarez llamó, pintolescamente, «la leche de clemencia de los presupuestos fiscales»

Los hombres de avanzada concebimos la Universidad como la concibe el pueblo norteamericano, es decir no como una infatigable y fecunda proveedora de «peñitos en ciencia», más o menos especializados y aptos para el ejercicio de las profesiones liberales, sino como «escuela universal», en el sentido más lato y más noble de la palabra, o más bien dicho, como «gimnasio del espíritu colectivo, como arena de la justicia militante, de la cual sale el nuevo ser incorporado a la obra multiforme de la patria», porque más que de doctores El Salvador necesita con urgencia de hombres, y más que de hombres necesita, urgentísimamente, de ciudadanos. Al decir ciudadanos, quiero decir hombres política, social, moral y mentalmente cultos, hombres de la «civitas», de la «civilidad», que no es, en última instancia, sino la cultura misma, plasmada y cristalizada consuetudinariamente en normas de sociabilidad bienhechora, de cooperación inteligente y fecunda, de fraternidad y de solidaridad.

Pedimos nosotros que para evitar hasta donde es posible la plétora de malos profesionales, que han hurtado sus brazos a la agricultura y a las artes mecánicas, empobreciendo el país y despoblando sus campos, se controle más severamente el ingreso a las escuelas profesionales que ahora constituyen la Universidad, estableciéndose los exámenes y estudios preuniversitarios o preparatorios, que deben ser distintos de los del bachillerato, y que el egreso de nuevos profesionales se someta asimismo a pruebas rígidas y eficientes, que pongan a cubierto al país de una inundación o epidemia de doctores, de malos doctores, como la que ahora aqueja a Francia, en donde el Ministro Flandin ha declarado hace apenas cuatro meses, en una entrevista concedida a un redactor del semanario «Candide», que Francia necesita más de albañiles que de doctores»

No nos explicamos nosotros, ni queremos tampoco la Universidad construida y estructurada a la manera de un castillo señero y enhiesto para los señores feudales del pensamiento, sino como una verdadera casa del pueblo, como una

amplia y hospitalaria casa democrática, en donde el saber, la ilustración y la cultura no sean un privilegio del «señor» y del «señorito», sino un patrimonio común del «demos», de la masa, de la muchedumbre, de la colectividad. Queremos una Universidad universal, no particularista, no exclusivista, no egoísta, no cesarista, sino generosa, amplia, cordial, sin puertas, sin cerrojos y sin fronteras, en donde no haya ídolos ni ídólatras, ni fetiches ni fetiquistas sino sólo espíritus sedientos de sabiduría, de belleza y de bien. Queremos la Universidad que reclaman las múltiples necesidades intelectuales y morales de nuestra época, que son otras, muy otras y mayores que las de nuestro pueblo en el siglo diecinueve, las que para satisfacerse hallaron a su hora el centro cultural superior en la Universidad de hoy, que no ha evolucionado desde hace más de cuarenta años, paralizándose indefinidamente, como si El Salvador no fuera un país en marcha, un país que se organiza y se supera, lenta pero seguramente, a través de las mil vicisitudes de su devenir histórico.

Aspiramos a una Universidad que no sea instrumento de una casta opresora y explotadora de las otras clases sociales, especialmente las proletarias y trabajadoras, sino una Universidad de todos y para todos, que además de ser un grupo coherente y completo de escuelas profesionales, que abarcando las ya existentes y las nuevas y ya imprescindibles de Estudios Comerciales y Económicos, la de Filosofía y Letras, la Normal Superior y la de Agronomía y Veterinaria, sea al mismo tiempo un centro animador, propulsor y difusor de todas las manifestaciones y formas de la naciente cultura salvadoreña, es decir de la Ciencia, de las Letras, las Artes y la Filosofía, lo mismo que de la investigación científica, aun cuando nuestro medio, tan precario y mezquino, no haya producido hasta ahora verdaderos investigadores ni mucho menos sabios, frutos tan sólo de una cultura superior y de un ambiente propicio a su florecimiento. Si hasta hoy no hay una ciencia salvadoreña y sólo poseemos unos cuantos aficionados a ella, el estímulo constante y oportuno de nuestra Universidad puede crear esos sabios e investigadores, ya que entre nosotros sobran los hombres de talento y de estudio que más tarde,

ayudados y alentados eficazmente, podrían llegar a merecer el nombre de tales

Queremos asimismo que en la Universidad, como dependencia de la Escuela de Derecho, se cree el Instituto de Reformas Sociales, que existe en tantas universidades mejor organizadas que la nuestra, consagrado al estudio de todas las cuestiones y problemas sociales de palpitante actualidad, los que va urge resolver en nuestro país de una manera racional y científica, para evitar a tiempo que algunos de ellos se traten de resolver en forma brutal y sangrienta, como pretenden resolverlos los extremistas y agitadores obcecados. Este instituto podría influir eficaz y directamente en los Poderes Públicos, a fin de lograr una legislación del trabajo justa, ecuánime e inteligente, que obvie o prevenga los conflictos que en lo sucesivo puedan sobrevenir entre capitalistas y obreros o trabajadores, ejerciendo así una función de previsión social que puede prestarle incalculables servicios al país.

Anhelamos una Universidad con una ideología tolerante, multilateral y amplísima, lo más amplia y liberal que se pueda, sin estrecheces de criterio en sus autoridades directivas, sin espíritu sectario y sin «ismos», es decir sin credo científico, social, religioso o político determinado, lo que equivale a que los tolere y admita todos, desde el más conservador y reaccionario hasta el más avanzado e innovador. No queremos Universidad de derecha ni Universidad de izquierda, sino una Universidad real y verdaderamente *universal*, en donde quepan y fraternicen los hombres de un extremo con los del otro, los jacobinos con los ultramontanos, los prudentes con los exaltados, los líderes obreristas con los representantes de la plutocracia, los sacerdotes católicos con los ateos, pero una Universidad que siendo realmente la casa de la inteligencia, de la libre discusión y el libre examen de todas las cuestiones que atañen a la Ciencia, al Arte, a las Religiones y a la Filosofía, se ocupe preferentemente de la socialización o democratización de la cultura, es decir de la cultura para todos, sin distinciones o preferencias para una u otra clase, a fin de que esa Universidad, de espíritu eminentemente popular y social, eduque, libere y oriente moral e intelectualmente al

pueblo salvadoreño por medio de la cultura, de esa misma cultura que preconizamos al principio, secundando el pensamiento de Hipólito Taine, como panacea para combatir todos los males sociales, todas las enfermedades colectivas, todas las desigualdades e injusticias de nuestra actual organización político-social, estructurada sobre bases educativas, morales y económicas en plena bancarrota desde el último conflicto europeo, que trastrocó todos los viejos valores del mundo contemporáneo

Mi fé ciega en la eficacia de la cultura es tal que *podiera tildársela hasta de fanatismo*. Creo yo que la cultura es lo único que ennoblece y depura a los hombres volviéndolos mejores, más justos, más tolerantes y más generosos. Imbuidos de esa fé en la cultura, es que nosotros reclamamos que la Universidad nueva realice, al mismo tiempo que su función de centro docente para profesionales, una labor cultural intensiva y extensiva, es decir que influya, directa e inmediatamente, sobre el medio social salvadoreño, para desbarbarizarlo y enaltecerlo, luchando enérgicamente contra el analfabetismo, la incomprensión y la ignorancia, llevando a cabo frecuentes campañas de difusión artística, literaria y científica, auspiciando exposiciones pictóricas, audiciones musicales selectas y concursos de toda índole, organizando series de cursos breves y de conferencias sobre toda clase de materias y disciplinas, a los cuales puedan asistir todos los que deseen, sin necesidad de matrícula ni de ningún requisito obstaculizador

Queremos que este caserón venerable pero desolado y sombrío, abra de par en par sus puertas y ventanas a todas las corrientes vivificadoras del pensamiento universal, al sol y al aire saludables que vienen de todos los rumbos del espíritu, a todas las curiosidades e inquietudes de la inteligencia, a todas las emociones del Arte y a todas las interrogaciones de la Ciencia y de la Filosofía

A la gravedad monástica de estos claustros queremos traer la alegría sana y jocunda de las escuelas y las universidades norteamericanas, emporios del júbilo, paraísos de la camaradería, de la fraternidad, de la salud mental y de la fuerza corpórea, o, como dice Ernesto Nelson en su admirable

libro «Hacia la Universidad Futura», «metrópolis de la juventud, capitales de su reino de optimismo»

Creemos nosotros que la Universidad moderna no debe ser un recinto adusto, lóbrego y repulsivo, sino un vivero humano alegre, risueño y atrayente, en donde el profesor no sea un dómine solemne y dogmático sino una especie de camarada mayor de sus alumnos, que sepa explicar las Pandectas, por ejemplo, con una sonrisa en los labios, amablemente, a la manera como los filósofos griegos conversaban con sus discípulos en los jardines de Academo sobre los más abstrusos y más áridos problemas de la Filosofía y de la Ciencia, porque «esa camaradería entre alumnos y profesores, esa ausencia de empaque académico en los maestros, contribuye en buena parte a la educación de la juventud, enseñándole que la ciencia y el saber no deben usarse como excusas de la vanidad o como incitantes de la envidia»

Para nosotros, la tuesura, el dogmatismo y la sabihondez de los catedráticos chapados a la antigua, debe desaparecer de la enseñanza universitaria, lo mismo que de la secundaria y la elemental. La Pedagogía moderna ha aceptado ya como un postulado de indiscutible valor la afirmación de que la mejor y la más fecunda enseñanza es la que se enseña con gracia, como lo quería José Enrique Rodó, maestro de maestros, y como lo preconizó Renán, el más amable y risueño de los filósofos contemporáneos, que tuvo el acierto supremo y la habilidad imponderable de subrayar con una sonrisa sus más sabias lecciones, sus más eruditas páginas de exégesis y sus más tremendas herejías

La sabiduría no está divorciada, para nosotros, de la alegría y la juventud. Se puede ser joven y alegre y ser el mismo tiempo sabio y profesor. En cambio, se puede ser grave, adusto y solemne y ser también ignorante y necio. La vejez y las canas no son para nosotros atestados o ejecutorias de capacidad docente y de ejemplaridad moral, aun cuando al decir jóvenes hablemos más bien de la juventud del pensamiento, del corazón y del espíritu que de la juventud física y corpórea. Al decir juventud, decimos frescura espiritual, «élan» anímico, energía intelectual viva, elasticidad

mental, destreza de la inteligencia siempre alerta, ductilidad del intelecto, receptividad fecunda y generosidad trasmisiva y trasmisible en la función docente, la que siempre debe ser actividad de gente altruista y no de avaros, trabajo desinteresado y noble y no bajo oficio mecánico de mercenarios, de filisteos y de fenicios

El ejercicio de la docencia es para nosotros sacrificio y desinterés, no escabel para erigir impostores sobre la supina ignorancia de la mayoría, renunciamiento y dádiva para los demás y no cómodo trampolín para izar sobre las cabezas de los alumnos la personalidad ficticia del señor catedrático, hinchado de vanidad y de megalomanía. Enseña bien quien sólo enseña los caminos para la verdadera sabiduría, es decir para investigar y hallar la verdad, pero que no pretende siempre haberla encontrado, porque la verdad científica no es una cosa estática y muerta, sino algo fugaz, relativo y cambiante, como la vida misma

Para obtener un personal docente que responda a esos reclamos urgentes, pedimos el establecimiento de las cátedras por oposición, a efecto de que la selección se haga entre los más aptos, y si ésto no fuere posible por las circunstancias económicas universitarias del momento, exigimos siquiera que el nombramiento de profesores se haga siempre dándoles intervención directa y efectiva a los alumnos de las distintas Escuelas, para que ellos designen a los de sus simpatías y predilección, que siempre irán, sin duda ninguna, hacia los más capaces e ilustrados. En la designación del personal docente, como en la de los miembros de los tribunales de examen, debe excluirse toda intervención de la política, siempre nociva, todo compadrazgo, todo favoritismo para los parientes, amigos o allegados de las autoridades universitarias, las cuales, para que no se entronquen ni se cesaricen, deben cambiarse cada dos años por lo menos, totalmente, a fin de que a todos los profesores les llegue su turno de ser rectores, decanos, secretarios y consejeros de las distintas Facultades. En ninguna institución más que en la Universidad se necesita la alternabilidad en el poder, a efecto de evitar todo despotismo o tiranía centralizadora y absorbente. La rotación

y el cambio son lo más aconsejable en un organismo que debe ser encarnación y paradigma de la más genuina y la más pura democracia. Para nosotros no debe ser la Universidad un refugio de presupuestívoros ni de burócratas, sino un recinto sagrado de la vida del espíritu y la inteligencia salvadoreñas, donde no vengamos a llenarnos la andorga con la retribución fácil y abundante de una sinecura, sino a poner nuestro desinterés y nuestro altruismo al servicio de la juventud y de la patria.

A fin de que se pueda ejercer un verdadero control sobre la labor docente de la Universidad en las distintas Escuelas Profesionales, pedimos que no todos los profesores formen parte del Consejo Superior Directivo, sino solamente una delegación de los mismos por cada Facultad o Escuela, y que el resto de miembros de dicho Consejo se reclute entre los profesionales más destacados del país por elección periódica, en la cual deberán tomar parte todos los académicos salvadoreños y extranjeros incorporados, para vincular así a éstos con el Alma Mater de la cual son hijos. En dicha elección deberán tomar parte asimismo todos los alumnos de todas las Facultades. De esa manera se democratizará más y se estructurará mejor la organización del gobierno de la Universidad, ajeno ahora a los profesionales que no son profesores en ella. El pensamiento director de esta iniciativa es el de que todos los universitarios estén estrechamente vinculados con la Universidad, de la cual son hijos intelectuales, no sólo mientras estudian en ella sino que aun cuando han egresado de sus aulas y se han dedicado al ejercicio de sus respectivas profesiones. En la actualidad, el doctor egresado de la Universidad no se vuelve a acordar de ella, y hay algunos que se constituyen hasta en sus más encarnizados y acérrimos enemigos, por aquello de que no cesa en su afán de fabricar profesionales en serie, generalmente malos, que vienen o vendrán a competir en la lucha por la vida con los «doctores» ya hechos y con clientela. Comercialmente hablando, los doctores enemigos de la incubadora de más doctores de su misma laya, tienen razón, la misma que tienen los vendedores de salchichas, por ejemplo, cuando frente a sus tiendas se establecen

otras tiendas de salchichas, tal vez mejor surtidas y más flamantes que las suyas

Para mí, esa desvinculación del académico y de la Universidad que lo forjó y lo armó para la lucha por la existencia, es una de las causas determinantes de la decadencia de este venerable instituto, digno de mejor suerte. Si los académicos no se interesan por el progreso y desarrollo de nuestro primer centro docente, con qué derecho pedimos que los que no lo son, es decir los comerciantes, los agricultores, los industriales y los obreros se interesen por ella?

Dando participación a todos los profesionales en la elección de las autoridades universitarias, tal vez lograríamos interesarlos en favor de ella. Creo que también se lograría acercar al seno de este centro a esas ovejas descarriadas, instituyendo el «Día del Universitario», cuya celebración se podría llevar a cabo con la contribución y asistencia de todos los académicos del país, organizando una fiesta en el recinto de la Universidad o en otro sitio más amplio, en la cual fraternicen todos de tal manera que en ese día puedan encontrarse de nuevo los que fueron compañeros y camaradas en las aulas, a hacer añoranzas de los alegres años de la vida estudiantil. Sugiero esto, porque yo creo que los hombres sólo se asocian para dos cosas contra el dolor y para el placer. La perspectiva de un día de fiesta en compañía de los antiguos compañeros, de los camaradas de los veinte años, atraería a este recinto hasta a aquellos ancianos venerables para quienes la vida ha perdido todos sus encantos, excepto el muy dulce de añorar el pasado, que aunque muerto, todavía hace vibrar de júbilo retrospectivo sus viejos corazones desolados.

Mientras la Universidad no se vincule estrecha y fuertemente con sus hijos de las generaciones presentes, será una isla rodeada de un mar de indiferencia por todas partes, una isla árida y triste, de donde todos tienen prisa de irse para nunca más volver, al revés de lo que ocurre, por ejemplo, en las universidades norteamericanas, a las cuales siempre vuelven a menudo sus ex-alumnos, ora durante las fiestas deportivas ora para la inauguración y clausura de los cursos, ora du-

rante determinados días solemnes, a prestarles el concurso valioso de su presencia, de su contribución pecuniaria o de su prestigio personal Taft y Roosevelt, los dos Presidentes norteamericanos, mientras estuvieron en la Presidencia, no dejaron nunca de asistir a los banquetes anuales y a todas las fiestas de sus respectivas universidades Yale y Harvard contribuyendo así eficazmente al esplendor de sus grandes días,

A la Universidad nuestra, profundamente individualista —, como la mentalidad y la ideología de sus profesores y alumnos—, le falta eso, precisamente, el «espíritu universitario», el nexo social y corporativo de sus componentes, el lazo de fraternidad y de solidaridad que hace grandes y fuertes a las colectividades o grupos sociales bien organizados Empeñada como está nuestra pobre y caduca Universidad en la monótona, estéril y exclusiva tarea de incubar «doctores», no se ha preocupado hasta hoy de crear nexos entre sus viejos alumnos y ella, como si al doctorarse aquéllos se hubiesen cortado el cordón umbilical que los unía a ésta, tornándolos en seres completamente ajenos y extraños a su vida. Está bien que la madre emancipe al hijo intelectual que ha llegado a la mayoría de edad, que viene a ser el doctorado en la vida universitaria, pero esa independencia no debe ser absoluta ni mucho menos debe tornarse en indiferencia mutua, enemistad u odio, porque si la vinculación entre la madre y el hijo persisten, ganan entrambos la madre, porque acrecienta su respetabilidad y prestigio, y el hijo, porque la madre, es decir el Alma Mater, ejercerá siempre sobre él una tutela moral de eficacia indudable, amparándolo y protegiéndolo, bien así como las madres naturales amparan y protegen a sus hijos, aun cuando éstos ya se hayan emancipado El profesional salvadoreño no debe romper sus nexos con la Universidad al doctorarse, como sucede ahora, y para ello se hace preciso atraerlo de nuevo al seno de la misma Universidad, ora con fiestas gremiales, ora con audiciones musicales selectas, ora con concursos anuales científicos y literarios, ora haciéndolo participar en las elecciones de las autoridades universitarias y por otros medios amables y eficaces Del mantenimiento de esos vínculos depende en gran parte la suerte de la Uni-

versidad futura de El Salvador Sin ellos, la Universidad propiamente dicha, es decir la Universidad como organismo vivo, no existe, no puede existir Existe un grupo de escuelas profesionales más o menos coherente y organizado, pero no hay Universidad sino de nombre, Universidad sin espíritu universitario, sin lazos de cooperación, de solidaridad y de fraternidad entre sus hijos Esos lazos espirituales son precisamente los que caracterizan a la verdadera Universidad, que es y debe ser siempre una institución para la convivencia social, para la vida del grupo humano organizado en Estado, para la colectividad y la nación

Persiguiendo esa misma finalidad y ensanchando al propio tiempo su trascendental misión de cultura, la Universidad puede y debe crear con sus recursos un Centro Editorial Universitario, para la impresión de su órgano de publicidad y la de las obras científicas y literarias que se juzgue útil publicar, especialmente de autores nacionales, que los hay y excelentes, pero que ahora no publican sus obras por falta de medios para hacerlo a poco costo Gracias a ese centro editorial, que ya es una necesidad imperiosa e impostergable, puede la Universidad dar un gran impulso a las Ciencias y las Letras salvadoreñas, estimulando la producción de los autores salvadoreños, ahora sin editor Para la creación práctica e inmediata de ese Centro Editorial, bien podrían las autoridades universitarias actuales iniciar la organización de una sociedad anónima entre los profesores, profesionales y alumnos de las distintas Facultades, vendiéndole las acciones por la suma de veinte o cuarenta colones cada una, por ejemplo, en la seguridad de que muy pronto se suscribiría el capital necesario para comprar una pequeña imprenta y comenzar a trabajar Con las ganancias, poco a poco, bien puede ensancharse esa imprenta hasta llegar a formar el verdadero editorial, como nosotros lo anhelamos El actual Rector, doctor Arrieta Rossi, si quiere, puede comenzar mañana mismo esa tarea, cuya realización haría imborrable su nombre en los fastos de nuestra Universidad, vinculándolo a una de las mejores conquistas en la lucha por la cultura de la patria

A todas las reformas anteriormente apuntadas, podrían agregarse otras, tal vez ya señaladas por los conferencistas que me han precedido, y que yo me concretaré a enumerar o esbozar para no hacer demasiado extenso este trabajo y no abusar de vuestra paciencia.

Entre estas reformas, quiero referirme en primer lugar a la creación del Orfeón Universitario, que contribuiría de manera constante y eficaz a difundir entre los alumnos el amor por la música. El hecho de que recientemente se ha consignado en el nuevo presupuesto universitario una partida especial para profesores de música, según lo ha publicado la prensa hace pocos días, facilita esa organización, de la cual no carece ninguna Universidad moderna, y que yo considero de muchísima utilidad y necesidad para hacer más amena y atrayente la vida universitaria y para despertar en los estudiantes el culto del arte, que siempre dignifica y enaltece.

Al par que el culto al arte, la Universidad debe y puede desarrollar en sus alumnos el culto al deporte, cuyas ventajas para el mejoramiento moral y físico de los pueblos ya nadie discute ni niega. Con mucha facilidad y sin grandes erogaciones, bien podrían organizarse equipos deportivos universitarios para todos los juegos, como se ha hecho ya, desde hace mucho tiempo, en todas las universidades de los países civilizados del mundo. Estas organizaciones son tanto más factibles cuanto que parece que también ya se tuvo el acierto de consignar una partida en el nuevo presupuesto universitario para ese efecto, tal como se ha hecho para incrementar el amor al arte musical en la vida de este viejo claustro, que tanto necesita remozarse, ya que renovarse es vivir, según el optimista y generoso apotegma de Rodó.

Para estimular la producción literaria en el país, que en la actualidad es tan pobre y casi nula,—hasta el grado de que da vergüenza hablar de ella—, creo que la Universidad bien podría crear el «Premio Nacional de Literatura», el cual se encargaría de discernir todos los años un jurado de universitarios, bajo las condiciones que se crea más convenientes, a la mejor obra literaria que se publique durante el año en el país, sea novela, poema, ensayo o de otro género,

con tal de que sea de carácter puramente literario. Desde luego declaro que soy partidario de que ese premio sea en metálico, ya que todos los escritores y poetas con que contamos son pobres y que la mejor manera de ayudarles es prestarles un apoyo económico que les permita seguir trabajando y produciendo, que es lo que se quiere, en honra y prestigio de la patria.

Creo que además del Premio Nacional de Literatura, podrían también abrirse concursos anuales de monografías científicas sobre las materias que se estudian en las distintas Facultades, como ya se hizo hace algunos años, con un éxito muy halagador, a iniciativa del entonces Rector doctor Víctor Jerez, de muy grata recordación en esta ilustre casa.

Opino también por que, en cuanto se refiere a la labor docente de las distintas Escuelas que componen nuestra Universidad, se permita o establezca la docencia libre, a fin de que los universitarios aprovechen las enseñanzas que maestros o profesores libres quieran impartir, con estipendio o gratuitamente, tal como se permite esa actividad docente en muchas universidades de Europa y América, bajo determinadas condiciones, que deberán estudiar y establecer las autoridades universitarias, a su juicio prudencial. Creo asimismo que deben abrirse cursos breves de extensión universitaria, no sólo como se ensayaron ya en los buenos tiempos del Rector doctor Jerez, sino con más alcance y frecuencia, y sobre todo lejos del recinto universitario en las sociedades de obreros, en las escuelas y colegios públicos y privados, en los casinos, en las asociaciones de empleados, en los parques y plazas y, si es posible, hasta en las fincas y haciendas, por medio de misiones culturales análogas a las que creó José Vasconcelos en México, a su breve paso por la Secretaría de Instrucción Pública.

En cuanto a la creación de nuevas Facultades se refiere, creo que las más urgentes y necesarias son la de Filosofía y Letras, la de Pedagogía o Escuela Normal Superior y la de Agricultura y Veterinaria. Las dos primeras servirán principalmente, y más que para otra finalidad cultural, para formar el profesorado de Enseñanza Secundaria y Normal, que

ahora es muy deficiente y que se recluta entre profesionales, bachilleres y profesores de primaria, tal vez sin la necesaria preparación pedagógica, literaria y científica para llenar satisfactoriamente su elevada misión educativa. Actualmente, fuera de unas cuantas y honrosas excepciones, todo el profesorado de institutos y colegios de Ciencias y Letras, así como el de las Escuelas Normales, tiene que improvisarse en la forma indicada, por no existir en el país suficiente personal técnicamente preparado para tal fin.

La Escuela de Agricultura puede crearse independientemente de la Facultad de Ingeniería o como organismo adscrito a ella, aun cuando lo mejor sería lo primero, debiendo funcionar en el campo y no en la ciudad, por la naturaleza misma de las materias que en ella se van a enseñar y por la orientación de sus métodos, que deben ser eminentemente experimentales y prácticos, pues de nada nos servirían ingenieros agrónomos teóricos que no puedan dirigir una plantación de caña, café o maíz. La urgencia y necesidad de esa Escuela de Agricultura,—donde deberá enseñarse no sólo el cultivo científico de la tierra, sino que también Veterinaria y las industrias agropecuarias—, son tanto más palpables y evidentes cuanto que no se concibe un país agrícola, como es nuestra pequeña República, que no prepare a sus hijos, técnica, científica y experimentalmente, para el cultivo y explotación de su suelo, que es su único y exclusivo patrimonio. Un pueblo agrícola sin ingenieros agrónomos, me parece un absurdo, ya que no es posible que, sin estancarnos y petrificarnos en la rutina y los primitivos métodos de cultivo de la tierra, sigamos arando con el tosco arado de Cincinato y sembrando con *macana*, en vez de arar con tractores y acrecentar la capacidad productiva del suelo con los abonos químicos y los canales de irrigación.

No se me escapa que la mayoría de las reformas a que me he referido sólo son viables a condición de que se construya cuanto antes un edificio moderno, amplio y adecuado para asilar cómodamente todos los organismos que compondrán la nueva Universidad, pero yo creo que aún sin ese edificio podría empezarse ya, inmediatamente, la obra de la reforma,

por aquellas innovaciones que no requieren nuevos locales ni cuantiosos gastos, ya que la construcción de dicho edificio habrá que aplazarla *sine día* por las circunstancias económicas del momento, nada bonancibles para la economía nacional

Tampoco se me escapa que para llevar a cabo algunas de esas reformas se hace de todo punto necesario mucho dinero y que para conseguirlo es indispensable estudiar y adoptar un plan bien meditado y realizable de ingresos para el tesoro universitario, pero que se hace necesario conseguir dinero no quiere decir en manera alguna que sea imposible obtenerlo. Ya otros conferencistas que me han precedido en esta tribuna, han abordado la cuestión con acierto y por eso juzgo inútil hacer hincapié en el mismo problema con iguales o análogos argumentos, proponiendo una o varias soluciones satisfactorias. Lo que se necesita para hallar esa solución es obrar inmediatamente, sin pérdida de tiempo, y no cruzarse de brazos y entregarse al desaliento. Propongo para ello la organización de un comité especial, al que deberá confiarse la tarea de elaborar un plan económico y la manera de llevarlo a la práctica, pero un comité integrado por gente joven, dinámica y optimista, y no por «mormas ilustres» que no hacen nada ni dejan hacer. A mi modo de ver, todas esas mormas decorativas, de las cuales está infestado el país entero, debemos enterrarlas para siempre y echarles mucha tierra encima, con todos los hombres de ordenanza si vosotros queréis, pero debemos enterrarlas cuanto antes y dejar que entren en acción los hombres nuevos, los espíritus inquietos y activos, ávidos de realizar una obra patriótica y desinteresada, como la reforma integral de nuestra vieja Universidad, ahora tan rezagada, tan tradicional y tan rutinaria, que ya no parece una Universidad, es decir un organismo vivo y activo, sino más bien un hipogeo o una serie de catacumbas, interesante tan sólo para los aficionados a los estudios arqueológicos.

Ya sé yo que los millares de espíritus pesimistas, indiferentes o escépticos de que está inundado todo el país, dirán, con una mueca de burla, de desdén o de desencanto en los labios, que todo lo que aquí se ha dicho sobre la reforma universitaria son palabras, palabras y más palabras, como

diría Hamlet Dirán también que los Amigos de la Nueva Universidad somos unos ilusos que estamos construyendo castillos de naipes a base de lucubraciones, de utopías y de doctrinas irrealizables, pero esos individuos, que encarnan el derrotismo y la bancarrota moral y material de El Salvador, ignoran que el secreto de los idealistas y los precursores estriba precisamente en anticiparse a la realidad, en prepararle por medio de la prédica, el clima y el ambiente propicios para hacerla posible, como el sembrador aia, riega y abona primero la tierra para que después la simiente germine, nazca la planta y broten la flor y el fruto

Ignoran asimismo que, como decía Leibnitz, los «pensamientos son acciones nacientes», o que, como afirmaba Fouillée, el creador del sistema filosófico de las «ideas fuerzas», «toda idea es conativa», «todo movimiento espiritual tiende al acto» Si la reforma universitaria es ya, pues, por lo menos una idea o un pensamiento en marcha, estamos incuestionablemente, a pesar de los pesimistas y los escépticos, en el albor de la revolución universitaria, en el principio de la acción real y efectiva, en las escaramuzas de la batalla futura que todos los espíritus libres e innovadores del país estamos dispuestos a librar, para alcanzar la reforma integral y radical de este anacrónico y envejecido instituto

No podemos decir por el momento cuánto tiempo durará la ardua labor de la reforma, por que ésta requiere esfuerzos titánicos, muchos sacrificios, actividad y dinero, pero se hará, a corto o largo plazo, el año próximo o dentro de veinte años, ¡no importa! No estamos en capacidad de determinararlo, pero sí estamos seguros, y muy seguros, de que se llevará a cabo, y entonces las palabras que ahora estamos pronunciando y que parecen vanas o estériles, dejarán de ser palabras para incorporarse a la carne palpitante de la realidad, convertidas en *hechos*, es decir que ya no serán sólo «tendencias al acto», como decía Fouillée, o «acciones nacientes» como decía Leibnitz, sino acciones consumadas, que los salvadoreños del futuro verán sin asombrarse, porque entonces ya habrá llegado la hora propicia para que todo lo que hoy parece

sueño de ilusos, castillo de naipes o utopía, sea una viva y tangible realidad

Pero hoy, momentáneamente, la reforma universitaria sólo es y puede ser, debido a las circunstancias económicamente difíciles por que atravesamos, una aspiración o un anhelo, pero desde que la una y el otro existen en el ánimo de unos cuantos salvadoreños de avanzada, ya existe también la posibilidad de realizarlo. Pero eso es que yo tengo una fé casi mística en la obra de la reforma, cualesquiera que sean las dificultades, las resistencias y los obstáculos que sea indispensable vencer para lograrla.

Yo anhele la reforma y trabajo y lucho por ella, optimista y fervorosamente, porque tengo la convicción profunda de que nuestra Universidad puede y debe llegar a ser el verdadero «cerebro de la nación», su fuerza intelectual suprema, su guía, su árbitro y su mentor, asegurando así, por virtud de su energía creadora y propulsora, el triunfo del pueblo salvadoreño en todas las luchas del porvenir: las luchas por el pan y por la justicia, por el bienestar material y por el enaltecimiento moral, por el trabajo liberador y fecundo y por el placer culto y saludable, por la desbarbarización, por la salubridad, por la libertad y por la concordia. Digo que la Universidad del futuro, si se organizara como nosotros lo soñamos, aseguraría esas y otras victorias del pueblo salvadoreño, porque yo pienso con José Martí que sólo hay un poder omnipotente y definitivo sobre la tierra: El Poder de la Inteligencia.

LA DEMOCRATIZACION DE LA CULTURA POR MEDIO DE NUESTRA UNIVERSIDAD NACIONAL

Por CARLOS BUSTAMANTE

El ideal de la democratización de la cultura, es decir, la divulgación de la cultura por el pueblo y para el pueblo mismo, parece que ya comienza a realizarse entre nosotros con este inusitado movimiento ideológico promovido por la Universidad Nacional de El Salvador, al abrir sus puertas y ceder su tribuna a un grupo de intelectuales sin distinción de nacionalidades ni categorías, para dilucidar el problema de su reforma integral, que en la actualidad representa uno de los problemas cardinales del país

La cultura es la manifestación potencial de una nación y éstas tienen en las Universidades sus más altos exponentes, mejor dicho, sus focos de cultura, y siendo ésto así, naturalmente es que, en esta hora de animación espiritual en que vemos agitarse al pueblo salvadoreño, cobre mayor relieve el impulso cultural y se manifieste con más hondo clamor la necesidad de que se imparta entre las clases sociales del país el principio neoclásico de ilustrar y moralizar al pueblo, es decir, civilizarlo

La función civilizadora de nuestra Universidad debe ser intensificada en su más amplio grado de acción, a fin de que nuestro máximo organismo de cultura responda a los

imperativos democráticos de la época y el pueblo obtenga los beneficios a que tiene derecho de reclamar de esta institución que debe ser ante todo, la verdadera forjadora de los destinos patrios

El primer deber de nuestra Universidad, si es que se identifica con la clásica definición de Alma Mater, debe ser el de suscitar las manifestaciones y actividades del genio cuscatleco contemporáneo, porque en la actualidad — digámoslo francamente — parece agotado o que duerme latente, en estado larvario, próximo a ahogarse por falta de estímulo y de orientación, por parte de los directores intelectuales del país, que necesariamente tienen que ser elementos salidos de la Universidad, por ser ésta la institución llamada a vivificar los altos estudios relativos a las ciencias y a las letras

Nuestra Universidad tiene que suscitar tanta vocación dormida, impulsar tanta potencia en germen, animar tanta energía paralizada. No sabemos ni siquiera alentar las inteligencias incipientes y en esta derrota del talento, en esta bancarrota de la sabiduría, la nación salvadoreña se está quedando sin hombres superiores, sin auténticos mentores de las generaciones, huérfanas de espíritus tutelares que las guíen hacia el pináculo de la grandeza patria. De nuestros representativos de ayer ya nos van quedando muy pocos y los que se han ido no tienen sustitutos ni es posible esperar que surjan, durante largos años, las almas jóvenes que recojan las antorchas apagadas de nuestra tradición científico-literaria. No sabemos ni siquiera honrar con el homenaje de admiración y de gratitud que se merecen, los nombres y las obras que legaron aquellos hombres talentosos e ilustrados que antaño supieron hacer de El Salvador una patria ilustre, coronada con el laurel de Minerva, en el concierto de las naciones cultas, hombres todos que se formaron en las aulas universitarias, lo que quiere decir que nuestra Universidad de ayer sí sabía cumplir con su misión de forjar la nacionalidad salvadoreña, que ésa y no otra es la misión de las Universidades en todos los tiempos y en todas las latitudes forjar la nacionalidad, derramar la cultura, civilizar los pueblos

Los hombres de épocas pasadas, todavía los de hace medio siglo, sí fueron epónimos patriotas, próceres de la cultura patria. Tribuneros, publicistas, sabios por dentro y por fuera, que se consagraban de lleno al estudio y a la investigación científica, supieron manifestarse con un noble calor de humanidad. En las aulas universitarias, en los estrados legislativos, en los centros sociales y literarios, en la palestra periodística, en los mitines populares y hasta en las tertulias privadas, erizaron el ambiente de polémicas de carácter político-social, ético-religioso, artístico-científico, porque hombres avezados a las luchas del pensamiento y conscientes de los problemas de su época, discutieron sus ideas con exaltado espíritu, y así, al calor de aquella hoguera en que se caldeaban las pasiones, los sentimientos y los ideales, se iba templando al rojo vivo el carácter de aquel pueblo poseído del romanticismo caballeresco, que era la característica de aquellas generaciones fanáticas por la justicia, la sabiduría y la democracia. Fué así cómo, allá por el 85, una falange de hombres en que culminaba el patriotismo, llevaron a cabo una formidable revolución en el país, la que todavía nos hace sentir los efectos de su onda trepidatoria en la vigencia de sus instituciones, algunas de las cuales, no obstante ser caducas y anacrónicas, todavía se imponen a nosotros con el rigor categórico que supieron imprimirles sus autores. Aquel pueblo supo vivir la vida noblemente, como deben vivirla los pueblos forjadores de la historia pensando, luchando, trabajando.

Ahora bien si es cierto que los árboles se conocen por el fruto, cabe afirmar que nuestra Universidad actual rinde muy exigua cosecha o lo que es lo mismo, no llena por entero su misión civilizadora.

Los signos de nuestra cultura, en verdad, arrojan un coeficiente mínimo, al grado que puede pronosticarse una pronta desintegración nacional si no se provoca una enérgica e inmediata reacción a fin de que nuestros valores morales e intelectuales suban en la escala donde se aquilatan los legítimos prestigios, los cuales deben acuñarse, o por lo menos acrisolarse en nuestra Universidad, la que actualmente está

en franca decadencia en eso de preparar elementos de alta cultura y de intrínsecos merecimientos científicos

Para corroborar lo anteriormente expuesto y no se nos considere como contagiados del pesimismo ambiente, no tenemos más que consultar nuestra estadística bibliográfica que es el índice más seguro del florecimiento de una cultura. Los pocos libros que salen a la publicidad nacional son de autores extrauniversitarios, en su mayor parte, los que, como es natural, carecen de consistencia medular, faltos del vigor intelectual propio de quienes han mamado una fuerte cultura. El dato anterior nos evidencia que nuestros académicos padecen de abulia intelectual o de incompetencia cultural, lo que los hace no tener el coraje de consagrarse a la noble aunque ruda tarea de escribir libros, de producir obras que contengan el extracto de su cultura, el producto de sus investigaciones, el cúmulo de su propia sabiduría, el análisis crítico, la exposición sintética de su labor doctrinaria o científica, para poder ofrendar tales obras suyas, a sus discípulos de hoy y a las generaciones de mañana, como un exvoto en aras de la Patria.

Y esto es verdaderamente lamentable para nuestros jóvenes amantes del estudio, porque, por intensa que sea la cátedra verbal de un maestro, nunca será lo suficientemente perecedera para fijar, en términos claros y precisos, conforme a un plan hondamente meditado, todo un sistema de lucubración científica, como puede formularse en un libro, cuya serena y controlada literatura, siempre es más duradera y autorizada que la fugaz y desordenada elocuencia de la palabra. Tanto por satisfacción personal como por amor a la humanidad, nuestros profesionales universitarios se debían imponer el deber de escribir libros, monografías y manuales en que dejen constancia de sus conocimientos y experiencias científicas y aún de las enseñanzas que ellos imparten a sus discípulos en los cursos universitarios retribuidos por el Estado. Esta práctica de escribir libros de tal naturaleza sería una forma justa y noble de devolver a la Universidad el tesoro de cultura recibido en sus aulas gratuitamente y para compensar a la Nación los dineros que sufraga en el coronamiento de las

carreras profesionales a base de título universitario, con exclusivo beneficio de una casta de hombres privilegiados que luego salen a explotar a la sociedad con fines egoístas

Como consecuencia de ese deber realizado sistemáticamente, de escribir libros científicos por parte de nuestros académicos, ya sea espontáneamente u obligados por el mismo estatuto universitario o ley especial de la materia, la bibliografía nacional, que actualmente es tan paupérrima, se acrecentaría constantemente y con ella, la gloria de la Patria, además de que no se perdería en el olvido el esfuerzo didáctico de tales maestros, porque la vida del libro perdura, y no como les sucede contemporáneamente que, por no reunir en libros sus conocimientos y experiencias, mueren sin legar a las generaciones presentes y futuras el fruto sazonado de su sabiduría, hoy estéril y momificada en sus celdas cerebrales

Pero, para realizar semejante labor, es natural que nuestra Universidad inculque en sus estudiantes, desde en las primeras aulas, el hábito de pensar, la afición de escribir, el amor a la literatura, hasta lograr que la práctica reglamentaria se torne en ellos costumbre deleitosa y ésta culmine en técnica literaria, ya que es demasiado cierto que el escritor se hace. El estudio continuo de los clásicos, grecolatinos, españoles y americanos y aún de los más inspirados autores contemporáneos, sería un factor decisivo en la formación del espíritu humanista y el acabado estilo de la nueva generación de publicistas universitarios, ya que todo académico debe ser hombre de letras, un autodidacta en el sentido neto del concepto

También conviene que nuestra Universidad establezca premios altamente honoríficos, como decen las Palmas de Oro Universitarias o condecoraciones áureas y aún premios en metálico suficientemente halagadores, para todas aquellas obras académicas que por su mérito sobresaliente sean dignas de tales lauros, a juicio de jurados de indiscutible idoneidad, constituidos por elementos también universitarios

Consideramos de tanta trascendencia social esta iniciativa en pro de la bibliografía nacional, que proclamamos, además,

la necesidad de que nuestra Universidad haga extensiva a los intelectuales extrauniversitarios del país, ese privilegio laudatorio para las mejores obras que se publiquen durante cada año, ya sean de carácter histórico, sociológico y filosófico, sin excluir las novelas, cuentos, las colecciones de cuentos regionales y los libros de poemas de resonancia continental. Premios de tal naturaleza los tienen ya establecidos, desde hace muchos años, algunas Universidades de la América del Sur, entre ellas las del Uruguay y la Argentina.

No cabe duda que tan estimuladoras medidas despertarían en el país un enorme interés publicista y se fomentaría entre nosotros el fervor de trabajar con las letras, por laborar con el pensamiento, provocando semejante vivac intelectual un hermoso renacimiento en los órdenes de la cultura patria. Que ya no se diga que nuestro pueblo es analfabeta, abúlico y sin entusiasmo por las cosas del espíritu, como si fuera ya un pueblo de psiquis abolida, que ya no puede soñar, pensar ni crear intelectualmente.

También el actual pueblo salvadoreño es un pueblo mudo, que ni habla, ni grita, ni ruge, como si estuviera para siempre conforme con sus actuales condiciones de vida y no tuviera obstáculos que salvar, ni derechos que proclamar, ni glorias que cantar, ¡pero ni siquiera fracasadas ilusiones que llorar !

Esto es verdaderamente triste, desconsolador y toca a nuestra Universidad ser el redentor que diga a nuestro pueblo «levántate y anda»

Nosotros, que todavía no hemos perdido la fe en el advenimiento de un linaje de hombres mesiánicos que vengán a sacudir los nervios dormidos y el alma anestesiada de nuestro pueblo, tenemos la viva esperanza de que, tal vez en no lejano día surjan de esta Universidad que por algo tiene la majestad de los templos sagrados, esos hombres nuevos, geniales, dinámicos, soñadores y optimistas que vengán a

conmover, con su palabra y con su pluma, tantas almas inertes, tantas conciencias insensibles, tantas mentes petrificadas. Hombres revolucionarios, iconoclastas, pero de grandes arietos para reconstruir lo que demuelan y de corazón entero y justo para dar al César lo que es del César. Hombres visionarios, proféticos, que previendo las asechanzas de un destino trágico, señalen a nuestro pueblo una nueva ruta, apartándolo de los malos caminos, hasta hacerlo llegar a la meta de sus felices aspiraciones. Hombres analíticos, veraces, imparciales y categóricos para negar nuestros falsos valores entronizados y señalar lo inadecuado e ineficaz de algunas de nuestras leyes de imitación e instituciones copiadas del exterior, y cuando tanta cosa inútil sea derribada, que arranque desde nuevos cimientos la obra del porvenir, bella, fuerte, amplia y armónica, donde se abracen todas las religiones, se identifiquen todas las ideas, se vinculen todos los intereses y se abracen todos los hombres de buena voluntad, de mente clara, de brazo activo y de corazón fraternal.

Por eso está bien que nuestra Universidad ceda la palabra a todos los intelectuales que simpaticen con el movimiento de su reforma básica, para que vengan a decir sus ideas, sus aspiraciones, sus anhelos y formen un coro de voces francas, vibrantes y enérgicas que proclamen el nuevo mensaje de la cultura patria.

Nuestra Universidad tiene que remozar el verbo nacional, porque la palabra es el espíritu. Y ella misma por derecho cultural, tiene que expresarse con el verbo de la República, porque su voz debe ser, entre nosotros, la verdadera «Vox Pópuli».

Es así que consideramos de importancia capital que en el programa de renovación universitaria, en que habrán de normarse las nuevas actividades de la institución, figure en primer término la conferencia sistemática, no sólo en esta aula magna y en los salones de los cursos universitarios,

sino que, bajo el auspicio de la Universidad, deben establecerse tribunas en los centros sociales, en las agrupaciones obreras, en las escuelas públicas y colegios privados, en el recinto de los cuarteles y en los patios de las grandes haciendas y las fincas principales del país, en fin, donde quiera que haya conglomerados humanos o pueda reunirse un auditorio, allí hay que dictar la conferencia, en pluralidad de temas, según convenga al caso. Los técnicos deben ilustrar a los menos capacitados en sus respectivos gremios, dándoles a conocer el avance de la ciencia, el arte, las industrias o rama del trabajo humano en que laboren sus respectivos núcleos sociales. Pueden, desde luego, y con mayor razón, dictar conferencias, por cuenta y representación de la Universidad, sus académicos y estudiantes, desplazados por todos los ámbitos de la República. El radio puede utilizarse como poderoso auxiliar para la divulgación cultural universitaria. Y ya que por de pronto se carece de amplios salones donde quepan grandes masas populares, deben aprovecharse los teatros del Circuito Nacional, para que sea emitida la conferencia, la plática universitaria, estableciendo así corrientes vivas entre sus representantes y los grandes grupos populares, uniendo en íntimo contacto al pueblo y a la Universidad, como un solo convivio cultural, como una sola entidad democrática.

Conviene advertir que todas las conferencias universitarias deben ser escritas y no dictadas improvisadamente, para que no sólo puedan ser escuchadas por el auditorio a que primeramente vayan dirigidas, sino para que puedan ser editadas en folletos o colecciones que las contengan en series clasificadas, impresos éstos destinados a ser distribuidos, gratuitamente, entre todas las clases sociales de la República.

Sólo así, escribiendo y disertando sin cesar, por sistema, será posible a nuestra Universidad librar la gran cruzada de la democratización de la cultura, y como factor imprescindible para el pleno desarrollo de esta función social universitaria,

se impone la necesidad, no sólo de promover la creación del libro salvadoreño, sino también su multiplicación y difusión intensa, porque el libro, como bien se sabe, es el más perfecto instrumento de cultura. Para ello, para la multiplicación y difusión del libro nacional, nuestra Universidad debe fundar, como institución propia, inherente a su organismo, el Centro Editorial Universitario, en que se impriman, mediante arreglos con los autores en que deben concederse a la Universidad cierta porción considerable de la edición, tanto para resarcirse el valor del trabajo como para que haga la distribución gratuita de la misma, dentro y fuera del país, todas las obras laicadas de que anteriormente hemos hecho referencia y las que así lo merezcan por su valor auténtico de fondo y forma.

Como bien se comprende, este Centro Editorial Universitario vendría a llenar entre nosotros un gran vacío y a prestar grandes servicios a la bibliografía nacional, pues ya no quedarían relegadas al olvido, condenadas a la más injusta anonimia, muchas obras meritorias de autores nativos que, por carecer de recursos económicos, no editan dichas obras. Por esta razón permanecen inéditas, desde hace largos años, algunas obras nacionales que son verdaderos monumentos en su género, tales como «La Flora Ilustrada», del sabio Dr. don Darío González, las obras sobre idiomas y costumbres de nuestras razas aborígenes, del ilustre americanista salvadoreño Juan J. Laínez, las obras históricas y literarias de nuestro gran polígrafo Francisco Gavidia, y las de diversos temas científicos de nuestro inolvidable y malogrado Jorge Lardé, etc.

Peero, para evitar que salgan a luz pública impresos que desdoren el prestigio cultural del país, por su falta de sintéxis, moralidad, tendencias sanas y aún de estilo y corrección gramatical, conviene que se establezca también una institución que controle la publicidad de libros y fascículos en la República, la cual debe ser adscrita a la Universidad Nacional, ya que ésta, por su alto carácter cultural, es la

llamada a orientar y encauzar el movimiento bibliográfico de la nación. Debe fundarse, pues, la Comisión de Crítica Bibliográfica con facultad para ser la única que debe autorizar la publicación de todo libro en el país y sin cuyo requisito nadie pueda sacar a luz pública obra impresa alguna. Se alegará, acaso, que nuestra Constitución garantiza la libre emisión del pensamiento, pero nosotros creemos que tal derecho individual debe estar supeditado a los intereses generales de la Nación y nada más trascendental para el decoro y buen nombre de un país que su prestigio cultural, el cual se manchilla con la publicación de tanto impreso deshonesto, en que se manifiesta la desorganización intelectual de sus autores.

Para completar el programa cultural de nuestra Universidad, es preciso proclamar también la urgencia de ramificar en el país, como extensión universitaria, todo un sistema de bibliotecas populares, constituidas con el acervo bibliográfico obtenido de las donaciones de particulares y con los libros evacuados del Centro Editorial Universitario en ediciones de sencilla y económica factura, tanto de autores nacionales como de los más sobresalientes de América y España. Estas bibliotecas deben ser organizadas conforme a un plan sabiamente estudiado, en que predomine el más puro eclecticismo, es decir seleccionar las obras en que campeen las más avanzadas teorías de la época en las diferentes manifestaciones de la cultura humana. Que el acervo de cada biblioteca sea poco, pero eficiente, debe ser el ideal, y si posible fuera que la Enciclopedia sea el tipo ordinario de cada biblioteca, para que sirvan sus sabias colecciones a la vez que de fuente de consulta, de tesoro cultural de valor inapreciable para todos los espíritus ávidos de cultura.

Conviene, además, provocar el interés del pueblo por la penetración del libro, es decir, por profundizar en el secreto de su contenido con toda comprensión mental y plena conciencia, a cuyo efecto deben establecerse las sesiones de lecturas comentadas, si posible fuere al aire libre o en los recintos adecuados para el caso. Que lectores universitarios o intelec-

tuales designados para tan hermosa misión, lean al pueblo obras de interés general, haciéndoles el análisis de las mismas, aclarándoles los puntos de difícil interpretación para quienes no están con la preparación cultural necesaria para las hondas especulaciones del saber y del pensamiento, en fin haciéndoles luz en las zonas más densas de cada obra leída, a fin de que el auditorio pueda obtener una noción clara de la misma, con la consiguiente asimilación de sus teorías, enseñanzas y trascendencias científicas o éticas, etc. La generalidad de nuestro pueblo no sabe leer a fondo y se conforma la mayor parte de veces, con posar los ojos únicamente en la superficie literal de cada página, pero sin bucear la idea, la tesis, la porción de verdad que pueda contener el libro, es decir, se palpa la materia, pero no el alma, el espíritu del libro. Y ese es el peor de los analfabetismos. Hay, pues, que desanalfabetizar intelectualmente a nuestro pueblo, y al decir pueblo, nos referimos a todas las clases sociales que lo componen, porque en la mayoría de los casos son analfabetas intelectuales, hasta muchos que por el hecho de haber cursado Ciencias y Letras, ya se consideran con la plena capacidad cultural para penetrar el profundo sentido de las grandes concepciones filosóficas.

Creemos haber tratado hasta aquí, aunque someramente, los puntos principales en que debe normar nuestra futura Universidad Nacional su campaña cultural, que nosotros hemos denominado la democratización de la cultura en El Salvador, absteniéndonos de exponer otros, por ejemplo los relativos a la cultura artística y física, que también son de máxima importancia, a fin de no prolongar tanto el presente trabajo. Pero sí, no dejaremos en silencio el punto capital del tema, el aspecto del problema sin cuya resolución favorable de parte del Estado no puede intentarse ninguna reforma universitaria de trascendencia: nos referimos al aspecto económico de la cuestión.

En efecto como bien se comprende, para realizar una labor cultural como la que hemos bosquejado, con ser tan modesta, se requiere de fondos de relativa magnitud. Nosotros

calculamos que, por lo menos, nuestra Universidad debe contar con medio millón de colones al año, cantidad accesible en relación con el monto de las rentas fiscales del país. El Presupuesto actual vigente asciende casi a los 19 000 000, y no creemos que sea mucho pedir quinientos mil colones anuales para la función cultural universitaria. La cultura es la finalidad suprema de toda civilización. La vida de los pueblos no es más que una lucha por conquistarse las mejores condiciones de vida, las cuales, por riguroso análisis, no son más que formas de cultura. La cultura tiene en la justicia su más perfecto corolario. Todas las esclavitudes, todos los atentados a los derechos individuales, todas las estrecheces de la miseria, todas las consecuencias de la insalubridad, el crimen, el vicio, la inmoralidad, en fin, todas las formas de la barbarie, son antípodas de la cultura, porque la cultura es salud, es higiene, es equidad, es riqueza, es fraternidad, es vigor, es comprensión, es inteligencia, es sabiduría, es, en fin, vida, en plenitud de dicha, prosperidad, trabajo y optimismo.

El primer deber de un Gobierno, pues, es promover la cultura, y si nuestros Gobiernos no lo comprenden así, es preciso hacérselos comprender. Nuestra Universidad, que debe ser el órgano medular de la cultura patria, está obligada a luchar en tal sentido, gestionando ante los Poderes Públicos a fin de obtener la parte equitativa que le corresponde en la distribución de las rentas del Estado, hasta contar con los medios suficientes y de los cuales carece en la actualidad, para cumplir realmente con su misión fundamental, que no es otra que la promoción y difusión de la cultura.

Y una vez que obtenga tales medios económicos, consagrarse de lleno al trabajo redentor de culturizar al país, estudiando un plan de lineamientos ascendentes que tenga por base el asentamiento de la nacionalidad salvadoreña con miras a su evolución político-social. La orientación de nuestra cultura debe tender al cenit de la civilización continental. Que sus cimientos sean las piedras sacras de nuestras ruinas arqueológicas, para rematar el edificio de nuestra futura *grandeza* en los florecimientos estructurales de la civilización contem-

poránea Con la gloria del pasado, marchemos al porvenir, como miembros de la gran familia americana, que ha tenido sus campeones culturales en los Bello, los Sarmiento, los Bolívar y—¿por qué no decirlo con orgullo?—los Delgado, los Cañas, los Gómez, los Gavidia

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Por MANUEL BARBA SALINAS

Quiero agradecer, con el más vivo agradecimiento de que mi alma es capaz, el honor que la Universidad me hace al permitir que deje en mi voz en esta tribuna, a mí, que no poseo ningún título que pudiera justificar ni remotamente mi presencia en ella

Vengo no obstante, alegre y confiado, a ofrecer lo único que me es posible unas cuantas reflexiones simples y modestas en derredor del problema de Reforma Universitaria que constituye en estos momentos la preocupación de las gentes que aun se inquietan por el porvenir de El Salvador y no han perdido la fe en sus destinos

En realidad, pocas veces se había logrado interesar a tan diversos sectores de la opinión pública, en un problema que como el de REFORMA UNIVERSITARIA no es de los que comúnmente interesan al hombre medio de la calle. Esta circunstancia es sin duda alguna un síntoma del hambre de una vida más bella y civilizada que bulle tan fuerte como un apetito en el alma del hombre común. Y es que el hombre medio de nuestro país ha llegado a darse cuenta de que en la hora que vivimos nuestro pueblo no ha alcanzado el nivel de cultura, el grado de civilización que nos corresponde en la marcha del mundo

Y con la intuición que le es propia adivina que hay algo en nuestro organismo educacional que no va al compás de los tiempos y que es preciso darle a nuestra educación un rumbo vital

He ahí por qué el movimiento de Reforma Universitaria ha repercutido en los más diversos elementos del país

Vivimos en una hora en que no podemos sustraernos al progreso del mundo ni desentendernos de la suerte que la humanidad se está jugando

Es, pues, necesario que someramente examinemos cuál ha sido y cuál ha de ser la función de la Universidad en El Salvador dentro de las realidades de nuestro ambiente y en relación con nuestro papel en el concierto del mundo

Quiero ante todo reconocer que la Universidad de El Salvador ha dado al país hombres excelentes en las distintas profesiones que se enseñan en sus escuelas y que a la vez ha contribuido, como lo señala el Dr. Castro Ramírez, a dar a muchos hombres humildes de origen la oportunidad de llegar a las más altas posiciones de la política y de la sociedad

Pero al mismo tiempo vale la pena pensar en un hecho que despierta la meditación de los hombres de buena voluntad

Si nos ponemos a reflexionar, pongamos por caso en la vida de El Salvador y en su desarrollo en un período de 30 años, de 1900 a 1930 nos quedaremos asombrados del adelanto material que ha obtenido el país en ese lapso. Si es verdad lo que nos cuentan los buenos viejos que maduraron al principio del siglo, El Salvador era por aquel tiempo una tierra de vida feliz y sencilla sin graves problemas que resolver ni mucho progreso material de qué ufanarse

En cambio había un grupo de hombres cultos con cultura humana, integral, que mantenían el tono de la vida y salvaban o se empeñaban en salvar el prestigio intelectual del país

El caso es que en el período de treinta años que contemplamos el crecimiento de la riqueza ha sido verdaderamente notable. Nos hemos incorporado dentro de nuestras posibilidades al progreso material y al confort moderno. Poco a poco ha ido viniendo la maquinaria para las industrias, los beneficios de café, el uso de la fuerza eléctrica, el consumo de mil cosas importadas que han refinado la vida material de unos cuantos. Además, año con año fueron creciendo las exportaciones y con ello desde luego creció la riqueza y la posibilidad del país para introducir en su vida los adelantos a que tiene derecho todo pueblo civilizado.

Esto naturalmente en pequeño, muy en pequeño y acaso sin relación exacta con el crecimiento de la riqueza. El caso es que aun estamos en el A B C del progreso y nos falta mucha tierra qué andar. Pero lo que yo quiero es simplemente que se note la radical disparidad que existe entre nuestro progreso material y nuestro avance cultural por una parte y por otra la falta de balance entre la prosperidad económica de la nación y el nivel medio de la vida.

Hemos visto el hecho de que el país ha progresado materialmente y se ha enriquecido, ahora bien, ¿ha sucedido lo mismo con nuestro avance cultural? En otras palabras, ¿hemos crecido en espíritu como hemos crecido en riqueza? ¿Ha habido un avance espiritual y cultural paralelo con el avance material?

Acaso no sea preciso detenerse a pensar mucho para encontrar las respuestas inquietantes.

Desde luego está muy claro que existe la disparidad que anotamos y por ello podemos considerar que la Universidad no ha cumplido plenamente con su misión con todo y que ha hecho cosas magníficas y ha producido buenos profesionales.

Como lo han demostrado antes los intelectuales que tan brillantemente han tratado el problema, yo creo con ellos que la Universidad tiene el deber de constituirse en un luminoso

foco de orientación para la vida nacional. Debe ser información, saber organizado y acción. Los problemas esenciales de la República, de la Cultura, del destino de la Nacionalidad y de la Raza así como los problemas éticos y espirituales del hombre deben debatirse amplia y libremente en su seno.

Para esta noble y elevada función la Universidad tiene qué producir hombres cultos y no simplemente profesionales. Tiene asimismo que organizar su investigación científica pero sobre todo ii hacia una cultura vital, es decir, hacia el desarrollo completo del hombre en todos sus aspectos y en todas sus posibilidades. Ha dicho un escritor español, José Antonio Maravall, que el hombre en cuanto hombre y en, cuanto miembro de la Sociedad no cumple su destino humano con ser pescador, futbolista, profesor, magistrado, etc. «Cumple únicamente con su destino industrial económico en cuanto se ve precisado a colaborar en las funciones materiales de la sociedad pero su profesión no es más que un agregado a sus actividades personales a veces hasta en pugna con su verdadera vocación»

Lo que hay en él de auténtico puede estar o no conforme con su profesión pero es lo esencial y humano y en realidad lo más valioso. Es su personalidad íntima y verdadera, su realidad moral, el sentido de su propia individualidad, de su misión de hombre y de la solidaridad con sus semejantes.

Es evidente entonces que la Universidad debe intentar el desarrollo del Hombre dándole una cultura vital que unida a la preparación técnica haga de él un hombre útil, pero no simplemente eso sino que todo un hombre, que viviendo íntegramente su vida haga más grata, más bella, más justa la vida de los demás y sienta palpitar su corazón con el infortunio y con la felicidad de todos.

Ahora bien ¿cómo puede la Universidad acercarse a ese ideal de una cultura vital?

Indudablemente orientándose hacia una educación integral en la que sin descuidar el estudio de las ciencias y de la técnica se coloque el estudio de la Historia, de la Filosofía, de

las Artes y de la Literatura en el más alto puesto de honor, pues esos estudios constituyen, según el Dr Butler, ilustre presidente de la Universidad de Columbia de Nueva York, el primer lugar en la escala de valores de la educación pues el más alto de los conocimientos es el que consiste, como nos lo recuerda Freud citado por Butler, en el cultivo de la razón y en el desarrollo de la naturaleza espiritual del Hombre levantándolo por encima de la presión de los intereses materiales y Payot advierte que la vida no sería en nada superior a la vida de los animales si no fuera un esfuerzo hacia una espiritualidad cada vez más pura y una voluntad para hacernos superiores a las pequeñas miserias del afán cotidiano

Entre nosotros, como todos lo sabemos, la Universidad es una serie de escuelas en las que los alumnos adquieren una preparación profesional que les sirve para ganarse la vida con su ejercicio y para elevarse social y políticamente. Sin duda han salido de la Universidad muchos hombres verdaderamente cultivados en el sentido de la cultura humana, pero ello lo deben más a sus propias inclinaciones y estudios extra-aula que a lo que la Universidad ha podido ofrecerles

Yo he pensado muchas veces que si don Alberto Masferrer, Arturo Ambrogi, Juan Ramón Uriarte y el gran maestro Gavidia hubiesen ingresado en su juventud a la Universidad de El Salvador acaso los habríamos perdido para las letras. Decir esto parece sumamente extraño e irreverente, pues en Europa y Estados Unidos son las Universidades las que producen los hombres de letras y los verdaderos intelectuales. Si lo digo es sólo para hacer recalcar la necesidad que hay de transformar la Universidad en el centro más vivo de educación humanística y de actividad intelectual

Para ello, además de la Facultad de Filosofía y Letras que debe fundarse como se pueda aun cuando al principio sea una cosa muy modesta, habrían de organizarse cursos de educación superior preprofesionales tales como los que las Universidades inglesas y americanas llaman de «College» y

que son licenciaturas en Artes, Ciencias, Letras y Filosofía. Tales cursos son regularmente de tres años, se exigen como requisito para el ingreso al estudio de algunas de las profesiones y constituyen en sí mismos magníficos cursos de educación universitaria del más alto tipo.

Los estudios de licenciatura en artes llamados de «Bachelor of Arts» consisten en las asignaturas de Latín, Griego, Matemáticas, Literatura, Filosofía, Economía Política, Historia y Lenguas Vivas, y las licenciaturas en Ciencias (Bachelor of Sciences), Letras (Bachelor of Letters), Filosofía (Bachelor of Philosophy) no incluyen en algunos colegios el latín ni el griego pero sí todas las asignaturas mencionadas y algunas especiales.

Si me refiero a estos cursos de tipo inglés y norteamericano es con el objeto de hacer más claro mi pensamiento en cuanto a la necesidad que hay de que nuestra Universidad ponga por sobre el estudio de las profesiones los intereses de la alta cultura, pero no quiero decir con ello que se copien servilmente los programas ni se sigan las mismas normas que en Inglaterra y en Estados Unidos. Nosotros podemos adaptar perfectamente esos estudios a nuestros altos intereses raciales y a nuestras necesidades espirituales, ya que se trata precisamente de ir hacia una cultura vital que esté en la más absoluta conformidad con nuestro destino y se asiente en las más firmes realidades de nuestro vivir.

Pero acaso la más urgente reforma que la Universidad necesita es salirse de sus muros, derripar su luz por toda la nación y ofrecer la oportunidad de educarse a todos los hombres adultos que tengan voluntad de hacerlo.

Los cursos permanentes de extensión universitaria libres para todos, que son en las Universidades inglesas y americanas cosa tan antigua como que se iniciaron a fines del siglo XIX y que hoy existen en casi todas las Universidades del mundo, deben organizarse cuanto antes entre nosotros.

La enseñanza en cursos breves y también en cursos completos de Historia, Geografía, Filosofía, Ciencias, Música, Artes, Economía, Lenguas Vivas y Sociología, lo mismo que asignaturas técnicas de provecho inmediato, para adultos y sin ningún requisito de ingreso, hace tiempo que debía estar sembrando la semilla del saber entre nosotros

Naturalmente todo esto sería charla vana si no se estudia la forma de dotar espléndidamente en lo económico a la Universidad. Yo creo que la Universidad nunca ha estado boyante económicamente porque no se ha creído en ella, y no se ha creído en ella porque no se le ha visto vivir plena y realmente, porque no ha hecho suyos los problemas del país y porque la lámpara de ciencia que ha tenido encendida apenas si ha alumbrado débilmente, muy débilmente la tortuosa y solitaria calle de nuestro existir.

Pero todavía es posible infundir a las gentes un poco de fe en la suprema necesidad que tenemos de una Universidad que haga verdadera obra de cultura, fe que se tornará en amor cuando el pueblo vea que la Universidad le da hombres buenos, le da directores que hacen más bella, más justa, más civilizada la vida de la Nación.

Hay que estudiar, pues, la forma de que la Universidad tenga dinero suficiente para cumplir la misión de crear la cultura en el país, digo de crear la cultura porque si hemos de ser sinceros, admitiremos que somos pobres, casi miserables, culturalmente.

Yo tengo fe en que podría construirse una Universidad magnífica con buenos edificios para las distintas Facultades, jardines amables, laboratorios, biblioteca, campo de deportes, todo ello animado de un espíritu nuevo. Hemos visto, casi con asombro, con qué rapidez se construyó el Estadio Nacional en medio de la crisis y recién pasada la inundación de junio del año anterior.

Se construyó porque se creía en el Estadio, porque se creyó que era bueno y se tuvo la voluntad de construirlo.

Pues asimismo, cuando se crea en la Universidad se construirá la Universidad. Mientras tanto hay que empeñarse en que sus frutos empiecen a ser buenos y fecundos.

Deseo hacer una ligera referencia a unas instituciones universitarias británicas fundadas en Inglaterra el año 1884 como labor de extensión de la Universidad y que se llaman «Social Settlements» o sea organizaciones o establecimientos sociales.

Estas instituciones, dependientes de la Universidad, tienen por objeto el alivio de la pobreza, el mejoramiento de las condiciones del niño desvalido, la asistencia social en general, el estudio de las condiciones de trabajo y de la salud pública, el mejoramiento de la educación popular, la organización de servicios profesionales, conferencias, conciertos, centros de recreación, cine documental, lo mismo que el mejoramiento de los servicios municipales y públicos.

Son en resumidas cuentas instituciones que procuran por todos los medios a su alcance la elevación del nivel cultural y social. En los Estados Unidos se han extendido mucho habiéndose fundado la primera en Nueva York en 1886 y contando en 1928 esa ciudad con 700 de tales organizaciones.

Figúrense todo el bien que podría hacerse entre nosotros si fundáramos algunas organizaciones por el estilo. Cómo se transformaría en poco tiempo nuestro ambiente y nuestra vida. Cómo pasaríamos de la barbarie a la cultura.

La Universidad podría fundar en cada ciudad y hasta en cada pueblo la «Delegación Universitaria». Esta Delegación sería integrada por los vecinos más notables y de mejor buena voluntad de cada lugar. Ellos podrían organizar tal como la hemos esbozado, el trabajo de mejoramiento cultural y social bajo la inspiración, apoyo y dirección de la Universidad.

Y ahora, señores, pensemos qué ardua es la labor que tenemos por delante. Constituímos una nación pequeña en los albores de su desarrollo, que tiene que afirmar su personali-

dad entre las demás naciones y cumplir su destino en el concierto hispanoamericano

Es múltiple el trabajo por emprender y grande la tarea. Las apreciaciones del último censo son desconsoladoras. Se calcula un promedio del 70 por ciento de analfabetos. No hay, como dije al principio, equilibrio entre los recursos del país y el nivel medio de vida. El paludismo y la barbarie están todavía enseñoreados en nuestros campos y hay zozobra con respecto al porvenir de nuestros productos exportables que son nuestra riqueza.

Y no obstante todo esto la fe se aviva cuando soñamos con una Universidad para la que ningún interés del pueblo ha de ser ajeno y para la que ningún problema ha de quedarse sin solución.

El hecho de que nuestro país sea un país pequeño es casi una ventaja porque como no podemos afirmar nuestra personalidad por la fuerza material, nos afirmaremos por los valores del espíritu.

El país más civilizado, más feliz, más respetable de la tierra y sobre todo el más culto en cuanto la cultura es disfrutada por todos, es un país pequeño DINAMARCA, en el que no existen analfabetos y es el segundo país más rico de Europa en riqueza *per capita*. Todos leen libros, y todo el mundo tiene un mínimo de vida civilizada, de bienestar material y de riqueza espiritual.

Ojalá que algún día nosotros lleguemos a ser un pueblo feliz, guiado por una Universidad que irradié luz para todos.

SOBRE REFORMA UNIVERSITARIA

Por MIGUEL ANGEL ESPINO

SEÑORES

Un noble sentimiento de responsabilidad está agrupando en torno a la reforma universitaria las fuerzas espirituales que parecían ausentes, y este hecho consolador sugiere la oportunidad de consolidar por medio de un compromiso ante el país entero la obligación de revisar nuestro sistema cultural, que vale decir nuestro sentido de patria y nuestra actitud como pueblo. Después de un largo silencio que ya pesaba como una culpa sobre varias generaciones salvadoreñas, el motivo de la rehabilitación aparece más trascendente, más profundo. Nunca se había comprendido que el espíritu que informa la alta educación priva directamente en la arquitectura de la nacionalidad, infundiéndole sus características y determinando orientaciones removibles sólo por medio de una depuración que abarca amplios períodos. Siendo la Universidad el foco de energías históricas que plasman la fisonomía del grupo, necesario es asentar, como esencia del movimiento proclamado, que para actuar sobre las realidades sociales de un pueblo hay que transformar el instrumento de la cultura, apropiándolo al sentido del tiempo y poniéndolo al servicio de un nuevo destino, ya que la marcha de la humanidad no se desarrolla conforme a una norma inevitable, escrita en los astros, sino que se ordena por misiones que el propio drama del conjunto va elaborando, en una experiencia que se cuenta por siglos.

Complejo, difícil de penetrar, grave en sus consecuencias, que involucran intervención en el porvenir, es el programa

que la Universidad se impone, al encauzar un análisis de su estructura y su función, para conformar ambas a las urgencias contemporáneas y asumir el papel director que le corresponde en la vida nacional

Cierto es que el concepto PATRIA, desbarbarizándose a través de un proceso que va del clan a la internacionalidad, adquiere una valoración menos agresiva y más útil, cierto es que la patria no puede ya considerarse como un juego de fuerzas ofensivas, sino como el lugar en el que se realiza la justicia y se hace posible la felicidad de los más. Pero la Universidad, que por impulso tradicional prepara el contenido ideológico de cada época, debe conservarse al servicio de la patria, que es la figuración romántica del Estado organizado en servicios económicos, culturales, jurídicos. Es aquí donde principia la auscultación rigurosa que revelará el estado de salud o el declive patológico que se pretende desentrañar. Prescindiendo un momento del papel normativo inherente a los organismos depositarios de la cultura superior, cabe preguntarse si la Universidad Nacional tal como existe, sirve al propósito de producir hombres, tendencias, situaciones, movimientos y reformas útiles al Estado, sometido fatalmente a condiciones históricas que no le es dable evitar, porque son de índole evolutiva

Se trata, pues, de un asunto de vigencia. Se trata de saber si la Universidad sirve hoy, si es apta para atender su cometido en este lapso, abrumado por una herencia confusa recibida de edades imprevisoras y colocada frente a un futuro huraño de descifrar. Queda desde luego descartada toda actitud valorativa que se refiera al pasado. Si la Universidad fué eficiente, si desempeñó su función orientadora con entereza, si sirvió intereses generosos o traicionó su misión heráldica, juicios son que pertenecen a la serenidad de la Historia. La acción reclama para sí otros atributos más cercanos a la pasión. HACER significa comprometer todas las energías con el ideal en forja. Ya la posteridad tendrá tiempo de saber si íbamos al BIEN o estábamos equivocados.

Colocados en este punto de apreciación queremos eliminar susceptibilidades que nada representan cuando se trata de una

labor impersonal, idealista. Es necesario que esta empresa no se convierta en una feria de vanidades, es necesario evitar que la jornada se reduzca a comprobar si los hombres de entonces tuvieron razón o nó cuando en pleno idilio positivista expulsaron del recinto universitario las Humanidades y erigieron como finalidad salvadora el cientificismo, creando con los jilones de la cultura el espantajo profesional.

Una verdad sensible a las conciencias menos alertas es la de que carecemos de un plan nacional de vida. Que con los restos de una campiña feudal, que con las supervivencias coloniales, que con un mosaico de tendencias y de imitaciones tratamos de encauzar un pueblo, sin un sistema conexo de acción. Ningún pueblo ha desarrollado su historia bajo la acción de estimulantes espontáneos. Todos obedecen a direcciones proféticas, todos se orientan por una visión que surge de su propia entraña, de los hombres que en su seno consultan el rumbo de la felicidad común.

Tan acostumbrados estamos al culto de la apariencia, que se nos dificulta aceptar la idea de que vivimos artificialmente, distanciados de la realidad. Propiamente, no sabemos a dónde vamos. Ante el presagio de tiempos nuevos, templados en la fragua revolucionaria, preferimos ignorar. La Universidad no interviene, en calidad consultiva, en la política a seguir, preconizando programas y medidas en vista de las circunstancias. Se olvida que la política y la administración son actividades de naturaleza universitaria y no de generación espontánea. El estudio de los problemas y su resolución se dejan al Poder, que preocupado con problemas inmediatos, no se encuentra en condiciones para la consideración metódica de los acontecimientos y de las previsiones adecuadas. Bajo la consigna asiática del silencio, desconociendo la naturaleza de nuestro caso social, tan lleno de sorpresas, preferimos simplificar nuestra responsabilidad por medio del terror preventivo, que implica la inmovilidad intelectual y la opresión de la palabra, y que sólo logra justificar las acechanzas contra el orden que no responde ya a la verdad. Repetimos la solución del que, para impedir que estalle la caldera en ebullición rompe el manómetro que registra la temperatura.

Hemos llegado poco a poco a elevar el silencio a la categoría de virtud. Nos hemos convertido en la cofradía del silencio. Ante los problemas que se agitan o se anuncian, recurrimos al sistema bíblico de la hoja de parra. Y así como una escuela mojigata cerró los ojos ante el problema sexual, creyendo suprimir de ese modo las leyes del instinto, así hemos cubierto pudorosamente las necesidades que sacuden el alma popular con un voto de prohibición. Pero los problemas del país no podrían, en el futuro, resolverse a ojo de buen cubero. Si la Universidad no se pone en su puesto, si no acepta su función guiadora con entereza, otras fuerzas, como la prensa, otras instituciones de carácter cultural, vendrán a llenar su vacío.

No pedimos con esto que la Universidad se entregue a los vaivenes de la política, ni mucho menos. Lo que pedimos es que se erija en institución de consulta, de investigación, y que presida desde su tribuna doctrinaria la marcha de la nación, a través de una senda amenazada por reacciones peligrosas.

Pedimos que la Universidad abandone su roca olímpica y descienda a las masas, porque sólo elevando el nivel cultural de las masas se puede subsistir en un mundo complicado por la ambición, que busca el bienestar perdido por los rumbos más oscuros.

Bastaría pensar, para explicar la inminencia de la necesidad renovadora, que hay un pueblo que no sabe lo que está pasando en el orbe, que permanece fuera del siglo, conmovido por sombrías cavilaciones, en una capacidad elemental de producción, bajo las supersticiones políticas más funestas, privando cada día más, bajo el flagelo del paludismo y de los salarios de hambre, la idea rudimentaria de patria, sin sentir siquiera la obligación de acercarse al sentimiento de una humanidad superior.

Cómo puede esperarse una patria homogénea, eficaz, con un campesinado analfabeta, con una tierra deficiente, con una enseñanza pública casi miserable, con una economía incipiente, con una máquina institucional anticuada, y, sobre todo, con el prejuicio tabúico de que somos el pueblo de Dios y que de aquí a la inmortalidad sólo hay un paso?

Se nos dirá que la Universidad está hecha para atender ciertos sectores reconocidos de la educación científica, y que sería imposible que derramara su influencia en esferas tan diversas y heterogéneas. Esta argumentación simplista pertenece al pasado. Eso es precisamente lo que exige la nueva mentalidad: una Universidad para el país, para un país que carece de tradición cultural, desprovisto de tantos órganos de difusión que en latitudes más afortunadas colaboran en la obra de superación general. Y trasladamos a la Universidad esta empresa porque ella tiene el control de las juventudes que dirigen mañana el país, y porque la Universidad ha aceptado como deber ineludible el de llenar las necesidades del medio en que acciona.

Sabemos que la suficiencia tropical de algunos profesores de pesimismo nos precipitará al infierno en donde purgan su delito los soñadores. Pero todos sabemos que es mebla del medioevo la duda sobre el poder de la educación. Desde aquellas iluminadas palabras de Leibnitz, que pedía 50 años para transformar el mapa espiritual de Europa, nadie desconfía del arma educativa como agente de mejoración. Nadie, a no ser nuestros filósofos del derrotismo espiritual.

El panorama de la nueva Alemania nos ofrece una impresión de lo que puede un ideal en manos de la escuela. En su afán de alemanizar el futuro, haciendo converger todos los alientos a la resurrección de una nación despedazada por la adversidad, enfocando toda su política a borrar la huella de «los hombres de noviembre»—dice Latorre—, aquel formidable ensueño de acero va adquiriendo las líneas de una verdad, y Alemania levanta su grandeza legendaria, evocada por el espíritu, desde el taller en donde los maestros graban en el alma de las nuevas generaciones el amor de Germania magna.

«La psicología de los grandes movimientos populares no tiene nada de inexplicable para quien los examina de cerca», dice Paul Louis. Todos obedecen a una preparación lenta, a una disposición matemática de las circunstancias, a una preparación previa. No se puede registrar un cambio histórico sin una situación revolucionaria que lo haga posible. La humanidad no procede por influjos estelares, mesiánicos, ni obra bajo

mandamientos místicos, sino que avanza, conquistando la tierra con sangre y angustia, obediente a las leyes de su dolor y de su instinto heroico. Sólo en un pueblo considerado como producto voluntario de los dioses, sometido a caprichos inmutables, las situaciones descienden como un premio o como un castigo, en la forma de un ángel enemigo o de un ángel protector.

De ahí que los iniciadores de este movimiento hayan incorporado al plan puramente universitario el reclamo de un reajuste científico y moral de la enseñanza general. Con los principios vetustos que la animan sería imposible una acción universitaria en firme. Sería, incluso, un error de estrategia en la lucha por la cultura, querer llevar a la Universidad depurada de su lastre neomístico almas deformadas en las incubadoras de la instrucción primaria, que todavía practica en el alfabeto como un castigo.

La salvación del país no se conseguirá por medio de transacciones fragmentarias, formalistas, sino fecundando los factores docentes con un nuevo evangelio, modificando totalmente la filosofía de la cultura. Esto involucra una purificación heroica, cruel y persistente. Se trata de despojarnos de una herencia confundida con nuestras convicciones, que vigiló nuestra cuna como una madrina negra. Se trata de suplan- tar todo un sistema de conducta. Se trata de traer a la escuela la luz de nuevas religiones morales. El mundo no puede explicarse más como un festín de fuerzas desmelenadas, como un mercado de egoísmos y traiciones. Durante mucho tiempo la escuela toda fue una preparación para la guerra, para la dominación, para el odio. Ante los éxitos de la barbarie, coronada y soberbia, los apóstoles del exterminio pasaron con su maldito Darwin corrompiendo las pequeñas conquistas de la tolerancia, e influenciando el libro, la cátedra, los débiles utensilios de que disponía la bondad. Ahí se inició esa sabiduría bestial del *struggle for life*, de la supervivencia de los más egoístas, que traducido en programas y asignaturas produjo el tipo de la educación utilitarista, de la cual había sido extirpada la ilusión «patria», el espejismo «humanidad», el fantasma «comunidad», y esa mentira de la

solidaridad y el desinterés. Por ese camino, a la luz de ese credo venenoso, se llegó con el tiempo a establecer una conciencia de circo romano, que regó arena para una lucha civil que aún no termina y que arrojó a la hoguera bélica los sentimientos más nobles de que se prestigiaba la estirpe humana. De una explicación biológica falsa, inexacta en el mundo animal, como lo hace ver Max Scheller, se extrajo una norma universal aún más falsa al aplicarla a fenómenos psicológicos. La lucha despiadada produjo una humanidad epiléptica en la que no triunfaban los mejores ni se perpetuaban los más aptos, pero que en cambio exhibía la victoria de una zoonocia desprovista de dones morales.

Una nueva concepción de la convivencia quiere arrojar del templo esa filosofía de piratas, para sustituirla por fórmulas éticas derivadas de un máximo de desinterés social, convirtiendo el mundo, como pensaba Wilson, «en un lugar decente para vivir».

La orientación contemporánea de la educación puede encerrarse en la enunciación que le dio Grundvig, el que diseñó la plataforma de la Dinamarca joven «la creación de un tipo ideal de hombre, lleno de nobles impulsos hacia la libertad moral y al mismo tiempo profundamente respetuoso ante la condición de los demás, reconocedor consciente del derecho y, al mismo tiempo, capaz de autodeterminarse».

En lo que se refiere a la Universidad, que forma una culminación orgánica de esta construcción pedagógica, la revolución se dirige al espíritu universitario, a su actitud ante la sociedad, al procedimiento que debe adoptar para cumplir sus fines. **NO TE EDUCAS PARA GANAR, SINO PARA SERVIR**, es la concreción de la pedagogía social. La alta enseñanza tiende a «la aplicación de los conocimientos en forma de servicio social», asienta un comentarista. Y agrega que la grandeza de la Universidad norteamericana reside en la suma de acción, de sentimientos y de ideales que representa, por medio de sus instituciones auxiliares que la ponen en contacto con el ambiente, porque el anhelo supremo de los altos estudios debe ser el de interpretar y servir a la sociedad que la nutre.

Es aquí donde se acentúa la deficiencia de la tarea cumplida por las universidades que, aunque prófugas del humanismo, relegaron la investigación a un plano estéril, libresco y especulativo, y que se olvidaron del deber de intensificar sus laboratorios sociales, indispensables en su conformación porque el mundo que nace, iniciado en aspectos recientes de la civilización, amplificado en su ritmo vital, experimenta nuevas necesidades que deben resolverse por métodos nuevos. Las relaciones económicas, — y con esto se alude a todo el radio sociológico — han sufrido cambios determinantes, capaces de modificar el contenido de una época. Sería imperdonable que nuestra Universidad, encastillada en reductos conservadores, no explorara estas pulsaciones del conglomerado, poniéndose al frente de la revisión.

Sería criminal eludir este imperativo por razones de comodidad, por ejemplo, porque la ignorancia de campanario atribuye color comunista a toda disciplina de conocimiento social. El mundo actual se estremece bajo ansias trágicas, y los pueblos buscan su felicidad por distintos caminos. Rusia la busca por el sendero económico, porque su materialismo histórico enderezado ahora a la retención del poderío material, reduce la vida a rublos, y otros la buscan por el camino del alma, que eso es la armonía social que trasmite la cultura, el viejo sueño de la «fraternidad trascendental» aleita en todas las religiones.

Hace siglos, este drama existía ya. Lo vio la caverna, lo vio la horda, lo vieron las primeras caravanas que se detuvieron a esperar la cosecha y las que se detuvieron a orar, en el sitio que recogió la sombra del jefe muerto. Con nuevas intensidades, con nuevas proporciones cada vez, la Historia ha comprobado el sentido de la tierra y el sentido del espacio. Y después de mil fracasos y de mil esperanzas, el «gran sueño» de algunos tal vez necesite un cambio: las luchas económicas tras el bienestar no han unido a los hombres. Aun las religiones han separado a los mortales. Sólo la cultura los une, los iguala. Acaso el único camino de la dicha sea el camino de la verdadera igualdad espiritual. Y acaso la escuela que quiso suprimir la injusticia económica,

olvidar el hambre y la miseria, incapaz de inaugurar en la práctica una filosofía igualitarista, al caer en el culto del becerro de oro, haya roto otra vez, en la senda de los ensayos, la ilusión perenne de los humanos

De todas maneras, sobre la huella de Platón o sobre el rastro de otro mensajero, de este laboratorio fragoroso saldrá una imagen remozada de la vida, y a esta humanidad surgida de las cenizas corresponderá una nueva concepción de la existencia

Prepararse para intervenir en esta transformación que los indicios hacen creer cercana, atemperando las exageraciones y alentando las excelencias, es la misión próxima de la Universidad. Recurrir a la hoja de parra o asistir tranquilamente a esta treta inocente equivaldría a un suicidio, porque la realidad marcha y las necesidades improvisarían las sustituciones de un Alma Máter que nada tiene que ver con la vida

El profundo sentido económico de la época no habrá de desviarse porque unos cuantos economistas y sociólogos dediquen madrigales a la prosperidad. Puede llamarse a esto tendencia disolvente o como se quiera, pero es lo cierto que con legislaciones de emergencia y con estatutos extraordinarios, no se logrará sino precipitar el crac, suspendido en apariencia por una recuperación parcial y transitoria

Nada más lamentable que la opinión de algunos salvadoreños sobre la divinidad de nuestras leyes, tan sabias y perfectas, que ellas serán un modelo cuando nuestro pueblo haya alcanzado un grado superior de desenvolvimiento, que lo ponga en condiciones de merecerlas y de cumplirlas. Para ellos el Derecho es una norma inmanente para la que nada significa el dolor. Para ellos las leyes deben ser el molde de tortura en el cual los hombres sacrifican lo que está más allá del dogma legal, y no importa que a esta reducción escape la verdad. Esas leyes de mérito superior darán sus efectos cuando hayan tuturado a varias generaciones y hayan deformado en el radio de su alcance, esgrimidas por manos fanáticas, las características adversas

Era para entonces, probablemente, para cuando los devotos de nuestra Constitución arcaica esperaban que la Ley Máxima entrara a regir la democracia de opereta que bordaron primorosamente nuestros legisladores, democracia construida sobre un montón de papeles inútiles, perpetuada por otro montón de leyes sin previsión científica, confeccionadas festinadamente en el papeleo de las oficinas y no en el seno de un cuerpo legislativo de responsabilidad técnica. Ojalá que la nueva Constitución que alborea, y que en buena hora sea llegada, resulte de la consulta serena, cabal y amplia de la conciencia y de la realidad del país, y que la Universidad no rehuya su participación preparatoria.

A esta manera de entender los problemas quieren llamalle sediciosa, más que por ignorancia, por malicia del sistema obstruccionista. Así también se pretende confundir la reforma universitaria con la tendencia proletocrática, cuando el clamor de las mentalidades previsorias se pronuncia en el sentido de que la Universidad, en calidad de consultora científica, organice la defensa del estado actual en la única forma que esa defensa es susceptible de verificarse, resolviendo las fallas y las inconsecuencias del régimen estatal, haciéndolo más apto y más fuerte.

Por eso, algo de justo hay en el resentimiento de la juventud contra esta casa, que por lo demás, ha desarrollado una benemérita labor, en medio de ahogos económicos y de una incomprensión hostil. Pero su prédica liberadora no ha ido hasta donde la generación presente quisiera. El ambiente permanece hermético y opaco, enemigo de la tolerancia. Parece que a cada paso, detrás de cada palabra, ha de surgir la mano del Santo Oficio. No existe esa hermosa libertad de pensamiento en el país, que es la base y la razón del esplendor cultural en otros pueblos. Realmente, las masas poco deben a los intelectuales. Estos desconocen su cometido, y no han cumplido con la misión reservada a ellos. Y esas generaciones abúlicas, que han hecho de la libertad de conciencia un cementerio, o que lo han tolerado, que han permitido el entronizamiento de la estulticie, que han aceptado el terror de las palabras, que piensan que todo está bien

mientras está bien el estómago, han salido de aquí. De aquí han salido las camarillas de gobernantes durante largo tiempo. Tal vez parezca el cargo muy duro y extremista, pero la verdad de este aserto se podría medir por las consecuencias reinantes. Es tal la intransigencia malgradadora de las mejores intenciones, que cuando el movimiento comunista de 1932, la Iglesia trató de resolver su cometido desde su punto de vista, dentro de la clásica moral cristiana, predicando los sentimientos de amor, caridad, justicia. Y entonces, señores, esa maledicencia lívida de que hablo, escondida entre bastidores, tildó al Representante de la Iglesia salvadoreña de comunista. Y es bueno recordar de paso, ya que se presenta oportunidad, que en aquella desgraciada ocasión que enlutó al país unánime, la Universidad calló, ante un fenómeno social que requería su estudio, porque ahí, para las ciencias sociales, en vez de un motivo para el mutismo, había una razón para el esclateamiento, había un fenómeno económico agudo, había una crisis, había algo que no funcionaba bien. Ciertamente, alguna culpa cae sobre esta casa que, en otros aspectos, ha defendido su destino tutelari.

Por eso no entiendo yo la manía de querer conservar el comunismo en su estado de misterio, precisamente cuando el comunismo está siendo combatido a fuerza de análisis de sus postulados. Cuando la represión en todas sus formas fracasó en países más organizados, con toda prudencia la burguesía recurrió al sistema de rebatir racionalmente las ilusiones marxistas, divulgando contra-argumentaciones como la de Rathenau y comprobando la falsedad de las deducciones maximalistas, el desengaño del milagro levantado sobre la fuerza, el fracaso del terror instituido como ideal público, el crepúsculo inevitable de la negación espiritualista. Sólo entre nosotros, un pavor esclavista pone en las manos de cualquier mal intencionado la clave para estrangular los más nobles esfuerzos de la honradez en favor de la paz social.

Se ha llegado hasta el extremo de querer confundir toda exposición sobre el excepcional trance económico visible a lo ancho del mundo con una propaganda tendenciosa. Negar que el capitalismo está realizando hondas transformaciones

en su estructura, al grado de romper viejas modalidades consideradas como esenciales, con propósitos defensivos, es la peor de las falacias. Las formas intermediarias del capitalismo, con tendencia a la revisión del crédito, de la producción, de la distribución, constituyen un hecho, y sólo a nuestros sabios se les ocurre condenarlas como inexistentes, porque ellos siguen creyendo que la oferta y la demanda procede del Sinaí, y que en virtud del poder divino habrá de restaurar un orden que ella precipitó en el abismo.

La Universidad, pues, tiene que reivindicar su puesto, a ratos olvidado. Debe, ante todo, abandonar la región inaccesible desde donde juzga a los vivos y a los muertos, y aproximarse al pueblo, con la verdad en las manos, para hacer luz en los problemas que esperan solución, y que no desaparecerán tan fácilmente si no se aplica a ellos la llama de la constancia.

El ideal no es elevar a los hombres hasta la Universidad, sino que la Universidad baje hasta los hombres, y que ella deje de ser, como dice Nelson, «un ambiente de donde ha huido la vida», para servir los intereses de la sociedad sin sacrificar los del individuo.

«El hombre es un animal político», de la polis, pensaba Aristóteles. Y cuánta razón tenían los educadores de la Grecia magnífica—que por dicha la educación era labor de filósofos y no de gendarmes—cuando querían hacer de la ciudad una escuela, y obrar sobre muchedumbres, desde el ágora. Sócrates, bajo los mirtos, en el Jardín de Academos, aumentaba la luz del ámbito, Platón convertía el diálogo en una conquista de la metodología, Aristóteles fundaba su liceo en la libertad, Pitágoras hacía resonar «los versos de oro», en su instituto de Crotona, en los cuatro grados de la jornada que conducía a la armonía cósmica y humana: preparación, purificación, perfección, realización.

El ascetismo cultural expiró cuando las multitudes tocaron con mano ruda los reductos de la sapiencia, que se estaba convirtiendo en un vicio secreto de las minorías privilegiadas.

La obligación de la verdad me impone una rectificación. Es cierto que, por la índole de sus tendencias, por el color de

la filosofía que dominaba su naturaleza, la Universidad produjo hijos sin el sentido de la lucha altruista, y que su paso por el escenario nacional ha sido negativo. Es cierto que los intelectuales han consolidado una moral fenicia para la cual el espíritu es una cosa absurda con signo menos. Es cierto que entre las leyendas más grotescas descuella aquella de algunos personajes consagrados por una fama casi mitológica, que en su calidad de dioses nunca han querido conversar con los mortales de su valle. Y es cierto que la legión del «Ante mí» y del «Certifico», que cuenta en su haber con unas cuantas escrituras magistrales, nada significa en la zona de los esfuerzos, ni nada podemos esperar de su alma de escribanos. Pero sería un crimen dejar a un Francisco Gavidia en tal compañía. A Francisco Gavidia, poeta como Jesús, que desde la cumbre de su esperanza, pagando el pecado de soñar, ha vivido como un desterrado entre los suyos, perdonando con sus versos la infelicidad de los mercaderes. Para él, que ha tenido el valor, que ha tenido la fidelidad de la cultura, que ha practicado el sacrificio del espíritu, cuando la moda era enriquecerse o enlodarse, El Salvador tiene la deuda de un monumento, porque él ha sido la canción, cuando todos eran el negocio. Nada me ha parecido tan trágico, en este país que vive en el carnaval de su café, que el dolor de ese hombre que después de exprimir su alma en el altar de las más rigurosas disciplinas mentales, cuando el tiempo y la brega santifican su cabeza solitaria, tiene esclavizadas en el silencio de su humildad grandiosa, más de 40 obras inéditas. 40 libros que en el corazón del poeta más grande que hemos producido, se levantan reclamando la luz, reclamando su destino, que es el de aumentar la bondad y la belleza, así como deliberaban las estatuas gigantescas del mausoleo de Julio II, que la desgracia paralizó en las canteras de la sombra, en el corazón atormentado de Miguel Angel.

Así paga esta figura prometeica que ha conseguido el fulgor de la creación para sus manos, fuertes como la resignación, así paga el privilegio excelso de haber cantado cuando los otros transaban con el bagaje mínimo que les había dado la Universidad. Con el Maestro están uno que otro profesional

apartados del vértigo de Midas. Pero son pocos. Tal vez solamente los indispensables para hacer más honroso el recodo.

Para infundir un aliento generoso a este pueblo dormido, que podría entregarse a pasiones pérfidas, es necesario que la Universidad adopte métodos de acción definidos, inspirados en el mandamiento moderno de influenciar todos los sectores sociales, desde aquellos que reciben directamente su preparación en las aulas hasta los que disfrutan del clima civilizado que una fusión intensa produce.

La reforma estatutaria llegaría como una consecuencia del nuevo plan a seguir. Las Facultades aisladas, sin un organismo que las represente y dirija, unificando su acción, no harían más que prolongar los vicios innatos de su formación, con un resultado que no escapa al menos sagaz, si se compulsa este dato: los profesionales activos en la República apenas pasan de 700, y ya se siente un sobrecargo, ya existe la penuria, ya está naciendo el paro profesional. El reducido número de profesiones a seguir congestionará aún más, en poco tiempo, la escasa capacidad del medio, planteando un serio problema que urge remedios preventivos. La creación de nuevas Facultades, despreñadas de la auscultación sistemática de la realidad nacional, deberá ser continuada por la erección de nuevos órganos encargados de cumplir la labor universitaria extra cátedra, acaso la más noble y perentoria.

Esto no quiere significar el abandono de la preparación profesional y el descuido de la cultura técnica, sino el ennoblecimiento de las profesiones y su distribución racional conforme a las necesidades del país.

La formación de la personalidad, el perfeccionamiento en el aspecto profesional, la realización del sentimiento de humanidad en todas sus redentoras proyecciones, ese es el ideario sencillo que cabe en el instituto máximo, acorde con el camino de Goethe: «De lo nuevo a lo útil y de ahí a lo bueno».

Una modificación de esta calidad no puede concretarse a un simple cambio de programas o de materias, aunque éste forme parte de la renovación. Habrá que abandonar la pretensión de que la Universidad sea un vivero de sabios, vertiendo un caudal de ciencia en sus visitantes, pero este efecto

imposible se compensará con la formación de disciplinas perdurables de estudio, de investigación, respetando siempre la personalidad vocacional del estudiante. Una preparación así, que pudiera contar principalmente con el acervo posterior que la moral universitaria demandara a sus egresados, eliminaría de la Universidad ese criterio academista que valora a los hombres por sus calificaciones y asistencias, como si la vida fuera una competencia de niños alimentados con reloj en mano. Y cuando eso es necesario, cuando es indispensable recurrir a falsos estímulos, comenta un autor, puede asegurarse que ahí hay una rueda del sistema educativo que no marcha bien. Un grado más, y llegamos a los premios y castigos. Un grado más, y se divisa la academia típica, sorda al progreso que no está escrito en sus libros, la academia pasadista cerrada a bronce, la misma que un día negara a Jenner, a Franklin, a Fulton, porque habían descubierto cosas que no constaban en sus anales, y que por lo tanto, «no estaba probado» que fueran ciertas, como expresó la resolución sobre la teoría mesmérica.

Cualquiera que sea el rumbo de la liberación adoptado por los grupos nacionales, ya sea el de las reivindicaciones violentas de carácter económico, ya sea el del reformismo legalitario, de la participación de todos los grupos en la democracia, acogido por la nacional-democracia, hay un punto de coincidencia en la lucha. Todos están de acuerdo en que es necesario atraer las masas a una comunión cultural, afianzando el instinto de la colaboración desinteresada. «El hombre—proclama Nathorp—llegará a ser hombre solamente por medio de la comunidad humana». No educar a las masas es más peligroso que educarlas. La política tradicional del oscurantismo ha dejado de surtir efectos.

Así vivificada la tarea universitaria, necesariamente implicaría en su reajuste un nuevo concepto disciplinario, como materia de sus estatutos. La disciplina, cuando se aspira a formar ciudadanos libres, no puede ser un concepto de contenido pasivo, de aspiración virginal, sino una recomendación dinámica, reposando sobre la responsabilidad. Sólo se puede obedecer lo justo. Imponer es propio de los que carecen de razón, y en esta Universidad no podría ya defenderse sin peli-

gio de estorbo la disciplina represiva del cesarismo escolar, cesarismo monástico, eminentemente savonarólico y con facultades casi patronales, que soñaba con fabricar sacristanes científicos al por mayor

Me doy cuenta de que el panorama febril que he trazado puede, para un criterio moderantista, parecer exagerado y alterado a causa de un entusiasmo inexperto. Pero un examen de la actualidad exterior nos convencerá de que el mundo está a las puertas de grandes transfiguraciones. Una anarquía en los sistemas establecidos, una descomposición mortal sacude el orden fundamental en todas partes. Crujen las organizaciones nacionales, bajan las cotizaciones, aumentan el paro y el consumo interior, se estanca la producción, las catástrofes bancarias hacen culminar la aventura de la monetización artificial, el hambre cubre regiones enteras del planeta, mientras se queman millones de toneladas de trigo y se destruyen millones de sacos de café y se alimenta con todos estos absurdos el fantasma trágico de la violencia.

Comprendo que un deseo altruista, pero sentimental, quiera contener este horror negando los acontecimientos, cubriendo las manifestaciones repulsivas con una venda misericordiosa.

Esta actitud defensiva ya se ha ensayado en la historia, y sus resultados han sido ominosos. Es curioso enterarse de que todas las comisiones nombradas bajo el imperio de Nicolás II para examinar la situación agraria del país, en su táctica de restar recursos morales a la conspiración que flotaba en el ambiente, formularon conclusiones conservadoras, opuestas a un cambio del régimen agrícola.

Creían que con ese silencio, que con esa negación de los hechos servían los intereses zaristas y salvaban al Gobernante. La historia les enseñó, con aquella pesadilla sangrienta de Ekaterinburg, que a un gobernante sólo se le puede ayudar con la verdad.

Es innegable que el mundo no estaba preparado para sofocar las angustias que la conflagración de 1914 legó a los pueblos. Una cultura falaz había torcido las resistencias morales. Catequizados por el misticismo racial que reinaba con etiqueta de teoría científica, una rabia que creían santa cola-

boró a la destrucción más vergonzosa que se recuerda. La escuela, la Universidad, todos los resortes educativos, habían funcionado para que el desastre fuera perfecto. Y los contingentes populares, las bajas esferas, que daban soldados y victorias, desconocían los verdaderos móviles de la carnicería, que al final de cuentas, podían asimilarse a flujos bursátiles.

Ojalá que la nueva tragedia, retardada por los magnates del fuego para hacerla más feroz, no llegue de sorpresa esta vez, y que los organismos de la cultura obren a manera de instituciones proféticas en bien de la dignidad humana, contra la neurastenia armada.

Rafael Altamira ha dado el grito, proponiendo una reforma de la enseñanza histórica, para que ésta no siga siendo un ditirambo de las glorias militares, sino que sea un comentario de la civilización, representada por los héroes en la acepción marmórea que a esta palabra da Rolland.

Entre nosotros, la hora del optimismo adviene. Las propias autoridades universitarias, que esta vez hacen honor a la prosapia ilustre de los maestros de idealidad, han recogido la demanda de un grupo inquieto que pide renovación. La prensa ha regresado a la palestra polémica, recuperando su posición de agitadora de ideas. Un universitario joven supera el nivel textualista, en el acto de su investidura, presentando una tesis original, encaminada a la consideración de un grave problema nacional, como es el de la deficiencia alimenticia de nuestros campesinos. No tardarán en formalizarse los estudios sobre nuestra tributación, nuestro crédito, nuestra tierra, el minifundio, nuestra producción, la organización científica del trabajo, etc. La Universidad no podría seguirse considerando, bajo ningún aspecto, como fuente posible de oposición a la labor administrativa, sino como fuerza de construcción, de consulta, de cooperación.

Tan leal parece esta concepción, que apenas emitida la invitación que giró la Comisión designada, los intelectuales de afuera contestan aceptando, y el señor Presidente electo de la República ofrece, por medio de una honorable embajada, la construcción del nuevo edificio y la creación de la Facultad de Filosofía y Letras. Este es el caso, insólito en el país que

vió morir en la miseria a sus mejores hombres, de una ilusión que nace con hogar para crecer. Ya no sería posible desviar este anhelo de su cauce magnético.

Muchas dificultades surgirán, y las maquinaciones del irredentismo recorrerán la escala del dicitario en busca de armas contra la reforma, apelando también al sofisma de que es imposible sostener un centro que exigirá altos presupuestos. Tanto mejor para los que se han echado encima la tarea de remover la conformidad de la aldea. La historia sería una crónica muy aburrida si estuviera escrita por el miedo. Afortunadamente la abnegación logra las mejores páginas de ese recuento despiadado que no entiende de claudicaciones.

Hay que tener la voluntad de ser verídicos, dice Ortega y Gasset, para eludir la condición del bárbaro. Hay que condenar sin eufemismos en la Universidad actual, que a muchos parecerá infalible, su apego a las corrientes que una nueva vida descalificó hace tiempo. Y hay que reconocer que a su centenario arribará, como todas las obras de los mortales, con muchos laureles justos y con algunas derrotas a cuestas.

De todos modos, la reforma la redimirá de sus errores. Su destino está unido a la pasión de las generaciones que nacidas en la experiencia de este tiempo de crítica y reconstrucción, exigen del Alma Máter un programa espiritual para forjar una patria mejor.

No faltará, aún entre los adeptos leales a la transformación, quien considere inconveniente en este asunto la censura rigurosa. Este es un detalle que merece exaltarse, porque evidencia la libertad en el culto, y de la libertad puede esperarse siempre resultados ecuanímenes, despojados de influencias unilaterales. El fervor que la institución en balance suscita en algunos podría atenuar la flexibilidad de la sentencia, y rebajar consecuentemente la calidad de la reforma, limitada a enmendaduras que no decidirían el conflicto. La fuente de Narciso arrioba, su atracción inmoviliza, y mal haría Prometeo en buscar el fuego deífico a la ribera del halago.

Cuando la Universidad de El Salvador sea el centro vital de la nacionalidad y sus procedimientos doctrinarios dignifi-

quen el prestigio universitario, se disculpará la radicalidad de ciertas ofensivas, que aspiraban a someter todo punto que pudiera servir de apoyo a la reacción

En el bronce del tiempo ha sonado la hora del espíritu o la hora de la rendición. Calibán insiste en el horizonte, presto a la defensa del ciclo satánico que contempló la hegemonía del apetito como numen social, y si la Universidad no desciende a la batalla a revelar la verdad de todos y para todos, rodará al soplo de las fuerzas oscuras que no supo disipar, porque sobre la civilización ensayará su cólera otra vez el genio de la destrucción, y en el libro de los designios se abrirá la página de la venganza, de la regresión instintiva hacia la sensualidad materialista, que harán posible el soborno del ideal, la sacudida apocalíptica del sub-hombre, «la rebelión de las masas»

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Por FRANCISCO LUARCA

SEÑORES, SEÑORAS, SEÑORITAS

Vengo en mi carácter de maestro de escuela. Ni más ni menos. Con ello dejo dicho ya mi deseo de conversar las cosas sencillas, lo que no siempre llega a la Universidad, por lejano y sencillo tal vez.

Pude consultar buenos libros, pedirle indicaciones a Ricardo Vides y presentar un trabajo docto. Preferí sin embargo ser el maestro de escuela de siempre y coger el problema discutido—el de Reforma Universitaria—de modo que a Uds se les ha de antojar ingenuo. Ya dije, soy maestro de escuela y veo las cosas de muy lejos. Y llega a más mi ingenuidad vengo a pedir que algunos días los universitarios sin toga—y los togados—vean sus problemas desde muy abajo.

El país no es sólo San Salvador, ni San Miguel, ni Santa Ana. Es algo más: una serie de caseríos y poblachos sucios, feos, tristes, sin vida.

La nación salvadoreña no es el hormiguero capitalino, con mañas, con agucias, con lacras, con mucho de lobo y zorro, de mendigo y de señor.

Es algo más y algo peor.

Yo haré un bosquejo de un sector de Cuzcatlán. Empezaré mi viaje desde el pueblo mío mío por los recuerdos de niño, por las dichas y las penas que en él enteré. No me voy a poner romántico. Haré descripción real, para que los oyentes sepan cuál es la realidad de una esquina de El Salvador.

Ataco tiene 5 660 habitantes (2 623 urbanos, 3 037 rurales)

Ataco es una villa de clima ideal, encerrada entre colinas bellas. Se bebe azul de cielo en ella, y aunque se hable suave oyen bien las estrellas lo que dicen los poetas. Lo que decían que ya se fueron los bardos, se los llevó la extremada pobreza y la melancolía, y de los 2 623 habitantes urbanos, más de 2 000 son pobres. Veamos por qué.

A principios del siglo, Ataco no era zona cafetalera, y el indio tenía tierras suyas donde sembrar maíz, frijoles y trigo.

Empezó el café a valer, las COFRADÍAS a consumir más aguardiente, y el indio vendió su tierra. Si en aquellos días se hubiesen previsto las consecuencias de permitir al ataqueño se deshiciera de todos sus terrenos, a esta hora el indio sería alegre como a principios del siglo.

¿Es rico Ataco? Sí lo es. Pero no pertenece al indio la riqueza. El indio volvió a ser hombre sin albedrío, igual que en tiempo de la conquista. La vida ha mejorado en apariencia, y a la mirada superficial le parece que la casa de teja significa avance. Yo afirmo lo contrario. La casa de paja decía PROPIEDAD. El indio cortaba el zacate en su pajal, lo llevaba a lomo, lo ponía en su rancho, y el rancho plétónico de abasto descansaba en solai propio. No faltaba el cerdo gordo, la vaca, la yunta de bueyes. Y hasta en el rancho más pobre reía la troje de maíz y ponían diez gallinas sendos huevos diarios.

No es la casa de teja símbolo de progreso. Dice—aunque adolore—historia de tiempos idos que no volverán jamás.

¿Y los 3 037 rurales dónde están? Si no 2 000, hay al rededor de 1 500 colonos. En los albores del siglo llegaban del campo, alegres, endomingados, *pistudos*, los campesinos. La tierra suya les daba el vivir, salvo en años de mala cosecha.

Convendría averiguar si igual problema se ha presentado en las otras zonas donde el café es la dicha de los menos.

* * *

Dejemos Ataco y bajemos a Jujutla. Nos separan de él 12 kilómetros. Cosa risible si hubiera carretera. Bajemos por La Peña, la vereda más peligrosa, pero que ha de conocer Ud., a fin de que forme idea de la clase de vías que unen a

nuestros flamantes pueblos Mala vereda No le llamo camino, aunque se enoje el patriotismo local

Agárrese, le dice el amigo Yo también, *agárrese* le digo A lomo de mula iremos desde el fin de «Los Tablones», la planería fértil de los pródigos cafetos, lo que antes fué la tierra del maíz

No mire el reloj tardaremos dos horas en llegar ¿Dos horas para tres leguas? Es que en vereda pedregosa lo mulos no trotan La vereda es mala Andemos despacio

Hemos llegado a Cauta, el río amigo de los jujutias, en verano El pueblo es chico y situado en lugar ideal Agua cerca, brisas marinas, colinas risueñas, tierra fértil Pero así tan alejado de las ciudades, no atrae para residir en él muchos días En invierno se crece el Cauta y no es para fiarse de él Si para llegar a la ciudad cabecera prefiere uno el otro camino, se encuentra con el Copinula, otro río que en invierno es a veces bravo Hay además las cuestas barrialosas, cansadas, mortificantes, largas, como hechas para no terminallas en un día

Maíz, frijoles, maicillo, cerdos, gallinas, de todo hay Los 4713 habitantes son en su mayoría agricultores

Estamos frente a la escolita Muy pequeño el edificio, mas para los poquísimos niños resulta grande Si viniesen todos los chiquillos de edad escolar, faltaría edificio Cuando conversemos le recordaré el dato del puñadito de haraposos que vimos llegar a la escuela

Satisfago su curiosidad Esos son indios ataqueños Llevan maíz desde aquí Llevan a lo más cuatro arrobas, aunque son indios cargadores El mal camino les veda llevar más Esas cuatro arrobas significan dos días de viaje Vinieron ayer, regresan hoy

También aquellas mujeres son ataqueñas Dormirán en la montaña Es gordo el cerdo Lo llevarán a pie Si lo apresuran se les ahoga Es fatigoso andar tras el mairano Cuesta llevar un cerdo hasta el pueblo mío Y así, ¿qué de raro que vendan las destazadoras cara la carne y la manteca?

Amanecemos algo molidos Pero montemos Ocho kilómetros nos separan de Guaymango Pasemos el Cauta No

hay puente, y cada año los viajeros sufren serios aprietos, como Usted lo puede imaginar viendo este río pedregoso y considerando de dónde viene. Vuelva la mirada y calcule cuántos kilómetros hay desde aquí hasta aquellos montes. Andemos Feo el camino, la vereda, quería decir

Vea tierras fértiles, hechas para dar muchos granos de primera necesidad. Bien trabajadas se convertirían en ricas sementeras. Usted había observado los plantíos de Sonsonate, a lo largo de la vía férrea. Y aquellas tierras no son más pródigas. Sucede que están cerca de buena carretera, y fácil resulta llevar a la venta los productos agrícolas. Un cerdo no se ahoga en el tren. A pie corre el peligro de morirse.

Hay platanares, guineales, una bendición. Recuerda esta tierra la zona usuluteca. Los plátanos resultan excelentes, pero se venden muy baratos, si acaso logian venderse. De este modo la tierra no da como debía dar.

Estamos en Guaymango. Mire su reloj. Dos horas hemos tardado. Mucho, ya lo sabía. Para Usted, hecho al auto, a la moto, le ha de ser fatigoso mover las piernas en balanceo impaciente, deseando acortar las distancias risibles que apartan estos pueblos.

Guaymango tiene 5726 habitantes, 764 urbanos, 4962 rurales. Pueblo de indios. El paisaje es imponente. El mar se mira bello desde aquí. Es un mirador excelente, y a pesar del cansancio, uno saborea la delicia de los paisajes donde todo eleva, porque todo es grande. La naturaleza nos muestra sus montes uigidos por dar mucho y luego. A los dos meses da cosecha el *maíz ligero*. Los ríos, hoy enemigos del hombre, podrían convertirse en excelentes servidores del mismo, allá en aquellas planerías de la costa. Es verdad que Ataco no tiene cosecha de granos útiles para el indio, pero los regadíos de Guaymango le obsequiarían en verano buen maíz y frijoles.

Sobre aquella montaña está Apaneca. Ese pueblo y el mío consumirían buena cantidad de productos de Guaymango, que si no es laborioso como lo descamos, es porque de nada le sirve trabajar con empeño.

Al descansar usted nos deleitaremos viendo los celajes

de la tarde, las montañas, el mar El detalle más visible, para quienes, como nosotros, andamos viendo los dolores de la raza, son los niños semidesnudos, flacos, enfermos, descriados Aquí no aguantan hambre, pero la uncinaria los destruye El paludismo es otro azote La suciedad colabora con entusiasmo en la muerte de los niños

Andemos el pueblo Curioseemos Trojes de maíz, abundancia de gallinas y cerdos El indio tiene qué comer Me hace usted pensar en los nahuizalcos, agricultores por atavismo Aquéllos llevan sus granos a Sonsonate, Ahuachapán y pueblos intermedios Guaymangos y jujutlas no ha encontrado usted en los caminos

Lo veo un poquito de rengado Es que el viaje a caballo descoyunta, si falta el hábito de recorrer las veredas

Usted es curioso Indios son, y de Ataco, los cargados de maicillo Hasta aquí vienes los pobres a dejar su jornal de quince días Veinte kilómetros, a lomo el costal, cuesta arriba Allá es [el fin de la última cuesta Si no llueve, descansan en Ataco, pero el cerro de Apaneca es embromador y no sería raro que descaigara las nubes que le hacen compañía Es, créalo, duro cargar cuatro arrobas en estos caminos Solamente la necesidad y algo la costumbre, pueden impulsar a tales arrestos Mis conterráneos pasarán el Copinula, si no lo hinchan las aguas De no, duermen en cualquier rancho, en el suelo, en los pulgueros

Buena mañana Dan ganas de sentarse en estos paredones y ver el mar Aquí uno se hace poeta Este era el murador de los indios Aquí venían sus bardos a decir endechas Aquí hacían las fiestas de la sal

No soñemos El camino a recorrer es peor que los anteriores y conviene terminarlo este día Ocho kilómetros nos separan del pueblo y no los andaremos en una hora Se gasta el doble Parece mentira pero así es Privilegio de las malas vías desenredar el ovillo del tiempo mientras uno parece clavado en el mismo sitio

En la orilla de Guaymango se nos presenta el desagradable espectáculo de niños semidesnudos, endebles, ceriles

Llenan los cántaros en pozos de agua de dudosa limpieza, donde es posible se hayan bañado los cerdos

Esta vereda nos conduce a San Pedro Pustla. Unas cuerdas, y nos saluda el Copinula. ¡Todavía él! Recorre el Norte, a dos leguas, y el Este de Guaymango. Mire de ésta a la cercana orilla no hay muchos metros. Lo cual le dice que en días de invierno copioso las aguas suben hasta impedir el paso de hombres y de cabalgaduras.

Andamos en mal camino, a pesar de no ser tan quebrado el terreno.

Hemos arribado al Sunsapuapa Estrecho, pedregoso, este señor challador. Ha de ser amigo de traiciones. ¡Y qué fácil un puente sobre él! Tal vez porque no sé de construcciones imagino sencillo unir las dos riberas de este río infeliz en verano, peligroso en invierno.

El sol calienta. Andemos. Fatiga la travesía a paso de mula.

Llegamos al fin. De allá venimos. Y es hoy, después de tres días de fatigoso caminar, cuando arribamos a San Pedro Pustla.

Hay vida en el pueblo. Hacen himno a la industria las máquinas de coser. Los sombreros de San Pedro tendrían más demanda si uniera al pueblo una buena vía.

Olvidemos los inconvenientes del viaje y conozcamos la escuela.

A buena hora llegamos. Hablan de Geografía de El Salvador. Ríos y vías de comunicación del departamento. No me gusta la clase. Miente el profesor. A usted le consta que no son calles carreteras las recorridas por nosotros, especialmente de Jujutla a esta población.

—¿Me permite conversar con los niños profesor?— Gracias

—Niños, ¿han ido ustedes al Puerto?

Unos pocos responden. Y Acajutla es bien cerca.

—¿El cerro de Apaneca lo han andado ustedes? — Bien

—Han de conocer también la villa de Apaneca.

¡Pocos han ido!

—¿Y la ciudad de Ahuachapán?

Más pocos aún la conocen.

Una consideración del visitante niños que no andan su país, no lo pueden amar. Se ama lo conocido, los sitios donde una buena impresión ha grabado en las almas. Mientras los niños de San Pedro, y otros niños de otros poblados, no hayan visto El Salvador, no sabrán el valor de su país, ni lo servirán cual merece este pobre pueblo atormentado.

También San Pedro está en buena posición. Al Noite lo saluda el Apaneca, y lo arulla a pocas leguas la mar del Sur. Pero esa mar no le sirve de más a San Pedro. Su arulladora es. Y en esta hora, al mismo ha de acompañar el servicio que se toma en comodidad, en dinero con el que se hace existencia menos animal.

¡A las bestias, amigo! Haremos hoy la última jornada. Mañana a las seis tomaremos el autocarro, y a las siete y cinco de la mañana estaremos a 38 kilómetros de Ahuachapán. ¡Qué diferencia!

Otra vez el mal camino. Hoy ascendemos. La vía se incorpora, se verticaliza, como deseando ver el océano. Salvemos *Tierra Colorada*, la cuesta famosa de la arcilla traidora, de la que oímos decir cuando niños que asía las patas de las bestias y las obligaba a detenerse vencidas por aquella especie de gelatina.

El día es claro y además hay habitación donde guarecernos si el Apaneca despeina una nube y la obliga a llover sobre nosotros.

Grábese, mirando desde este lugar, respirando este aire, el paisaje sureño. Mire esas planerías. Llaman al Hombre y a las herramientas modernas, a los dinamos que los ríos de nosotros moverían. Aquél es Jujutla, el de allá Guaymango, ahí San Pedro. Es del tamaño de una uña lo recorrido en tres días. Demasiado tiempo para muy poco territorio. Sonsonate ¡véalo! ¡Un barco en Acajutla! ¡Si les dejara algo a mis conterráneos! De Guaymango se oye la sirena de los barcos. ¡Un puerto próximo, y estos pueblos no lo aprovechan, porque no tienen salida expedita al mar! ¿Y qué hace nuestra sonada alharaca de civilizados?

La mañana es alegre. Hagamos discusión. Usted es universitario. Será abogado. Médico su hermano Luis. José,

ingeniero El menor, farmacéutico Me ha dicho que a pesar de las molestias del viaje, siente en usted que nace un raro cariño para la raza que habita los pueblos por nosotros recorridos

Analícemos a grandes rasgos los problemas que le pueden interesar a la Universidad, que busca en estos días actuar en campos nuevos y con táctica nueva también

PRIMER PROBLEMA

CARRETERAS —Si las hubiese, Jujutla, Guaymango y San Pedro Pustla, excelentes graneros, llevarían sus productos a la zona alta donde es caro todos los años el abasto No sólo eso, plátanos, cerdos gordos, gallinas, huevos, quesos y mantequilla, subirían en camiones Las tres poblaciones tendrían el comercio activo todo el año Pero en la actualidad es imposible transportar los productos de la tierra La carencia de vehículos estaciona los cereales en el Sur, mientras arriba, sobre la sierra, hay hambre Además, los sureños no intensifican las siembras, porque no hay estímulo Para el diario yantar no precisa molestarse demasiado se vegeta apenas

SEGUNDO PROBLEMA

DEL SUR NO SUBEN LAS MERCANCÍAS —Al Sur no bajan día a día los comerciantes Aislamiento es el resultado natural de la carencia de buenas carreteras Y si algo llega, se compra caro Vende el indio — cuando vende — barato el fruto de su trabajo En cambio, le cuesta caro todo Hay una visible anomalía entre el dar y el recibir Como no hay estímulo de ningún género, no aspira el hombre a vivir bien, ni la mujer a vestir como persona Impónese por lo mismo una existencia animal muy acentuada

TERCER PROBLEMA

LAS MEDICINAS —No llega allá el farmacéutico Es médico y farmacéutico el boticario En algunas ciudades de segundo orden, venden malas y caras las medicinas Dedúzcase cómo será en aquellos lejanos lugares

CUARTO PROBLEMA

EL MÉDICO —Cientos de personas mueren sin haber jamás consultado al médico. La yerba mal empleada, el emplasto porquísimo, la droga que receta el boticario, las medicinas del brujo, eso hace los sistemas curativos del habitante perdido allí donde no alcanza a ver nuestra Universidad. El santo de madera gana mucho, mas no cura. Y mueren las gentes diezmadas por el paludismo y demás enfermedades de las muchas que ya tomaron carta de ciudadanía.

QUINTO PROBLEMA

HIGIENE —No se debiera ni mencionar. Si la ciudad capital es sucia entre lo sucio, si todavía ríe mirando la pésima costumbre de los hombres basureros, la de arrojar los cajones desde el carretón donde recogen los desperdicios, ¿cómo serán los pueblos descritos?

SEXTO PROBLEMA

LA ESCUELA —No hablo de ella. Cárcel es y no centro liberador, esa casa donde un hombre mal trajeado, porque gana mal sueldo, recita el catecismo de sus amos. Allí se forjan esclavos.

SÉPTIMO PROBLEMA

LA JUSTICIA —En esta ciudad capital los rábulas encarcelan cronistas. Piensen ustedes lo que harán por allá. En las ciudades la prensa ve. Allá el corresponsal es un señor amoral que sirve como sirven los lacayos. No será jamás útil a quienes debiera servirles. Hay, como en todo, excepciones.

OCTAVO PROBLEMA

LA RELIGIÓN —¿Le sirve ella en realidad al indio, o lo embrutece? Le enseña a soportar con paciencia las flaquezas del prójimo. Y el prójimo es el tinterillo, el señor sin escrúpulos, el poderoso sin conciencia. La religión no libera.

NOVENO PROBLEMA

¿EN QUÉ SIGLOS VIVEN LOS PUEBLOS DESCRITOS? — El ferrocarril va haciéndose anticuado. Lo aventaja en velocidad el auto y el camión. Para beber distancias va prefieren los hombres los caminos del aire.

De Jujutla a Guavmango, y de aquí a San Pedro, no se mira transitar ni una carreta. Apenas la bestia mular o caballo acompaña al hombre. A unos pocos hombres. El resto carga a lomo las mercaderías, como hace cuatrocientos años, cuando Alvarado vino a jugar de matar indios.

La agricultura es primitiva. No usan ni el arado egipcio. La macana es la herramienta de siembra.

No hay industria. La de los sombreros de San Pedro es ínfima y no merece el nombre de tal. Los guatemaltecos prefieren ir desde Santa Ana a Michapa y de ahí a Tenancingo (Departamento de Cuicatlán), a comprar sombreros. De Tenancingo a Santa Ana es infinitamente más lejos que de Ahuachapán, o de Santa Ana, a San Pedro, pero el viaje es preferible en el tren. San Pedro no les llama la atención.

Acajutla sería buen mercado si hubiese camiones de San Pedro al puerto. Como los camiones faltan, no llegan al puerto los sampedianos.

¿Qué piensan esas gentes? No exagero al afirmar que no piensan nada, si pensar involucra anhelo de mejoría, de permanente avance.

Los niños se crían como animales. Si enferman, no saben jamás de médico.

La madre pare como animal. Peor que animal, pues a la bestia la respetó el macho cuando estaba preñada. No la golpeó, no la usó sexualmente, y al nacer los cachorros, el macho les llevó alimento. La hembra los cuidó. Ella no hizo ejercicios peligrosos. Descansó lo racional y estuvo apta para seguir siendo hembra sana.

La mujer, esa piltrafa que llaman mujer, ¿goza del privilegio de que goza la fiera? ¿La diviniza la maternidad, la hace feliz?

¿Y el hombre? Trabaja. Nada más.

Y hemos de convenir que pueblos que no cantan, ni sueñan, ni ríen, ni son capaces de arrodillarse ante el sol que muere, ante el mar y el celaje, son pueblos muertos

Llamen ustedes con el nombre que más les plazca al anhelo de infinito. Le digo *alma* yo. Pues bien, curvado el hombre desde niño, acechado por miles de malvados, envilecido por el alcohol, engañado por el político, se acostumbró a ver la tierra, a verla sin entenderla. Y ella, aunque madre buena, no ha sabido hallar la palabra que redima a su hijo el campesino, y así, el hijo más amado---el hombre---es melancólico, silencioso, perezoso, enfermo. Todo es alegre el río y la montaña, el árbol y el celaje, el mar y su hermano el cielo. Solamente el hombre es triste, solamente él no tiene alma.

¿Por qué?

Porque no hemos querido volverlo dichoso.

Jujutla, Guaymango, San Pedro Puxtla, dan en total, 10,991 habitantes rurales.

Yo pregunto ¿son ciudadanos estas gentes?

Huelga la respuesta. NO.

Estas 10,000 acémilas pueden servir para todo, y como el mal se da lozano en pueblos de ignorantes, 10,000 seres hay a disposición de los amigos del estacionarismo.

Deseoso de traer datos comprobables consulté un pronuntario. Es del año de 1932. Si no hice mal las sumas, resultan SETECIENTOS SETENTA Y OCHO MIL SETECIENTOS SESENTA Y CINCO habitantes rurales en toda la República.

El número es cuspador, pues si en la ciudad hay demasiados analfabetas y lacras a millares, en el campo es infinitamente peor.

Y A LOS SETECIENTOS SETENTA Y OCHO MIL SETECIENTOS SESENTA Y CINCO HABITANTES SE LES HA DE CONVERTIR EN SERES HUMANOS.

He citado tres poblaciones de El Salvador, señalando sus condiciones lamentables, su carencia de vida espiritual y material. Y en todo el país hay muchos más en iguales o peores condiciones.

* * *

Hojeando el prontuario ya citado, hallo que en 1932 la Universidad tenía 302 alumnos y 19 profesores

Entramos de lleno en el problema de la REFORMA

Los 302 alumnos, o los que haya, van a la REFORMA

Suponemos, lo que resulta demasiado atrevido, que todos la desean de verdad, que se cansaron ya de ser entes sin vida, sin vida, sin anhelos elevados, y quieren REFORMA. Suponemos también que los 19 profesores contribuirían lealmente a la cruzada en discusión

* * *

Antes de seguir, dos preguntas

¿Tienen alguna ideología los estudiantes?

¿Qué ideología tienen los estudiantes?

Vacilamos. Sin embargo, lo que sabemos—¡y qué amargo saber!—de la enseñanza primaria y de la secundaria, nos permite afirmar que no tiene ideología el universitario, y si la tiene es mala o mediana

La Universidad recibe los frutos de la primaria y de la secundaria

Basta hojear los *programas* para darse cuenta cabal del desastre que es la enseñanza en El Salvador

La primaria no forja espíritus. Hace repetidores. La secundaria acaba de matar en el joven la capacidad de adquisición de alguna personalidad. Lo nulifica de tal modo que sólo deja de él un ser de vida sonambulesca

No me tomo la molestia de probar mis afirmaciones. Están aquí los estudiantes, los hijos espirituales de esa enseñanza mala que tanto venimos desde hace años maldiciendo

Los jóvenes educados (¡sarcástico el término!) en tan péssima escuela, van a la REFORMA, van a trabajar en pio de SETECIENTOS SETENTIOCHO MIL SETECIENTOS SESENTA Y CINCO SALVADOREÑOS

* * *

¿Dónde empezar la REFORMA?

Yo digo en el espíritu

El primer paso, el más trascendental, es el de la auto-

reforma. Se tienen que forjar a sí mismos, ya, los universitarios. Sin esto no deben ni pensar en la REFORMA. LA REFORMA exige alas y garras. Sin alas no se va a ninguna parte. Los pedestres no miran lo que miran los que vuelan. El espíritu es ala. Sin fe, sin rutas definidas, sin la seguridad de lo que se es y se vale, no hay REFORMA. Primero SER, después HACER.

302 universitarios son demasiado pocos frente a los grandes problemas del país. Y tienen una gran desventaja.

Yo no vengo a mentir. Traigo verdades crudas, y una, la más desesperante, es ésta.

Lo poquito consciente que hay en el país no cree en los estudiantes universitarios.

Las escuelas y los colegios forjaron farsantes, los farsantes llegaron a la Universidad, hablaron de eso vago que en esta casa llaman IDEAL, se labiaron una posición y se agarraron luego a las alforjas de SANCHO.

Por eso la generalidad ha ido haciéndose descreída, y cuando se dice IDEAL ESTUDIANTIL hay una vaga sonrisa desconfiada.

Han exagerado al juzgar al universitario y lo piensan menos sincero de lo que es en realidad.

¿Qué han de hacer los estudiantes? Cambiar íntegramente su ideología, orientar su acción por nuevas rutas, hablar con el ejemplo, bajar, bajar, bajar mucho hasta descender al CAMPESINO y hacer *dél* un hombre.

Vuelve a surgir el terrible estigma de la enseñanza primaria y secundaria.

Esta hora es de acción colectiva, de sacrificio hasta de la misma personalidad. Y al hoy universitario lo modelaron en el más absurdo de los individualismos. Rarísimas veces actuó en masa. Fue él, siempre él, y nada más. Y fue él como ente consciente, sino como una sombra. Porque sombra es el estudiante de primaria y secundaria. Le pusieron banda de honor, porque supo a tiempo delatar, y estudió sólo y no le ayudó jamás a ningún condiscípulo. Sentimientos de amor, de piedad, de colaboración, no los hubo. Se le dijo al niño «*sea Ud bueno*», como le dice la madre al chiquillo consentido «*no molestes*».

Otra es la foija de hombres Otra la firme y duradera educación

* * *

Digamos aquí algo de los fojadores Unas pocas palabras, no por temor a herirlos, a herirnos debiera decir mejor, pues me toca irremisiblemente algo a mí en esta triste responsabilidad Ya que hay la ocasión de expresar en público y en tribuna seria lo que miramos, lo que sabemos, lo que nos quema la existencia, porque nos avergüenza, hablemos

Este el profesorado

Unos completamente sectarios Estos asedian la conciencia libre, le cierran todos los caminos de la verdad y la ciegan con sofismas

Otros, (los más) comerciantes de la enseñanza No les importa el niño ni el joven El colegio y la escuela son los talleres del oro El alumno, el pretexto decente de acuñar monedas

Los menos —Salvador Cañas, Cefeino Lobo, Ricardo Vides— ni simulan ideal, ni engañan a los jóvenes, ni rehuyen la responsabilidad de la hora Saben que mucho hay por hacer, que todavía no han hecho ellos lo que debieran hacer, y dicen los defectos de la escuela con valentía que nos honra

Si hubiera de buscar un símil, diría que la enseñanza primaria y la secundaria en El Salvador, son la topera donde se entierra la conciencia de los niños y de los jóvenes salvadoreños Al llegar el pequeñín al primer grado es todo él un ravito de luz, una florecilla fresca, un celaje Su almita es eso charlador, reidor, inventor de inocentes pillerías En una palabra, un diosito Al pasar el umbral de la escuela o del colegio comienza la sombra a tejer con hilos fríos la existencia nueva, y cada día el diosito es más BUENO, es decir, más MUERTO Cava y cava el profesor Cierra y cierra ventanas Hunde y hunde las almas Ensombrece y ensombrece las conciencias

Ya en la secundaria es todo sombras El joven cree que existe, que es dueño de la luz, y vive entre sombras espesas,

y no cree, ni piensa, ni hace Yace en la topera y cuando piensa que viaja, se mueve en círculo frío Si dijese yo este es el panorama de la escuela nuestra, mentiría, no es panorama, es el socavón donde se come la sombra a todo cuanto es luz

* * *

Los hijos de tal escuela, los herederos de tales PADRES ESPIRITUALES, quieren REFORMA Por eso dije que se han de reformar primero ellos Diría que se han de rehacer ellos mismos

Aprender a ver cara a cara a la luz, que es decir cara a cara a la verdad Sabei que hay movimiento, es decir, que precisa HACER Que los pueblos andan, es decir, que ellos deben hacer andar al suyo

Hay dichosamente ejemplos en América, saludables lecciones de universitarios que preparados en escuela como la salvadoreña, pudieron rehacerse y actuar, y actuar donde conviene a las juventudes indo-hispanas Allí está el Perú, la Argentina, Chile Fueron al pueblo, sufrieron con él, trabajaron con él y como él, y en un solo haz van caminando hacia la luz Desde la topera, desde la mina de sombras vienen

Es obra larga, penosa, paciente, de dolores sin cuento, pero hay que afrontarla Cada día hay más analfabetas, cada día la escuela y el colegio nos dan más muertos, más seres sin ideales, sin fé, sin garra Las poblaciones duermen el sueño de siglos muy lejanos No saben del ferrocarril, de la delicia del auto, de las ventajas del camión, del poder educativo del radio, nada de nada Los sabios de otros países inventan, los artistas crean, los poetas dicen bellezas, los santos de la moral enseñan a vivir vida humana Pero las gentes del país, de mi país, no saben que están ellas en edades trogloditas

Por si los amigos de la mentira me reclaman, yo me anticipo a interrogar

¿Cuáles son nuestros inventores, nuestros sabios?

¿Cuántos poetas tenemos? ¿Cuántos pintores y escultores?

Muy poco de eso tenemos De eso que es honra en todo país donde los hombres ya saben para qué sirve la poesía, para qué sirven los pintores, para qué sirven los creadores

* * *

Los tres frentes de lucha

EN LA UNIVERSIDAD,
EN LAS ESCUELAS Y COLEGIOS,
EN EL CAMPO.

El de esta casa me parece más difícil

¿Querrán los universitarios pensar de verdad, actuar de verdad, estudiar de verdad, sacrificarse de verdad, reformarse de verdad?

Si resuelven esto, (fácil y a la vez difícil), serán capaces de los más grandes sacrificios verdaderos y fructíferos

Me suena muy lejana la palabra REFORMARSE

Una campaña de prensa, racional, bien organizada, tan larga como lo exija el triunfo daría por consecuencia un cambio en la enseñanza primaria y secundaria Si los estudiantes universitarios dicen todos los días el mal que a ellos les hicieron los colegios, sucederán dos cosas que los profesores no tendrían valor de seguir enseñando tan mal como hasta hoy y que los alumnos de cursos superiores no permitirán que los sigan embruteciendo, ni que cieguen a los que les siguen detrás en las aulas, y que el niño empezará a ser el diosito que para mí es, el rayito de luz sagrado por el que el mundo se ilumina todavía, a pesar de las muchas ruindades de los hombres

Han abusado de los derechos del espíritu, porque unos pocos no más hemos gritado el daño que está haciendo el actual sistema escolar Pero si comienzan los universitarios una bien organizada campaña civilizadora, en la tribuna, en la prensa, en las aulas, en los corrillos, en todas partes donde haya un joven, donde haya un maestro, donde haya una mujer,

los niños y los jóvenes de mañana no serán llevados a la topera, ni les podrán vedar el camino de la luz. Los niños de mañana serán seres con alma, con ideales, y en esta casa habrá alegría nacida al calor de triunfos bien ganados, y para nuestros hijos decir UNIVERSIDAD será decir CULTURA

¿Y el campesino?

778,765 seres aguardan redención

¿Cómo llevársela?

Y habrá que llegar de cualquier modo a los campesinos

Por de pronto conviene se distribuyan los estudiantes una zona del país, la Occidental, por ejemplo, y anden palmo a palmo la tierra cuzcatleca, hasta conocerla bien, saber qué necesita el campesino, cómo se le podría servir, cuánto se le podría enseñar

El futuro ingeniero estudiaría la potencialidad motriz de todos los ríos, las tierras regables, los pasos mejores para puentes. El farmacéutico estudiaría la flora del país. El abogado conocería prácticamente las mil injusticias de que son víctimas las gentecitas desamparadas. El médico haría la más grande labor positiva. Estudiaría mucho y serviría más.

El año lectivo se redujera en la Universidad. Los alumnos estudiarían unos cuantos meses de verdad, con tesón, y en esos pocos meses harían sus programas. Después, a convivir con los desvalidos, a verlos vegetar y a estudiar los medios de redimirlos.

No se me ocultan los *peros*, que son muchos y graves. Mas también no se me esconden las probabilidades. Hay en esta Universidad muchos jóvenes que, por su condición económica y social, por sus entonques familiares y políticos, son —en estos momentos graves— los más aptos para acercarse a la choza campesina, sin peligro de que la mala gente, esa que goza delatando, forjando mentiras y calumnias, los acuse de trastornadores del orden. Estos jóvenes serían los primeros y mejores romeros.

Sociología viva, discusión fecunda, escritos nutridos de realidad, propaganda bien orientada, trabajo eficiente, serían las inmediatas consecuencias de los viajes estudiantiles, no

viajes de turismo ni de parranda, sino de observación larga y consciente

El universitario ascendería entonces de mero teorizante a la categoría de hombre bien empapado en sus problemas. Tornaría del campo humanizado, herida su alma por las miserias físicas y morales de los que ya entonces le merecerían el título de hermanos. Y la patria tendría para el universitario significación humana. Y al decir CUZCATLÁN diría DOLOR y diría ESPERANZA, que esto es la tierra de Atlacatl.

ESPERANZA Y DOLOR

Si el estudiante le arranca a la muerte muchos miles de niños, a la barbarie muchos miles de madres, a la cárcel muchos miles de inocentes, y deja en la misma a los miles de canallas que andan libres, si además hace útiles los ríos, y regables los páramos patrios, tiende puentes o instala dinamos, comenzará El Salvador a creer en él, los amigos de la barbarie a temerle de verdad, la cultura patria a sentirlo hijo suyo, la UNIVERSIDAD a ser LABORATORIO.

Esta es mi palabra, señores estudiantes.

FACULTAD DE MEDICINA

DECANO
SECRETARIO

DR GUILLERMO TRIGUEROS
DR MANUEL LOUCEL PORRAS

Catedráticos de:

Anatomía Descriptiva (1er año)	Dr Liberato Davila
Anatomía Descriptiva (2º año)	Dr Liberato Dávila
Histología Normal y Patológica	Dr Andres Goens R
Clínica Quirúrgica (1er año)	Dr Luis A Macías
Clínica Quirúrgica (2º año)	Dr Luis A Macías
Clínica Médica (1er año)	Dr Guillermo Trigueros
Clínica Médica (2º año)	Dr Guillermo Trigueros
Clínica Obstétrica	Dr Joaquín Meza Sandoval
Física Médica	Dr Salvador G Aguilar
Fisiología	Dr Joaquin Jule Gálvez
Higiene	Dr Manuel Loucel Porras
Medicina Operatoria	Dr Ricardo Moreno
Anatomía Descriptiva (1er año 2º grupo)	Dr Ricardo Moreno
Medicina Legal y Toxicología	Dr Alberto Rivas Bonilla
Obstetricia	Dr Joaquin Meza Sandoval
Parasitología y Bacteriología	Dr Rosendo Morán Monterrosa
Patología General	Dr Manuel Quijano Hernandez
Patología Interna (1ª parte)	Dr Salvador Rivas Vides
Patología Interna (2ª parte)	Dr Salvador Rivas Vides
Patología Externa (1ª parte)	Dr Carlos Muñoz Barillas
Patología Externa (2ª parte)	Dr Carlos Muñoz Barillas
Pediatría	Dr M Adriano Vilanova
Terapéutica (1er año)	Dr Godofredo Arrieta Rossi
Terapéutica (2º año)	Dr Godofredo Arrieta Rossi
Química Biológica	Dr Salvador G Aguilar

FACULTAD DE QUIMICA Y FARMACIA

DECANO
SECRETARIO

DR PEDRO A VILLAGORTA
DR RAFAEL GONZÁLEZ SOL

Catedráticos de:

Química Mineral	Dr Rafael González Sol
Física Farmacéutica	Dr Eduardo A Berríos
Farmacología Galénica	Dr Pedro A Villacorta
Microscopía Farmacéutica	Dr Francisco Alberto Argüello
Farmacología Química Mineral	Dr Rafael González Sol
Análisis Mineral Cualitativo	Dr Benjamín Orozco
Química Orgánica	Dr Benjamín Orozco
Materia Médica	Dr Pedro A Villacorta
Análisis Mineral Cuantitativo	Dr Benjamín Orozco
Farmacología Química Orgánica	Dr Francisco Flores González
Análisis Orgánico	Dr Benjamín Orozco
Legislación Farmacéutica	Dr Jorge Sotero Argueta
Análisis Toxicológico	Dr. Francisco Alberto Argüello
Química Biológica	Dr Joaquín Jule Gálvez
Terapéutica	Dr Pedro A Villacorta
Ensayo Alimentos y Medicamentos	Dr Francisco Alberto Argüello

FACULTAD DE ODONTOLOGIA

DECANO DR. CARLOS ZEPEDA
SECRETARIO DR. ENRIQUE LARDÉ

Catedráticos de:

Clinica y Prótesis Bucodentaria.....	Dr. Carlos Zepeda
Clinica y Prótesis Dental (1er año).....	Dr. José Llerena
Clinica y Prótesis Dental (2º año).....	Dr. José Llerena
Radiología.....	Dr. Enrique Lardé
Materia Médica y Terapéutica Dental.....	Dr. Salvador Mazier
Patología Bucodentaria.....	Dr. J. Benjamín Zavaleta
Anestesia Especial.....	Dr. Jorge Palomo E.
Ortodoncia.....	Dr. Mauricio López Harrison
Química Biológica y Metalurgia.....	Dr. José Rivas Arthés
Dentisteria Operatoria.....	Dr. Julio Oscar Novoa
Fisiología.....	Dr. Ernesto Pasquello
Patología General.....	Dr. Luis Edmundo Vásquez
Bacteriología.....	Dr. Pedro Menéndez
Anestesia General.....	Dr. Carlos A. Llerena
Cirugía del Cuello y Cabeza.....	Dr. Carlos A. Llerena
Histología y Embriología.....	Dr. Leonidas Alvaranga
Anatomía y Disección.....	Dr. José Cepeda M.
Medicina Operatoria.....	Dr. Carlos A. Llerena

FACULTAD DE INGENIERIA

DECANO ING. JOSÉ E. ALCÁINE P.
SECRETARIO ING. FRANCISCO BERTRAND GALINDO

Catedráticos de:

Física General.....	Ing. José E. Alcaine p.
Presupuesto y Administración.....	Ing. José E. Alcaine p.
Materiales de Construcción.....	Ing. José E. Alcaine p.
Resistencia de Materiales.....	Ing. Simeón Angel Alfaro
Ingeniería Municipal y Sanitaria.....	Ing. Simeón Angel Alfaro
Hidráulica (3º y 4º años).....	Ing. Julio E. Mejía
Legislação Aplicada.....	Ing. Simeón Angel Alfaro
Termodinámica.....	Ing. J. Federico Mejía
Electrotecnia.....	Ing. J. Federico Mejía
Topografía.....	Ing. Rafael J. Rivera
Astronomía y Geodesia.....	Ing. Rafael J. Rivera
Geometría Analítica.....	Ing. Rafael J. Rivera
Arquitectura y Dibujo Arquitectónico.....	Ing. German de Falla
Dibujo.....	Ing. German de Falla
Geometría Descriptiva.....	Ing. German de Falla
Proyectos.....	Ing. German de Falla
Estadística.....	Ing. Félix de J. Osagueda
Cálculo Diferencial e Integral.....	Dr. Benjamín Orozco
Dibujo (2º curso).....	Dr. Carlos Alberto Imery
Mecánica Racional.....	Ing. Jacinto Castellanos Palomo
Caminos y Ferrocarriles.....	Ing. Jacinto Castellanos Palomo
Concreto Armado.....	Ing. Jacinto Castellanos Palomo
Construcciones Metálicas.....	Ing. Jacinto Castellanos Palomo
Redacción de Proyectos.....	Ing. Simeón Angel Alfaro
Fuentes (5º curso).....	Ing. Julio E. Mejía